SUSANA ORO

LA HEREDERA DEL VIENTO



LA HEREDERA DEL VIENTO

SUSANA ORO

La heredera del viento
Susana Oro
Córdoba - Argentina
Año 2026
1ª edición: Marzo 2026
Registro Obra: Safe Creative N° 2603084803789
©Susana Oro
©Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

La historia es ficción, cualquier semejanza con personas o situaciones reales es pura coincidencia.

Dios decide cuándo, cómo y por qué

Era demasiado pronto

Y aunque no podamos entenderlo, aunque duela

En algún momento lograremos aceptarlo.

Para E y C, que allí todo sea bello para las dos

Índice

SINOPSIS
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
EPÍLOGO

SINOPSIS

Ella era una mujer de ciudad acostumbrada a una vida de lujos, y no duraría mucho en un páramo donde el viento estaba haciendo estragos en su piel y su cabello.

Catalina podría echar abajo la cabaña, derrumbar el establo o destruir el gallinero, y el viento seguiría soplando. «A qué no puedes deshacerte de mí, chica lista de la ciudad», y su silbido retumbaría en sus oídos como una carcajada burlona.

Triste y desolada por la muerte del abuelo, Catalina Thompson se resiste a aceptar que ha perdido a la única persona que la ha querido en la vida. Pero cuando se entera que Anselmo le quita todos los lujos que le dio en vida, comienza a dudar del afecto que sentía por ella.

Sin más que una mochila y un bolso con unas pocas pertenencias, viaja a su nuevo destino dispuesta a soportar las injustas decisiones de su abuelo. Lo ha perdido todo, pero nadie podrá quitarle el orgullo de haber sido el alma de las fiestas y el centro del mundo para sus amigos.

Lo que no espera es encontrar a Lago Sanders viviendo en el mismo sitio. El único hombre que no cayó bajo el embrujo de sus provocaciones cuando tenía veinte años.

La vida tranquila de Lago Sanders se ve sacudida por un tornado cuando Catalina Thompson llega al pueblo. La promesa que le hizo a Anselmo de ayudar a su nieta a encontrar su camino en la

vida, fue porque nunca se imaginó que iba a morir tan joven. Cómo podría ayudarla, si él todavía no ha encontrado su propio rumbo.

Pero Lago es un hombre de palabra, y nadie va a impedir que cumpla con lo que prometió cinco años atrás. Ni siquiera una consentida, irritante y provocadora jovencita que ha venido a quitarle la serenidad mental que le costó años conseguir.

Una herencia no deseada, un páramo desolado, dos personas que se repelen, y los secretos de un hombre que ha convertido a su familia en los peones de su último juego.

PRÓLOGO

Desde el ventanal de la sala de la casa que había compartido con su abuelo, Catalina miraba el parque cuidado, los parterres de flores, los pinos enanos y los árboles añejos. A lo lejos, en una lomada, estaba la enorme piscina donde solía disfrutar con sus amigos de esas fiestas en las que corría el alcohol como si hubiera dejado una canilla abierta. Todos eran tan alocados como ella.

Catalina lo tenía todo. Un deportivo estacionado en la puerta de la casa, prendas de los mejores diseñadores, una vida de lujos y dinero para gastos ilimitados. A sus veinticinco años su vida era una fiesta. A veces regresaba tan pasada de copas que no alcanzaba a llegar al dormitorio y terminaba durmiendo en el sillón de la sala. Otras, no acertaba a poner la llave en la puerta y dormía en la galería de la casa hasta que se levantaba el abuelo por la mañana y salía despotricando cuando la veía durmiendo la mona a la intemperie. A pesar de su enojo, la ayudaba a llegar a su habitación.

Lo que le faltaban eran unos cuantos límites, decía el abuelo, pero nunca se los había puesto. Quizá porque había sido demasiado exigente con sus propios hijos, y ella llegó a su vida como un regalo del cielo para enmendar sus errores, como solía decir.

Pero el abuelo ya no estaba. Su camioneta se había incendiado y de él solo quedó un puñado de cenizas, que ella no sabía si eran de Anselmo o de los asientos del vehículo.

Catalina no había estado el día del accidente, porque se había aburrido de salir a emborracharse de noche y le pareció una buena idea volar a África para hacer un safari en Kenia. El abuelo no le había negado el dinero, ni le había hecho ningún reproche. Quizá porque cuando era más joven él había hecho un safari parecido. Pero le gustaba controlarla y le había mandado un mensaje cuando bajó del avión para saber si había llegado bien, que ella contestó con

un escueto sí. Los dos días siguientes le escribió para preguntarle si estaba disfrutando del viaje, y le clavó el visto porque estaba demasiado fascinada recorriendo el parque nacional Masái Mara con el grupo de turistas, y además, le molestaba que su abuelo estuviera pendiente de cada uno de sus movimientos.

¿Cuántas veces le había pedido que sentara cabeza? ¿Cuántas veces la había invitado a acompañarlo a su oficina para que se interiorizara de sus asuntos?, y ella le decía que era un pesado.

Se secó las lágrimas, y tragó saliva para quitarse el nudo que tenía la garganta. Pero las lágrimas seguían cayendo y el nudo no la dejaba respirar. No había valorado todo lo que él le había dado.

A pesar de que hacía s tres días que había muerto, sin velorio ni entierro y respetando su voluntad de que esparcieran sus cenizas en la cima de la montaña, la sala de la casa estaba inundada por el olor de las flores que enviaba la gente que lo había conocido y querido. También seguían llegando personas que lloraban y lamentaban su pérdida.

Después de su muerte, Catalina dimensionó lo importante que había sido el abuelo para toda esa gente que se acercaba a la casa y ella no conocía.

Los amigos decían que nadie podría reemplazarlo. Quizá tenían razón, puesto que Anselmo había sido un hombre autoritario y soberbio. Y su altanería lo había llevado a cometer su mayor error, que era infravalorar a sus hijos. Nadie hacía las cosas como él. Nadie era tan ingenioso, tan astuto, tan eficiente ni tan intuitivo para los negocios. Siempre estaba un paso por delante de la competencia. Si se enteraba que había una empresa, hotel o negocio en declive, allí estaba él, como ave de rapiña, soltando por su boca astuta las palabras precisas para conseguir quedarse con sus negocios. Una vez, Catalina se atrevió a decirle que le parecía injusto que se aprovechara de la pobre gente que tenía la soga al cuello. El abuelo soltó una carcajada, y le dijo que ninguno de sus hijos le había hecho esos cuestionamientos. «Esas personas te deben odiar porque

te estás aprovechando de sus desgracias», le dijo. «No me odian porque los estoy salvando de la ruina, Caty», le contestó.

A pesar de que sus métodos para apropiarse de lo ajeno eran cuestionables, Catalina lo quería. Él también la había querido.

El abuelo la había criado desde que tenía cinco años, que diablos. Le había prestado más atención que a sus propios hijos y nunca la había infravalorado, y eso que ella no tenía ningún logro para gozar de ese privilegio. Era cariño del bueno, sin pedirle nada a cambio. Catalina se sentía agradecida de que le hubiera abierto las puertas de su casa cuando su padre la dejó allí, como si fuera una carga que no estaba dispuesto a llevar.

Diez días después del entierro del abuelo, sus cuatro hijos se reunieron en la oficina del abogado para escuchar la lectura del testamento. Todos se quedaron desconcertados cuando vieron que Catalina estaba de pie en un rincón.

Si no hubiera tenido ganas de tirarse en la cama a llorar, la imagen de sus tíos con la boca abierta habría sido digna de plasmarla en una foto. No tenía dudas que se estaban preguntando qué hacía allí, si solo era la nieta producto de un desliz de su hijo Jerónimo. Ella tampoco sabía qué diablos hacía allí. El abogado del abuelo la había llamado el día anterior para pedirle que se presentara en su oficina, y no había tenido ánimo de llamar a su padre para preguntarle por qué la estaban citando a ella.

A pesar de la sorpresa y de la mirada despectiva de la tía Adelina porque sus dos hijos varones no habían sido citados, como murmuró, ninguno abrió la boca para quejarse. Todavía no se había leído el testamento y no iban a poner el grito en el cielo antes de tiempo. «Quizá le ha dejado un coche, o alguna asignación para sus gastitos», escuchó que Adelina le murmuraba al tío Plácido.

Los cuatro hijos de Anselmo se sentaron en las sillas que había frente al escritorio, Catalina seguía de pie en un rincón, sintiéndose una intrusa en ese lugar. Todavía tenía los ojos rojos de tanto llorar, porque su abuelo era lo más preciado que tenía y ya no

estaba. ¿Quién le iba a pedir que sentara cabeza? ¿Quién la iba a llevar en andas a su habitación cuando llegaba borracha y se quedaba dormida en cualquier lado? ¿Quién la iba a aconsejar?, aunque los consejos que le había dado el abuelo le entraban por un oído y le salían por el otro.

Se sentía culpable, porque ni siquiera le había respondido sus últimos mensajes. Solo le había clavado el visto, y no podía enmendar su error porque el abuelo ya no estaba. Se secó los ojos con el dorso de la mano y trató de mantenerse entera.

El abogado del abuelo, que estaba de pie detrás del escritorio, abrió la boca y comenzó a leer la última voluntad de Anselmo.

A su hijo Jerónimo, padre de Catalina, le legó el reloj de péndulo que estaba en la sala y avisaba con un *clang* el paso de las horas, para que aprendiera a cumplir con sus responsabilidades. Catalina sabía que ese regalo era por todas las veces que ella se había quedado sentada en el sillón, mirando el balanceo del péndulo mientras esperaba que él llegara a recogerla. Su llanto cuando no venía, su frustración cuando llamaba por la noche para decirle que las horas se le habían pasado volando y no había tenido tiempo para ir recogerla. Otras veces se excusa con un simple lo siento, la próxima vez no voy a defraudarte Caty, como la llamaba. Miró a su padre, que miraba el piso porque sabía que era la herencia que se merecía por todos los desplantes que le hizo a su hija cuando era niña.

El coche antiguo, que había sido el primer vehículo del abuelo cuando era pobre, se lo dejó a Felipe, porque siempre se había ocupado de mantenerlo en perfecto estado. Felipe salía todos los sábados a dar una vuelta para que las piezas no se quedaran pegadas por falta de uso, como solía decir. Lo lustraba, lo enceraba y lo reparaba demostrando el valor afectivo que tenía para él. Felipe negó con la cabeza y sonrió, pensando que su padre se había esmerado en demostrarles que conocía a la perfección a cada uno de sus hijos.

A Plácido le dejó abiertas varias cajas de ahorro con el dinero de las cuotas alimentarias que les debía a sus cuatro hijos, y una caja de preservativos para que no siguiera creciendo su descendencia cada vez que se le cruzaba una falda frente a los ojos. Sus deudas eran tan altas que esperaba que se sintiera agradecido de que lo hubiera salvado de ir a la cárcel. Adelina soltó una risa nerviosa, quizá porque no pintaba nada bien lo del testamento.

A su hija Adelina le legó todas las joyas que tenía en la caja fuerte, porque ella lo llamaba todos los días para recordarle que esa había sido la voluntad de su madre antes de morir, y el abuelo estaba cumpliendo con los deseos de su esposa. Le podría haber entregado mucho antes esas joyas, pero Catalina creía que al abuelo le gustaba hacer rabiar a sus hijos.

Todos estaban mudos y nerviosos, esperando saber a quién había dejado los hoteles, los campos, los negocios que iba adquiriendo cada vez que se le presentaba una oportunidad, y las oficinas de la ciudad donde Anselmo llevaba la administración de sus inversiones. La realidad era que el abuelo había hecho tantas inversiones, sin darle cuenta a su descendencia, que ninguno conocía bien el alcance de la herencia.

El abogado hizo una larga pausa, respiró profundo y rogó que las decisiones de su cliente y amigo no provocaran un escándalo en su despacho.

Después de unos minutos, en los que bebió un vaso lleno de agua, procedió a continuar con la lectura.

Plácido ya había recibido en vida la cabaña del campo y la casa de la playa, y como había demostrado que ni siquiera era capaz de mantener a los hijos, Anselmo no pensaba tirar por la borda sus negocios en un hombre tan irresponsable, que se tiraría su fortuna en diversiones en menos de dos años.

Adelina y Jerónimo tenían, cada uno, dos departamentos en la ciudad. Y como no habían hecho nada para aumentar sus ingresos, sino que habían incrementado sus gastos, no eran dignos de su confianza para confiarles su herencia. A pesar de eso, dejó estipulado que podían conservar sus puestos de trabajo y sus impresionantes salarios mensuales. Adelina, podía seguir sentada en

la silla del escritorio, simulando que revisaba papeles mientras se limaba las uñas o chateaba con sus amigas cuando creía que nadie la veía. Se escuchó un chillido femenino y las risas nerviosas de sus hermanos.

El abogado levantó la voz para que lo escucharan y siguió humillando a los hijos de Anselmo.

Jerónimo podía seguir viajando, dándose la buena vida en fiestas y cenas, mientras simulaba controlar el buen funcionamiento de los hoteles, porque si bien no era muy productivo, el ojo del amo engorda el ganado. Catalina dio un brinco cuando su padre descargó el puño sobre el escritorio.

—¡Eso es una mentira! —gritó Jerónimo.

Tres de los hijos habían perdido la calma. La verdad era que no le tenían mucho afecto a su padre, puesto que siempre los había menospreciado. Y estaban descubriendo que después de muerto los seguía infravalorando.

—¿Y quién es digno de su confianza? —gritó la pregunta Adelina—. Supongo que Felipe —respondió, sin esperar que el abogado revelara la maldita decisión de su padre de mantenerlos como simples empleados de su propia herencia.

—Te estás olvidando de Catalina, hermanita —dijo Plácido en tono irónico.

Catalina se estremeció. Ahí estaba el motivo por el que era la única nieta presente en la lectura del testamento. Desconocía la última voluntad de su abuelo, y rogaba que su decisión no la enemistara con toda la familia.

Cuando el abogado leyó la parte de la herencia que el abuelo le había dejado a su nieta, Catalina cerró los ojos como si no lo pudiera creer. El abogado siguió leyendo, pero ella dejó de prestar atención y se puso a mirar por la ventana los vehículos que circulaban por la calle, como un pobre intento de alejarse de lo que acababa de escuchar.

La oficina estaba envuelta en un caos. Todos los hijos de Anselmo se quejaban, gritaban, mientras el abogado seguía con la lectura a pesar de que, al igual que ella, ninguno le prestaba

atención. Catalina no gritó, no lloró, no se quejó, se encerró en su mundo interior intentando asimilar lo que había hecho su abuelo.

CAPÍTULO 1

Podría haber tenido la suerte de caer en un sitio más bonito, con más glamur. Quizá en un sitio con un centro comercial donde las tentaciones estaban al alcance de la tarjeta de créditos. Total, pagar los gastos era algo que nunca le había preocupado. Pero ya no tenía tarjeta para gastos ilimitados. Tampoco tenía saldo en su cuenta bancaria.

Por eso estaba de pie en la estación de autobús más pobre que había visto en su vida, preguntándose qué le había pasado por la cabeza al abuelo para quitarle todo lo que le había dado y mandarla a ese páramo. Una más de las muchas locuras que había cometido con ese testamento que los había dejado a todos con la boca abierta.

Todavía resonaban en su cabeza los gritos de Adelina y los insultos de Plácido y de su padre. Hasta el tío Felipe se había enojado. Y eso era algo que rara vez sucedía porque Felipe nunca perdía los papeles. Pero ese día cerró el puño, y al igual que su padre, lo descargó sobre el escritorio del abogado. «Mi padre debe haber perdido el juicio cuando redactó esta locura», dijo el tío Felipe. Ella pensaba lo mismo, pero no dijo nada.

El abogado les aseguró que Anselmo estaba en plenas facultades mentales, y que los testigos podían corroborar su estado de lucidez. Felipe se marchó dando un portazo. Todo el peso de las responsabilidades había caído sobre sus hombros. Catalina se escabulló de la oficina sin decir una palabra, y sin despedirse de la familia porque todavía no podía salir del desconcierto. Era la niña

mimada del abuelo, a la que le daba con todos los gustos sin cuestionarla y sin pedirle nada a cambio.

En su testamento había quedado claro que no era tan mimada ni tan querida como ella creía. El abuelo había estipulado que le cerraran la cuenta del banco donde él le depositaba dinero, y que le cancelaran el adicional de la tarjeta de crédito. Muda. Se había quedado muda.

El abogado le entregó un sobre con la herencia que le había dejado Anselmo, que consistía en un pasaje de autobús a ese pueblo que parecía un páramo, donde estaba La Esperanza, que era el nombre del sitio al que se tenía que dirigir, y un puñado de billetes para sus gastos que no le iban a durar ni una semana.

A pesar de que la tía Adelina había quedado furiosa por no heredar lo que esperaba, Catalina la imaginaba recostada en el sillón de su hermoso departamento, brindando con champán por la caída de la nieta preferida de Anselmo. La tía Adelina, al menos, tenía dos departamentos a su nombre y había heredado las joyas de su madre. Además, conservaba el trabajo y su abultado salario mensual. Ella, la preferida del abuelo, lo había perdido todo.

Su padre la llamó al móvil y le ofreció que se fuera a vivir con él por un tiempo, pero lo rechazó. Felipe le dijo que se mudara con él, y también lo rechazó. Aceptar sus ofrecimientos era darle la razón al abuelo, que la había tildado de inútil, irresponsable y con la cabeza llena de pájaros.

Tragó el nudo de dolor que tenía en la garganta.

El letrero de chapa oxidada le daba la bienvenida a Los Espinillos. Catalina pensó que el cartel no duraría mucho tiempo colgado de las cadenas con ese viento huracanado que soplaba de forma tan insistente. Era tan molesto que ella dejó de retirarse el cabello de los ojos. Qué importaba que su cabello pareciera un nido de pájaros, si ya no tenía dinero para ir a hacerse una nutrición a la peluquería.

Oteó el lugar, aunque no había mucho para recrear la vista. Y si lo había, desde allí no se apreciaba. No tenía dudas que la estación estaba alejada del centro del pueblo, porque allí no se veía ni una casa. Lo único que había era un grupo de árboles torcidos al otro lado de la calle. Supuso que los habían puesto para frenar el viento. No cumplían su objetivo.

La estación de bus donde estaba parada era un edificio rectangular bastante deteriorado. Suelo de cemento cuarteado, y unas vigas de madera sujetaban un techo de chapa lleno de agujeros. Si se largaba un diluvio, nadie correría allí para resguardarse del aguacero. Había dos bancos de madera contra una pared, mitad de ladrillo y mitad de vidrios. Pero los vidrios estaban llenos de polvo y no se veía lo que había adentro. Debía ser un salón sin ningún atractivo, como el lugar, aunque no había traspasado la puerta de dos hojas para comprobarlo. Ni pensaba hacerlo. Su ánimo ya estaba por el piso al ver el sitio adonde la había mandado su abuelo.

Una ráfaga de viento le revolvió el cabello y otra vez le tapó el rostro. Se colgó la mochila al hombro, agarró el bolso de mano, y tragando la indignación y la tristeza caminó para cruzar la calle de tierra.

Un adolescente se acercaba en bicicleta y derrapó para rociarla con la polvareda que había en la calle. «Bienvenida a Los Espinillos», gritó el chico y se carcajeó. Catalina frunció el entrecejo y lo siguió con la mirada mientras cruzaba la calle, pero tuvo que correr cuando una camioneta con la pintura azul descascarillada casi la atropelló. Le gritó al idiota que podría haberla matado, pero iba con el escape libre y no la escuchó.

¿Qué clase de dementes vivían en ese sitio? No era que le importara, puesto que no estaba allí para entablar amistad con los habitantes. Su propósito era… ¿Cuál era su propósito? Ni siquiera era su propósito, sino la maldita decisión de su abuelo. Pero no tenía deseos de rememorar el motivo por el que estaba allí.

Decidió emprender el camino hacia su destino. Qué irónico sonaba eso del destino, puesto que no era algo que ella hubiera proyectado, soñado o deseado. De niña le decía al abuelo que iba a ser veterinaria porque le gustaba salvar perros sin hogar. De adolescente se imaginó formando una familia con Pablo Peterson, el chico más guapo del instituto. Una casa, hijos, una familia feliz. Ella saldría de la casa con los niños, los dejaría en la escuela e iría a su trabajo, que podía ser una tienda de ropa de marca que le había regalado su abuelo. Pero el abuelo no le regaló una tienda de ropa y Pablo Peterson se quedó prendado de la reina de belleza del instituto, por lo que los planes de futuro de Catalina se fueron al diablo.

Menos mal, porque Pablo ya no era el chico de oro, su cabello lucía reseco, estaba excedido de peso y lleno de deudas. Su esposa había perdido el glamur de la juventud, y no era para menos. La pobre tenía que soportar la humillación de tener a los acreedores de Pablo tocando todos los días el timbre de su casa. El chico de oro había sido como una moneda falsa y la joven que había sido la reina del instituto, la que todos querían imitar, ahora caminaba mirando el piso y arrastrando los pies.

En ese momento Catalina no estaba mejor que la reina del instituto, puesto que su glamur se había quedado en la casa del abuelo. Su preciosa habitación, sus mejores prendas, el deportivo de color rojo, todos sus preciados tesoros. Hasta las botas de caña alta de color blanco y los tres biquinis que había comprado con la tarjeta del abuelo, antes de volar a Kenia, formaban parte del pasado. Le habían incautado todo.

Demasiado tenía con su debacle para pensar en los problemas de la reina del instituto. Pero ella no se iba a dejar vencer por las decisiones del abuelo. Podían haberle quitado todos los lujos, pero mantendría el orgullo intacto. Y con esa actitud emprendió su camino con la cabeza en alto y los pasos seguros de modelo que aprendió cuando, a los veinte años, se le ocurrió entrar a la academia de modelos. ¡Qué decisión desastrosa! Después de un año

de matarse de hambre con las dietas, renunció al descubrir la competencia y la envidia que había en el ambiente.

Caminó varias cuadras sin ver una sola casa y comenzó a preocuparse. ¿Habría un pueblo allí, o solo sería un caserío disperso? Se detuvo en un descampado sin saber qué diablos hacer. Sacó de la mochila las indicaciones que le había escrito el administrador. Se apoyó en un árbol raquítico y dio un brinco cuando se le enterraron varias espinas en el brazo.

—Deberías tener cuidado, princesa. Estos son los espinillos que le dan el nombre a nuestro encantador pueblo. Si cortas la palabra espinillo por la mitad te queda espi, y ahí te das cuenta que viene de espina —aclaró.

No sabía si el tipo era idiota o se estaba burlando de ella. Pensó en el incidente del chico de la bici y en la camioneta que casi la atropelló, y dedujo que en ese sitio todos debían ser flojos de entendederas.

—Qué extraños que son por aquí. Recién un chico me roció de tierra con su bici, otro casi me pisa con una camioneta llena de herrumbre, y tú te pones a hacer una disertación ridícula sobre los espinillos, sin contar que has llamado encantador a este sitio —dijo Catalina, y señaló el páramo.

No era su intención menospreciar el sitio donde vivía ese hombre, pero ella no estaba para bromas ridículas. Se frotó el brazo donde le manaban unas gotas de sangre que le estaban manchando su camisa rosa preferida. Una de las pocas prendas que había logrado rescatar de su vestidor. En realidad, lo de rescatar era un sinsentido puesto que se había salvado porque la llevaba puesta.

Cuando regresó de la oficina del abogado se dio con la sorpresa que la puerta de su habitación estaba cerrada. En el pasillo estaba Ramona, la empleada del abuelo. «Cumplo órdenes, tesoro», le aclaró llorando la mujer, que parecía más triste que ella. Le entregó una mochila y un bolso, que era todo lo que le permitieron llevarse. ¡Qué podía decirle!, si el odioso administrador del abuelo

estaba haciendo guardia en el pasillo para evitar que Ramona, movida por el afecto que le tenía, le franqueara el ingreso a su habitación para que pudiera elegir lo que se quería llevar. Era un hombre mayor, severo y acartonado, un viejo cascarrabias que tenía la misión de controlar que cumpliera con la locura que había estipulado Anselmo.

—Me parece a mí, o te has perdido en nuestro adorable pueblo, princesa —dijo el hombre, sacándola de sus pensamientos.

Ella había perdido al abuelo, y con su muerte había perdido la vida que tenía. Que podía importarle estar perdida en un pueblo desconocido.

—¿Crees que me preocupa perderme en este pueblo? No tienes ni idea todo lo que he perdido en una semana, macho —aclaró Catalina, dejando salir su ira—. Y quita el mote de princesa porque si alguna vez lo fui, no tengas duda que se quedó en el pasado. Si quieres darme una mano, solo dime cómo llego a la plaza o donde encuentro La Esperanza.

El hombre frunció el entrecejo. Debía pensar que estaba loca. No lo estaba, pero no era un buen día para lidiar con un donjuán. No debería haberle dejado saber que había perdido más que la ubicación de su nueva residencia. Pero el mote de princesa le recordó que ya no lo era, y la ira le jugó una mala pasada, por eso le soltó sus miserias sin enumerar todos los detalles, y menos mal. Él había querido bromear con ella, como lo haría con todas sus conquistas, pero ella estaba atravesando uno de los peores momentos de su vida. Estaba desesperada, desorientada, triste y furiosa.

Si lo hubiera encontrado en otro momento le habría parecido un tipo atractivo. Él era alto, de cabello castaño claro por debajo de los hombros y lo tenía totalmente despeinado. Nadie debía mantener un buen peinado en ese sitio. Y mientras ella estaba más tensa que las cuerdas de una guitarra, él estaba muy relajado, apoyado en un árbol sin espinas y con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros desteñidos. Tenía unos bonitos ojos azules y su sonrisa era

arrebatadora. Era un conquistador, no tenía dudas. Pero ella no estaba allí para ligar con ningún hombre, sino para encontrar el maldito destino que le había impuesto el abuelo.

—¿La chica Thompson? —preguntó, y la miró de arriba abajo, no con lascivia sino con curiosidad.

Catalina abrió la boca y la cerró para disimular su sorpresa, porque en ese pueblo, que era desconocido para ella, al parecer la estaban esperando.

—Parece que mi llegada no es una sorpresa —dijo Catalina.

—Lago comentó en el bar que alguien venia a ocuparse de la granja de Thompson.

¡Ocuparse de una granja! ¿Ese era su miserable destino? Ella ni siquiera sabía que Anselmo tenía una granja en ese lugar. ¿Pero qué diablos le había pasado al abuelo por la cabeza cuando decidió la parte de la herencia le tocaba a ella? Debería haberle puesto un reto que pudiera cumplir, como administrar uno de sus hoteles en alguna playa paradisíaca, o dejarla a cargo de esa encantadora tiendita de regalos que había adquirido unos meses atrás. ¿Acaso se había vuelto loco? Claro que no. Anselmo sabía que el hotel o la encantadora tiendita no serían un reto para ella.

¿Qué sabía ella de granjas? No era una ignorante. Había terminado el instituto con buenas notas y a los veinte había ido a una escuela de modelaje. «Una experiencia de vida que no te habría dado ninguna universidad», como le gustaba jactarse al abuelo cuando ella le contaba lo difícil que era hacer amigas en la academia. Allí había aprendido una de las mejores lecciones sobre la competencia y la envidia, como decía el abuelo. En eso tenía razón, porque la señorita Pini Silvestre no solo les enseñaba a caminar, a posar, a poner cara de nada y a morirse de hambre para mantener un cuerpo tan delgado como un junco, sino que les había enseñado todas las artimañas para barrer de un plumazo a la competencia. Y sus compañeras se lo habían tomado a pecho. Era una guerra por quién se movía mejor, quién era más linda y más delgada, quien era

más ladina para superar a las otras. Pero lo más deprimente era la competencia por quién era más astuta para conquistar al hijo de la señorita Pini. Un desastre que prefería no recordar.

El abuelo estaba encantado con la señorita Pini, y le había asegurado que si bien lo de caminar con elegancia era una estupidez, las otras lecciones le serían muy valiosas para la vida.

Apartó a la señorita Pini de sus pensamientos y se concentró en su desastroso presente. Ese hombre le acababa de decir que su destino era una granja. Seguro que la había malinterpretado cuando le dio el nombre de su nueva residencia.

Estaba tan inmersa en su debacle que había pasado por alto el nombre del hombre que había divulgado su llegada al pueblo. ¡Lago! ¿Lago?, y entró en pánico. ¿Cuántos hombres se llamaban Lago en el mundo? Era un nombre tan extraño que el idiota debía ser el único con ese nombre. Maldición. Esto cada vez se ponía peor.

—¿Has dicho Lago? —preguntó, y su voz sonó más desesperada que cuando descubrió lo de la granja.

—Eso he dicho. ¿Lo conoces? —preguntó el hombre, y arqueó las cejas. Esto cada vez se ponía mejor, pensó al ver que la joven pasaba de la angustia a la desesperación. ¿Qué relación tenía esa belleza con Lago? Tenía que averiguarlo.

Catalina se puso en alerta al descubrir la curiosidad que se reflejaba en el rostro de ese hombre, que parecía ansioso por conocer qué relación tenía con Lago. Ella no iba a saciar su curiosidad sobre si conocía o no al arrogante de Lago. El tipo también estaba disfrutando con su debacle, y dedujo que quería verla perder la compostura. No le iba a dar con el gusto de ponerse a gritar como loca.

Catalina creía, o deseaba creer, que él se había equivocado con lo de la granja. Ya le había demostrado con la ridícula disertación de la palabra espinillos que era flojo de entendederas. Quizá estaba confundiendo la casa que le había dejado el abuelo con una granja que tendría el mismo nombre. Aunque con Lago no había

forma de confundirse. Era un nombre rebuscado, que solo debía tener él.

—Mira, solo necesito que me digas como llegar al centro del pueblo. Por las indicaciones que me han dado, mi nueva residencia está cerca de la plaza, es decir, en el centro —repitió la palabra centro para que entendiera que lo de una granja tan cerca del pueblo era ridículo.

El hombre soltó una carcajada al escucharla hablar de residencia. Ella no supo interpretar su burla, pero se alegró de apartarlo de la curiosidad que tenía por conocer su relación con Lago.

—Deja que mire las indicaciones —dijo, y se acercó con la mano extendida.

Ella no era idiota y podía comprender un plano elemental donde ponía que tenía que llegar a la plaza, doblar en la esquina del bar Los Túneles y caminar diez cuadras hasta una casa que tenía un buzón azul y un cartel que ponía La Esperanza.

—No sé ni tu nombre —dijo Catalina.

—Soy Cristian —dijo el hombre.

Eso no le decía nada sobre el hombre. Pero Catalina asintió y le tendió la hoja de cuaderno que le había entregado el odioso administrado del abuelo. Cristian se quedó mirando el plano. Arrugó la frente. Se frotó la barba de varios días, y por fin la miró.

—Aquí pone que son diez cuadras desde la plaza.

—Eso ya lo sé —aclaró Catalina.

—Te acompaño —dijo.

Catalina no tenía deseos de hacer el trayecto con un idiota que quería hurgar en su vida para divertirse con sus desgracias. Pero teniendo en cuenta la bienvenida del jovencito de la bici y que un asesino al volante casi la había atropellado, sin olvidar que allí vivía

Lago, decidió ser cortés para no seguir sumando enemigos apenas ponía un pie en el pueblo.

—No es necesario que te molestes. Solo dime dónde está la plaza. Es imposible que me pierda.

Era imposible que se perdiera, pero dudaba que supiera que al sitio donde iba ni siquiera había cuadras. Y él quería verle la cara cuando tuviera delante de sus ojos la residencia que la esperaba.

—No es molestia. Justo voy hacia la plaza —aseguró, le quitó el bolso de la mano y caminó a zancadas esperando que ella lo siguiera.

Ella no quería su compañía. Quería caminar sola para seguir lamiéndose las heridas, que cada vez eran más, puesto que desde que puso un pie en el pueblo, al viento que estaba haciendo estragos en su cabello, se le sumó la supuesta granja y Lago. Pero él hombre le había arrebatado el bolso y no le quedó más opción que seguirlo.

La plaza estaba en el centro. Tenía espinillos, ¡cómo no!, y algunos pinos que alegraban un poco el espacio. Tenía varios caminitos de tierra bordeados por flores de margaritas que estaban algo mustias, y había unos bancos de madera pintados de colores. Al frente estaba la iglesia, la comisaría, el municipio y algunos negocios, entre ellos el bar Los Túneles. La calle del centro se extendía hacia un lado y otro de la plaza. Estaba pavimentada y se veían muchos carteles de comercios. No estaba tan mal como se había imaginado, ni tan pobre como la estación de bus, pero comparado con la ciudad este sitio parecía una aldea.

Catalina no solo miró el centro sino que oteó hacia todos lados tratando de no encontrarse con Lago. No quería ver su arqueo de cejas cuando la viera aparecer con la cola entre las patas en lo que dedujo que era su pueblo. Se estremeció al imaginar la vida espantosa que la esperaba por las injustas decisiones de su abuelo. ¿Qué le había pasado por la cabeza para mandarla a un lugar tan deprimente, en el que vivía su enemigo? Quizá el tío Felipe tenía

razón cuando le preguntó al abogado si Anselmo había estado en sus cabales.

Nunca había hecho una pataleta, y no iba a empezar ahora por la decisión de Anselmo. No sabía de qué se asombraba, si después de lo que el abuelo había dejado escrito en su testamento sobre ella, dudaba que alguna vez la hubiera querido. Y eso le dolía más que haber perdido la vida de lujos que le había dado.

El hombre caminaba rápido y a ella le costaba mantenerle el ritmo. A medida que recorrían las calles, Catalina descubrió que había más casas de las que imaginó. El pueblo no era tan pequeño como pensaba.

—Cuando me bajé en la estación, pensé que esto era un páramo —dijo Catalina.

Los Espinillos no era un páramo, pero tampoco era tan grande. Ella solo había tenido la suerte de transitar una de las calles más pobladas y bonitas, y él no iba a contradecirla.

—No sé por qué te dejaron en la vieja estación —comentó Cristian—. Esa parada solo la usan unos pocos campesinos porque les queda más cerca de sus campos. La nueva estación a ti te habría ahorrado mucho trayecto.

Con razón el conductor del autobús le había preguntado si estaba segura de querer bajarse en ese sitio. El maldito administrador le había jugado una mala pasada cuando le insistió en que se bajara en la primera parada de Los Espinillos. Todo parecía una maquinación perversa para hacerla desistir. Pero no iban a lograrlo, no porque le gustara el sitio, sino porque no iba a darles con el gusto de salir huyendo, por más que allí viviera el recto y odioso Lago.

Decidió concentrarse en las viviendas del pueblo para no amargarse con las tretas del abuelo y del viejo ladino del administrador, que debía ser quien se iba a encargar de comprobar que cumpliera lo acordado por Anselmo.

En esa zona había unas casas hermosas, con unos jardines tan grandes que no había más de tres viviendas por cuadra. Era un lugar encantador. Y mientras rogaba que alguna fuera la de ella, suplicaba que no apareciera por alguna de las puertas Lago Sanders. Lamentablemente, mientras recorría las cuadras no vio ningún buzón azul o un cartel que dijera La Esperanza.

Su desesperación creció cuando la calle pavimentada de repente se hizo de tierra y las bonitas casas desaparecieron. Solo se veía una tranquera por cuadra, con un caminito de tierra que llevaba a una casa que estaba alejada del camino. Esto cada vez se ponía peor. Lo de la granja ya no era un error, dedujo.

Iban subiendo una cuesta y Cristian la sentía jadear. La mujer no tenía estado físico ni para una caminata. Era tan delicada que no iba a durar ni un día en Los Espinillos. En realidad, no duraría ni un par de horas en La Esperanza.

—¿Conocías a Thompson, Cristian? —gritó Catalina, para que la escuchara porque le había sacado media cuadra.

Él se detuvo a esperarla.

—El apellido Thompson es bastante conocido por aquí.

—¿Y qué opinión tienen de Anselmo? —preguntó Catalina. Si iba a tener que quedarse allí, esperaba que tuvieran un buen concepto del abuelo, porque eso podía hacerle más amena su estadía. Aunque con Lago viviendo en el mismo sitio, lo dudaba.

—Todos te van a decir que era soberbio, egocéntrico y autoritario, pero también que era un hombre justo, princesa —comentó, usando de nuevo el mote que la llenaba de ira.

—No tengo nada de princesa —repitió Catalina.

—No entiendo el motivo por el que has venido a parar a este sitio. Dudo que te sientas a gusto —comentó Cristian. Ella vestía camisa rosa, pantalón de seda blanco y sandalias con algo de taco. Era demasiado exótica, y estaba seguro de que no encajaría en ese sitio ni con pegamento. ¿Pero quién era él para hacer juicio de

valor?, nadie. Él solo se ofreció a acompañarla para estar un paso por delante de Lago, y de paso divertirse un rato cuando le diera un ataque de histeria al ver su residencia. También quería sonsacarle de dónde conocía a Lago, pero ella había esquivado su pregunta con astucia—. Quizá te envió aquí porque conoces a Lago —dijo, esperando que soltara algún dato.

¡Qué hombre insistente! No perdía oportunidad por averiguar de dónde conocía a Lago. Tenía ganas de mandarlo de paseo, pero se contuvo. La verdad, que en algo coincidían. Ella también dudaba de adaptarse a un sitio tan rústico.

—Podrías ir más despacio. Creo que no tengo la ropa apropiada para estos caminos.

—Yo también lo creo —dijo, y sonrió porque la princesa seguía en su postura de no soltar nada relacionado con Lago. No le importó, en un pueblo todo se sabía, y pronto lo iba a averiguar—. Ya casi llegamos —aclaró.

Catalina nunca había corrido tantas cuadras con prendas inapropiadas. Ella se había vestido para ir a la oficina del abogado. Había querido tener buena presencia, pero nunca se imaginó que en la casa del abuelo se encontraría con su habitación cerrada. Nunca se imaginó que la iban a despachar de su propio hogar con lo puesto, un bolso, una mochila y un puñado de billetes.

A ese hombre le daban cuerda, porque caminaba a una velocidad que ni trotando lo podía alcanzar. Además, ya llevaban un buen trayecto en donde solo se veían campos. Seguro que las diez cuadras era otra de las mentiras del viejo zorro del administrador, porque el viaje a la que sería su casa se estaba haciendo eterno.

Entonces comenzó a dudar de su acompañante. ¿Quién diablos era ese hombre?, se preguntó. Cristian era solo un nombre y se maldijo por haber confiado en un extraño. Podía violarla en el descampado, y por más que gritar como una loca nadie vendría a ayudarla.

Entre las conjeturas, la desconfianza, la falta de aire y el miedo, se había olvidado de que su "querido" abuelo no solo la había desplazado de su hogar, también la había alejado de su familia para depositarla en medio de la nada, como si después de muerto le dejara ver que la consideraba tan inútil como a sus hijos. Bueno, quizá no estaba tan equivocado, puesto que nunca había querido acompañarlo a las oficinas y nunca había demostrado interés por sus negocios. Tampoco había querido estudiar, salvo su pequeña incursión en la academia de la señorita Pini. Pero después de su pésima experiencia, y algunas decepciones más, su pasatiempo preferido era gastar el dinero del abuelo.

Mientras seguía avanzando por esa calle de tierra, apareció otra tranquera. Oteó el campo hasta que divisó una casa rodeada de árboles, y supuso que los plantaban para frenar el viento. Era tan molesto, que contribuía a que el lugar le pareciera más deprimente.

La verdad, que el sitio tenía su encanto. Había campos sembrados, campos de pastos verdes, cabras y vacas pastando. El terreno tenía unas bonitas lomadas. Había algunos caballos, gallinas y árboles que no eran espinillos. Lejos, muy lejos, se vislumbraban las siluetas de unas montañas. Pero ella tenía una mirada pesimista y solo pensaba que tendría que vivir en un páramo, con el viento dejándole la piel acartonada y el cabello tan duro como una escoba de paja. ¿Por qué diablos había aceptado? ¿Acaso tenía otra opción?, sí que la tenía.

Podría haber aceptado la oferta de su padre o la del tío Felipe, pero eso implicaba rendirse antes de empezar. Y ella no era una cobarde. Además, quería demostrarle al abuelo que no era tan esnob como él creía. Algo ridículo puesto que el abuelo ya no estaba.

También aceptó porque, pese a todo lo que le estaba pasando, el abuelo era la persona más importante de su vida. Él era quien había llenado sus vacíos afectivos. Era quien la llevaba a tomar un helado o a un parque de diversiones cuando de niña la veía sentada en el sillón de la sala, con las mejillas mojadas por las

lágrimas, mientras miraba como las horas pasaban en el reloj de péndulo y su padre no iba a buscarla. Era quien cenaba todas las noches con ella, y quien le pedía a escondidas a Ramona que le hiciera su comida preferida. Y cuando la veía triste, le leía un cuento. El abuelo era un hombre muy ocupado en sus negocios, y era un poco aventurero. Muchas veces se ausentaba durante varios días para hacer alguna excursión de riesgo, que no era apta para ella, como le explicaba. Algunos fines de semana no estaba en la casa, pero siempre dejaba una persona de su confianza para que la atendiera, la llevara a un parque, al colegio, a comer o a la casa de alguna amiguita. Su infancia fue diferente de las de sus amigas. No tenía un padre presente, ni madre, ni hermanos, pero le gustaba vivir con el abuelo.

—Bienvenida a tu residencia, princesa —dijo Cristian, y esbozó una sonrisa.

Perdida en sus pensamientos no vio que Cristian se había detenido junto a una tranquera de madera, con un buzón que tenía la pintura azul desconchada. Pero no tenía dudas que había llegado porque agarrado de un tronco torcido estaba el cartel de madera que decía La Esperanza.

Catalina abrió la boca y la cerró al ver que Cristian le estaba sonriendo con burla. Ya no tenía dudas de que la había acompañado para divertirse con su reacción. Ella se estremeció de pánico ante el campo infinito que se extendía más allá del alambrado. A lo lejos se veía la residencia, que solo era una cabaña de madera azotada por el viento, porque no había árboles que la rodearan. Bueno, había un árbol solitario en uno de los lados. Era una casa grande, de dos pisos y con una galería enorme, pero no estaba en buen estado. Estaba abandonada.

A varios metros había un gallinero y un establo en el mismo estado deplorable, y cerró los ojos porque no tuvo ánimo de seguir mirando en lo que se convertiría su vida desde ese momento.

¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a adaptarse a ese páramo espantoso, y a ese viento que la volvía loca? ¿Cómo iba a vivir allí

después de haber tenido todos los lujos al alcance de su tarjeta de crédito?

—¿Sorprendida? —preguntó Cristian.

Si ese descarado estaba esperando que se pusiera a llorar, ella no iba a darle con el gusto.

—Solo porque las diez cuadras parecen cien —aseguró, y forcejeó para abrir la tranquera.

—Yo no le haría tanta fuerza —dijo Cristian sin mover un dedo para ayudarla, y arqueó las cejas cuando la tranquera terminó en el piso. La princesa hacía malabares para mantenerse en pie y a Cristian se le escapó una risa—. Me olvidé de decirte que no tenía goznes, pero ahora ya lo sabes.

—Ya lo sé —gruñó Catalina, y entró esquivando la maldita tranquera—. Hay mucho trabajo para hacer, como ponerle goznes a la tranquera —aclaró, aunque no tenía idea cómo se hacía eso. Su única certeza era que ni loca iba a dejar que ese hombre la viera hacer un escándalo. Se limpió el polvo de las manos en el pantalón de seda blanco, y sintió el pinchazo de una astilla.

—¿Decepcionada con tu residencia? —preguntó el odioso hombre.

Estaba agotada, con la ropa sucia y el cabello tapándole la cara. Un ciclista la había llenado de polvo, otro casi la atropelló con la camioneta. Un espinillo le había hecho sangre y tenía manchada su camisa rosa preferida, y se acababa de enterrar una astilla en la mano. Y encima ese hombre despreciable estaba empecinado en verla chillar como una urraca. Claro que quería gritar, porque a todos esos pequeños contratiempos tenía que agregarle que había heredado una granja abandonada en el mismo pueblo donde vivía Lago Sanders. Quería gritar, llorar y patalear. Quería mirar al cielo y gritarle a su abuelo que era un desalmado y que nunca la había querido. Pero enderezó la espalda, se sacudió la tierra de las manos dando una palmada, y poniendo en práctica las enseñanzas de la

señorita Pini, entró con sus andares de modelo a lo que sería su nuevo hogar.

—Para nada. Me encanta la rusticidad de mi residencia. Ya nos veremos en algún momento —aclaró, le daba la espalda y lo saludó con la mano sin girarse a mirarlo porque no quería que viera en su rostro lo sola que se sentía.

—Dudo que tengas algo para comer —gritó Cristian.

—No te preocupes, que estoy acostumbrada a arreglarme sin ayuda —aclaró. No sabía ni hacerse un huevo frito, por suerte tenía el estómago cerrado y lo que menos le preocupaba era qué iba a comer. Ella quería entrar a la casita abandonada, cerrar la puerta y dejar salir el grito de ira que estaba conteniendo.

—Los negocios abren a las seis de la tarde, por si necesitas hacer alguna compra. Si quieres esta noche te puedo traer la cena —gritó Cristian. Ella no había tenido ningún ataque de histeria, y él debería sentirse mal por haberla juzgado sin conocerla. Pero él jamás se echaba al hombro remordimientos de conciencia.

—Gracias, pero he traído algo de comida en la mochila. Has sido un vecino encantador —dijo Catalina, subió la escalerilla de la galería con cuidado porque las tablas parecían podridas y tuvo miedo que se partieran bajo sus pies. Cuando estuvo en la galería se giró hacia donde estaba Cristian.

—Siento mucho tu pérdida, princesa. Tu abuelo era querido por estos lados —dijo Cristian.

Catalina lo miró sorprendida. Ella no le había dicho que era la nieta de Anselmo, aunque él solito había llegado a la conclusión de que era la chica Thompson. Tampoco le había dicho que el abuelo estaba muerto. ¡Y lo sabía! ¿Cuántas cosas más sabía ese hombre que había aparecido de la nada en el páramo y la había acompañado a la casa? Hasta sabía que la tranquera no tenía goznes.

Tenía un nudo en la garganta, y las malditas lágrimas comenzaron a caer por sus ojos delante de ese hombre que había

simulado un encuentro casual. Si su intención era disfrutar de su caída, lo había logrado.

—Dudo que te importe mi pérdida. Pero gracias —dijo Catalina, y se giró para entrar a la casa abandonada.

—La llave está debajo de la maceta con el geranio que está junto a la puerta —gritó Cristian.

Catalina levantó el dedo medio para no girarse y ponerse a gritar como una loca, porque para eso la había acompañado maldito cretino. Y dedujo que ese hombre era otro enviado del abuelo, que desde el más allá seguía dirigiendo la vida de sus hijos, y de su nieta preferida. ¿O lo habría enviado el insufrible de Lago? Quiso llorar, pero le salió una risa histérica. Se giró para ver si Cristian seguía allí, pero ya se había ido.

Estaba en medio de un campo, más sola que a los cinco años, cuando su madre la entregó a su padre y él, en lugar de acogerla en sus brazos, la dejó en la casa de un abuelo que no conocía.

CAPÍTULO 2

Lago había estado parte de la mañana esperando en la estación a la nieta de Anselmo, pero ella no había llegado en ninguno de los autobuses. Lago sabía que iba a detestar el pueblo apenas pusiera un pie en la terminal, y se la imaginó sacando un pasaje para regresar por donde había venido. Pero al parecer ni siquiera se le había pasado por la cabeza aceptar la decisión de su abuelo.

Tenía que reconocer que todavía estaba triste y desconcertado con la muerte de Thompson, aunque más desconcertado estaba con la decisión de mandar a su nieta a un lugar que no era idóneo para una belleza exótica, acostumbrada a una vida rumbosa.

Pero quién era él para hacer suposiciones. Solo el hombre que habían elegido para ayudarla ¿A adaptarse al pueblo? ¿A resignarse a vivir de forma rudimentaria? No tenía idea. Él tenía que ayudarla y ya vería sobre la marcha como lo hacía, pensó, y vio acercarse a su abuela Rosa por el andén de la terminal. Venía a paso rápido y con la bolsa de las compras en la mano.

—He venido para que no sigas esperando como un pasmarote, porque la nieta de Anselmo ya llegó al pueblo. Se bajó en la vieja estación.

—¡Qué! —exclamó Lago—. ¿Y tú como lo sabes?

—Es de lo único que se habla en el centro. Parece que Cristian se la encontró de casualidad en un descampado y la

acompañó hasta La Esperanza.

Todos estaban enterados menos él, que estaba parado como un pasmarote, como decía su abuela, esperando que la nieta de Anselmo llegara.

Con Cristian las casualidades no existían. Lago conocía todas sus tretas. La culpa era de él, que cometió el error de contar en el bar que la nieta de Thompson venía a instalarse al pueblo. Había sido un descuido imperdonable de su parte, y todo porque la noticia le cayó como si un yunque hubiera aterrizado en su cabeza. Era un estúpido. Debería haber contenido su furia y cerrado la boca. Debería haber imaginado que Cristian tendría ojos hasta en la nuca para cruzarse "accidentalmente" con ella antes que él.

Tenía que admitir que no estaba contento de recibirla. Pero una cosa era lo que deseaba y otra lo que tenía que hacer. La joven estaba viviendo una pesadilla, y tenía que dejar de lado sus rencillas del pasado para cumplir con lo que le había pedido el abogado de Thompson.

El problema era que Cristian se le había adelantado y la había dejado en un campo abandonado, sin que le importara que no solo había perdido a su abuelo, sino la vida que había conocido hasta ese momento. ¡Qué le iba a importar a Cristian!, si debió estar toda la noche maquinando la forma de encontrarla antes que él.

Lago podía enumerar los motivos que movían a esa alimaña. Primero: Cristian estaba furioso de que Anselmo no le hubiera pedido a él que ayudara a su nieta. Segundo: porque quería ganarle una pulseada, aunque para Lago esto no era una competencia, sino una maldita obligación. Y tercero: porque quería reírse de la decepción de la nieta de Anselmo cuando descubriera la herencia que le había dejado el abuelo. Cristian disfrutaba de las desgracias ajenas, él era un ejemplo de ello.

Lago estaba tan indignado que quería ir a buscarlo para sentarlo de una trompada mientras le soltaba unos cuantos insultos. Él no era un hombre de perder los estribos. Algunos decían que

tenía la paciencia de un santo. Eso era una exageración. Si alguien lograba alterarlo, ese era Cristian Sergei. Eran tantos los accidentes que había sufrido por su culpa, que todas las cicatrices que tenía eran por las agresiones de Cristian o por las peleas que había tenido con él. Pero esas cicatrices no eran nada comparadas con otras heridas que le llevaron mucho tiempo sanar.

Él ya no resolvía sus problemas con Cristian a trompadas, aunque eso no impedía que lo despreciara. Se maldijo por perder tiempo pensando en ese idiota, cuando tenía un asunto más importante que resolver.

Le gustara o no, la nieta de Anselmo era su responsabilidad y tenía que ayudarla a adaptarse al pueblo y a su nueva realidad. Algo que habría sido más fácil si Cristian no hubiera salido a la caza de la joven para dejarla sola en un sitio aislado, en un páramo, sin importarle que estaba pasando el peor momento de su vida.

Y ahora él tenía que encontrar la forma de que ella viera la belleza en un lugar donde, para ella, la belleza brillaba por su ausencia. Él sí la veía, pero qué podía ver Catalina Thompson en Los Espinillos, si se había criado rodeada de lujos y se movía por los sitios más exóticos del mundo. Ella no cenaba en un bodegón de pueblo, sino en un restaurante con estrellas Michelin. Ella no compraba sus prendas en la tienda de Nancy, sino en las mejores tiendas de un centro comercial. Ella no iba de vacaciones a pueblitos rurales, sino a islas paradisíacas y hoteles cinco estrellas.

Lago la conocía en persona y dudaba que se pusiera feliz de verlo. Él tampoco tenía un buen recuerdo de su encuentro, no por ella, que era una especie de estrella brillante en el horizonte, aunque una estrella esnob; sino porque cuando se conocieron él no estaba pasando un buen momento.

Recordaba que a Anselmo le brillaban los ojos y le explotaba el corazón de emoción cuando hablaba de su querida nieta. Por Thompson sabía que de niña había sido temerosa, y que siempre había intentado congraciarse con su abuelo porque tenía miedo que la echara de la casa. Conocía que arrastraba esos temores desde los

cinco años, cuando su madre decidió que era demasiado joven para hacerse cargo, y se la entregó al padre, el hijo de Anselmo, que como tampoco quería hacerse cargo, la dejó con su abuelo. Sabía que en la adolescencia se había descarriado, que bebía de más, que vivía de fiesta en fiesta, que viajaba a lugares exóticos. También sabía que Anselmo estaba preocupado porque si le pasaba algo, ¿qué iba a ser de su nieta?

«Si me llegara a pasar algo, la voy a mandar a Los Espinillos porque sé que tú vas a saber ayudarla a encontrar su camino». Eso le dijo el día que Lago la conoció, cuando su nieta tenía veinte años y él veinticinco. Y mientras escuchaba con asombro la decisión del viejo, él no había podido quitar los ojos de su adorada nieta, que estaba en la piscina con un biquini tan diminuto que bien podría haber estado bailando desnuda, y que bebía alcohol como si hubiera estado una semana en desierto. No estaba sola, sino con un grupo de amigos tan alocados y ebrios como ella. Era encantadora, provocadora y esnob.

Lago no había podido creer que Thompson le hubiera hecho semejante pedido. Aunque no era un pedido, simplemente le estaba endilgando la responsabilidad de enderezar a la descarriada. Ella tenía padre y tíos, pero el viejo lo había elegido a él, que no sabía que iba a hacer con su propia vida, mucho menos sabía cuál era el camino de su nieta.

Quizá eso también influyó para que Catalina Thompson le cayera como una patada en la cabeza. Pero Anselmo no habría aceptado una negativa, y no tuvo más remedio que asentir, aunque por dentro rogaba que nunca le pasara nada. Pero había pasado, y tenía que cumplir con su promesa.

Lago se preguntaba cómo iba a ayudarla a encontrar su camino si su propio abuelo había sido incapaz de hacerlo.

Su idea era recibirla y explicarle el potencial de la finca, como una forma de allanarle el camino antes de que echara a correr al ver el abandono. Arqueó las cejas porque su idea era ridícula, puesto que el potencial de la granja no estaba a la vista.

El problema era que Cristian se le había adelantado y le había arruinado los planes. O quizá no. Quizá si ella se lo encontraba a él apenas ponía un pie en la estación autobús, habría huido despavorida antes de llegar a la granja. Quizá en lugar de sentar a Cristian de una trompada, tenía que ir a darle las gracias. Sonrió, y siguió caminando por la calle de tierra que lo llevaba a La Esperanza.

¿Qué estaría haciendo Catalina en ese momento? ¿Maldiciendo su mala suerte? ¿Llorando por la muerte de su abuelo? Quizá las dos cosas. Pronto lo iba a descubrir porque estaba a dos cuadras de La Esperanza.

***

Catalina estaba de pie en ese páramo que le había dejado el abuelo sin saber si gritar como una loca o ponerse a llorar. La granja era real, como le había dicho Cristian, solo que allí no había nada más que los restos de lo que alguna vez fue.

Al ver el desastre no se animó a entrar a la cabaña por miedo a encontrarla en el mismo estado deplorable que los campos. Lo que tenía delante de los ojos no le daba buena espina. Recordó la ridícula disertación sobre las espinas del idiota que la había acompañado y se le escapó una risa histérica.

El viento seguía castigando su cabello. Sentía el rostro seco, como acartonado, y ni siquiera sabía si Ramona había metido en el bolso sus cremas hidratantes. Con lo pequeño que era ni siquiera le habría puesto un jabón para bañarse. Quizá no tenía agua. Se le resbalaron las lágrimas y las dejó correr porque allí no había nadie presenciando su caída.

El sonido de unos pasos partiendo unas ramas secas le advirtió de que se había equivocado. Alguien venía caminando y estaba a unos pasos de ella. Se giró alarmada, y se quedó paralizada al ver al único hombre que tenía intención de esquivar como a la peste.

Lago Sanders estaba allí, observando cómo había caído desde la última vez que se vieron, con la ropa llena de polvo, la camisa

manchada de sangre, el cabello tapándole la cara, y esas lágrimas que dejó salir porque creía que estaba sola. Se las secó de un manotazo y lo miró con desprecio.

—Pensé que él día no podía ir a peor —ironizó Catalina.

La chica de biquini diminuto, la que siempre estaba rodeada de amigos que la adulaban mientras bebían alcohol como si fuera agua, estaba allí de pie, más enojada que el día que le exigió que regresara a su casa para continuar con la vida miserable que había tenido hasta antes de encontrarse con la generosa ayuda de su abuelo.

Todavía recordaba sus andares de modelo, sus bailes provocadores. Sus desfiles con prendas exóticas, y sus poses en la piscina mientras alguien le sacaba fotos. Era una belleza exótica, de cabello castaño, ojos marrones astutos, nariz pequeña y labios ni finos ni gruesos, y él… se maldecía porque no podía dejar de mirarla. Era muy jovencita por aquella época, solo tenía veinte años, pero quería demostrarle que tenía mucha calle, mientras que él solo era un pueblerino sin nada de mundo. En su nueva realidad estaba descubriendo que su calle ya no estaba bañado en oro sino rociado de polvo.

—También me alegro de verte, Catalina Thompson —dijo Lago, sorprendido con su agresividad. Claro que no esperaba que se lanzara a sus brazos y le suplicara que hiciera algo para devolverla a su vida rumbosa, pero quizá un saludo de compromiso, como lo estaba haciendo él.

Ella tenía el rostro demacrado y se había secado las lágrimas a manotazos cuando descubrió que no estaba sola. Por un instante Lago vio la desesperación en sus ojos. ¿Se habría estado preguntando qué iba a ser de su vida?, y él tuvo ganas de abrazarla. Pero ella elevó la barbilla y se recompuso. Estaba decidida a mostrarse entera, segura, invencible, aunque estuviera rota por dentro. Tenía el cabello despeinado, y esas prendas, más acordes para una tarde de cóctel con sus amigos que para una granja, estaban sucias de polvo. Pero nada ensombrecía su buena cuna ni

su belleza. Este no era su mundo, él lo sabía bien, y sintió una pizca de admiración al ver cómo intentaba disimular con toda su alma que había chocado con una realidad que le era ajena. De princesa a campesina.

Esos ojos marrones seguían mirándolo con la altanería de antaño. Lago supuso que debía pasar un tiempo en la granja para que se le bajaran los humos y comprendiera que la reina había perdido la corona, y que ahora era una persona que tenía que luchar para llevarse un plato de comida a la boca.

—Lo dudo. Pero siempre has sido educado. Todavía recuerdo que hasta para mandar al diablo a las mujeres, lo hacías con altura.

Él había cambiado mucho después de cinco años, pensó Catalina. Si Cristian le había parecido atractivo, Lago la dejó con la boca abierta. Era más alto que Cristian, y estaba más musculoso que cuando lo conoció. Tenía el cabello castaño claro revuelto por el viento, pero a él le daba un aire desenfadado. Y esos ojos del color de las hojas secas que a los veinte la habían dejado hipnotizada, seguían conservando el efecto de antaño. La intensidad de su mirada la hizo temblar. Él era el único hombre que nunca había olvidado, quizá porque nunca bailó como un mono a su alrededor, como decía el abuelo.

—Lo hacía con todo el respeto que me inculcaron en la vida miserable de la que decías que tu abuelo me había sacado —dijo Lago, soltando las hirientes palabras que ella le lanzó cuando no sucumbió a sus encantos y sus provocaciones.

—Veo que quedaste traumatizado con mis palabras.

—No te des tanta importancia. Solo me dolió que dieras por sentadas mis miserias, como llamaste a mi vida, desde tu propia ignorancia —aclaró Lago.

—¿Me estás diciendo ignorante? —preguntó Catalina.

—Eras demasiado joven y altanera. Y te creías con derecho a catalogar mi vida sin conocerla. Supongo que has madurado con los

años y ya no juzgas la vida de las personas desde tu subjetivo punto de vista —aclaró Lago.

—¿A qué diablos has venido? —preguntó furiosa.

¿A qué diablos había ido? A darle la bienvenida al pueblo, aunque lo mejor habría sido darle las condolencias por su pérdida. En realidad estaba allí porque tenía el deber de ofrecerle ayuda, pero había entrado en una batalla dialéctica sin tener en cuenta que ella lo estaba pasando mal.

—Fui a esperarte a la terminal, pero me dijeron que te bajaste en la vieja estación.

—Por indicaciones del administrador de mi abuelo —ironizó—. Encima tuve la suerte de encontrarme con tu querido amigo Cristian, que solo quería ver si me daba un pasmo al descubrir la gran herencia que me había dejado mi abuelo —dijo, y de un manotazo se apartó el cabello de los ojos. Algo que no sirvió de mucho, puesto que el viento no pensaba dejarla en paz.

Lago frunció el entrecejo. Ella ya tenía demasiado que asimilar para que un administrador le complicara más la vida. Encima, el maldito de Cristian no le había allanado el camino, sino que había sembrado unas cuantas piedras más, y estaba más indignada que si se lo hubiera encontrado a él cuando bajó del autobús.

—Con Cristian somos enemigos desde la cuna. Lamento que te hayas cruzado con él recién llegada al pueblo —aclaró, sin entrar en detalles que no iban al caso.

—La verdad que me dio mejor impresión que si te hubiera encontrado a ti. Incluso hice todas las cuadras del centro mirando hacia un lado y otro para esconderme tras un árbol si te veía aparecer —dijo Catalina, recalcando que no lo quería allí.

Lago sonrió.

—No tenía idea que sabías dónde vivía.

—No lo sabía. Cristian me contó que un tal Lago había divulgado mi llegada en el bar —dijo.

—Parece que tú tampoco me has olvidado, princesa —dijo.

—No te des tanta importancia —repitió su misma frase—. ¿Cuántas personas en el mundo se llaman Lago? Lo mío solo fue una sencilla deducción de una mujer poco inteligente —exclamó—. Y no me llames princesa —gritó.

—Eras la princesa de tu abuelo, Catalina —recordó Lago.

—Pues ya no lo soy. —La voz le salió quebrada mientras señalaba el abandono adonde la había desterrado su abuelo.

Lago se pasó la mano por el cabello y buscó esa paciencia de santo que le endilgaban los vecinos. Ella tenía derecho a estar enojada y a soltarle toda la ira. Tenía que recordarse que él no había venido a responder a sus pullas, sino a intentar ayudarla para que viera la parte buena de la decisión de su abuelo. ¿Dónde diablos estaba la parte buena?, se encogió de hombres. Él tenía que ayudarla y punto.

—La estás pasando mal, y yo no he contribuido a mejorar tu estadía en el pueblo. Solo pretendo ayudarte a hacer tu estancia agradable.

—¡Agradable! ¿En este páramo? —exageró.

Estaba metida en una lucha sinfín con su cabello, y eso no debía contribuir a mejorar su ánimo.

—Échale un poco de imaginación. Piensa en el potencial que tiene. Hay muchas cosas que se pueden hacer en este sitio. Solo hay que ponerle empeño —dijo Lago.

¡Empeño! En ese sitio había que dejar la vida, y ella solo quería tirarse al suelo y ponerse a llorar. Quería que el abuelo estuviera vivo. Quería regresar el tiempo y acompañarlo a la oficina para que le enseñara a llevar sus negocios. Prestaría atención, dejaría de salir de fiestas, dejaría de gastar sin control, y hasta

aceptaría trabajar de cualquier cosa que no fuera una granja. Pero esa opción ya no estaba disponible.

—Si dejo volar mi imaginación, me veo corriendo lo más lejos de este páramo —dijo Catalina.

Lago no sabía lo que era perderlo todo y caer en un sitio que no tenía nada que ver con su condición de princesa. Entendía su desesperación porque conocía la vida que había llevado. Pero su misión era ayudarla a encontrar el rumbo, como muchos años atrás le había pedido Anselmo Thompson.

—¿Esa es una opción? —preguntó Lago.

No lo era, y Catalina lo miró con odio.

—Entonces vamos a empezar por arreglar la tranquera —dijo Lago, se descolgó la mochila que llevaba al hombro y sacó las herramientas que había traído.

Ella lo miró con la boca abierta, pero él ya iba camino a la tranquera decidido a ponerle empeño.

—¡No te quiero aquí! —gritó Catalina, pero él la ignoró, y lo siguió para increparlo —¡No pertenezco a este lugar! —gritó—. Aunque tú no lo entiendes porque nunca tuviste mi vida. ¡Yo tenía dinero para comprarme las prendas que quisiera! ¡Tenía un deportivo rojo estacionado en el garaje de la casa! ¡Viajaba a donde se me daba la gana! —siguió gritando, sin recibir respuesta a sus quejas. Ni siquiera una mirada—. ¡Me estás ignorando! —gritó.

Él sostenía la tranquera con una pierna y usaba las manos para atornillar los goznes. Catalina no estaba acostumbrada a que la ignoraran de esa forma. Era el alma de las fiestas, la que organizaba las salidas, los cumpleaños y las vacaciones. La que tenía más hombres a sus pies de los que podía contar con los dedos de las manos. Y nunca, nunca la ignoraban. Solo uno había pasado de ella. El mismo que la estaba ignorando en ese momento. Siempre le había sido indiferente, y a pesar de los años que habían pasado, su indiferencia le seguía molestando. Bueno, se estaba olvidando de

Pablo Peterson, pero ese no contaba porque ella no se había humillado frente a él.

—Ya está —dijo Lago, que había ignorado sus quejas aplicando el método de la paciencia de un santo—. A tu abuelo no le gustaba ponerle los goznes —aclaró.

—¿Qué? —preguntó Catalina, desconcertada—. Mi abuelo nunca venía a este sitio —aseguró.

—¿Estás segura? —preguntó Lago.

—Conocía los gustos de mi abuelo —aseguró Catalina, con esos aires de sabionda que desplegó cinco años atrás, cuando lo mandó de regreso a su vida miserable—. Le encantaba el turismo de aventura, pasar la noche en una montaña. Bueno, viendo la pobreza de este sitio, quizá esto era una aventura para él.

—Quizá —dijo Lago, sin entrar en discusiones bizantinas.

—¡Me estás dando la razón como a los locos! —gritó Catalina.

—¿Este bolso es tuyo? —preguntó, señalando un bolso de rayas azules y verdes, de muy buena hechura, que descansaba junto al buzón azul descascarillado.

Ella miró su precioso bolso de Prada y soltó una exclamación mientras corría a rescatarlo. Recordó que Cristian lo había llevado todo el trayecto, y seguro que lo había dejado allí después de que ella le mostrara el dedo medio.

—Me lo podrían haber robado —dijo, lo sacudió y sintió el pinchazo de la astilla que se le había clavado en la mano. Pero ignoró el dolor porque no iba a dejar que ese maldito hombre supiera todos los accidentes que había tenido desde su llegada.

—Aquí nadie roba. Pero alguien se lo podría haber llevado al suponer que lo habías desechado —comentó Lago—. ¿Has entrado a la cabaña?

Por supuesto que no. Si tenía pánico de lo que podía encontrar adentro, pero no se lo pensaba decir.

—Me quedé extasiada admirando el maravilloso paisaje exterior —ironizó.

Lago miró el campo y sonrió.

—A mí me pasa lo mismo —comentó.

Catalina soltó una risa irónica, y él la miró desconcertado.

—No solo hay belleza en los lugares lujosos. La naturaleza tiene su magia. Quizá algún día la descubras.

—No me hagas reír que no estoy en mi mejor día —aseguró ella—. Gracias por arreglar la tranquera. Pero no hace falta que regreses. Puedo arreglármelas sin ayuda de nadie —aseguró, y le dio la espalda para dirigirse a la casa. Se estremeció de solo imaginar lo que podía encontrar adentro de esa cabaña abandonada.

¡Mágico!, si solo era un páramo castigado por ese viento infernal, que le iba a dejar la piel como un cartón y el cabello como la paja brava del campo. ¿Qué iba a hacer en ese lugar? Esa no era su vida. En su casa tenía todas las comodidades, hasta empleadas que le lavaban la ropa, le limpiaban la habitación y le hacían sus comidas preferidas. Subió las escaleras de la galería y dejó salir las lágrimas que había contenido durante el peor día de su vida.

—Creo que la casa te va a parecer tan maravillosa como el paisaje —gritó Lago para que lo escuchara—. Nos vemos mañana, princesa.

Catalina apretó los dientes para contener el insulto. Si regresaba al día siguiente, lo iba a echar. Lo iba a echar una y mil veces, hasta que entendiera que ella no necesitaba su ayuda. Ella no necesitaba a nadie.

—¿Cómo has podido hacerme esto, abuelo? —susurró despacio para que Lago no la escuchara.

—La llave está debajo de la maseta con el geranio —gritó Lago.

Catalina apretó los puños. Si todo el pueblo sabía dónde estaba escondida la llave no debía quedar nada de valor adentro. Pero al recordar la herencia que le había dejado el abuelo, lo más seguro era que allí no hubiera ni un colchón para dormir.

Levantó la maseta con el geranio y se sorprendió al ver que la planta tenía unas pocas hojas algo mustias y un pimpollo que quería florecer. Había sobrevivido al abandono de la granja a pura voluntad.

Cuantas sorpresas más la esperaban en esa naturaleza hostil. Cuantos geranios estarían luchando por sobrevivir en ese sitio abandonado.

Antes de la muerte del abuelo, Catalina no habría perdido ni un minuto de su alocada vida en observar la lucha de una planta por subsistir en una pequeña maceta llena de tierra cuarteada. Pero ya no era esa joven de vida ligera que corría para no perderse ninguna diversión.

Sacó la llave y se quedó mirando durante un largo tiempo el geranio porque no había ningún lugar adonde correr. Ya nadie la esperaba, no era el alma de las fiestas, ni la encargada de organizar las salidas. Ni siquiera estaba el abuelo, preocupado por saber en qué estado lamentable volvería a casa, o si volvería, como le había dicho algunas veces. No era un reproche, solo era la constatación de un hecho, o eso había creído ella. Pero allí de pie, con el corazón triste y sin pájaros en su alocada cabeza, estaba descubriendo las sutilezas del abuelo para darle a entender su desacuerdo con la vida desenfrenada que había elegido.

Se giró hacia la tranquera y comprobó que Lago ya no estaba. Se había ido de misma forma silenciosa que Cristian. Podría haberse regocijado con su desgracia, quizá se lo tenía merecido, pero no lo había hecho.

Ni siquiera tenía claro a qué había venido. Según él, para ayudarla, pero Catalina no le creía. Él tenía más ganas de salir huyendo que de darle una mano.

Alguien lo había enviado. Lago era tan responsable, tan recto, que quizá estaba cumpliendo con el deber que le habían encomendado. ¿Pero quién lo había enviado?, se preguntó. No lo sabía con certeza, pero tenía la corazonada de que este encuentro desdichado era otra de las locuras de su abuelo.

CAPÍTULO 3

Catalina metió la llave en el cerrojo, le dio una patada a la puerta y se alejó esperando que salieran huyendo las ratas y todos los bichos extraños que hubiera adentro. Pero ni siquiera salió volando un poco de polvo.

Todo estaba silencioso y oscuro. No había olor a humedad o a encierro como había imaginado. Sacó el móvil del bolsillo y activó la linterna para echar una mirada antes de poner un pie adentro.

En el ingreso había una pequeña alfombra que daba la bienvenida. El piso era de madera clara con unas pocas motas de polvo, nada exagerado teniendo en cuenta los remolinos de tierra que volaban afuera.

Apuntó el móvil a la pared y vio un interruptor de luz. Lo pulsó y la sala se iluminó. ¡Había luz! Tuvo ganas de ponerse a bailar de alegría, puesto que minutos antes se había imaginado buscando un cubo de agua en algún arroyo para higienizarse. Durante ese instante de euforia dejó de pensar que su nueva realidad era espantosa si la comparaba con la vida rumbosa que había disfrutado antes de ir a la oficina del abogado.

Entró sin miedo. Allí no había ratas correteando por el piso. Esto era un hogar limpio y cuidado, como si su dueño hubiera salido por la mañana al trabajo. Los muebles eran antiguos, robustos, pero estaban cuidados. En el centro de la sala había un sillón y una mesita baja con un jarrón sin flores. El sillón tenía una tela amarilla que le daba alegría a la sala, y al lado había una lámpara de pie y

una mesita cuadrada con libros apilados, como si alguien se sentara allí a disfrutar de la lectura en una apacible tarde de invierno con los leños crepitando en el hogar. Las cortinas de las ventanas eran de color crudo y estaban limpias. Todo era rústico y encantador a su estilo. En la pared había un hogar, libros en la repisa y cuadros en las paredes.

Había dos puertas. Una llevaba a una cocina rudimentaria, con pisos gastados, una alacena pequeña con la pintura algo desconchada y los utensilios colgados en la pared. Una mesa y cuatro sillas. Individuales con estampado de margaritas, y otro jarrón sin flores. La ventana estaba sobre la mesada y era ancha, quizá para abarcar el paisaje, aunque lo de afuera era un espanto. Tenía unas cortinas de margaritas que hacían juego con los individuales de la mesa.

En la otra puerta había un escritorio de madera y una silla bastante cómoda. Más libros en los estantes de una pared, una alfombra en el piso y un sillón junto al ventanal. En la planta alta había un pasillo y tres puertas. Dos habitaciones. Una estaba vacía, y la otra tenía una cama de dos plazas con un cobertor azul, una mesa de noche, velador y una mesa redonda con dos sillas junto a la ventana. El baño era antiguo, deprimente, pero detrás de una cortina de plástico había una ducha, y cuando abrió la canilla salía agua. En una rudimentaria repisa que colgaba de la pared había jabón y champú.

Bajó corriendo a la cocina, abrió las alacenas y encontró cajitas de té, latas de conservas, fideos, arroz, azúcar, café. Y en la nevera había un botellón de agua, unas latas de cerveza y otras de gaseosas. Era una cabaña austera. No tenía los lujos de su casa, y lloró de alivio porque había creído que no tendría ni un colchón donde dormir. Pero el alivio le duró hasta que le sonó el móvil y vio que era la tía Adelina.

—No sabía si me ibas a atender después de descubrir lo que mi padre te había hecho —dijo Adelina.

—¿Por qué no iba a atenderte? —preguntó Catalina, aunque había estado a punto de pasar de la envidiosa de su tía.

—Querida, es que me imagino tu decepción. Cuando leyeron el testamento y no nos dejó nada a sus hijos, pensé que todo sería para ti. Pero parece que no eras la preferida de mi padre. Él tenía por ti los mismos recelos que siempre tuvo por sus hijos.

Era evidente que no había llamado para darle ánimo, sino para hundirla en un poso depresivo. Descorrió la cortina de la cocina y se asomó al páramo.

—Eso parece —dijo Catalina.

—No habría sido justo que tú heredaras lo que nos correspondía a nosotros.

—No esperaba nada, Adelina. Yo solo lo quería a él —aclaró Catalina.

—Bueno, seguro que lo querías. Pero no me vas a negar lo bien que te lo pasabas con la vida de princesa que te daba mi padre. Convertías su casa en una fiesta con tus amigos vagos y borrachos. No te perdiste de nada, viajes, un deportivo, un vestidor lleno de prendas caras. Estuve en tu habitación y me llevé un montón de prendas que todavía tenían las etiquetas puestas. Es que me daba pena dejarlas allí para que se las comieran las polillas. La verdad que no pasaste ninguna penuria desde que mi padre se compadeció de tu situación y te acogió en su casa.

¡Cómo dolían sus palabras! Según Adelina, ella solo había sido la obra de caridad del abuelo. Aunque tenía que reconocer que el abuelo le había dado mucho más que a sus hijos y a sus otros nietos.

Lo más triste era que su tía no mentía. Ella hacia fiestas descontroladas en la piscina. Y en su vestidor habían quedado muchas prendas sin estrenar, que se las había quedado Adelina. Estaba gozando de fregarle sus errores en la cara. Pero ese no era un buen día para que le soltara todos los resentimientos que se

había guardado en vida del abuelo. Era una víbora, que le estaba inyectando todo el veneno de golpe, sin importarle el daño que le estaba haciendo.

—Siempre me pregunté por qué no te agradaba. Ahora sé que me odiabas.

—No te odio, querida. Solo que he tenido que aguantar veinte años la frustración al ver cómo mi padre te daba a ti más de lo que le daba a sus hijos, y a sus otros nietos.

—Como dices tú, solo fue porque sintió lástima de la pobre huérfana que nadie quería —dijo Catalina. Se secó unas lágrimas, y mirando el páramo no tuvo dudas que las palabras de Adelina eran ciertas—. No entiendo para qué me has llamado. Deberías estar brindando con un *Dom Perignon* que el abuelo me haya alejado de la única familia que conocía.

—¿Eso crees? —preguntó, y soltó una risa irónica.

—Me hizo echar de la casa. No se me permitió llevar nada de los lujos que dices que me dio. Me alejó de la única familia que conozco. Bueno, después de esta charla tan esclarecedora, creo que lo único bueno que hizo fue alejarme de una familia que nunca me aceptó —dijo Catalina—. Ya no te molestes en volver a llamar, querida tía, porque la próxima vez no voy a atender cuando vea tu nombre.

—No has entendido nada —dijo Adelina.

Catalina le cortó. Ya tenía suficiente con aceptar que su vida estaba en ese páramo, para seguir soportando la verborragia de Adelina, que con sus hirientes confesiones quería arrebatarle la poca entereza que le quedaba. Ya no quería saber los motivos de su abuelo. ¿Qué sentido tenía?, si lo único que importaba era que él ya no estaba, y ella no tenía más lujos de los que echar mano.

Afuera vio que una joven entraba por la tranquera, y apretó los puños. Otro vecino más que venía a curiosear, a reírse o a lo que fuera.

—¡Hola! ¿Estás en casa? Lago me dijo que ya habías llegado —gritó la mujer, que caminaba hacia la cabaña—. Soy Nelly, pero todos me llaman Nel. Tiene más glamur, ¿no te parece?

Catalina no quería conocer a Nelly, o Nel, o como quería que la llamaran. Pero la mujer la vio asomada a la ventana de la cocina antes de darle tiempo a esconderse, y la estaba saludando con las dos manos levantadas.

—Ahí te estoy viendo. Soy tu vecina más cercana. Bueno, Hernán está más cerca, pero es un incordio. No sabía si venir tan pronto, pero después pensé que era mejor que primero me conocieras a mí. Hernán lo único que va a hacer es darte la lata con sus sermones sobre la productividad de los campos —dijo.

Catalina apretó los puños, pero salió por la puerta porque no tenía forma de esquivar la euforia de Nel, que seguía agitando las manos.

—¡Qué emoción poder conocerte! —exclamó, y le brillaron los ojos. A Nel, no a Catalina.

Ella no entendía nada. ¿Por qué estaba tan feliz de verla si no se conocían? Sonrió para no parecer una esnob. Eres una esnob, habría dicho la tía Adelina.

—Tengo la sensación de que alguien te habló de mí —dijo Catalina, mientras bajaba las escaleras de la galería para acercarse a la mujer. Era alta y voluptuosa, pero el volumen lo tenía en los lugares adecuados. Mucho pecho, mucho trasero. Un cuerpo envidiable. Tenía el cabello castaño y corto, los ojos marrones y una sonrisa de oreja a oreja. Era atractiva, pero no le hacía falta porque su espontaneidad la convertía en una mujer encantadora—. Soy Catalina.

—Lo sé. Bueno, todos lo sabemos —aclaró, y al ver que la miraba confundida—. Lago contó en el bar que llegabas hoy. Me puse como loca de la emoción porque no tengo vecinas de mi edad por esta zona. Estoy segura de que vamos a ser buenas amigas. Hasta podríamos ir al pueblo a tomar una copa los sábados de

noche. A mí me da un poco de miedo caminar sola en esta oscuridad, pero si vamos juntas ya tomo coraje. Solo nos hace falta una buena linterna y un palo por si se nos aparece algún bicho —aclaró.

Antes solo necesitaba la tarjeta de crédito y el deportivo. Ahora tenía que conformarse con un palo y una linterna. ¡Qué bajo había caído!

Catalina quería salir huyendo de allí, no ir al bar a tomar una copa. Este no era su mundo y solo tenía que encontrar una solución que la alejara para siempre de Los Espinillos. Si la granja era su herencia, podía disponer de ella a su antojo, ¿no? Podía ponerla en venta o arrendarla y buscarse una vida más acorde a sus intereses. Sin tantos lujos como cuando vivía con el abuelo, pero podía encontrar un departamento en la ciudad, cerca de sus amigos. Incluso podía montar un negocio con el dinero de la venta, y olvidarse de que un día había estado en el páramo con el viento destruyéndole el cabello y dejándole acartonada la piel.

Miró a la encantadora mujer, que le sonreía y esperaba en silencio que ella aceptara su generosa oferta de amistad. En los brazos llevaba una fuente tapada con un repasador floreado. Qué lejos estaba ella de ser tan buena gente como Nelly, o Nel. Le gustara o no su nueva vida, no iba a descargar su descontento en ella.

—Me parece un gran plan —dijo Catalina.

—Lo vamos a pasar genial las dos juntas. Mira, te he traído un almuerzo sencillo para darte la bienvenida. Es que supuse que te vendría bien una ayudita hasta que te aclimates en tu nueva casa.

—Muchas gracias. La verdad que no tenía nada para comer —dijo Catalina, y Nel le entregó la fuente.

—Solo te pido que me guardes la fuente, porque es la única que tengo.

Si Nel pudiera ver la colección de fuentes que tenía Ramona en la cocina del abuelo, se caería desmaya de asombro. Había una exclusiva para el pescado y otra para el pollo. Varias diferentes para las ensaladas. Fuentes de postres, de ponche. Fuentes pintadas a mano, de cristal, de porcelana, de cerámica para almuerzos campestres, y había más, solo que ella no prestaba demasiada atención a los utensilios de cocina.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Nel, y señaló el campo yermo.

—No lo sé. Este es un mundo que desconozco. No se me da bien el campo —aclaró, y evitó decirle que de campo lo único que se le daba bien era subirse a un avión para ir de excursión a la sabana africana—. Y encima está abandonado.

—Tiene mucho potencial —aclaró Nel, señalando el abandono —. Pero ya te irás dando cuenta a medida que lo recorras.

—Solo veo un páramo —dijo Catalina.

Nel rio de forma cantarina mientras negaba con la cabeza.

—Hay mucho más que un páramo en estos campos —aclaró —. Ya lo irás descubriendo.

¿Qué diablos veía la gente de este pueblo que a ella se le escapaba? Quizá era porque solo estaba mirando su caída. Además, qué sabía ella de ver en el páramo algún potencial, si las únicas veces que estuvo en un campo era cuando hacía turismo de aventura, y tenía un guía que la trasladaba para avistar animales exóticos.

Esto era la vida dura del campo, no una semanita atendida como reina mientras le mostraban los monos colgando de las ramas o una manada de elefantes tirándose agua en alguna laguna.

—Cata, me voy porque en una hora tengo que regresar al trabajo. Cuando tenga tiempo, regreso. Y no te olvides del sábado.

—¿El sábado?

—Nos vamos al bar y regresamos de noche armadas con una linterna y un palo —aclaró, soltó una risa y se fue corriendo.

Catalina la vio alejarse mientras sostenía la fuente con la comida. El aroma que desprendía le abrió el apetito, y supuso que un buen almuerzo quizá le quitaba el pesimismo al descubrir que había heredado una granja de pacotilla. Bueno, Nel le había visto potencial, y Lago había dicho que solo había que echarle imaginación y ponerle empeño. Quizá si le echaba imaginación, veía el potencial del que hablaba su vecina. El problema era que en su imaginación también se veía con la espalda encorvada en la tierra, el cabello reseco, la piel acartonada y las uñas destrozadas.

Catalina entró a la cabaña, dejó la bandeja sobre la mesa de la cocina, buscó unos cubiertos y se puso a comer. Nel no solo era una mujer agradable, también hacía una lasaña exquisita.

La joven que había llegado hablando del potencial del campo la dejó pensando que quizá no todo era tan negro, sino que había matices. Y si le echaba un poco de imaginación, como decía Lago, quizá con el tiempo podía ver los colores. Miró por la ventana, pero afuera seguía soplando un viento infernal, el calor era agobiante y el páramo seguía igual de deprimente que a su llegada.

CAPÍTULO 4

Solo hacía unas horas que estaba en Los Espinillos y le había pasado de todo. Había lidiado con las burlas de Cristian, no había logrado esquivar a Lago, y encima había soportado los desaires de Adelina. Su tía era lo peor que le había pasado. Pero después había llegado Nel a ofrecerle su amistad y una bandeja de comida.

Ella tenía sus amigas en la ciudad, compartían los mismos gustos, y se lo pasaban genial haciendo compras en un centro comercial, bailando en una discoteca o disfrutando de unas vacaciones inolvidables en alguna playa paradisiaca donde su abuelo tenía los hoteles.

¿Qué podía compartir con Nel?, si sus vidas no podían ser más diferentes. No tenía nada en común con la mujer, pero tenía que reconocer que su entusiasmo le había cambiado el ánimo. No es que quisiera ir a recorrer el páramo para descubrir el potencial que estaba oculto, puesto que ella no quería ser una campesina.

Se levantó y se sirvió un vaso de agua de la canilla. Se imaginó al abuelo soltando una carcajada, porque desde que vivía con él solo tomaba agua mineral, pura de manantial, como decía la etiqueta. Te estoy convirtiendo en una niña consentida, solía decirle.

Lo apartó de sus pensamientos porque su ausencia dolía demasiado. Ojalá pudiera recordarlo sin echarse a llorar o sin maldecirlo por su decisión de quitarle todo lo que le había dado.

Abrió la cortina de la ventana. Afuera estaba tan oscuro que soltó un alarido y la cerró de golpe. Se estremeció de miedo. ¿Dónde

diablos la había mandado el abuelo? ¿Por qué no le había prestado más atención a Nel? Debería haberle preguntado su número de móvil y dónde estaba su casa. No es que se animara a recorrer el páramo para ir a hacerle una visita, pero al menos podría hacerle una llamada para decirle que estaba muerta de miedo.

Los únicos contactos que tenía eran los de su familia y amigos de la ciudad. Pero su padre no se había molestado en llamarla para saber si había llegado bien, y no pensaba recurrir a un hombre que se había desentendido de ella.

¡Greta! Podía llamar a su mejor amiga Greta para contarle lo que le había pasado, y adónde la había despachado el abuelo. Eran amigas desde el instituto, y siempre se repetían, en las buenas y en las malas. Ella estaba en las malas, y buscó su contacto en el móvil para que Greta la ayudara a superar el miedo que le provocaba ese sitio tenebroso.

—¿Dime dónde te has metido? —preguntó Greta.

Se escuchaba una música estridente, murmullos y risas.

—¿Un miércoles de fiesta? —preguntó Catalina.

—Es la inauguración de El Gato. No me la podía a perder por nada del mundo. Adrián consiguió los pases, y también han venido Vera y Roque. Es una pasada, Cata. Hay unos tíos con unos músculos de infarto. Lo hablamos antes de lo de tu abuelo. Pero no sabía si estabas para fiestas, por eso no te avisé. Cuando te sientas más animada nos hacemos una escapadita. Te va a encantar. En el parque hay un montaje impresionante. Una torre Eiffel y un Coliseo Romano en miniatura, aunque no es tan pequeño y se puede llegar por unos puentes colgantes que te tendrían saltando y gritando de emoción —aclaró.

Ese era su mundo. El de las exclamaciones, los lujos, el alcohol y los gritos de euforia. Qué lejano le parecía, y solo hacía medio día desde que su castillo de naipes se había desmoronado. Y mientras sus amigos conseguían pases para la inauguración, que debía estar llena de gente de la farándula, modelos, deportistas y

empresarios; ella lloraba por la pérdida del abuelo y por tener que vivir en un páramo.

¿Cuánto hacía que no veía a Greta?, desde el día de la muerte del abuelo, que se acercó a darle el pésame cuando regresó de África. Después, no dio más señales de vida. Amigas en las buenas y en las malas. Catalina apretó el móvil que tenía en la mano.

—No estoy para fiestas —aclaró—. Y dudo que lo esté por un largo tiempo —mintió, porque esa vida ya no existía para ella.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó—. Tu abuelo no habría querido que te quedaras llorando por los rincones, y nosotros te extrañamos.

—¿Y por qué no te llegaste a mi casa si tanto me extrañabas?

—He tenido unos días agitados. Lo de la inauguración de El Gato me ha tenido la agenda ocupada. Tenía turno en la estilista, turno para hacerme las uñas, y hasta me regalé un día en el spa. Te cuento que me hice unas mechas doradas que me quedaron divinas. Vas a querer hacerte las mismas —aclaró.

Catalina se tocó el cabello despeinado y lleno de polvo. ¿Qué sentido tenían las mechas en ese sitio?, se preguntó.

La había llamado para contarle lo que le estaba pasando, pero Greta seguía hablando de su apretada agenda. Su salida al centro comercial para ver la nueva colección que trajeron en Sira, una tienda exclusiva donde compraban la ropa de noche. Después siguió con las sandalias Louboutin que se había comprado, con un taco de doce centímetros, y un bolsito divino, que ya le iba a mandar una foto porque era para morirse de envidia. Le advertía de que no se comprara el mismo, porque la iba a matar, pero que no se pusiera histérica porque había varios modelos para elegir.

—Te aseguro que te habrías puesto a saltar de la emoción con los conjuntos que trajeron en Sira. Yo me compré tres, y uno lo estoy estrenando esta noche. Deja de llorar por tu abuelo que la vida sigue, Cata. Y nosotros te queremos de vuelta.

Era fácil decirlo, puesto que ella no había perdido a la persona que más quería en el mundo.

— Greta, ya no estoy en la ciudad —dijo Catalina.

—¿Cómo? No me digas que te has hecho una escapada a alguno de los encantadores hoteles de tu abuelo y no me has avisado. Si te has ido al de la playa, habría acomodado mi agenda y te habría acompañado. Te habría sacado la tristeza con un par de caipiriñas y dos tíos musculosos, que para eso están las amigas.

¡Escapada! Se acababa de morir su abuelo. ¡Cómo se le ocurría pensar que tenía ganas de ir a la playa! Su tristeza no se arreglaba con dos caipiriñas. Y si todavía tuviera dinero, gastaría una fortuna en emborracharse para olvidar lo que le estaba pasando.

—Ya no vivo en la casa del abuelo. Me echaron, Greta.

—¿Cómo que te echaron? Seguro que fue la bruja de Adelina, que siempre te tuvo envidia.

—Fue mi abuelo quien me apartó de mi vida anterior. Me ha dejado en herencia una granja.

La carcajada de Greta le llegó más fuerte que la música de la nueva confitería, a la que había ido con los amigos que también eran sus amigos. Y le dolió su risa.

—No es gracioso, Greta —dijo Catalina, pero su amiga no la escuchó porque estaba gritando para que todos se enteraran que el abuelo la había desplazado del hogar y le había dejado una granja. Adrián, Roque y Vera gritaban que era imposible, y la risa de Vera y Roque le formó un nudo en la garganta. Adrián gritó que le preguntara por el deportivo.

—¿Y el deportivo? ¿Qué pasó con el deportivo? Me imagino que al menos te lo has podido llevar —digo Greta.

¿Eso era lo único que les importaba?

—Tienes que regresar y hacer un escándalo. No puede ser que te hayan quitado todo lo que era tuyo. Busca un abogado, Cata,

y que entiendan que tú no estás hecha para una roñosa granja —dijo Greta—. Tú eres el alma de las fiestas. No puedo creer que no vamos a poder hacer más fiestas en tu casa, en tu piscina. Al menos tienes que exigir que te devuelvan el deportivo. Era tuyo, no te lo pueden incautar.

Ella solo quería una amiga, no un abogado que no podía hacer nada. Los herederos del abuelo eran sus hijos, y ni a ellos les había dejado su herencia.

—No era mío. Lo usaba yo, pero estaba a nombre de mi abuelo —dijo Catalina, y el grito de Greta le hizo alejar el móvil de la oreja.

—¡Noooo! ¡No lo puedo creer! Y en qué vamos a salir por las noches. Ese deportivo nos hacía conseguir los mejores partidos de la ciudad.

¿Por eso conseguían los tíos más apuestos? Una verdad que en su nueva realidad le parecía deprimente. ¿Ella se había creído esa falsa vida que había conseguido con el dinero del abuelo?, sí, claro que lo había hecho, y nunca le pareció falsa. ¿Alguno de esos hombres que caían a sus pies, habría estado con ella sin el deportivo y sin el dinero del abuelo?, claro que no.

Descorrió la cortina. Afuera la noche era tan negra que se estremeció, pero siguió con los ojos fijos en la oscuridad, hasta que el miedo dio paso a la admiración al ver el cielo repleto de estrellas. Jamás había visto un espectáculo tan impresionante. En realidad lo había visto en África días atrás, pero no lo había valorado porque mientras estaba allí, ya estaba pensando en la próxima salida, en el próximo viaje, en una nueva aventura. Una carrera a ninguna parte.

—¡Dios mío! Esto es una catástrofe. El viejo te arruinó la vida con su muerte —dijo Greta—. La verdad que espero que encuentres la forma de regresar a nosotros para seguir disfrutando de la vida, Catalina.

Desde la muerte del abuelo había estado tan inmersa en sus problemas, que no había tenido presente que Greta no la había

llamado en toda la semana para preguntarle cómo estaba. En ese momento, su amiga no se ofreció para venir a estar unos días con ella. Tampoco la invitó a su casa, aunque no pensaba aceptar la oferta. No se interesó por su problema, no le dijo que al día siguiente la iba a llamar para que no se sintiera tan sola. Solo le interesaba que todo volviera a ser como antes. Ella también lo había deseado cuando vio la granja, el páramo, el abandono. Pero nada era como antes.

La había llamado buscando un gesto, una palabra de ánimo, pero solo encontró a una mujer que lo único que lamentaba era que se vería privada de las fiestas en la piscina y de las salidas de conquista en el deportivo. Amigas en las buenas y en las malas. En las malas no.

Catalina cortó el móvil sin despedirse. Caminó a la sala, salió a la galería para ver la negrura de la noche en el campo. Un grito desesperado se le escapó de los labios, un grito de auxilio que nadie iba a escuchar porque estaba más sola que nunca. Cerró los ojos y vio el rostro encantador de Nel, su emoción al verla, su bandeja de comida y su invitación para ir a tomar una copa al bar, armadas con un palo y una linterna. Su nueva vida, y se le cayeron las lágrimas.

—¿Estás bien? —preguntó Lago, oculto en la negra noche.

—¡Tú! ¿Se puede saber qué haces aquí?

—Estaba teniendo un sueño de lo más húmedo hasta que me despertó tu alarido —dijo Lago.

—Te pedí que no volvieras —aclaró Catalina.

—Ya ves que no te hice caso.

—¿Por qué? Ya sé, el abogado del abuelo te impuso esta responsabilidad, y tú que eres tan recto, aceptaste cargar con la descarriada nieta de Anselmo —dedujo Catalina.

Lago arqueó las cejas, porque no podía haber definido mejor lo que estaba pasando. El abogado no le había impuesto nada, solo

le había recordado la promesa que le había hecho a Anselmo. Pero no se lo pensaba decir.

—Conocía a tu abuelo, y jamás dejaría sola a su querida nieta.

—Si tanto me quería, no me habría quitado todo lo que me dio —aclaró Catalina, con la voz quebrada.

—Quizá porque te quería te alejó de tu mundo artificial —dijo Lago.

Catalina abrió la boca y la cerró, porque no tenía un argumento válido para rebatir su verdad.

—Vete a dormir, que yo voy a estar a unos pocos metros —dijo Lago, y señaló el establo derruido que estaba frente a la casa.

¿Lago estaba durmiendo en el establo? Él sabía que estaba muerta de miedo. Ella había esperado sus burlas, su sarcasmo, que se regocijara de su caída y que le reprochara por haberlo menospreciado en el pasado. Pero él estaba instalado en un establo abandonado por si a ella le daba un ataque de pánico al verse sola en esa oscuridad terrorífica.

Entró, cerró la puerta y se deslizó al suelo. Su abuelo la había alejado de su vida, nadie de su familia la había llamado para preguntarle si estaba bien y su mejor amiga acababa de demostrarle que en las malas no estaba.

Unas horas antes se había preguntado qué podía compartir con Nel. Todo. Incluso esa salida de sábado al bar para regresar armadas con una linterna y un palo.

Y en ese momento, el hombre al que había echado y le había pedido que no regresara, estaba durmiendo en el establo para que no se sintiera sola. Él la hacía sentir vulnerable, quizá porque estaba descubriendo que había personas que valían más que todo los lujos que había perdido.

CAPÍTULO 5

A Lago dormir sobre las tablas del establo le dejó el cuerpo entumecido. Se estiró y le crujieron todos los huesos. Era un sacrificio, pero no podía dejar sola, en medio del campo, a Catalina Thompson. Se asomó a la ventana del altillo y echó una mirada a la casa. No vio ninguna señal de que ella estuviera levantada.

La nieta de Anselmo le despertaba una curiosidad insana. Siempre le había despertado curiosidad. Ese cabello castaño tan cuidado y brillante, sus prendas finas, sus uñas impecables, su descaro, su forma de caminar como si estuviera desfilando. Aunque de eso hacía cinco años, puesto que en ese momento ella era una princesa abandonada en un campo yermo a la buena de Dios. Y él era quien tenía que ayudarla a encontrar su camino.

Su misión le parecía una utopía.

Qué diablos iba a hacer esa mujer en un sitio que era la antítesis de lo que había sido su vida. No se la imaginaba ordeñando una vaca, dando de comer a los cerdos, llevando las cabras al pastoreo en la zona alta o recolectando los huevos en el gallinero. En realidad no había vacas, ni cerdos, cabras o gallinas. La granja ya no era lo que había sido muchos años atrás, y solo le quedaba el mote. Pero eso ella no lo sabía, aunque viendo el abandono era fácil de deducir.

¿Qué diablos iba a hacer él para ayudarla a encontrar el camino correcto?, como había querido Anselmo cuando le endilgó semejante responsabilidad. No se sentía capaz de encaminar a su

nieta. Él a su edad había estado tan desorientado como ella. Aunque entre ellos había una gran diferencia. Él siempre había pisado estos caminos de tierra, mientras que ella toda la vida caminó sobre alfombras mullidas.

Se colgó la mochila que había traído para usar de almohada. Iba a pasar por su casa porque necesitaba una ducha relajante antes de comenzar el día.

Salió del establo, y una sonrisa le curvó los labios al ver a Catalina en la galería, con una taza en la mano.

—Pensé que eras una mujer de la noche —dijo Lago. ¿Qué hacía levantada a las seis y media de la mañana? Él se la imaginaba durmiendo hasta el mediodía, con las sábanas enroscadas en las piernas. ¡Qué piernas tenía cuando la conoció! Toda ella era una luz que encandilaba. Cabello largo, cutis blanco, ojos chispeantes, astutos, nariz pequeña, labios que quería besar. Ella era hermosa, y él se había quedado deslumbrado y también indignado, pero en su defensa podía decir que no estaba pasando por su mejor momento.

Se acercó caminando.

—No sabía que en estos cinco años sin saber nada el uno del otro, tú te dedicabas a averiguar el día a día de mi vida nocturna —dijo Catalina, y bebió un sorbo de café.

Lago siguió acercándose a ella y se detuvo en el último escalón. La tenía a menos de un metro de distancia, y podía ver su rostro demacrado por las inclemencias, no producto del viento sino por las tormentas internas que estaba campeando. Tenía ojeras, y dedujo que no eran por madrugar, como imaginó, sino porque no había pegado ojo en toda la noche, quizá dándole vueltas a su situación. Por eso decidió no responder a sus disputas verbales, no contarle que su abuelo se llenaba la boca hablando de las andanzas de su nieta, y él era un habido oyente de su vida disipada.

—No has dormido —dijo Lago.

—Es difícil cambiar en un día las costumbres de toda una vida —aclaró Catalina. Él no se estaba regocijando, sino que parecía preocupado. Aunque Lago parecía más agotado que ella —A ti no te ha ido mejor que a mí.

—Las tablas del piso eran más duras de lo que imaginaba. Tengo el cuerpo como si me hubieran apaleado toda la noche —dijo Lago.

Catalina no sabía por qué se tomaba tantas molestias con ella. Cuando se conocieron en la casa del abuelo ella quedó prendada de ese hombre rústico, que usaba vaqueros gastados, remera descolorida y zapatillas deshilachadas. Irradiaba una seguridad que eclipsaba a todos sus amigos ricos. A veces se apoyaba en un árbol, con las manos en los bolsillos y los miraba con una sonrisa de suficiente. Ese hombre era tan seguro que le importaba un pimiento las miradas despectivas de su círculo de amigos. Él se sentía por encima de todos.

Esa seguridad era lo que le impactó de Lago. Y ella, que estaba acostumbrada a conseguir lo que quería, se lanzó a la pileta pensando que Lago caería rendido a sus pies, como todos los hombres que conocía. Pero él le dijo que ella no era su tipo. Maldito hombre despreciable, que la dejó llena de inseguridades porque era el primero que la rechazaba.

Cinco años después, él seguía tan seguro, sereno y sencillo como antaño. Y seguía sintiéndose por encima de cualquier persona que tuviera delante. Mientras sus amigos no se habían ofrecido para estar en las malas y solo querían que recuperara el deportivo, Lago dormía en las tablas del establo para no dejarla sola en medio del campo. Qué irónica era la vida. Los que tendrían que estar, se habían borrado; y quien la había rechazado cuando nadaba en dinero, la estaba ayudando cuando no tenía nada.

—No es necesario que te sacrifiques por mí. Los dos sabemos que preferirías estar en cualquier otro sitio. Me dejaste claro que te caía mal —dijo Catalina, y esperó que fuera tan sincero en la respuesta como lo había sido hasta ahora.

—Nunca dije que me cayeras mal, Catalina.

—No de forma directa, pero tu rechazo fue lapidario. Me dijiste que vivía en un mundo de fantasía, y que tú no eras un objeto que estaba a la venta. Me dijiste que no sabía lo que era luchar para conseguir algo —aclaró Catalina.

—Estabas acostumbrada a que nadie te rechazara —dijo Lago.

—En eso te doy la razón. Sabes, fuiste el primero.

—No voy a vanagloriarme por lo que pasó en aquella época —aclaró Lago.

—Hablas como si hubiera pasado un siglo, y solo han pasado cinco años.

—En cinco años pueden pasar muchas cosas, princesa.

—No me imagino que viviendo en un pueblo tan pequeño te hayan pasado tantas cosas.

—Ya te salió el lado esnob.

—Lo llevo en los genes, querido —ironizó Catalina.

—No tengo dudas. Esos genes de los que alardeas van a impedir que te adaptes a un pueblo pequeño donde, según tú, no pasa nada —dijo Lago—. Esta conversación al alba está muy interesante, pero los pobres mortales tenemos que ganarnos el pan. Nos vemos al anochecer —aclaró, y se marchó.

Ella lo miró con la boca abierta. Él ni se enteró porque caminaba hacia la tranquera. Siempre tenía que decir la última palabra. No se lo iba a permitir.

—Mejor quédate a dormir en tu cómoda cama. No necesito que te sacrifiques —gritó Catalina, pero Lago la ignoró y se alejó por la espantosa calle de tierra—. Si regresas voy a llamar a la policía para decirles que se ha metido un intruso en mi propiedad —gritó.

La carcajada de Lago invadió el silencio del campo.

Cualquier sitio habría sido preferible a tener que vivir en el mismo lugar que Lago Sanders, pensó Catalina mientras entraba a la casa dando un portazo.

***

Había pasado una semana y Lago seguía durmiendo en el establo, aunque al tercer día subió al altillo y se encontró con un colchón viejo y una manta de lana. Toda una sorpresa que le arrancó una sonrisa. No había visto más a Catalina. Ella se quedaba encerrada en la casa hasta que él, a las seis de la mañana, salía del establo y se marchaba.

Algunos días venía por la tarde para preguntarle cómo estaba, y la princesa sin abrirle la puerta lo mandaba al diablo. Es decir, que estaba bien, o al menos con energías para gritar. Sabía por Nel que estaba subsistiendo con las reservas de comida que Anselmo guardaba en las Alacenas, pero solo eran latas de conserva. Nel era buena cocinera, y venía con bandejas de comida. Es decir, que la estaba salvando de morirse de hambre.

Cómo podía ayudarla, si lo echaba desde el otro lado de la puerta porque no quería verlo. Él podía entender su enojo. No todo el mundo perdía su vida rumbosa en un abrir y cerrar de ojos, pero creyó que después de unos días saldría a capear el temporal. Eso no estaba pasando y Lago estaba en una encrucijada. Podría mover fichas, pero no sabía si estaba preparada para salir a lidiar con su nueva realidad.

Esa noche llegó después de las nueve y se quedó de pie junto a la escalera de la galería. La casa estaba iluminada, pero no veía la sombra de Catalina a través de las cortinas de color crema.

Subió los escalones, dejó en la galería la bolsa que traía en la mano, golpeó la puerta y se alejó. Era un código tácito que había entre ellos. Él golpeaba para que ella supiera que había llegado y estaría durmiendo en el establo, y ella prendía la luz de la galería

que iluminaba el camino hacia el establo. Sonrió y se alejó para soportar otra noche de incomodidad. ¿Por qué Anselmo le había dejado la casa más aislada que tenía en Los Espinillos?, un detalle que ella desconocía de la herencia de su abuelo, y seguiría sin conocer si insistía en no hacerse cargo de su nueva vida.

Lago no la juzgaba porque cada uno tenía su tiempo para sobrellevar el duelo y aceptar que todo había cambiado. Y dedujo que ella todavía estaba en la etapa de querer volver el tiempo atrás para que nada cambiara. A él quizá le habría pasado lo mismo si de un día para otro le arrebataban todo lo conocido.

CAPÍTULO 6

Después de doce días de vivir en la granja, Catalina comenzó a ver matices en lo que antes le pareció un futuro negro. Llevaba diez días sin ver a Lago porque no salía cuando se acercaba la hora en que llegaba para pasar la noche a escasos metros de la cabaña. En realidad lo veía porque descorría apenas la cortina y lo espiaba cuando bajaba las escaleras de la galería para ir al establo, solo que él no lo sabía.

Lago hacía tres días que le dejaba en la puerta una bolsa, que ella recogía cuando él desaparecía de su vista.

La primera vez le trajo unas botas de lluvia de color rosa que le arrancó una carcajada. Había una nota que decía, úsalas para andar por el campo así evitas que te pique una víbora. La siguiente noche le dejó un vaquero y una remera de algodón, que debió comprar en los saldos de algún hipermercado. En la nota decía, esto es más cómodo para el campo. Ella usaba ropa de las mejores marcas, pero el gesto era tan adorable que se emocionó. Además, la remera le pareció encantadora porque tenía un ramillete de flores en el pecho. Ella no sabía si Lago se lo podía permitir, y eso de le producía ternura.

Era evidente que este sitio rústico la estaba cambiando. Quizá porque Nel vestía ese tipo de prendas con orgullo, y la verdad que no tenían nada que envidiarle a sus prendas de diseñadores.

Esa noche le había dejado un sombrero de paja y unas alpargatas floreadas. El sombrero era un espanto, pero las

alpargatas le parecieron adorables. Entre todos los defectos que veía en Lago, le había encontrado una virtud. Él tenía buen gusto para comprar prendas de saldo. Esta vez su nota decía que el sombrero era para proteger su delicada piel citadina y para que su cabello se mantuviera tan suave como las plumas de una gallina. Quizá era un piropo típico del pueblo, pero a ella le cayó como una patada en el culo, porque nadie habría osado comparar su cabello con las plumas de las gallinas.

Catalina tenía que reconocer que todas las noches dormía como un bebé al saber que él estaba en el establo. Tenerlo allí le había cambiado sus pensamientos pesimistas. Ya no pensaba en sus desgracias, sino en Lago Sanders.

¿Quién era ese hombre? ¿A qué se dedicaba durante el día? Él era una constante en su nueva vida, y por más que lo había echado en varias oportunidades, seguía al pie del cañón.

Sabía que no podía esconderse eternamente de él. En realidad, no estaba encerrada en la casa. Salía a caminar por el campo, sin alejarse demasiado porque no se sentía segura en esa desolación, pero todos los días recorría los alrededores de la casa intentando encontrar el potencial del que hablaba Nel. También le echaba imaginación, como había dicho Lago, pero qué podía ver alguien que se había criado en la ciudad. Para ella el lugar seguía siendo un páramo, con un sol que rajaba la tierra y un viento que le resecaba la piel y el cabello. Bueno, ahora tenía ese espantoso sombrero de paja para mantener el cabello suave como las plumas de una gallina.

¿Qué diría Greta si la viera con ese sombrero? ¿Qué diría Adrián, que siempre admiraba su elegancia y su elección de prendas? «Eres una artista combinado prendas», solía decirle mientras soltaba un silbido de admiración. ¡Qué iban a decir!, si desde que se enteraron que había caído en desgracia, ninguno le había enviado ni un mensaje de compromiso para preguntarle cómo estaba.

Esos doce días en soledad la ayudaron a comprender que, le gustara o no, tenía que empezar de nuevo, en otro sitio, uno que no había elegido.

Catalina aceptó que el abuelo ya no estaba y que su vida sería muy diferente de la anterior, como una vuelta de página, o el comienzo de un nuevo capítulo, como un giro sorprendente en la trama de su historia. Su amiga ya no era Greta, sino Nel, una joven divertida que vestía con prendas similares a las que le había traído Lago. Adrián ya no estaba para admirar su buen gusto para vestirse, pero estaba Lago que le dejaba, junto a la puerta, ropa sencilla en una bolsa. El hombre que no había querido cruzarse cuando llegó al pueblo, el que se había cansado de echar, pero estaba empecinado en quedarse. Quizá, con el correr de los días, tendría en su vida algunas personas más que vendrían a formar parte de ese nuevo capítulo de su no deseado nuevo destino.

Nel hacía tres días que no venía, pero por la mañana le mandó un mensaje para decirle que Lago la tenía tan ocupada que no había podido ir a su casa a compartir la comida.

¿En qué la tenía tan ocupada? ¿Nel sería empleada de Lago? Con Nel se habían visto en varias oportunidades, incluso habían compartido las comidas que traía en su única bandeja, pero ella nunca hablaba de Lago. Quizá el silencio de Nel era porque Cata lo había criticado varias veces, como cuando le dijo que venía a dormir al establo a pesar de que ella lo había echado. O cuando le contó que parecía tan impasible como una piedra porque nunca respondía a sus provocaciones. O aquella vez que le comentó que era un hombre que se creía por encima del resto de los mortales, y que era tan soberbio, que varias veces la había dejado con la palabra en la boca y se había marchado como si ella no hubiera dicho nada.

Nel la había mirado algo desconcertada, pero de su boca no salió ni una palabra buena o mala sobre Lago. Había estado tan enojada con las actitudes indiferentes de Lago, que no había prestado atención a los silencios de Nel.

En esos doce días también se le habían acabado las provisiones y tenía que ir al pueblo. Después de ver la curiosidad de Cristian por saber de su vida, que por suerte no había vuelto más, y la emoción desmedida de Nel al tenerla allí, suponía que algunos vecinos la acosarían con preguntas o comentarios sobre el abuelo, o sobre el motivo de su estadía en la granja.

Al parecer Anselmo era muy conocido en Los Espinillos, y ella debía ser una novedad en un lugar donde nunca pasaba nada extraordinario. Por suerte, después de doce días, se sentía preparada para enfrentar a la gente. Ya no se compadecía de su situación, aunque tampoco sabía qué diablos tenía que hacer en ese sitio. La única certeza que tenía era que ella no había nacido para ser granjera.

Pero si el abuelo era tan querido, quizá no le costaba conseguir un trabajo en el pueblo. Ella tenía carisma y se le daba bien socializar. Allí debía haber algún hotel. El abuelo siempre hablaba de sus hoteles y ella algo entendía. Quizá conseguía un puesto en recepción o de administrativa. Si tenía suerte, hasta le darían alojamiento, y podía dejar atrás la granja abandonada y al maldito viento que venía incluido en su herencia como una carga difícil de soportar. Ella podría echar abajo la cabaña, derrumbar el establo o destruir el gallinero, y el viento seguiría soplando. «A qué no puedes deshacerte de mí, chica lista de la ciudad», y su silbido retumbaría en los oídos de Cata como una carcajada burlona.

Se vistió con sus prendas de diseño para causar una buena impresión. Quizá encontraba a algún amigo de Anselmo para pedirle un trabajo decente y poco sacrificado.

Descartó las sandalias porque no era una buena opción para esos caminos, por lo que se decidió por las alpargatas floreadas que le regaló Lago.

Miró con anhelo la cartera Gucci que Ramona había incluido en su escaso guardarropa, pero la descartó porque tenía brillos y era demasiado extravagante para un sitio tan sencillo. Se puso un pantalón de Jean holgado de color celeste y una sudadera sin

mangas con el logo de Prada. No eran prendas llamativas, por lo que nadie podía acusarla de estirada. Era ropa cómoda para andar por casa, y la única apta para moverse por los caminos de tierra lleno de posos de Los Espinillos.

Aquí no había nadie a quien impresionar con las marcas. Pero que mierda, era su ropa y la iba a usar, no para exhibir sus lujos, sino porque ya le habían arrebatado todo y eso era lo poco que le quedaba de su pasado.

Ella no quería reconocerlo, pero era una forma de decirle a Lago que no necesitaba de su caridad. Aunque las alpargatas de flores le encantaban, y era lo único pasable para recorrer esos caminos, además, Ramona no había puesto en su bolso alguna de las preciosas zapatillas que usaba para ir al gimnasio o a correr.

La calle que había recorrido cuando llegó ya no le parecía tan accidentada. Quizá, porque ya no veía todo negro, sino que estaba mirando los matices, o tal vez era porque llevaba puestas las cómodas alpargatas floreadas que le había regalado Lago.

Ya no quería esquivarlo como el día que llegó, ni como todos los que le siguieron, Su actitud esquiva era porque Lago era el único que la había visto vulnerable y perdida. Por suerte, el aislamiento de doce días la había ayudado a recuperarse y estaba lista para mirarlo de frente sin derramar lágrimas o ponerse a gritar como loca.

A pesar de sentirse más entera, aún no sabía qué hacer con la granja. Venderla era como decirle al abuelo que odiaba la herencia que le había dejado. La odiaba, pero el amor por el abuelo era más fuerte que el odio por la granja.

Su padre también había influido en su recuperación. La había llamado tres veces para pedirle que regresara, que él iba a hacer todo lo que estuviera a su alcance para ayudarla a salir adelante. Por fin había asumido su papel.

Catalina lo pensó durante varios días. Su apoyo le insufló algo de seguridad porque había alguien de su familia preocupado por ella, y no se sentía tan sola. Su oferta era demasiado tentadora.

Podía recuperar parte de lo que había perdido. ¿Pero qué iba a recuperar?, ¿a esos amigos que durante doce días no le habían mandado ni un mensaje para saber si estaba bien?

Catalina rechazó la oferta porque al estar aislada pudo ver esa vida que había llevado desde otra perspectiva, y lo que vio no le gustó. Quizá el abuelo había visto lo mismo, y por eso la alejó de aquel mundo disipado que había elegido desde los dieciocho años.

Se asombró de lo pronto que llegó a la zona civilizada. El viejo administrador del abuelo no le había mentido con las diez cuadras que había de la plaza a La Esperanza. ¡Cómo cambiaba ese lugar cuando lo veía desde una perspectiva más optimista! Bueno, no tan optimista, pero tampoco tan pesimista como el día que llegó y casi se murió de la impresión.

Eran las seis de la tarde y se quedó en una esquina mirando asombrada el movimiento del pueblo. Esto no era tan aburrido como se lo había imaginado. Había gente paseando, otros sentados en bares, otros salían de negocios con bolsas de compras. En el bar que había frente a la plaza, el bullicio le recordó a los bares a los que solía ir con sus amigos, solo que allí había gente de todas las edades. Niños con sus padres disfrutando de una bebida. Jóvenes con las motos aparcadas en la calle. En la plaza había niños patinando. Otros corriendo. Había gente por todos lados pasándolo bien. Había más vida aquí que en el barrio donde estaba la casa del abuelo.

Catalina se frotó las manos, un gesto que hacía cuando se ponía nerviosa. Es que toda esa gente debía saber que ella estaba viviendo en la granja de Thompson. Y al recordar el entusiasmo de Nel y la curiosidad de Cristian, tenía miedo de despertar la misma reacción multiplicada por el tumulto que veía desde la esquina.

Un joven pasó con la bicicleta y derrapó delante de ella, sin levantar polvo porque la calle estaba pavimentada. Igual soltó un chillido y se alejó del cordón de la vereda. El chico soltó una carcajada, y se fue haciendo willy.

Era el mismo que la llenó de polvo el día que llegó.

—Eh, tú. No salgas huyendo como un cobarde —gritó Catalina.

—¿Eres la nieta de Anselmo? —preguntó una señora que tenía cerca.

—Sí —dijo Catalina.

—Qué alegría que hayas decidido salir de la cueva. Ven, preciosa, que te presento a algunos vecinos.

—¿Usted conocía a mi abuelo? —preguntó Catalina.

—Pues, claro. Desde que éramos niños. Yo soy Rosa. No se lo digas a nadie, pero con tu abuelo perdimos la virginidad en el establo de la granja.

Pensar en el abuelo sin ropa con esta señora le pareció un espanto. La miró con la boca abierta. Así no era como se imaginaba su primer día en el centro de Los Espinillos.

—Hay más anécdotas de ese estilo —susurró Catalina.

La mujer soltó una carcajada.

—Espero que no, niña. Anselmo de mayor era un hombre serio, y no habría llevado a nadie al establo. Aunque no sabría decirte si las llevara a su casa —aclaró Rosa, y soltó otra carcajada.

Catalina abrió la boca y la cerró porque no sabía qué decir.

—Abuela, ya estás inventando historias —gritó Lago, que se acercaba caminando tan suelto de cuerpo, y con una sonrisa de burla—. No le hagas caso. Se divierte contando aventuras que nunca tuvo.

—Qué sabrás tú de mi juventud, muchacho insolente —dijo Rosa, y le dio un golpe en el pecho, que ni lo movió—. Anselmo era mi novio cuando tenía dieciséis, y si hubiera aceptado casarme con él, ella habría sido mi nieta. Pero no me queda otra alternativa que conformarme contigo.

—Ven que te presento a algunos vecinos —dijo Lago, y la agarró del codo.

Catalina se soltó.

—Puedo presentarme sola. No necesito lazarillo —aclaró.

—Yo dejaría que él te presente a la gente —comentó Rosa.

—¿Acaso es el administrador del pueblo? —preguntó Catalina.

—Del pueblo no, pero está aprendiendo algo de administración —dijo Rosa, dejándole más oscuro el panorama.

—¿Abuela, no tienes nada mejor que hacer?

—A mi edad no hay nada más interesante que meterme donde no me llaman —dijo Rosa.

Lago soltó un bufido. Catalina lo miró y sonrió encantada con la mujer que tenía a su nieto a maltraer.

—Princesa, por fin has salido de la granja —dijo Cristian, y le recorrió el cuerpo con los ojos—. Vaya pilchas que tienes. Vas a ser la envidia de todas las chicas del pueblo. Me encanta tu estilo Prada combinado con las alpargatas que te compró Lago en la tienda de Olga. Las tenía en saldo —aclaró.

Catalina miró a Lago, que estaba más tieso que un poste, con la mandíbula y los puños apretados.

—No te he visitado porque tu amigo Lago me lo prohibió —aclaró.

—Ve a hacer tu trabajo —dijo Lago.

—Y si no voy, ¿qué? —lo desafió Cristian.

—Te va a despedir, Cristian. Y tus hijos se van a quedar sin comer —dijo Rosa.

—No serías capaz —dijo Cristian a Lago.

—Ponme a prueba. Y no quiero que tu mujer venga a suplicar que te devuelva el trabajo —dijo Lago, que seguía apretando los

puños.

—¿Tienes hijos? —preguntó Catalina.

—Tiene dos. Un chico de cuatro que es un demonio y una chica de cuatro que es un encanto. Son mellizos —dijo Rosa.

—Y una exmujer —aclaró Cristian.

—A la que visitas una noche sí y otra también —dijo Lago.

—Pero no compartimos la vida —aclaró Cristian.

—Yo diría que comparten muchos aspectos de la vida —aseguró Rosa.

—Rosa, a ti te gusta hacer de celestina, pero entre Mary y yo solo hay un acuerdo de conveniencia —aclaró Cristian.

—¿Y de que va el acuerdo? —preguntó Catalina.

—Mejor que no te enteres. Es un hombre con pocos escrúpulos —dijo Lago—. Bueno, Marisol se merece lo que tiene.

Las palabras de Lago eran despectivas. Lago le había dicho que Cristian y él eran enemigos. Con ella se había mostrado indiferente a sus provocaciones, pero a Cristian no le dejaba pasar una. Es más, lo ponía en evidencia sin que se defendiera. Catalina no tenía dudas que los palos que le arrojaba eran para que ella no cayera en las garras del desvergonzado, que tenía hijos y una extraña relación con su exmujer. Por lo que estaba observando, Lago tenía mucho poder en el pueblo para dejar mudo a su enemigo.

—Si necesitas algo, princesa, lo que sea, no dudes en buscarme. Estoy trabajando en la reparación de los revoques del hotel Francis —dijo Cristian, y miró a Lago con una sonrisa de burla.

Lago otra vez se tensó, y miró a Cristian como si quisiera ahorcarlo con sus propias manos.

—Vete antes de que te despida. Y esta vez no habrá nadie que te salve el pellejo —gruñó Lago.

—¿Ni siquiera el llanto de mi adorada ex? —preguntó con esa sonrisa de burla que ella conoció el día que llegó al pueblo.

—Vete —gritó Lago.

Cristian conocía los límites, y con una inclinación de cabeza a Catalina dio media vuelta y se marchó. Lago estaba indignado porque no había logrado alejar al idiota antes de que soltara la bomba.

Catalina se quedó muda y con la vista perdida en el horizonte al escuchar el nombre del hotel.

—¿Francis? —preguntó, porque el abuelo tenía la cadena Francis en distintos lugares turísticos de Europa y el Caribe. En realidad, ella tenía muchas más preguntas, pero lo del hotel era lo que más le impactó—. No puede ser —dijo Catalina.

—Este es el primero —dijo Lago, puesto que ella estaba descubriendo que su abuelo tenía en Los Espinillos algo más que una granja abandonada. Aunque responder sobre la propiedad del Francis de Los Espinillos era mucho más complicado de lo que parecía a simple vista.

—¿El primero? —preguntó—. El Francis I está en Florencia —dijo Catalina.

—Este no tiene número. Su joya más preciada siempre la mantuvo oculta —dijo Lago.

Su joya más preciada. Se le anudó la garganta al darse cuenta que nunca había conocido al abuelo.

—No para ti —aseguró ella.

—Todos aquí lo conocemos, niña —dijo Rosa, defendiendo a su nieto.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque tu abuelo…

—Abuela, ya basta —dijo Lago.

Rosa se calló y asintió con la cabeza a la advertencia de su nieto. Miró a Catalina y le sonrió.

—Si se hubiera casado conmigo, nunca habría salido de Los Espinillos —dijo Rosa.

—¡Abuela! —advirtió Lago.

—Ya nos vamos a ver más seguido. Ahora que has venido al centro, mi nieto no nos va a impedir que te visitemos en tu casa. Y tú siempre serás bienvenida en la mía, cariño —aclaró, y se marchó.

Catalina se abrazó el cuerpo con las manos mientras miraba como se alejaba Rosa. Después se giró hacia Lago, que había dejado la indiferencia y tenía sus ojos clavados en ella.

La habían avasallado y solo había conocido a dos personas, pensó Lago. Ella no se imaginaba todo lo que le faltaba por descubrir. Pero no sería él quien le soltara todos los secretos de su abuelo en un solo día.

—No dejaste que nadie se acercara a la granja —dijo Catalina.

—Era una decisión que tenías que tomar tú.

—Pero si lo decidiste por mí —reprochó.

—No, Catalina. Solo detuve por unos días la procesión de vecinos que iban a ir a tu casa.

—¡Procesión! Eso es una exageración —aseguró Catalina.

—Ahora estás preparada —aseguró Lago.

—No estoy preparada para lo que nadie me preparó —gritó.

—En realidad ya no estás tan desorientada, enojada y dolida.

Claro que estaba desorientada, enojada y dolida, porque no sabía que hacía en ese pueblo. No sabía nada. Era como si después de muerto el abuelo le hiciera conocer una parte de su vida que se había esmerado en ocultarle. Ella abría preferido conocer todos sus secretos por él, no de esta forma tan indirecta.

—No sé qué hago aquí. No sé nada de mi abuelo. Nunca me dejó conocerlo —dijo, y se le resbalaron las lágrimas. Qué tenía ese hombre, que solo a él le dejaba ver sus emociones y sus inseguridades.

—Claro que te dejó conocerlo. Solo guardó su tesoro más preciado para él, y ahora te lo regaló a ti, su persona más querida —dijo Lago.

—¿Su tesoro es el Francis? —preguntó Catalina.

—El no era tan materialista —aseguró Lago.

Eso era ridículo. Su abuelo había infravalorado a sus hijos porque no eran demasiado buenos en los negocios. Él era lapidario con sus inversiones. A veces ella le reprochaba su accionar indiferente con las desgracias ajenas, pero él abuelo le había asegurado que la gente quedaba agradecida de que los salvara.

—¿El tesoro es tu abuela? —preguntó Catalina.

—No sé si te has dado cuenta, pero mi abuela tiene veinte años más que Anselmo. Dice que perdió la virginidad a los diecisiete en el establo, pero tu abuelo todavía no había nacido. Esa historia que te ha contado, distorsiona la verdad, Catalina —aclaró.

—¿Y por qué lo hace? —preguntó—. ¿Cuál es la verdad?

Lago se encogió de hombros. Ella estaba demasiado confundida para seguir exteriorizando los secretos de Anselmo.

—La nieta de Anselmo ha venido al centro a conocernos. ¡Qué encanto de criatura! ¡Qué ganas tenía de conocerte! Soy Nancy, y conocía a tu abuelo de toda la vida. Lago no me dejó ir a darte la bienvenida. Nos pidió que te diéramos espacio. ¡Quién era yo para contradecir a este chico que es tan coherente y jamás se equivoca! —aclaró Nancy, y le dio un beso en cada mejilla y un abrazo tan apretado que la dejó sin aire.

Le pareció que Lago gruñía a su lado, pero quizá el ruido venía de Nancy, aunque la mujer parecía tan emocionada como Nel al tenerla en el pueblo.

Tanta efusividad la tenía aturdida, y eso que ella estaba acostumbrada al bullicio que hacía con sus amigos, a las fiestas con la música a tope y a las adulaciones. Pero esto era diferente. Eran abrazos sentidos, eran emociones sinceras, eran personas transparentes que no adulaban para quedar bien o para conseguir algún favor, y le brillaron los ojos.

—¿Tú eres el tesoro de mi abuelo? —preguntó Catalina.

—¿El tesoro? No, no. En realidad él era el tesoro para muchos en este pueblo —aclaró Nancy—. ¡Oh! ¡Esta adorable jovencita lleva las alpargatas de la zapatería de Olga! ¿Has visto Lago? Ya se está adaptando a nuestro pueblo —dijo Nancy.

—Eso parece, Nancy. Ella es la madre de Cristian —dijo Lago.

—Mi chico complicado. Pero tiene un encanto especial. Es un conquistador. Mi pobre nuera no sabe qué hacer con él —dijo Nancy, y miró de reojo a Lago, como si esperara alguna reacción. Catalina se percató del gesto y supuso que la nuera de Nancy quizá era la causante de la enemistad entre los dos hombres.

—Haberlo pensado antes de cometer el error. Bueno, ella tiene la habilidad para reemplazarlo por otro cuando se le antoje —dijo Lago.

Nancy lo miró con pena, pero se recompuso rápido y le sonrió.

—Tú podrías hacerle la vida más fácil a mi Cristian, Lago —reprochó Nancy.

—De eso nada —aseguró Lago.

—No vine a hablar de mi Cristian. Vine a agradecerte tu paciencia con el pago del alquiler —dijo Nancy a Catalina, que la miró confundida—. Anselmo era un encanto y comprendía que a veces se me hacía cuesta arriba. Pero si quieres puedo pagarte con algún modelito de mi tienda —aclaró.

—Seguro que en unos días van a llegar a un arreglo que las beneficie a las dos, Nancy —dijo Lago, agarró del brazo a Catalina y

la alejó de la mujer y del centro.

—¡Oye! ¿Qué estás haciendo? Esa mujer encantadora va a creer que soy una citadina estirada.

—Eres una citadina estirada —aseguró Lago, que la estaba alejando del centro.

—No me quiero ir —gritó Catalina—. Esa mujer me dijo que tenía que pagarme una renta.

—Y te dijo que no tenía el dinero —dijo Lago.

—¡No te das cuenta que estoy confundida! Creía que había heredado una granja abandonada —gritó.

—Has heredado una granja abandonada y azotada por un viento infernal —dijo Lago.

—No repitas todo lo que digo, y aclárame qué diablos es eso de la renta de Nancy —pidió Catalina.

—Los beneficios de los negocios que tiene Anselmo en Los Espinillos van directo al dueño de la granja. Tú eres la nueva dueña. Tú eres la que se queda con la renta que tiene que pagar Nancy —dijo Lago.

Catalina dejó de caminar y se soltó de su agarre. Él no había hecho presión sobre su brazo. Era más una caricia que una imposición, y ella no se había dado cuenta lo reconfortante que era sentir su mano tocándola. Pero es que esa información la dejó aturdida.

—No lo entiendo. Creí que me había castigado —susurró Catalina.

—Quizá es un castigo —dijo Lago, y sonrió—. Un dulce castigo que necesitaba su persona más querida para dejar de ser una esnob —aclaró.

Catalina se tapó el rostro con las manos y dejó que las emociones fluyeran como si estuviera sola. Qué importaba que él viera su desolación, si ya conocía cada una de sus facetas. Había

conocido a la chica que desfilaba con modelitos exóticos o casi sin ropa, la que se paseaba delante de él para provocarlo sin lograr su objetivo. Y cuando se volvieron a encontrar, estaba conociendo a la mujer que lo había perdido todo. La que tenía el cabello despeinado, las ropas sucias, y lloraba y gritaba porque no aceptaba su nueva realidad. La que estaba llorando en ese momento porque el abuelo ya no estaba con ella.

Lo que no esperaba era que esos brazos fuertes la rodearan con tanta ternura, y que sus manos le acariciaran la espalda y el cabello. Extrañaba tanto al abuelo, que descubrir que en ese pueblo todos lo querían la hacía sentir más cerca de él. Pero sus emociones estaban a flor de piel y se estremeció porque el hombre que la había rechazado cinco años atrás, en ese momento la abrazara como si ella no fuera una citadina estirada, una esnob que no concebía su vida sin estar rodeada de lujos. La abrazaba como si no fuera la joven artificial que había tenido la altanería de despreciar su vida y su pueblo, porque no había tenido el privilegio de nacer en cuna de oro como ella.

—Lo siento —dijo Catalina con la voz entrecortada.

—¿Qué sientes? —preguntó Lago.

—Siento haberte dicho que volvieras a tu miserable vida. Me dolió que me rechazaras, y quise hacerte daño —dijo Catalina. Levantó el rostro y se estremeció cuando él recorrió sus mejillas con los dedos, siguiendo el camino de sus lágrimas que terminaban en la curva de sus labios.

—Lo sé —dijo Lago, y se alejó como si el contacto lo quemara. Tenía una erección que no podía disimular. Desde el primer día que la vio de pie en los campos cubiertos de paja brava, su vida había cambiado. Ella era un huracán y le estaba sacudiendo todas sus estructuras. Él era metódico, ordenado, tenía su vida organizada. Pero tenerla allí, ya no por las anécdotas o mirando las fotos que le mostraba Anselmo, sino en persona, le estaba provocando un torbellino de sensaciones que no sabía manejar—. Me lo tenía merecido.

—Te lo tenías merecido —repitió Catalina.

—No repitas todo lo que digo —dijo Lago, y ella rio.

Su sonrisa la hacía adorable, y quería volver a tenerla en sus brazos. Llevaba varias noches sin pegar ojos al saber que ella estaba durmiendo a pocos metros. Se la imaginaba con alguna prenda íntima de marca. Encaje que no dejaba nada para la imaginación. También pensó que quizá dormía desnuda, y unas cuantas noches de las doce que llevaba durmiendo allí, tuvo que aliviarse con la mano para no ir a la cabaña a confesarle la tortura que estaba sufriendo al saber que ella dormía tan cerca, y quizá sin ropa y… Negó con la cabeza, y vio que ella lo miraba desconcertada.

—Creo que estás algo nervioso —dijo Catalina, y le señaló la entrepierna—. Y supongo que esa ansiedad te la provoca una citadina estirada y esnob —aclaró.

—Tonterías. Es que hace doce días que no duermo con una mujer —dijo.

Era un reproche puesto que llevaba doce días durmiendo en el establo.

—Si tú lo dices —dijo, y sonrió con burla—. Sabes, yo nunca me lanzo dos veces a una piscina vacía —aclaró, y eso significaba que no iba a provocarlo después de que él la hubiera rechazado cinco años atrás.

—Quizá esta vez esté llena —dijo Lago, y sonrió cuando ella se ruborizó.

CAPÍTULO 7

Catalina miraba desde el ventanal de la cabaña el campo infinito que se extendía frente a ella. Ese día se cumplía un mes desde su llegada a Los Espinillos. Un mes desde que vivía en la granja que heredó del abuelo.

Ya estaba oscureciendo y el paisaje desolador ya no le parecía un páramo. El viento siempre estaba presente y movía los pajonales. Momentos antes, los pájaros habían regresado cantando a sus nidos, y en unos minutos más lo único que vería sería un millar de estrellas. Se había acostumbrado a contemplar el atardecer, y se maravillaba viendo el sol que se recostaba en el campo. Pero durante la noche, tanta oscuridad y silencio le seguía dando miedo.

Después de su primera salida al centro donde descubrió que Nancy le pagaba una renta al abuelo, y Lago le dijera que ese ingreso era para el dueño de la granja, sus pensamientos ya no eran tan negativos.

Había vuelto dos veces más al centro, y no tenía nada de aburrido. Había una actividad que la tenía encantada. A ella siempre le gustó el bullicio, era sociable, y había conversado con personas que la paraban en la calle para contarles que conocían al abuelo. Todos lo querían. «Qué hombre especial era tu abuelo», le habían dicho. «A todo el que le preguntes, te va a decir que parecía duro, pero en el fondo era blando como un flan, porque siempre estaba dispuesto a ayudar». «Si me hubiera pedido casamiento, le habría dicho que sí. Pero nunca lo hizo», le dijo Olga, la de la zapatería. «Nancy a veces lo agotaba. A esa mujer le dan cuerda, y no para de

hablar estupideces. Pero tiene una ropa divina. El problema es que es tan insistente que cuando vas a su tienda te quiere encajar más de lo que te permite el presupuesto. No le aflojes con la renta, que siempre pide tiempo pero tiene una casa hermosa, y no le falta el dinero».

Catalina a veces volvía llorando, ya no por la ira al tener que vivir allí, sino porque extrañaba a Anselmo.

En su segunda visita al centro descubrió dos rentas más que estaban destinadas a la granja, aunque todavía nadie le había pagado. Si ese ingreso lo hubiera recibido cuando vivía con el abuelo, no le habría alcanzado ni para un par de zapatos Gucci. Pero para alguien que ya no tenía nada, era como si se hubiera ganado la lotería.

Su padre la había llamado para ofrecerle nuevamente su casa, pero ya no se quería ir. Le dijo que se estaba adaptando, que ya tenía una amiga que se llamaba Nel, que las personas eran solidarias y la trataban con mucho cariño. «No te imagino siendo feliz en un pueblo, pero es un alivio saber que te estás adaptando, Caty», esas fueron sus textuales palabras. Catalina se lo imaginó soltado el aire al saber que podía seguir con su vida sin la responsabilidad de cargar con la hija que de pequeña había dejado con abuelo. Seguía llamándola cada tres o cuatro días, para saber cómo estaba y para contarle adonde había viajado. Él seguía recorriendo los hoteles del abuelo. Su vida no había cambiado, y la del resto de los hermanos tampoco.

Bueno, la del tío Felipe había cambiado como la de ella, ya que el abuelo había cargado sobre sus hombros la responsabilidad de controlar el trabajo de sus hermanos. Y eso le había complicado la vida porque él tenía que atender sus propios negocios. Felipe solo la había llamado una vez para decirle que su oferta seguía en pie, y que estaba con tanto trabajo que no tenía tiempo ni para sentarse a comer. Pobre Felipe, pensó Catalina. El único hijo responsable estaba cargando con el peso de la herencia de su padre, mientras el resto seguía disfrutando de los beneficios.

Ya era negra noche. El reloj que colgaba de la pared marcaba las diez de la noche, y Catalina se estremeció. Qué rápido se le había pasado el tiempo, y Lago no aparecía. Él solía llegar cerca de las nueve.

¿Y si no venía? Se cansaba de decirle que no lo necesitaba, pero era una mentira. Lago era el hombre que le estaba permitiendo ganar seguridad. Su silenciosa ayuda era algo que nunca le podría pagar. Él sacrificaba sus noches, la comodidad de su cama, sus salidas con amigos o lo que hiciera, para venir a acompañarla. Lo hacía sin alardear, sin reproches, sin pedir nada a cambio. Se alejó de la ventana y se sentó en el sillón. Se abrazó las piernas como si con ese gesto pudiera alejar el pánico que le provocaba estar sola en un sitio tan aislado.

A las once pensó que Lago no iba a venir. El campo era como una boca de lobo y tembló como la primera noche, cuando no tenía a quien llamar. Pero ahora tenía el móvil de Nel, y si Lago no aparecía la iba a llamar para preguntarle cómo hacía para adaptarse a vivir en ese páramo aislado. Bueno, ya no lo veía como un páramo, pero de noche… de noche los miedos se magnificaban.

Un golpe en la puerta le hizo dar un brinco en el sillón.

—¿Estás bien? —preguntó Lago.

Era él. Había venido y el miedo se le escapó el cuerpo.

—Claro, estoy genial —dijo, pero le tembló la voz—. Ya te dije que no hace falta que te sacrifiques por mí.

—Y yo que creía que te ibas a alegrar al saber que no estabas sola.

Claro que se alegraba, pero no se lo pensaba decir. Ya le había mostrado demasiadas debilidades para agregar el terror que le daba estar sola de noche en esa desolación. ¿Algún día se acostumbraría?, creía que no.

—Has interrumpido una conversación interesantísima con mis amistades de la ciudad —aclaró Catalina.

—¿De lo que cuesta la nueva colección de carteras Gucci? ¿O de la cantidad de alcohol que aguantaron sin perder la vertical en la salida de viernes? —preguntó Lago, recordándole esa vida de fiesta que disfrutaba cuando vivía con el abuelo.

Llevaba un mes sin beber alcohol, y ni un solo día desde que estaba en la granja había pensado en la nueva colección de carteras.

—Ese es un golpe bajo —dijo Catalina—. Deberías pensar en hacer algo útil con tu vida en lugar de estar metiéndote en la mía —aconsejó, puesto que las dos veces que había ido al centro, se lo encontró apoyado en la puerta del bar. ¿Acaso no tenía otra actividad que pasar todo el día en el bar? Al parecer su actividad preferida era beber.

—¿Has dicho hacer algo útil con mi vida? —preguntó Lago asombrado. No le alcanzaba el día para todo lo que tenía que hacer, pero ella no tenía idea de sus actividades.

—Las dos veces que fui al centro te encontré de brazos cruzados en la puerta del bar. Beber tanto te va a atrofiar las neuronas.

—Habló la voz de la experiencia —dijo Lago, y se rio—. Tú sabes de primera mano lo que el alcohol le hace a las neuronas —comento. La había visto por primera vez en la piscina de su abuelo, rodeada de amigos tan exóticos como ella, bebiendo alcohol hasta quedar inconscientes.

—Ya no bebo —dijo Catalina, y lo dijo con orgullo. La falta de alcohol no la estaba afectando. Había perdido tanto que ni se acordaba que también el alcohol había desaparecido de su vida—. Y no bebía todos los días, solo cuando salíamos de fiesta. ¿Qué tal te fue descargando esa ansiedad que tienes desde que duermes en el establo? La abstinencia de sexo te tenía muy nervioso —aclaró.

Ella creía que se había retrasado porque había tenido sexo con una mujer. Nada más lejos de la realidad, pero no pensaba sacarla del error. Catalina no sabía que toda la ansiedad se le iba a la entrepierna cuando pensaba en ella. En ese momento la tenía tan

dura, que si ella abría la puerta, no se comportaría como un caballero.

—He vuelto relajado a casa —comentó, y se alegró que ella no viera su sonrisa—. Creo que a ti también te hace falta relajarte, así no estás todo el tiempo descargando tu ansiedad acumulada en mí.

Catalina apretó los puños. El muy maldito le fregaba en la cara sus deslices como si fuera lo más normal del mundo. Le dolió saber que tenía una mujer con la que disfrutaba en la cama. Y encima la mandaba a hacer lo mismo que él para que no lo incordiara.

Ella llevaba mucho tiempo de abstinencia sexual. No por la muerte del abuelo, sino porque un día decidió que no le gustaba intimar con alguien que al día siguiente no recordaba ni su nombre. Solo había tenido dos relaciones duraderas. No tan duraderas. Perdió la virginidad con su novio del instituto, el que vino a curar la decepción de que Pablo Peterson no la eligiera a ella, sino a la reina de belleza. Lo hicieron varias veces, pero no era para tirar cohetes y decidieron seguir como amigos porque descubrieron que entre ellos no había atracción. Era Adrián, su amigo de salidas, de alcohol, de fiestas, él que le había preguntado a Greta si también había perdido el deportivo. La segunda relación fue con el bombón que conoció en la escuela de modelos. Era el hijo de la señorita Pini. Alto, de rostro perfecto, cuerpo delgado y tan encantador que todas caían a sus pies. Salieron un mes y medio, hasta que descubrió que no era la única, y que les dedicaba dos días a la semana a cada una. A ella le había tocado los martes y viernes.

La decepción fue tan grande que decidió practicar el sexo sin compromiso, hasta que Ramona, la empleada del abuelo, se enteró. No le hizo ningún reproche ni se lo contó al abuelo. Solo le dijo que el sexo era una parte especial del amor. También le aconsejó que si bebía no tuviera sexo, porque al día siguiente no sabría con quien se había acostado. Demoró un tiempo en descubrir que Ramona había tenido razón en todo. El sexo sin amor la dejaba deprimida, y se

sentía miserable cuando al día siguiente no sabía con quien se había acostado. Sus amigos lo seguían haciendo, y ella fingía que lo hacía para sentirse parte del grupo.

—¡Mi ansiedad no es por falta de sexo! —gritó Catalina—. Vete de mi casa que no soy tu obra de caridad. Te libero de la obligación que te has echado sobre los hombros. Vuelve a la vida que tenías antes de mi llegada. A la mujer que te espera, porque yo no necesito ni quiero tu ayuda. Ya te lo he repetido cada día del mes que llevo aquí.

Lago sabía que tenía razón. La ira que descargaba en él era por todo lo que había perdido. Pero ella lo provocaba, y él se olvidaba de su promesa de no reaccionar a sus pullas. Ella siempre lo estaba echando, como si no estuviera muerta de miedo al imaginar que no vendría a dormir por la noche.

—Mientras sigas viviendo sola, nunca voy a dejar de venir a dormir al establo —dijo Lago.

—¿Por qué lo haces?, si no te caigo bien, y siempre estás ironizando sobre mi vida en la ciudad —dijo Catalina.

—A pesar de que no dejas de echarme, creo que me esperas ansiosa por las noches —la provocó. Por Dios, si acababa de decirse que tenía que dejar de incordiarla, y no había pasado ni un minuto que había vuelto a la carga.

Un zapato golpeó la puerta. Al instante se encendió la luz de la galería, que era la señal que esperaba todas las noches para marcharse a dormir al establo al saber que estaba bien. Lago soltó una carcajada mientras se alejaba. La rutina de todas las noches. La pelea de todas las noches, en la que ella le decía que no hacía falta que viniera y él le decía que seguiría viniendo. Lo de tirarle un zapato a la puerta era una novedad. Es que era la primera vez que la consentida de Anselmo demostraba interés por saber algo de su vida, aunque solo fuera para reprocharle su vagancia. Siendo sincero, tenía que reconocer que lo que más le había gustado era su interés por saber si había echado un polvo antes de venir.

Menos mal que no le había abierto la puerta, pensó Catalina. En realidad nunca le abría la puerta, y no era porque lo quisiera lejos, sino porque tenía miedo de caer en la tentación. Esa noche se habían tirado tantos dardos que se le abría lanzado encima para golpearlo. El problema era que no estaba segura si la guerra de manos habría terminado en un sexo salvaje. «No se iba a tirar dos veces a una piscina vacía», se repitió para no volver a humillarse delante de ese hombre, como lo había hecho cuando tenía veinte y era tan egocéntrica que no se le cruzó por la cabeza que iba a rechazarla.

Pero las noches eran complicadas, porque de solo saber que estaba a pocos metros sentía un ardor poco halagador entre las piernas. El maldito la había mandado a tener una aventura. Ella ya no tenía aventuras. El problema era que durante la noche lo pasaba mal. Necesitaba tener sexo porque se estaba volviendo loca al saber que él estaba a pocos metros de la casa. Necesitaba una de esas noches locas de sexo que había descartado.

Pero cómo iba a tener una aventura en un pueblo pequeño sin estar en boca de todos los vecinos al día siguiente. Ella no podía permitir que la señalaran como la díscola nieta de Thompson.

Es que ella no quería a cualquier hombre. Ella solo quería a Lago. Se sentía tan atraída por él como cinco años atrás, y eso no le había pasado nunca con ningún hombre.

Él estaba en ese momento en el establo, y supuso que estaría durmiendo como un bebé después de sacarse la ansiedad con alguna mujer. ¿Y sí tenía mujer, novia o amante? No. Seguro que no tenía nada serio. Qué mujer iba a aguantar que su marido, novio o amante, durmiera en el establo para que la nieta de Thompson no se sintiera sola.

La verdad era que no sabía nada de él, y eso le molestaba porque se pasaba toda la noche imaginando, no el potencial del campo, sino a Lago desnudo en su cama. Si él no hubiera tenido una erección el día que la abrazó en el centro, ella seguiría durmiendo a pata suelta.

Mientras daba vueltas en la cama lo maldecía por despertarle ese deseo irrefrenable. Eso no le podía estar pasando. Otra vez no, se dijo porque no era la primera vez que le sucedía, y deslizó la mano bajo las sábanas para acariciarse. Cerró los ojos y se lo imaginó a él, su mano áspera tocando su sexo. Se lo imaginó sobre ella, besando sus labios, sus pechos, su sexo. Estaba tan metida en su fantasía que se arqueó buscando más placer, y alcanzó el orgasmo imaginando que era la mano de Lago quien la había llevado al orgasmo. Pero cuando abrió los ojos, él no estaba y ella se sentía sola.

Ojalá tuviera el mismo problema que ella.

***

A Lago esa noche le iba a costar conciliar el sueño porque tenía una erección de campeonato, y se la había provocado ella. Era una mujer tan irritante, que no entendía por qué lo dejaba en ese estado. Él era un hombre tranquilo, pero ella lo estaba cambiando.

A veces deseaba que llegara la noche para ir a dormir al establo. A pesar de que dormía en un sitio ruinoso y en un colchón viejo e incómodo, no quería estar en otro lugar. Se decía que era porque no quería dejarla sola, y era cierto, pero esa no era toda la verdad. Él tampoco quería estar lejos de ella.

¡Cómo iba a dormir esa noche!, si lo había dejado más ansioso que antes de llegar. Era una bruja, no tenía dudas.

Lago algunas noches soltaba una risa irónica y otras maldecía a esa bruja que le estaba quitado la razón. Pensaba que Anselmo le había mandado al pueblo a esa belleza exótica y contestataria para que lo volviera loco, para sacarle la serenidad que regía su vida, no para que la ayudara a encontrar el camino. Catalina era una mujer que no se dejaba ayudar, y menos por él. Aunque había algo en lo que coincidían. La atracción entre ellos era mutua.

Después de un mes de estar instalada en la granja, seguía sin abrirle la puerta cuando llegaba por las noches, y él estaba casi seguro de que era porque tenía miedo de caer en la tentación. Si eso ocurría iban a volar chispas por toda la cabaña, las mismas que volaban en el centro cuando ella iba con sus prendas de marca y las alpargatas que le había regalado, y se ponía a conversar con los vecinos como si los conociera de toda la vida. Pero cuando lo veía apoyado en la puerta del bar, y él la saludaba con una inclinación de cabeza, ella fruncía el entrecejo. Ninguno apartaba la mirada del otro. Era una guerra de miradas que ganaba él cuando ella agachaba la cabeza para esconder el rubor que tenía en las mejillas. Él sonreía y entraba al bar, como si hubiera ganado la batalla de miradas. No había ganado más que una erección que escondía de los clientes del otro lado de la barra.

¿Qué camino podía enseñarle a la nieta de Anselmo?, si el único que tenía en mente era el de su pene entrando por la cavidad de su cuerpo. Thompson no le había endilgado semejante responsabilidad para que pervirtiera a su nieta. Aunque Catalina tenía veinticinco años y ya venía pervertida de la ciudad, no tenía dudas de eso.

Él tenía una puta responsabilidad, pero en lo único que pensaba era en meterse en su cama, arrancarle sus prendas íntimas de diseño y meterse entre sus piernas hasta que ella gritara su nombre. La imaginaba moviéndose con él, dejando en el pasado a la esnob y comportándose como una salvaje que le pedía que la llevara al orgasmo.

Si solo fuera una noche de sexo salvaje, pero él quería más. Quería conquistar a la chica que había rechazado años atrás.

Sabía que estaba deseando un imposible, porque ella estaba a un abismo de su vida pueblerina. Además, cuando descubriera lo que de verdad le había dejado su abuelo, ya no se sentiría atada a Los Espinillos. Él mismo estaba sorprendido de los negocios de Anselmo en el pueblo.

Tenía que apartarla de su vida y de sus pensamientos. Tenía que dejar de pensar en ella día y noche. Lo mejor era hacer realidad las suposiciones de Catalina, ir al pueblo vecino para tener un encuentro con Gloria y volver saciado para dejar de pensar en imposibles.

Esa noche no durmió, tampoco uso la mano para darse placer, puesto que era tan efímero que no le quitaba las ganas de caminar hacia la casa, trepar por la enredadera hasta la ventana de su habitación y meterse en la cama de Catalina para hacer todo lo que venía imaginando.

Al día siguiente iría de día a la casa para hablar con ella como dos personas normales, dejando la atracción al otro lado de la puerta. Le contaría lo que había descubierto durante ese mes sobre los negocios que Anselmo tenía atados a la granja. Ella ya sabía que había rentas, pero no tenía idea de toda la gente que venía a contarle sobre alguna deuda de Anselmo atada a la herencia. Y cuando lo descubriera, se pondría a bailar de alegría y regresaría a su vida acomodada como si nunca hubiera vivido un tiempo en la granja de su abuelo.

Lo mejor que le podía pasar era que regresara a su antigua vida antes de que lo que estaba comenzando a sentir por ella se convirtiera en algo más difícil de superar. Porque Catalina Thompson, con sus gritos, sus lágrimas, sus sonrisas, sus pullas y su descaro, ya se estaba convirtiendo en una debilidad que no sabía cómo manejar.

Eso solo le había pasado una vez, cinco años atrás, y se había jurado que nunca iba a permitir que otra mujer lo hiciera sentir un idiota. Él tenía su vida ordenada, y así pretendía seguir.

Se levantó y salió de la granja a las seis de la mañana. Tenía que ir al hotel para ver cómo iban las refacciones, porque en quince días tenían que tener todo listo para cumplir con las reservas que había pactado Anselmo antes de morir.

Estaban restaurando el comedor, la sala de uso común, la cocina y algunas habitaciones que tenían humedad. Su madre

estaba renovando las cortinas, los manteles y algunos elementos decorativos. Y había viajado a la ciudad para hacer las compras, porque también tenía que renovar las sábanas y toallas desgastadas, como hacía cada temporada.

Después iría al bar. Según Catalina su actividad era beber hasta que se le atrofiaban las neuronas. No sabía que era el dueño del bar Los Túneles, y que había tenido que contratar un camarero para el turno noche, para que Catalina no estuviera sola en la granja. Tenía que dar algunas indicaciones para que se arreglaran sin él durante el día, porque no iba a dilatar más la conversación que tenía pendiente con Catalina.

Pero en el hotel todo era un caos. Cristian había roto un caño y la cocina estaba inundada. Demoró en conseguir un plomero que viniera de urgencia. Cuando se desocupó fue al bar, y se enojó cuando le explicaron que había faltado uno de los camareros. Tuvo que ponerse un delantal y ocuparse solo de los desayunos hasta las diez de la mañana, y hacer las compras para la comida del mediodía. Solo ofrecían minutas, pero todo se compraba fresco y era el camarero quien hacía la compra de las verduras cuando terminaba de servir los desayunos.

Sonrió al recordar que Catalina le había dicho que su vida había sido miserable hasta que conoció a su abuelo. Ella no sabía que él conocía a Anselmo desde que era niño, no sabía que su abuelo lo había tenido en brazos a los pocos días de nacer. Tampoco sabía que su vida era bastante ajetreada, y que nunca vivió en la miseria ni del dinero de su abuelo.

Le llevó toda la mañana y parte de la tarde solucionar los problemas. Pero su día a día no acababa con el hotel y el bar, sino que seguía con los negocios de Anselmo. La gente venía a plantearle los problemas a él, como si fuera el administrador de Anselmo. No lo era. Ni siquiera sabía cómo actuar con tantos frentes de ataque. Ese día vinieron al bar tres arrendatarios para plantearles sus problemas. Uno tenía humedad en dos paredes. Otro se iba a retrasar con la renta porque no le habían cumplido con unos pagos. Otro quería

pedirle un préstamo, pequeño, para adquirir mercadería para su negocio, pero prefería hacerlo con Anselmo antes que recurrir al banco. Claro, porque Anselmo no les cobraba intereses.

—Tengo que hablarlo con su nieta. Anselmo ya no está, y ella no está en la misma situación económica que su abuelo —dijo Lago.

En el mes que Catalina llevaba en Los Espinillos, él venía resolviendo lo que podía y pateando el resto. Ese nunca había sido su trabajo, sino el de Anselmo. Pero como Anselmo le había encomendado a su nieta, los arrendatarios creían que también podían endilgarle los negocios que ahora eran de Catalina.

Los primeros días ella no sabía todos los ingresos que recibía la granja que había despreciado, ni siquiera él los sabía. Ella tampoco estaba en condiciones de solucionar nada, y él se había encargado de los temas más simples, que era cobrar rentas y guardar el dinero en la caja fuerte del bar para rendirle cuentas a Catalina cuando estuviera más recuperada. En los quince días posteriores, ella estaba empecinada en esquivarlo, y él se esmeraba por no cruzarse con ella. Pero ya no podía seguir jugando al escondite cuando había tantos asuntos que tenía que comentarle.

El problema era que ya se estaba poniendo de noche, y ella no le iba a abrir la puerta ni aunque le dijera que era para hablar de los negocios de su abuelo. Otro día más de espera para contarle la nada despreciable herencia que le había dejado Anselmo.

¿Cuánto tardaría en largarse de Los Espinillos?, a él le agarraba una especie de melancolía al imaginar la emoción y la alegría de Catalina al descubrir que podía largarse de ese sitio que no era para ella.

Ella era una mujer de ciudad acostumbrada a una vida de lujos, y no duraría mucho en un páramo donde el viento estaba haciendo estragos en su piel y su cabello.

Quizá en unos días ya no iría más a dormir en el establo. Y la casa de Anselmo seguiría tan sola como los campos que la rodeaban.

CAPÍTULO 8

—No sé cómo nos vamos a arreglar esta noche —dijo Luciano, su amigo que había aceptado ocuparse solo del turno de noche cuando Catalina llegó al pueblo.

El camarero de la mañana que también trabajaba de noche los fines de semana no vino para el próximo turno, y el que había contratado cuando llegó la nieta de Anselmo, estaba con gripe.

—Busca a alguien que quiera ganarse un extra de fin de semana. Liliana siempre está dispuesta a hacer reemplazos —dijo Lago.

—La llamé, pero ha ido a visitar a su abuela —dijo Luciano—. Pídele a Nel que venga a colaborar, o que haga de niñera de la nieta de Anselmo —sugirió.

El entrecejo fruncido de Lago hizo sonreír a su amigo.

—Esa mujer te tiene mal —dijo Luciano.

—Lo está pasando mal, Luciano. No puedo dejarla sola en medio del campo.

Entró a su oficina y sacó el móvil para hablar con Nel. No podía dejar el bar un sábado por la noche solo a cargo Luciano, que ni haciendo malabarismo podía cumplir con todas las tareas que hacían tres personas.

Nel no atendió su llamada. Eran las nueve de la noche. Su segunda opción era llamar a su abuela Rosa para que se quedara

con Cata, pero ya debía estar en la cama. Además, no sabía si Catalina le abriría la puerta.

Pensó en ir a buscarla, pero lo descartó porque le respondería con un rotundo no. o un vete que no te necesito.

Los sábados trabajaban hasta tarde, y ella no le había dado su móvil para avisarle que llegaría después de las dos de la mañana. Quizá le venía bien quedarse sola, para que en vez de incordiarlo, apreciara su ayuda. Sonrió al pensar que ella supondría que había necesitado otro polvo porque con uno solo no había quedado satisfecho.

Ya habían llegado los exquisitos canapés salados, que los hacía la madre de Marisol para ganarse un dinero extra. También había llegado el pan y la verdura. Atender la cocina no era complicado porque de noche no servían menú, solo bebidas, tablas de queso y fiambre, los canapés salados y sándwich tostados a la parrilla.

Salió de la oficina y entró a la cocina para ayudar a Luciano. Se puso a preparar los sándwiches y las tablas de fiambre y queso para aligerar un poco el trabajo por la noche. Esa noche los dos no darían abasto.

—Llama a Marisol —sugirió Luciano.

Lago lo miró desconcertado. No podía estar sugiriéndole que metiera a Marisol en el bar.

—No —dijo rotundo.

—Ella sabe todo el movimiento del bar —dijo Luciano.

—Que lo sepa no significa que la llame —repitió Lago.

—Ha sido una idiotez de mi parte. Tienes razón.

Eran las nueve y media, y Lago seguía metido en la cocina repasando la vajilla, dejando los platos apilados y los vasos en hilera para agilizar el trabajo. Ya había mirado el reloj tantas veces, que Luciano le pidió que se fuera porque ya tenían todo bastante

organizado, y nadie se iba a quejar por un poco de demora. Pero Lago se quedó. Hacía media hora que habían abierto y ya había varias mesas ocupadas. Luciano estaba atendiendo en el salón y él seguía metido en la cocina preparando las tablas que habían pedido en dos mesas.

La puerta se abría a cada rato y el murmullo era más intenso.

—Pongan música —gritó una mujer.

—Algo movido así bailamos mientras esperamos con paciencia que Luciano nos sirva. A este ritmo de tortuga vamos a comer a las doce de la noche —gritó un joven. Lago reconoció la voz Leo, el díscolo hijo Pedro.

—Y dónde se ha metido nuestro querido Lago. No me digas que sigue durmiendo en el establo de La Esperanza —preguntó Lore, una mujer de la edad de Lago que, según Luciano, demostraba a diario los celos por las atenciones que le brindaba a la nieta de Thompson.

—Es un gran hombre. Ojalá mi Leo algún día se parezca a él —dijo Pedro, que por suerte había venido con su hijo—. Cierto que serás como él, chico —dijo a Leo.

Lago no lo veía, pero se imaginó a Leo frunciendo el entrecejo. Era un adolescente, y su padre tendría que desear que no se parecía a él. ¿De qué servía ser recto, honesto, generoso? De nada, él lo sabía por experiencia. Más trabajo, más responsabilidades, mientras que el irresponsable iba feliz por la vida jodiendo a medio mundo. ¿Quién le iba a pedir un favor a un irresponsable?, nadie. Incluso las mujeres valoraban más a los tiros al aire que a los hombres rectos y generosos.

Lago tenía tres menús preparados, y bastantes pedidos para preparar. Luciano no había regresado a la cocina y dedujo que estaba sobrepasado. Se sacó el delantal, salió para llevar a las mesas los pedidos listos y se sorprendió al ver el bar casi lleno.

No era día de cobro, donde todos venían a gastar al bar. Y si lo fuera, nunca venían todos juntos. Las familias eran las más tempraneras. Iban rotando hasta las doce de la noche, que empezaban a llegar los más jóvenes para desinhibirse con alcohol antes de ir a la discoteca. ¿Qué diablos los había congregado a todos a la misma hora?

Luciano tomaba pedidos y no daba abasto para preparar las bebidas, porque los jóvenes optaban por cócteles explosivos.

La puerta se abrió, y Lago se quedó parado sin poder creer lo que veían sus ojos.

—¿Qué hace mi abuela a esta hora en el bar? —preguntó Lago a Luciano.

—Yo la llamé.

—¿La llamaste? Pero si a las nueve ya está en el quinto sueño —dijo asombrado.

—Me dijo que estaba en camisón, pero cuando le conté que faltaron los camareros y que no podías ir a hacerle compañía a la nieta de Anselmo, me aseguró que ella iba a solucionar el problema.

Y había sido expeditiva. La abuela había tomado el toro por los cuernos y allí estaba Catalina, en la puerta de ingreso al bar, quisiera o no venir. Catalina era terca, pero su abuela lo era más y no admitía un no por respuesta.

Lago esbozó una sonrisa. Si la abuela tuviera la responsabilidad de ayudar a la nieta de Anselmo a encontrar el rumbo, ya estaría encaminada.

Lago se acercó a Catalina, que lo miraba con el entrecejo fruncido.

—¿Te han obligado a venir? —preguntó Lago.

—Tu abuela es muy convincente —aclaró.

—Siempre se sale con la suya.

—Eh, que te estoy escuchando —dijo Rosa—. ¿Qué lleno está este sitio? Esta noche van a hacer mucho dinero.

—Supongo que tú tienes algo que ver en esto.

—Solo le dije a mi vecina que iba a venir con la nieta de Anselmo. No quería que se preocupara porque nunca salgo de noche. Esa es capaz de llamar a la policía si ve por la ventana que no regreso. Ya sabes que tiene la costumbre de espiar a través de la cortina —aclaró.

—Y tu vecina cotilla se encargó de desparramar la noticia, por eso el bar está lleno de clientes. Todos se enteraron que Catalina estaría en el bar y vinieron a curiosear.

—Creo que eso sucedió, Lago —dijo Rosa, y sonrió con picardía, mientras su nieto negaba con la cabeza.

CAPÍTULO 9

Catalina se tapó la boca para que ocultar la risa. La abuela de Lago era una mujer de carácter. No tenía filtros y le confirmaba a su nieto que era quien había hecho correr la noticia de que ella estaría en el bar.

Ella había comprobado su carácter cuando llegó a la granja en un vehículo de alquiler, aporreó su puerta y le dijo que no pensaba irse sin ella, porque su nieto no podía ir a dormir al establo y estaba preocupado de que pasara la noche sola.

También le aclaró que solía estar durmiendo a esa hora, pero que había venido para llevarla al bar, y no se iba a ir sin ella. Cata no estaba acostumbrada a que nadie le dijera qué hacer, pero la mujer soltó todo su discurso de golpe y no encontró una excusa para negarse. Además, Nel había ido a visitarla, y su nueva amiga batió las palmas y dijo, «vamos al bar». Y aquí estaban, rodeadas de un montón de personas que no conocía, y que la miraban como si fuera una atracción de circo.

Tampoco se habría negado al saber que Rosa se estaba sacrificando por ella. Pero lo que más le atrajo fue saber que Lago estaba preocupado por no poder llegar temprano a la granja. Se había preguntado qué diablos lo tenía ocupado a las diez y media de la noche, y en ese momento estaba saciando su curiosidad.

—¿Estás sirviendo mesas? —preguntó Cata, porque ver a Lago portando una bandeja la dejó sorprendida.

—Bueno, es que hoy necesitaban que les diera una mano —aclaró Lago.

Catalina frunció el entrecejo. ¿Sería camarero a tiempo parcial?, quizá por eso había llegado tarde la noche anterior.

Rosa lo miró con la boca abierta, pero al ver la advertencia en los ojos de su nieto, decidió no intervenir. Rosa estaba segura de que el chico estaba como hipnotizado por la nieta de Anselmo, y no entendía por qué no le decía que era el dueño del bar. Lago ya llevaba un mes durmiendo en un establo abandonado, prueba de que se estaba excediendo en su responsabilidad de ayudarla, como le había pedido Anselmo años atrás. La joven le gustaba. Pero, por algún motivo, su nieto quería esconder su holgada situación económica. La verdad que cada vez entendía menos a los jóvenes, pero no se iba a meter en la distorsión de la verdad de su nieto, porque si bien no le estaba diciendo la verdad, tampoco le estaba mintiendo.

Ese nieto suyo le daba muchas vueltas al tema de las mujeres, sobre todo cuando se las tomaba en serio. Bueno, el pobre había tenido una mala experiencia. Le gustara o no a Lago, ella estaba decidida a aportar su granito de arena.

La respuesta evasiva de Lago quedó silenciada cuando Nancy entró al bar y soltó un alarido al ver a Catalina en medio del salón.

—Pero qué alegría tan grande que hayas venido a compartir con nosotros una salida de sábado. Ven, nos sentemos juntas así podemos conversar de tu especial abuelo.

—Nancy, Cata ha venido a pasar la noche con Rosa y conmigo. Ya tendrán oportunidad de conversar en otro momento —dijo Nel.

Cata tenía ganas de batir palmas como lo hacía Nel. La acababa de salvar de una noche complicada. Ya había coincidido con Nancy en el centro, y la mujer no paraba de hablar ni para respirar. Era agotadora.

—Eso mismo iba a decir yo —dijo Rosa—. Seguro que Catalina un día de estos se llega a tu tienda para tratar el tema de la renta que le debes.

—Rosa —dijo Nancy—. Este no es el momento. Los negocios se hablan en privado —aclaró.

—Prefieres una mesa más íntima —preguntó Lago, para que Nancy se callara.

Catalina abrió la boca asombrada al imaginar otro tipo de intimidad.

—Ya estás pensando en sexo. Me refiero a un lugar donde no te acosen los vecinos.

—Tú eres quien no se lo puede sacar de la cabeza —Dijo Catalina, y Lago le sonrió—. Dudo que me acosen. Además, me gusta estar rodeada de gente —aseguró Catalina.

—Perfecto —dijo Lago, y las condujo a la mesa del centro del salón. La que nadie ocupaba porque era la más expuesta—. Tus deseos son órdenes.

Ella lo miró con el entrecejo fruncido, pero como le acababa de decir que le gustaba estar expuesta, se sentó en la mesa que le había ofrecido. Era como una vidriera. Nel se sentó a un lado y la abuela Rosa al otro.

—No te preocupes, que aquí estamos Nel y yo para espantar a los moscardones —dijo Rosa.

Jamás en su vida anterior, cuando tenía el deportivo, la tarjeta para gastos ilimitados y las costosas prendas de diseñador, había tenido tanta gente a su alrededor. Muchos de los clientes se acercaron a su mesa para saludarla, para hablar maravillas del abuelo, y para expresarle su alegría por haber aceptado venir a vivir al pueblo. Eran tan encantadores que prefirió no aclararles que no le habían dejado otra opción.

Algunos se ofrecieron para ayudarla a remontar la granja. Otros le expresaron su necesidad de tener una conversación privada.

¿Qué tipo de conversación privada le estaban proponiendo?, no lo sabía y asentía para no parecer grosera. «Yo tengo un tractor y puedo ir los sábados a arar la tierra», le dijo un hombre. «No dejes de hacer una huerta, que la tierra es virgen y tan fértil que vas a cosechar unas verduras que serán la envidia de todos», aseguró otro. «Podría llevarte semillas de mi huerta», dijo una señora. «Aceptarías salir una noche conmigo. Soy un tipo que busca una relación seria», dijo un hombre que tendría unos treinta y cinco años. Ella lo miró desconcertada. Nel le gritó que se fuera a freír espárragos.

Catalina miró a Lago con el entrecejo fruncido, como si le reprochara haberla puesto en la peor mesa. Él le sonrió, como si le recordara que había cumplido su deseo. Maldito arrogante, aunque esa sonrisa le hacía temblar las piernas.

El otro hombre que estaba atendiendo, y que Nel le había dicho que se llamaba Luciano, no dejó de servir bebidas. Cata no tenía dudas de que Luciano era el dueño, y Lago, que era un hombre tan solidario, se había quedado para ayudarlo.

—¡Oh, qué avalancha de vecinos! —gritó Nel—. Nos están volviendo locas —dijo, y comenzó a mover las manos como si estuviera espantando moscas.

La abuela Rosa se había dormido sentada, y Cata la miró con ternura. Varias personas le habían dicho que solo había venido por ella, puesto que Rosa a las nueve de la noche ya estaba durmiendo.

Lago les había servido unos canapés riquísimos y unos sándwich tostados que no tenían nada que envidiarle a los que comía en los mejores bares de la ciudad.

Él no paraba de ir y venir de la cocina al salón, portando la bandeja como si lo hiciera todos los días. Se tomaba unos minutos para conversar y reír con los clientes. Ella no le quitaba los ojos de encima, y se había percatado de que había una mesa que la servía sin detenerse a conversar.

Era una mesa donde había tres mujeres jóvenes. Qué extraño, puesto que él hablaba con todos, menos con las mujeres que parecían de la edad de Lago. Una era rubia, una pelirroja y la otra tenía el cabello con mechas. Unas mechas preciosas. Al parecer en Los Espinillos había un buen estilista, porque las tres tenían el cabello impecable. Tendría que averiguar quién era para hacerle una visita cuando cobrara alguna de las rentas del abuelo.

Lago pasó por su mesa y le sonrió con burla, como lo había hecho toda la noche.

—¿Soportas bien la atención que te brindaban los clientes? —susurró Lago en su oído.

—Ya sabes que soy una mujer de la noche y de multitudes. Me lo estoy pasando en grande —aseguró. Estaba agotada. Estas personas eran un encanto, pero hablaban hasta por los codos y ella se había quedado sin energías, como decía el abuelo.

—Voy a llamar un vehículo para que lleve a mi abuela a su casa —les dijo Lago.

—La pobre está agotada —dijo Nel.

Cata supuso que Nel debía tener la mitad del cuerpo dormido, puesto que la abuela Rosa se había dormido recostada sobre ella, pero no se quejaba.

—¿Quién es ese joven que está en la mesa pegada al vidrio? —preguntó Catalina.

—Ah, ese es Leo. Tiene diecisiete años, pero parece de tres —dijo Nel, y se carcajeó.

Catalina sonrió porque él había estado todo el tiempo mirando a su mesa, y desviaba la vista cuando ella lo miraba. Era quién la había llenado de polvo el día que se bajó en la estación de bus abandonada.

—Ya veo. ¿De casualidad su padre tiene una camioneta vieja?

—Muy nueva no es. ¿Lo conoces?

—El hijo me roció polvo con su bici el día que llegué, y al rato pasó una camioneta vieja que casi me atropelló —dijo Catalina.

—Seguro que se mandó una trastada y Pedro lo estaba siguiendo. El padre es buena gente. Pero el hijo le salió tarambana —aclaró.

Catalina se levantó y caminó directo a la mesa de padre e hijo, bajo la atenta mirada de los clientes, porque era la primera vez que se levantaba.

—Por fin te encuentro —dijo Catalina, y el chico se concentró en la comida.

—¿Se conocen? —preguntó el padre, sin saber cómo se habían conocido. Al parecer tampoco sabía que casi la había atropellado.

—Claro, me dio la bienvenida el día que llegué a Los Espinillos —dijo Catalina, y el chico se ahogó con el bocado de comida que tenía en la boca.

—¿Qué hiciste, Leo? —preguntó el padre, y le dio una cachetada en la cabeza.

—Nada. Yo no me acuerdo de haberle dado la bienvenida.

—Fue apenas me bajé en la estación de bus. Ibas en bicicleta y derrapaste para llenarme la ropa de polvo —dijo Catalina—. ¿Ahora te acuerdas de mí? —preguntó Cata.

El chico la miró de reojo y se removió en la silla. Ella no se percató que Lago estaba detrás.

—¿Cuánto te pagó Cristian para ayudarlo a encontrar a la nieta de Anselmo antes que yo? —preguntó Lago.

—¿Qué? —preguntó el padre—. Por eso faltaste a la escuela, sabandija —dijo, y le dio otro cachete en la cabeza.

—Tú no quisiste darme dinero para salir a la noche —reprochó el chico.

—No te lo habías ganado —dijo el padre, que tenía los puños apretados.

—Pero me lo gané con Cristian, y mucho más fácil que ayudándote con el campo —aclaró.

—No era mi intención que tuvieras problemas —dijo Catalina, y le sonrió con burla.

—Pero los he tenido —dijo el chico.

—Piensa dos veces la próxima vez que quieras atropellarme con tu bici —dijo Cata, y se alejó—. Por cierto, me siento bienvenida en el pueblo.

—Sigues con la lengua tan afilada como hace cinco años —dijo Lago en su oído.

Ella se giró a mirarlo y le sonrió.

—Quiero que este jovencito deje de meterse conmigo —dijo Cata.

Lago rio.

—Parecida a tu abuelo —dijo Lago. Ella lo miró sin entender —. La gente lo adora en este pueblo, pero siempre lo han respetado.

A Catalina le brillaron los ojos. Cuando era niña el abuelo solía decirle, sé buena pero no tonta, Caty. Si alguien te quiere intimidar en la escuela, tú con educación le plantas cara. Nada de salir corriendo o de esconderse por los rincones, porque eso es lo que buscan los bravucones.

—¿Y tu abuela? —preguntó al ver que en la mesa solo estaba Nel.

—Recién la vienen a buscar —dijo Lago.

—Tráeme la cuenta, Lago —gritó un hombre de una mesa.

—Me llaman —dijo Lago, y se alejó.

Solo habían cruzado un par de palabras en toda la noche, pero no habían dejado de buscarse, y eso tenía a Cata en un

constante estado de tensión. ¿Él estaría igual?, supuso que no. Parecía muy relajado y a gusto cumpliendo su trabajo de camarero. Cada vez se convencía más de que ese era su trabajo durante el día, puesto que las veces que había venido al centro, él estaba apostado en la puerta del bar.

—Tengo que confesarte que me he quedado muda cuando casi te abalanzaste sobre Leo —dijo Nel, y soltó una carcajada.

Cata se sentó junto a su amiga y sonrió.

—Es que creo que no iba a parar de atosigarme si no lo frenaba.

—Bien hecho. Alguien tenía que poner en su sitio a ese jovencito descarado. Espero que los vecinos no te hayan quitado las ganas de regresar al bar. Han sido bastante insistentes en querer demostrarte que están contentos de tener a una Thompson en el pueblo —dijo Nel.

—No me he sentido incómoda. Sabes, Nel, es extraño lo que me pasa. He vivido veinte años con mi abuelo, y siento que lo estoy conociendo mejor a través de las personas que me hablan de él. No sabía que venía a este pueblo. Ni siquiera sabía que tenía una granja.

—Venía bastante seguido —dijo Nel.

—Qué extraño que nunca me hablara del pueblo —comentó Cata, llena de curiosidad—. ¿Y tú tenías trato con él? —preguntó Cata.

—Sí. Mi madre solía prepararle la comida, y yo se la llevaba. Siempre me quería pagar, pero mi madre me tenía prohibido recibir dinero de Thompson. Él se enojaba y decía, dile a tu madre que así nunca va a progresar —contó Nel.

—Y nunca le preguntaste por qué no quería cobrarle.

—Un montón de veces, y ella me decía que era un hombre bueno, y que le hacía feliz prepararle la comida que le gustaba.

—Me encantaría conocer a tu madre. Me gustaría preguntarle por mi abuelo.

—Va a hacer un año que no está conmigo. Tuvo una vida dura, pero jamás se quejó, y tuvo que cargar con una hija sin ayuda de nadie. A veces creo que tu abuelo fue el sostén de mi madre, por eso ella quería retribuirle lo que sea que le brindó.

—Hay tantas cosas extrañas para mí en este pueblo. Ni siquiera sabía que mi abuelo tenía tanto afecto por las personas que viven aquí.

—Bueno, en los pueblos chicos no hay muchos secretos. Todos te van a hablar bien de él, pero nadie sabe que vio cada uno en tu abuelo. Él era un hombre bastante parco en palabras y muy reservado, pero como has visto esta noche, por algún motivo los que te saludaron lo admiraban, respetaban y querían.

Ese mismo cariño, admiración y respeto, había visto en la ciudad cuando sus amigos habían ido a la casa a darle el pésame y se explayaban en las virtudes del abuelo. Catalina sentía una enorme curiosidad por conocer esa vida oculta de su abuelo. Él era un hombre de negocios. Sacaba dinero hasta de las piedras, como decían sus hijos. Ella misma creía en esas palabras. Incluso llegó a cuestionarle su frialdad al quedarse con pequeños emprendimientos familiares que estaban al borde de la quiebra. Hasta se atrevió a decirle que las personas que lo perdían todo debían odiarlo, y él le había dicho que al contrario, todos estaban agradecidos.

Sabía que su mayor ingreso estaba en los hoteles. Pero ¿qué era lo otro? ¿De qué iban los negocios que había cargado sobre los hombros del tío Felipe?, el tío menos interesado en los negocios del abuelo.

—¿Quieres quedarte a dormir en mi casa? podríamos hacer una fiesta de pijama. Una noche de chicas —preguntó Nel.

Cata la miró y vio cierta inseguridad en su rostro, como si temiera ser rechazada.

—Podríamos emborracharnos con cerveza mientras nos contamos algo de la vida de la otra —dijo Catalina, y Nel soltó una carcajada que se escuchó en todo el bar.

—¡Eso sería genial! —exclamó, alzando las manos al techo.

Catalina vio que las tres mujeres bellas que no se habían acercado a saludarla, miraban a Nel con desaprobación, como si les molestara su exagerada reacción. No la aceptaban. Se imaginó a Nel intentando durante años encajar en algún grupo sin que nadie apreciara su espontaneidad. Quizá no había tenido una buena vida entre las personas de su edad, aunque Lago la trataba con mucho afecto, pero el resto de las personas que habían entrado apenas si le dedicaban un saludo. A ella parecía no importarle, y se desvivía por caerle bien a todos, sin mucho éxito.

—He traído el palo y la linterna —dijo Nel.

Cata soltó una carcajada.

—El regreso será una aventura, y no me la perdería por nada del mundo —aseguró Catalina, y era cierto.

—Podemos decirle a Lago que no hace falta que duerma en tu establo —dijo Nel.

A Catalina la invadió una sensación extraña. Su rutina era estar cerca de Lago todas las noches.

—Sí. La verdad es que me siento algo culpable de que venga todas las noches. Le he dicho que no hace falta que lo haga, pero sigue viniendo.

—Lago es así de bueno. No va a dejar de ir. Pero esta noche le puedes dar el día libre —dijo Nel, y soltó una carcajada.

En su noche libre se lo imaginó con una mujer desnuda en sus brazos, y le cayó como un balde de agua fría. Era una egoísta por sentir rabia. Él llevaba un mes soportando una terrible incomodidad, y ella quería que siguiera sacrificándose, solo porque su cercanía la llenaba de sensaciones.

—Salgo a las dos, si me esperan nos vamos juntos —dijo Lago, que apareció en su mesa sin que se diera cuenta.

—Esta noche la tienes libre. Cata se viene a dormir a mi casa. Ve a divertirte como… ya sabes cómo —dijo Nel.

Cata frunció el entrecejo. Lago la miró con un arqueo de cejas. ¿Estaba celosa?, eso era lo que él deseaba.

—Ya tuvo una aventura anoche. Dudo que le queden restos después de todo lo que ha trabajado —dijo Cata.

Lago soltó una risa.

—Tengo restos para más de una aventura en una misma noche —aclaró, y le gustó ver que lo miraba con la boca abierta.

—Así se habla, Lago —dijo Nel.

—Mañana voy a tu casa. Tenemos que hablar, Catalina —dijo Lago.

Ella asintió. Sacó dinero de la cartera, y él frunció el entrecejo.

—Ni se te ocurra. Invita la casa —aclaró, y se fue porque lo estaban llamando de otra mesa.

Ya en la calle, Catalina se sintió culpable al permitir que Lago corriera con los gastos de sus consumiciones en el bar. Ella no estaba sobrada de dinero. Ya se había gastado buena parte de lo que le habían entregado, pero era injusto que Lago se hiciera cargo de su cuenta. Él no parecía estar mejor que ella. Todas las noches venía caminando a la granja, y vestía de forma sencilla. Debía tener lo justo para subsistir.

—Se va a gastar en nosotras todo el dinero que le van a pagar por reemplazar al camarero de la noche.

—¡Qué! Pero Cata, Lago es el dueño del bar —dijo Nel.

Ella se sintió una idiota. Nel iba alumbrando el camino con la linterna y ella estaba tan indignada que iba dando con el palo al aire.

—¡El dueño del bar! —exclamó—. Me hizo creer que estaba ayudando porque faltó el camarero de la noche.

—Es que él trabaja de día, y antes de que llegaras, solo se hacía una pasadita en la noche. Por eso debe haber comentado que estaba ayudando.

—¡Dejó de ir al bar de noche por mí! —exclamó Cata, y volvió a revolear el palo—. No tengo dudas de que su intención era que creyera que era un simple ayudante. Disfruta sacándome de las casillas.

Allí había algo más que ayudar a la nieta de Anselmo, como decía Lago. Nel sonrió, pero estaba tan oscuro que Catalina no la vio.

—Hay chispa entre ustedes —comentó Nel.

—Claro que no. Él no me soporta. Y yo preferiría que no viniera a dormir a la granja —gruñó Catalina.

Llevaba todo el trayecto despotricando contra Lago. Nel se reía, pero ella no le veía la gracia.

—Es un mentiroso. Un soberbio. Con razón habla poco, así es más fácil mentir sin que lo descubra.

—No entiendo por qué te lo ocultó si todos en el pueblo lo saben.

—La verdad que jamás me ha dicho nada de su vida.

—Pero si va todas las noches a dormir a tu casa.

—Al establo. Va a dormir al establo. Y nunca le abro la puerta. Él golpea y me pregunta si estoy bien. Le digo que no hace falta que venga, que no es mi niñero. Prendo la luz de la galería para que no se caiga en mi propiedad y se rompa la cabeza con una piedra, y él se va al establo.

La risita de Nel era contagiosa, pero ella estaba cabreada.

—No te rías —pidió Catalina.

—Es que hace un mes que va todos los días, y en el pueblo ya estaban imaginando el casamiento.

—¿El qué? Pero si entre nosotros no hay nada. Las únicas veces que lo veo es cuando voy al centro. Si duerme en el establo es porque no he conseguido correrlo. Lo echo todas las noches, pero me ignora y sigue viniendo.

Nel la miró sorprendida porque Lago nunca ignoraba a nadie.

La noche de chicas fue toda una revelación para Nel. Cata se emborrachó con cerveza como lo hacía cuando vivía con el abuelo, y le contó cómo conoció a Lago cinco años atrás, cuando él se quedó unos días que la casa del abuelo. Nel escuchaba todo con los ojos muy abiertos. Estaba asombrada puesto que no sabía que Lago había estado en la casa de Anselmo en aquella época que desapareció del pueblo. Tampoco sabía que había conocido a Catalina, y que ella había intentado seducirlo.

—¡Te le tiraste encima! —exclamó Nel.

—Claro, estaba dispuesta a jugarme todas las cartas. Me había puesto mi mejor vestido, uno tan corto que si estiraba las manos se me veía el culo. No usé sostén. Y hasta me pegué a su cuerpo, esperando notar alguna reacción en su cuerpo, pero me agarró de los brazos y me alejó. ¿Y qué me dijo? "No eres mi tipo". Nunca pasé tanta vergüenza como ese día. Me rechazó, y nadie me había rechazado. Era Catalina Thompson, y todos querían salir conmigo.

Qué soberbia había sido cuando vivía con el abuelo. Pensar que unos momentos antes lo había acusado de soberbio a Lago por ocultarle que era el dueño del bar. Ella no sabía por qué se lo había ocultado. Quizá tenía que ver con sus despectivas palabras del pasado, cuando le gritó que regresara a su miserable vida. Él no tenía ninguna vida miserable, y se lo podría haber fregado en la cara, pero no lo había hecho.

—Pues ahora parece que no piensa lo mismo —dijo Nel.

—Claro que piensa lo mismo. Solo que no sabe cómo diablos evadirse de lo que cree que es su responsabilidad. Creo que el abogado del abuelo le pidió que me ayudara, y está cumpliendo con lo que cree que es su deber.

—No ha dejado de mirarte en toda la noche.

—Se toma su trabajo muy a pecho —dijo Cata.

Nel no creía que para Lago fuera un trabajo, pero quien era ella para explicarle que Lago no parecía agobiado con la ayuda, sino fascinado.

Las dos se durmieron en el sillón de la sala, y el domingo compartieron un suculento desayuno que preparó Nel, con huevos recién traídos del gallinero y un jamón que había comprado en la proveeduría del pueblo.

—Esto está delicioso, Nel.

—Me gusta mantener las costumbres de mi abuela, y todo lo que me da la granja me permite gastar mi salario en otras cosas.

—Tu casa es preciosa —dijo Catalina.

La casa era sencilla, pero Nel tenía buen gusto y la había convertido en un hogar encantador. Tenía almohadones que había hecho ella, alfombra tejida a mano por ella, tazas pintadas por ella. Hasta había tapizado el viejo sillón ella sola. Y encima cuidaba su huerta, sus gallinas y sus flores. La vida de Nel parecía completa. Catalina pensaba que solo le faltaba que las personas de su edad vieran su valía.

—Te admiro, Nel. Tu casa es encantadora. Si viviera aquí, creo que no tendría miedo de estar sola de noche — repitió Catalina.

A Nel le brillaron los ojos con las palabras de su amiga. Parpadeó para recomponerse, y supuso que se lo decía de compromiso. Nada de lo que estaba viendo en su casa podía ser encantador para alguien que había crecido rodeada de lujos.

—Acabas de reconocer que tienes miedo de estar sola por las noches. Allí tienes el motivo por el que Lago no deja de ir —aseguró Nel.

—Eso él no lo sabe —aseguró Cata—. Te das cuenta que solo has escuchado una parte de lo que te he dicho. Primero dije que te admiraba, y no me has escuchado.

—Claro que te he escuchado. Pero todo lo que me rodea es demasiado sencillo para alguien que ha tenido tu vida.

—Ahora tengo una vida parecida a la tuya.

—No lo creo, Cata.

—Pues créetelo porque lo único que tengo es la granja —dijo Cata. Aunque quizá tenía alguna pequeña renta, como la de Nancy y de algún otro negocio, que le servirían para subsistir—. Nel, podrías olvidar todo lo que te conté estando borracha.

—Eso es imposible. Pero no se lo voy a contar a nadie —dijo Nel, y Cata sonrió y asintió.

Si Nel hubiera sido su amiga de toda la vida, quizá ella no habría sido tan espantosa, tan soberbia, tan desinteresada por todo lo que no fuera gastar el dinero del abuelo. Más que lamentarse tenía que sentirse agradecida, porque Nel había aparecido en su vida en su peor momento, aunque ya no pensaba en su presente como su peor momento.

Le gustaba el pueblo, su gente, el bar, Nel. Sentía curiosidad por saber quiénes eran las tres mujeres elegantes que no se acercaron a conocerla, y por qué despreciaban a su amiga Nel. También le gustaría conocer a la mujer de Cristian. Pero sobre todo le gustaban las sensaciones que le despertaba Lago cuando lo tenía durmiendo a pocos metros de la casa. Lago había dicho que iría a la granja para que hablaran.

—Me tengo que ir. Lago me dijo que vendría para hablar conmigo —dijo Cata—. Me lo he pasado genial en nuestra noche de chicas.

—Podemos repetir —dijo Nel.

—Siempre que no beba alcohol y suelte todos mis errores —dijo Cata, y entre risas de alegría Nel la acompañó a la puerta y le explicó cómo llegar a su granja, que estaba a una tranquera de distancia.

CAPÍTULO 10

Lago llevaba dos horas en la granja esperando que Catalina regresara de la casa de Nel. Después de tanto tiempo debería estar trepándose por el único árbol que tenía a un lado de la casa, pero él había ocupado el tiempo en recorrer esa tierra fértil que llevaba mucho tiempo esperando que la pusieran a producir. Para su sorpresa entre las matas de hierba que habían crecido salvajes, aparecía alguna planta de aquellos tiempos en los que Anselmo todavía tenía deseos de ver su casa convertida en un vergel.

Según le decía su madre, ese deseo fue antes de la llegada de su nieta. Solo que Catalina no lo sabía, ni se lo pensaba comentar porque no quería hacerla sentir culpable, puesto que no lo era. Ella no tenía la culpa de haber nacido, ni de que su madre y su padre se desligaran de sus responsabilidades.

Él no entendía el motivo por el que Anselmo decidió dejar abandonada la granja. Podría haber traído a Cata con él y hacerla participe de la restauración. Habría sido una lección más positiva que darle una tarjeta para gastos ilimitados.

Cada uno tomaba sus decisiones, y Anselmo decidió cambiar sus planes, o aplazarlos hasta que fue demasiado tarde. No tenía dudas que siempre mantuvo vivo ese deseo, puesto que después de muerto dejó estipulado que La Esperanza era para Catalina.

Lástima que lo hizo sin un mensaje claro, sin darle algún indicio de lo que conllevaba esa herencia. A Cata le habría sido más fácil entender su decisión, ya que no sabía que su abuelo se sentía

parte de este pueblo, tampoco conocía la existencia de la granja ni los negocios atados a ella, y mucho menos podía conocer los deseos de su abuelo.

—¿Qué diablos estás haciendo? —gritó Catalina. Lo descubrió removiendo la tierra de sus campos cuando traspasó la tranquera. El sudor le pegaba la chomba al cuerpo y ella se quedó hipnotizada. Ese hombre era puro músculo y fuerza. Pero ese físico no lo había conseguido con horas de gimnasio, como sus amigos de la ciudad, sino haciendo trabajos útiles.

Ella supo ver su atractivo cinco años atrás, y eso que era más delgado, más enclenque, pero tenía ese aire de indiferencia que la atrajo desde el día que lo vio de lejos hablando con el abuelo en el jardín. Lástima que él no vio nada interesante en ella.

Siempre tan amable, pensó Lago, y se giró a mirarla con el pico en la mano. El sudor le goteaba por el rostro, el pecho y la espalda.

—Matando el tiempo mientras te esperaba —aclaró Lago.

—No quiero que trabajes en mis tierras —aclaró.

—He encontrado algunos tesoros entre los matorrales —dijo Lago ignorando sus quejas. Debería estar agradecida, pero de ella no podía esperar un "gracias" o un "por favor". Era una princesa arruinada, pero conservaba intacta su altanería de antaño.

Estaba con las mismas prendas de diseño que llevó al bar, las mismas que tenía el día de su llegada. Pura seda y marcas de lujo. Solo él sabía que la habían mandado al pueblo con un pequeño bolso y una mochila, y quizá eran las únicas prendas de vestir que tenía. Bueno, Cristian también lo sabía, pero por suerte no estaba en el bar. Iba poco, y nunca iba si estaba su mujer. Esa noche Marisol, que evitaba el bar como la peste, no pudo aguantar la curiosidad al enterarse que estaría la nieta de Anselmo, y apareció a cotillear con sus amigas, como el resto de los vecinos.

La verdad que los vecinos quedaron encantados con Catalina. Apenas se marchó con Nel, comenzaron a hablar todos juntos, de su elegancia, de su porte, de que parecía demasiado refinada para el pueblo. Pero también alabaron su serenidad, la amabilidad con que los había tratado y el esfuerzo que hacía por parecer sencilla. «Tiene un aire a Anselmo, en sus formas no en su rostro», aclararon. «Decidida y guerrera». «Eso lo heredó de su abuelo», comentó alguien. Y empezaron a reírse de cómo se le había plantado a Leo. El padre del joven dijo que se lo iba a mandar a la granja para que le sacara las bravuconadas. Leo se levantó enojado y se fue del bar.

Lago se apartó de los sucesos de la noche anterior cuando la vio en cuclillas a su lado, muy interesada por ver los tesoros que había descubierto.

—¿Qué son?

— Esto de aquí parece una conífera.

—¿Una qué?

—Vendría a ser como una especie de pino, pero por cómo se arrastra por el suelo diría que es un enebro. No crecen en altura, sino que se extienden a lo ancho y son muy atractivos para tener en un jardín. Cerca de la escalera descubrí un cantero que se había tragado la paja brava y encontré brotes que podrían ser de margaritas —dijo, y señaló la tierra removida cerca de la casa—. Y he encontrado otras especies, que no sé qué son, debajo de la ventana de la sala, pero no son malas hierbas —dijo Lago.

A ella se le iluminó el rostro. La reina de los lujos y las fiestas estaba fascinada con unos brotes diminutos de unas plantas que no tenían ni nombre. Lago sintió que le palpitaba el pecho de la emoción. ¿Le estaría encontrando la belleza al lugar?

En la vida de lujos que le había dado Anselmo, ella habría aplastado esas plantas con sus tacos de diez centímetros y ni se habría enterado. En ese momento su sonrisa luminosa era señal de que estaba cambiando. El pueblo y su sencillez le estaban enseñando a encontrar la belleza en el páramo.

¡No, por Dios! Eso era un error. Él había venido para contarle lo que había descubierto sobre los ingresos de Anselmo que estaban atados a la granja. Ingresos que ahora eran de ella. Si bien ella estaba haciendo el esfuerzo de adaptarse, solo era porque no tenía otra opción. Pero cuando descubriera que había otra opción, no se iba a quedar. Cuando se enterara que los negocios eran más que la renta de la tienda de Nancy, Catalina agarraría el dinero, su mochila y su bolso y regresaría saltando de alegría a la ciudad. Lago prefería que se largara antes de que fuera demasiado tarde para olvidarla.

—No te ilusiones, que quizá solo son yuyos —dijo Lago.

Ella lo miró con el entrecejo fruncido.

—Ya veremos —dijo, y corrió a la casa para buscar una jarra de agua.

No iba a dejar que se murieran. Esas plantas estaban librando una batalla. Querían vivir en el peor ambiente, sin espacio y sin una gota de agua, y ella iba a hacer lo posible por allanarles el camino.

Cata no sabía que su abuelo le había encomendado a Lago una misión parecida. Y nunca iba a saberlo, porque Lago era demasiado discreto para revelar algo que a ella la pondría furiosa.

Ella entró a la cocina y agarró el jarrón sin flores que había en la mesa. Pero retrocedió asustada al ver al lado del jarrón un cuaderno, con las hojas gastadas, abierto en una página. Le tembló el cuerpo porque ese cuaderno nunca estuvo allí, ni en ningún lugar de la casa. Ese cuaderno había aparecido de la nada.

La noche anterior ella se había ido al bar con Nel y Rosa. Y del bar aceptó la invitación de Nel para dormir en su casa.

La cabaña había quedado sola toda la noche, y. alguien se había metido y había dejado el cuaderno. ¿Sería Rosa quién lo había dejado allí sin que se diera cuenta? También podía ser Nel. O Lago, puesto que ya estaba en su campo cuando volvió de la casa de Nel. Pero si ellos no eran, un desconocido tenía llave y se había metido en su casa aprovechando su ausencia.

Encima que ese sitio tan aislado no le inspiraba confianza, ahora tenía que sumar a un intruso que podía volver cuando se le antojara.

¿Qué tenía que hacer? ¿Contarle a Lago lo que acababa de descubrir? Estaba asustada y necesitaba decirle que alguien había entrado a su casa. ¿Y si era él? Lago la estaba ayudando. Se quedaba todas las noches para que no tuviera miedo, y no era un mal hombre. Bueno, eso suponía ella, puesto que no lo conocía lo suficiente para confiar en él. Tenía que salir antes de que se metiera a buscarla. También tenía que disimular los nervios mientras decidía qué diablos hacer.

Bajó las escaleras de la galería temblando y volcó la mitad del agua. Se detuvo en el cantero que descubrió junto a la escalera para estar lo más lejos posible de él, porque no quería que detectara su nerviosismo.

Cuando comenzaba a sentirse a gusto en el pueblo, alguien había venido a alterar su tranquilidad, como si quisiera asustarla para que se fuera por donde había venido. Se arrodilló y se puso a acomodar la tierra de las plantas como si supiera algo de jardinería. En su vida había cuidado una planta. El abuelo tenía jardinero y ella solo admiraba el parque, y a veces ni eso.

Cata había demorado tanto en salir que Lago creyó que se había olvidado que estaba allí. Estaba concentrada en acomodar la tierra como si fuera experta en jardinería. Cuando él estuvo en la casa de Anselmo, su tarea era arreglar el jardín. Ella jamás demostró interés por las plantas. Incluso pasaba a su lado con esas prendas diminutas, y algunas veces pisaba las petunias y las margaritas para llamar su atención, porque él ni la miraba. En realidad la miraba cuando ella no se daba cuenta. Pero no quería tener nada con Catalina Thompson, no solo porque era la nieta de Anselmo, sino porque estaba pasando por una etapa difícil y lo que menos quería era enredarse con una mujer. Pero ella no quería aceptar que un hombre como él la rechazara, y lo provocó todos los días que duró

su estadía. ¡Cómo iba a rechazarla!, si ella era la princesa de la casa y él el jardinero temporal.

Pero en ese momento se habían invertido los papeles, y era ella quien no lo miraba y solo estaba interesada en que las plantas crecieran. A él no le agradó mucho que lo desplazara por una planta. Tampoco sabía que un simple brote podía despertar en Catalina una reacción tan extraña. Pero quien era él para analizar lo que la hacía emocionar.

Ella buscó más agua de la canilla que había cerca de la casa, y siguió con su trabajo de jardinería, mientras él la miraba trabajar como si le fuera la vida en ello.

—En unos días quizá descubras si son plantas de jardín o mala hierba —dijo Lago.

Ella salió del letargo, se levantó y golpeó palma con palma para sacudirse el polvo.

—Tenemos que hablar —dijo Lago, y se rascó la cabeza.

En cuanto le dijera que tenía dinero suficiente para vivir, no con grandes lujos, pero sí de forma holgada, ella se largaría de Los Espinillos. ¿Era eso lo que había querido Anselmo? No lo sabía. Eso era lo que pretendía él. Quería que se largara para poder retomar su vida donde la dejó antes de su llegada, para olvidar que un día Catalina llegó al pueblo y le dio vuelta la cabeza. Pensaba todo el día en ella, y por las noches quería meterse en su cama.

No es que quisiera que se fuera, solo estaba acelerando su partida porque ella, con o sin dinero, tarde o temprano se iba a largar. Ese no era su sitio. Esa no era su gente. Cuanto más pronto se fuera, más fácil le sería olvidarla.

— He descubierto algunas cosas de tu abuelo que no sabía — soltó Lago antes de arrepentirse — . Algunos ingresos.

Espero ver su reacción, su entusiasmo, el brillo de codicia en sus ojos. Ella sabía que Nancy pagaba una renta y se había fascinado al saber que tenía un ingreso. Y ese mismo día se enteró

por el metido de Cristian que allí había un hotel Francis, que no tenía número porque era el primero, el que había dado el puntapié para el resto de la cadena de hoteles de Thompson. Aunque lo del hotel era un tema complejo que prefería no tratar en ese momento.

Lago se sorprendió al ver que su reacción no era la que esperaba. Ella estaba de espaldas a él, mirando el horizonte, como si algo la tuviera preocupada. Como si sus palabras le importaran un pimiento. Era extraño puesto que para Catalina el dinero era tan importante como respirar.

—¿Me estás escuchando, Catalina? —preguntó Lago.

Ella siguió mirando la lejanía.

—Sabes, el día que llegué vi a lo lejos esas montañas y no les presté atención porque lo único que veía era este páramo espantoso, con un viento más espantoso. Y encima apareciste tú —dijo Cata.

—Eso es muy halagador —dijo Lago, pero no se ofendió puesto que era lo que esperaba de ella.

—Imagina lo que sentí cuando descubrí que mi abuelo me había mandado al mismo pueblo donde vivía el único hombre que me rechazó —aclaró Cata.

—Debe haber sido una pesadilla.

—Eso mismo pensé. Era una pesadilla, y no me podía estar pasando a mí.

—Cómo iba a pasarle eso a una princesa acostumbrada a conseguir todo lo que quería —aclaró Lago.

—Menos a Lago Sanders —dijo Cata, y al acto negó con la cabeza—. Pero es que esto no va de ti, engreído —aclaró.

—Has sido tú la que me incluyó en tu relato.

—De forma anecdótica. Yo no quería estar en este páramo, y no quería estar donde vivías tú —aseguró.

—Estoy tan emocionado que se me saltan las lágrimas —ironizó Lago.

Estaba indignado, porque no deja de aclarar que él era lo peor que le había pasado desde su llegada. Y pensar que había creído que el pueblo la estaba cambiando. Él no esperaba un "gracias" por las molestias que te estás tomando al venir a dormir al establo. Él no lo había hecho para que se lo agradeciera, sino porque sabía ponerse en el lugar del otro, y ella tenía miedo de estar sola. Además, Anselmo le había endilgado esa responsabilidad y pensaba cumplirla le gustara o no a Catalina. Aunque, después de un mes de tenerla en el pueblo, sus palabras solo eran una pobre excusa para evitar reconocer que en el único sitio donde quería estar, era cerca de Catalina.

—Dudo que alguna vez hayas llorado de la emoción —dijo Catalina—. Eres demasiado racional para expresar lo que sientes o piensas —aseguró.

Lago arqueó las cejas. Vaya, no era tan egocéntrica como creía. Al parecer dedicaba un minuto del día en fijarse en el resto de los mortales, y le estaba diciendo que era frío como un témpano.

—No tengo argumentos para rebatir tu deducción —dijo Lago.

Claro que tenía argumentos. No siempre había sido tan racional. Una vez había sido tan crédulo que no le importó que las emociones dominaran su vida, y así le había ido. Aunque lo de llorar no era una característica de su personalidad. Pero desde que Catalina había llegado a Los Espinillos, le estaba costando disimular lo que cada pulla de ella le hacía sentir.

Si ella supiera que pasaba horas despierto en el establo pensando si trepar o no la enredadera para entrar a su habitación. Si supiera que en ese momento tenía una erección que disimulaba poniendo delante de él el pico con el que había estado limpiando el terreno. Ella tampoco sabía que quería que se largara para olvidarla. Aunque quizá lo de olvidarla ya era tarde.

—Lo que estás intentando explicarme es que si tuvieras mucha pasta en la cartera ya te habrías largado del pueblo —dedujo Lago.

— Me has hecho ir por las ramas.

—¡Yo! Pero si eres tú quien se entretiene tirándome dardos envenenados —exclamó Lago—. Vine a comentarte sobre los negocios de Anselmo atados a la granja que he descubierto en este mes —dijo, perdiendo la paciencia—. No tienes que seguir viviendo en este páramo, ni tienes que seguir soportando mi presencia, princesa. Puedes largarte cuando se te antoje. Puedes volver a tu vida de alcohol, de fiestas y de amigos tan esnob como tú. Puedes hacer lo que te dé la gana, Cata. Ya no estás obligada a vivir esta vida miserable.

Y dicho esto dio media vuelta y se largó, dejando a Cata con la boca abierta. Esa no había sido su intención. Tampoco lo había querido provocar. Cuando lo vio desde la tranquera trabajando en su campo, sintió deseos de hablarle de proyectos. Quería decirle que ya no veía todo negro. Que había descubierto los matices de los que hablaba Nel, y que esas montañas le habían encantado. Incluso había intentado dejar volar su imaginación, como le había sugerido él el día que llegó al pueblo.

Pero todo cambió cuando entró a buscar la jarra de agua para los brotes y se encontró con ese cuaderno que alguien había dejado sobre la mesa de la cocina, y ella estaba asustada. No le gustaba vivir tan aislada, y menos sabiendo que alguien tenía una llave y se metía en su casa.

Y Lago se iba, y no volvería de noche porque se había ofendido. Y ella se iba a quedar temblando porque tenía miedo que el intruso regresar. Su error había sido decirle que al descubrir que él vivía en el pueblo, ella quiso salir disparando. Pero solo había aportado un dato para explicarle que él ya no le despertaba ganas de largarse, sino de quedarse. Pero ese día a Lago se le había despertado la parte sensible, se había ofendido y se estaba alejando.

—¡Alguien entró a mi casa! —gritó Catalina cuando el miedo le ganó a la desconfianza de que fuera él—. Entró porque sabía que no estaba —aclaró.

Eso detuvo a Lago, que regresó sobre sus pasos y se paró frente a ella.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Lago.

—¿Has sido tú? —preguntó ella.

—¿Cómo? ¿De verdad crees que entraría a tu casa cuando no estás? —preguntó sorprendido, al ver que ella dudaba negó con la cabeza. No le tenía confianza—. No ando por la vida metiéndome en casas ajenas.

—Pero sabías que la llave estaba debajo de la maseta del geranio —le recordó.

—Eso no significa que me meta en una casa que no es mía.

—Cristian también lo sabía cuando me acompañó a la granja.

—Por Cristian no pongo las manos en el fuego —aseguró Lago—. ¿Cómo te has dado cuenta?

—Porque hay un cuaderno en la mesa de la cocina. Anoche, cuando salimos con Nel y tu abuela, no estaba allí. Estoy segura de que nunca estuvo en la casa. Alguien tiene llave y se metió cuando no estaba. No quiero vivir en este lugar tan aislado, y mi abuelo no me ha dejado otra opción. Qué voy a hacer si alguien se mete mientras estoy adentro. Nel es mi vecina más cercana y ni gritando como loca me va escuchar.

Lago tenía ganas de buscar al intruso y ahorcarlo con sus propias manos. La verdad que no se imaginaba a nadie del pueblo cometiendo un acto tan perverso con una joven que le había caído bien a todos, y menos siendo la nieta de Thompson.

Acortó la distancia que los separa y la abrazó. Era la segunda vez que lo hacía y sintió que se le aceleraba el corazón. Catalina tembló en sus brazos, pero suponía que era porque estaba muerta de miedo.

—No se me ocurre quién ha podido hacer algo tan rastrero. Todos nos conocemos, y nunca ha pasado algo así —aseguró Lago.

—Pues justo me tocó ser la primera —dijo Catalina.

—¿Has visto lo que hay escrito en el cuaderno?

—No. Vi que tiene las hojas amarillas y me puse a pensar quién podía haber entrado. No te lo iba a contar, pero tuve miedo de quedarme sola de noche —aclaró Catalina.

—¿Creías que no iba a regresar? —preguntó Lago sorprendido.

—Lago, estoy bastante desorientada. No sé por qué sigues viniendo, si no dejo de echarte. Ni siquiera sé el motivo que tuvo mi abuelo para mandarme a este pueblo —dijo Cata.

¿Qué diablos había tenido en la cabeza Anselmo cuando dispuso que viviera en la granja? A Thompson le gustaba alejarse algún fin de semana del ajetreo de la ciudad, le gustaba el silencio de la granja, pero ella no estaba preparada para soportar tanta soledad. Su abuelo no la había preparado para eso, no la había preparado para la vida, y él era el responsable de ayudarla.

Momentos antes le había dicho que tenía suficiente dinero para largarse. Era lo que él había querido para olvidarse de que un día la nieta de Thompson llegó al pueblo a poner su estructurada vida patas para arriba. Pero esto no iba de él, sino de ella.

—No importa las veces que me eches. Yo siempre voy a estar cerca —aclaró, y al ver la curiosidad en la mirada de Catalina, cambió el tema antes de que le preguntara el motivo—. Quizá en ese cuaderno encontramos alguna pista —dijo Lago.

—¿Tú crees?

—No lo sé. Supongo que si le echamos una mirada vamos a descubrir el motivo por el que alguien violó tu domicilio para dejarlo allí —dijo, y dejó para otra oportunidad el motivo por el que había venido a su casa. Ella estaba más preocupada por el intruso que por los ingresos que Anselmo tenía en el pueblo.

Era la primera vez que entraba en la cabaña desde que se había instalado Catalina, y se quedó impactó. Todo estaba impecable

y no había nada fuera de lugar. Todo brillaba como si acabara de lustrar los muebles y encerar los pisos. La sala olía a limón. Esa no era la imagen que él tenía de ella. Creía que nunca lo había invitado a pasar para que no viera el desorden que tenía en la casa. Al parecer el motivo era otro muy distinto, y Lago sonrió.

Cata entró a la cocina y Lago la siguió por detrás. La mesa estaba tan ordenada y limpia, que era imposible no ver el cuaderno de hojas gastadas que estaba abierto en una página.

—Te dejo ser el primero en mirarlo —dijo Catalina.

Lago rio.

—Prefiero cederte el honor.

—De ninguna manera. Te has ofrecido a ayudarme, y por eso te concedo el privilegio —aclaró.

—Y si lo vemos los dos a la vez —sugirió Lago, y Catalina frunció el entrecejo. El muy maldito no quería allanarle el camino.

Los dos se acercaron a la vez, y hombro con hombro le echaron una mirada. Los dos se miraron. Lago con el entrecejo fruncido. Cata con lágrimas en los ojos.

—Es de mi abuelo. Es su letra —dijo Catalina, sin comprender quién lo había dejado allí

—Con algunos detalles sobre el pueblo —dijo Lago, y se pasó la mano por el mentón, como si estuviera tratando de dilucidar por qué lo habían traído.

CAPÍTULO 11

Estuvieron varios minutos inclinados leyendo páginas que contenían anécdotas de juventud, la dificultad para mantener la granja funcionando. Hablaba del sacrificio que había hecho su madre para darle una buena vida a su hermana Leticia y a él.

—Nunca me habló de su hermana Leticia —dijo Catalina.

—Será porque murió cuando era joven —dijo Lago.

Ese cuaderno era como espiar a un abuelo que parecía otra persona. Nunca había mencionado que venía a la granja, que había nacido en ese pueblo, y que tenía una hermana, que solo había quedado guardada en esas páginas. Nunca se imaginó lo importante que era esa granja que le había dejado en herencia, hasta que leyó ese sencillo y escueto párrafo donde había escrito "Algún día pondré las manos en la tierra para ver cómo florece esta granja abandonada". Lago también lo acababa de leer y la observó.

Catalina se alejó del cuaderno, pensando en el sueño del abuelo. Abrió la nevera y sacó varias naranjas, lo único que tenía para invitar con algo fresco a Lago. Las exprimió sin dejar de pensar en el sueño del abuelo. Se le anudó la garganta, y para no echarse a llorar decidió concentrarse en Felicita.

—Seguro que tu abuela conocía a Felicita. Quizá sabe de qué murió —dijo Cata, y le tendió el vaso de jugo a Lago.

¡Había exprimido un jugo! Él la miró sorprendido. Quizá porque recordaba que cinco años atrás la empleada de Anselmo

salía al parque con una bandeja con jugo de naranja recién exprimido para la princesa de la casa.

—No hagas ningún comentario irónico y tómate el jugo —gruñó Cata.

—No pensaba decir nada —aclaró Lago. Tampoco pensaba decir nada de ese sueño de Anselmo que la había alejado del cuaderno, como si necesitara darle la espalda para reflexionar sobre el deseo de su abuelo—. Respecto a la hermana de tu abuelo, supongo que muchos la deben recordar —dijo Lago—. No está nada mal —dijo señalando el vaso con jugo.

Tampoco estaba intrigada por la hermana del abuelo, si recién se enteraba y no podía sentir dolor por alguien que ni sabía que existía.

—Antes me lo hacía Ramona —comentó, y se bebió su jugo —. Son de la planta de naranjas de Nel. Hace unos días apareció con un carrito de bebé lleno de naranjas —comentó, y rio mientras recordar la escena con su amiga—. Le reproché que no me hubiera contado que tenía un hijo, y no parábamos de reírnos cuando sacó la manta y vi todas las naranjas.

—A Nel le encanta divertirse —dijo Lago, y sonrió.

—«Mi flor salvaje. Aunque no lo creas te voy a añorar toda la vida» —leyó Catalina, que se había inclinado sobre la mesa para seguir curioseando en los escritos del abuelo. Lago arqueó las cejas antes de soltar una carcajada—. No te rías.

—Es que no me imagino al severo de tu abuelo diciendo esas cosas.

—Parece que de joven era un romántico. Para mí que era un amor de su juventud. ¿La habrá seguido queriendo? Quizá era mi abuela. Yo no la conocí, pero en las fotos no tenía nada de salvaje. Parecía muy cuidada, muy fina y arreglada. Ella murió cuando mis tíos y mi padre eran muy jóvenes. Creo que Adelina tenía trece años, y todos los días le recordaba al abuelo que su madre le había dejado

las joyas, porque tenía miedo que me las diera a mí. El abuelo la tuvo años esperando, y se las dejó en el testamento.

—Linda tía —comentó Lago.

—Bueno, todos tenemos parientes que preferimos perder de vista —aseguró Catalina, y Lago la miró con curiosidad—. Fue la primera que me llamó cuando llegué.

—¿Estaba preocupada por tu bienestar? —preguntó Lago.

—¡Preocupada! Solo me llamó para decirme que en la oficina del abogado tuvo miedo que me hubiera dejado la herencia a mí, pero se alegró cuando descubrió que me había quitado todo. Y de paso me contó que entró a mi habitación y se llevó toda la ropa que todavía tenía las etiquetas de las tiendas. A mí me negaron la posibilidad de sacar mi ropa del vestidor. No me dejaron llevar nada de esa casa. Según ella, mi abuelo no tuvo otra alternativa que acogerme en su casa. Fui su obra de caridad —aclaró Catalina, y se quedó mirando el cuaderno donde su abuelo había anotado acontecimientos de su vida. No era un diario donde relataba su vida. Solo había comentarios desordenados que quizá escribía cuando se sentía nostálgico.

—Tu despreciable tía no sabe que fuiste la persona que él más quería, por eso te mandó a Los Espinillos —dijo Lago.

—Es la segunda vez que me dices eso —aseguró Cata—. Y te aseguro que mis tíos y mi padre siguen con su lujosa vida en la ciudad. A la única que no le permitió quedarse ni con la ropa, es a mí.

—Él sabía que podías afrontar la situación.

—Pero si ya me he gastado todo el dinero que me dieron, y solo lo he usado para comprar comida. Si no fuera por Nel que siempre cocina de más y viene a comer conmigo, y encima me deja lo que sobra, ya me habría muerto de hambre. Soy una inútil, y mi abuelo lo sabía. Ahora mismo necesito la renta de Nancy para no

caer en la miseria. No voy a aceptar que me pague con ropa —aclaró.

—¿Inútil? Esta casa está impecable y ordenada.

—Bueno, es que estaba acostumbrada a vivir en un sitio donde todo brillaba.

—Solo que antes te daban todo servido y ahora lo haces tú.

—He pasado parte de mi vida viendo como se hacía. No es tan difícil, aunque se me están arruinado las uñas —ironizó.

—Cada día me cuesta más mantener la imagen que me formé de ti hace cinco años —dijo Lago.

—No era una imagen. Esa persona era yo. Y quizá sigo siendo la misma de antes, solo que me apagaron las luces que iluminaban mi vida, y las estoy buscando.

—Ya no lo eres —dijo Lago, se acercó y le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja.

Cata se estremeció. Él no había cambiado. Seguía siendo honesto, justo, noble. Aunque antes no tenía tantos músculos, y qué bien le sentaban.

Pero ella no se había sentido atraída por su apariencia, sino por su autodominio, por su indiferencia a los lujos y el dinero, por su falta de interés a sus provocaciones, y esa autoestima tan alta, que sus ricos amigos parecían insignificantes a su lado. Y eso que Lago solo había sido el jardinero temporal del abuelo.

—Eso no lo sabes. Dame dinero y veamos en quien me convierto —dijo Catalina.

Ese era el impulso que Lago necesitaba para sacar el tema del dinero que Anselmo recibía de sus negocios en el pueblo.

—Pues hay bastante, por lo que he descubierto desde que llegaste a Los Espinillos—dijo Lago.

Catalina le sacó el vaso vacío de las manos y se puso a lavarlos de espaldas a Lago.

Por segunda vez lo ignoraba cuando le hablaba de los negocios de Anselmo en el pueblo, y eso no encajaba con su personalidad. Ella había cambiado, aunque no quisiera reconocerlo.

Caminó los pasos que los separaban, agarró un repasador y se paró a su lado para secarlos.

—Son ingresos para la granja. Y como tú eres la dueña de la granja, ya no estás en la miseria —dijo Lago. Ella seguía sin prestarle atención—. Podrías regresar a la ciudad para retomar tu vida donde la dejaste, aunque con algunas limitaciones —aclaró.

Ella le entregó el vaso y se quedó mirando por la ventana.

—¿Qué estás esperando?, que me ponga a bailar de la emoción, que corra a mi habitación, guarde mis pocas pertenencias y salga corriendo de aquí —preguntó y respondió Catalina.

—Esa decisión es tuya, Catalina. Creí que no te gustaba el páramo. Hace un momento me dijiste que apenas llegaste no querías estar en el páramo, y menos al descubrir que yo vivía aquí. Puedes irte.

Cata se giró y lo miró con esos ojos marrones que lo perseguían en sueños. Le brillaban, no sabía si era porque estaba conteniendo las lágrimas o la ira. Ella lo desconcertaba.

Hacía pocos minutos que le había dicho que no sabía si había cambiado, que quizá con dinero volvía a ser la misma persona que él había conocido en el pasado. Pero le estaba ofreciendo la salida que había deseado cuando llegó, y no parecía deseosa de salir corriendo, sino enojada por tener la opción.

—Tú quieres que me vaya —aseguró Cata, y se giró para mirarlo.

Lago comenzó a sacarle lustre al vaso que estaba secando porque mentir se le daba mal, y decir la verdad no era una opción. Cómo iba a decirle que quería que regresara a la ciudad para poder olvidarla. Él estaba seguro de que no duraría mucho en Los Espinillos, que tarde o temprano regresaría a la vida que conocía.

Cuanto más rápido se largara, más rápido él olvidaría que un día Catalina Thompson llegó al pueblo como una hechicera dispuesta a poner su vida patas para arriba.

—Voy a tomarlo tu silencio como una afirmación —dijo Cata.

—No es fácil responder a tu pregunta —dijo Lago, sin darle una respuesta.

—No veo dónde está la dificultad. Quieres que me vaya, es eso —repitió.

Lago por fin la miró. Parecía incómodo, pero se recompuso y su mirada y su postura volvieron a la indiferencia a la que la tenía acostumbrada.

—El honorable Lago Sanders no sabe mentir, y tampoco se le da bien ser cruel para pedirme que me largue —comentó Cata.

Él frunció el entrecejo. ¿Cómo había adivinado su incomodidad?

—No es… No quiero influir en tu decisión. Solo creo que no vas a tardar mucho en extrañar a tus amigos, a tu familia y a las actividades que hacías en la ciudad. Este pueblo no tiene nada que ver con la vida a la que estabas acostumbrada —explicó, intentando ser lo más sincero posible, sin exteriorizar que cuanto más demorara ella en marcharse, más demoraría él en olvidarla. Mejor que ella no supiera lo que su cercanía le hacía sentir.

—He decidido quedarme —aclaró, y le sonrió—. Te faltó decir que sientes un poquito de atracción hacia la díscola nieta de Anselmo, y que para evitar caer en la tentación, lo mejor es que me vaya —comentó, y salió de la casa.

—Eres demasiado egocéntrica, Catalina Thompson. No todos los hombres caen rendidos a tus pies —dijo Lago, que la seguía por detrás.

Ella soltó una carcajada, como si se burlara de sus palabras. Lago no podía más que darle la razón. Lo de él era patético, porque la joven esnob que solo pensaba en fiestas, alcohol, prendas caras y

viajes, había conseguido darle vuelta la cabeza sin usar las tretas del pasado.

—Esto no tiene nada que ver con la vida que te dio tu abuelo —aseguró, intentando hacerla entrar en razón—. Quizá ahora te parezca una novedad, una especie de turismo de aventuras, o una experiencia exótica para compartir con tus amigos. Pero en unos meses vas a odiar la monotonía, la vida sencilla, y vas a salir huyendo. ¿Y sabes qué? Después de un tiempo ni siquiera vas a recordar que un día estuviste en Los Espinillos.

Cata se giró y lo enfrentó. Él había perdido la serenidad. Cambiaba el peso del cuerpo de un pie al otro y se pasaba la mano por el cabello como si estuviera nervioso. Su pose ya no era indiferente sino insegura.

—Ya veo que lo que te preocupa no es que me quede, sino que me vaya y me olvide del pueblo. Me olvide del hombre que durmió un mes en el establo para no dejarme sola de noche —dijo Catalina.

—Todo lo interpretas como te conviene —aseguró, pero estaba sorprendido con su capacidad para detectar sus emociones. ¿Dónde estaba la esnob que conoció en la ciudad?, la chica que se sentaba en la piscina con un biquini diminuto mientras una manicura venía a su domicilio y le pintaba las uñas de celeste con estrellitas de plata. Dónde estaba la que le decía que dejara de tener un palo en el culo y viviera la vida como si no hubiera un mañana. Aunque en eso había tenido razón. Para ella aquella vida se había terminado con la muerte de su abuelo—. Quizá yo también me olvide con el tiempo de que un día llegaste al pueblo, ansiosa por salir huyendo.

—¡No me digas! —ironizó—. Mira que no soy fácil de olvidar —lo provocó, y cuando lo vio apretar los puños supo que había acertado. ¿Él la quería lejos porque se sentía atraído por ella?, sin su deportivo, sin su abultada cuenta bancaria, sin sus prendas de marca. Más pobre que una rata. ¡Vaya! Y ni siquiera había tenido que esmerarse en demostrar sus encantos—. Mira, este sitio ya no me parece un páramo. Ya no veo todo negro como cuando llegué.

Estoy viendo los matices de los que me habló Nel. ¿Y sabes que es lo más divertido?, que he estado recorriendo el campo echándole imaginación, como me pediste tú. Además, ese cuaderno habla de una etapa de la vida de mi abuelo que no conocí en los veinte años que viví con él. Alguien me lo dejó para que conociera otro aspecto de mi abuelo, y quiero saber más.

—Cuando termines de saciar tu curiosidad sobre esa parte de la vida de tu abuelo, vas a regresar a tu vida, Cata. Este sitio es aburrido para una mujer como tú.

—¡Una mujer como yo! ¡Ay, Lago!, creo que mi estadía en el pueblo te tiene más preocupado a ti que a mí —aseguró Catalina.

—Tonterías. Solo me estoy anticipando a los acontecimientos —aseguró Lago.

Si él supiera que se había desencantado de todo lo que había sido importante en aquella vida que Lago creía que extrañaba. Los amigos habían desaparecido en las malas. Su padre suspiraba aliviado de que se estuviera adaptando. Adelina se había quedado con su ropa y le había demostrado abiertamente que no la quería. Sus tíos ni se habían molestado en llamarla. Aunque el bueno de Felipe lo había hecho para decirle que su propuesta seguía en pie. Pero solo lo había hecho porque era el único que asumía las responsabilidades en la familia. En lo de responsable, Lago se parecía al tío Felipe, aunque en ese momento quería deshacerse de la responsabilidad que se había echado sobre los hombros sin que ella se lo pidiera.

—Pues los acontecimientos no van a cambiar. Ve haciéndote a la idea de que voy a vivir aquí —aclaró, irritada por su empeño en que se largara.

—Creo que te quedas para darme la contra —dijo Lago.

—Ahora nos estamos entendiendo. Y pensar que no te cansas de repetir que la egocéntrica soy yo —ironizó Cata—. No solo me quedo, sino que voy a seguir viviendo en la granja.

—Se han metido en tu casa mientras no estabas —gruñó Lago—. Si estás empecinada en quedarte, deberíamos buscar un lugar más seguro.

—¿Tengo otra opción? ¿Alguna de esas encantadoras casitas con jardín que vi cuando llegué? —preguntó.

—Me han entregado la llave de un departamento en el centro. Es bastante pequeño. Tu abuelo se lo prestó a una parejita de recién casados para que pudieran disponer del dinero para tener un sitio propio donde vivir.

—¿Mi abuelo prestó un departamento?, pero si veía oportunidades por todos lados, dinero fresco para incrementar su abultada cuenta bancaria —aclaró Catalina. «Te deben odiar esas personas que han perdido sus negocios». «Al contrario, están agradecidos de que los salvara de la bancarrota»—. Debería hablar con esa parejita de recién casados para saber qué les pidió a cambio del préstamo.

Lago sacó del bolsillo unas hojas sueltas algo arrugadas, y se las entregó a Catalina.

—Aquí está todo lo que descubrí desde que llegaste al pueblo. Estas personas han venido sin que las estemos buscando. Quieren cumplir con el trato que acordaron con tu abuelo. Hay un poco de todo, varias rentas, préstamos, pequeños acuerdos comerciales, y están interesados en hablar contigo para saber dónde están parados —dijo Lago.

Sonrió al ver que Cata lo miraba con la boca abierta.

—Podría usar el pequeño departamento como oficina —comentó—. Voy a necesitar a alguien que me asesore. Yo era experta en gastar el dinero del abuelo, pero no sabía nada de ganarlo.

—Yo voy a ayudarte —dijo Lago.

—Dudo que el dueño del bar tenga tiempo para ayudarme —dijo Cata, y Lago le sonrió—. Me sorprende que un hombre tan

honesto, mienta de forma tan descarada.

—No te mentí. Estaba ayudando porque faltaron los camareros de la noche.

—Ocultar la verdad es una forma de engaño.

—No creí que te interesara conocer algo de mi vida —aclaró Lago.

—Estabas equivocado. Me interesa saber más de tu vida.

—Te estás tirando a la pileta, princesa.

—También me interesa saber más de la vida de Nel, del abuelo, de tu abuela Rosa, y de toda la gente que vive en Los Espinillos. Pero las que más curiosidad me dan son las tres mujeres exóticas que anoche estaban en el bar, y con las que tú evitabas hablar —dijo Catalina—. Y no voy a parar hasta descubrir por qué te esmerabas en ignorarlas.

Lago la miró con esa pose de indiferencia que tan bien le salía, pero un tic en el ojo derecho lo delataba. Y dedujo que hablar de esas mujeres lo había puesto nervioso. Catalina sentía curiosidad por la vida de su abuelo en el pueblo, pero más curiosidad sentía por saber qué relación tenía Lago con las tres mujeres exóticas del bar.

CAPÍTULO 12

Ya llevaba dos meses en Los Espinillos, y jamás había trabajando tanto en sus veinticinco años. Aunque tenía que reconocer que era la primera vez que trabajaba.

Catalina no logró descubrir quién le había dejado el cuaderno, y eso que había indagado a Nel y a la abuela Rosa. Nel no sabía nada, y Rosa le dijo que había indagado a su vecina cotilla, de forma discreta, pero no logró averiguar nada. Ella ya había aprendido que con Rosa todo era relativo.

Durante el día se instalaba en el departamento que había dejado la pareja de recién casados, que no eran tan recién casados. En los tres años que llevaban viviendo allí habían logrado tener un techo propio, una cocina, un dormitorio y el baño. No querían seguir abusando de la generosidad de Anselmo, sobre todo ahora que ya no estaba con ellos. La chica lloró cuando habló del abuelo. A Cata se le anudó la garganta, aunque después de dos meses el dolor ya no era tan insoportable.

Los negocios del abuelo eran tan variopintos que no salía de su asombro. Una mujer se ofreció a ayudarla con la limpieza de la cabaña para pagar una deuda que tenía con el abuelo porque una vez le había facilitado el dinero para pagar un mes de renta. Un hombre se ofreció a venir con el tractor para arar la tierra, si es que quería sembrar algo. Le recomendaron sembrar maíz en unas hectáreas de terreno, pero ella prefería plantas de lavanda, porque daban unas flores lilas que perfumaban el aire. Y eran más bonitas, que diablos. Un matrimonio de unos cuarenta años apareció un día

con tres gallinas, y pocos días después un hombre le regaló un gallo. ¿Qué diablos iba a hacer con tres gallinas y un gallo? Otro vecino trajo unas bolsas de maíz para que las alimentara. Cata comenzó a recolectar los huevos. Una anciana le dejaba tortas y tartas en el bar de Lago, por lo que no tenía que cocinar. Nancy le pagó con prendas de su tienda. Aceptó porque casi no tenía ropa para ponerse, pero le aclaró que solo cuando necesitara comprar alguna prenda porque necesitaba el ingreso. Por el momento, dinero había poco pero mucha voluntad, y ella descubrió que le encantaba esa gente que se esmeraba en pagar con lo que tenía.

Con la ayuda de los vecinos, Cata estaba intentando hacer realidad el sueño del abuelo, aunque de granja no sabía nada. Pero la gente era solidaria, y cuando se enteraron de sus intenciones, muchos vecinos vinieron a colaborar.

A la única persona que todavía no había conocido era a la madre de Lago. «Anda por aquí y por allá», le comentó Rosa el día que ella le preguntó por qué nunca la había encontrado en el pueblo. Se llamaba Florencia, y tenía cincuenta y ocho años. Una edad más parecida a la del abuelo, y supuso que quien había perdido la virginidad con el abuelo en el establo no era Rosa sino su hija Florencia. Pero solo era una suposición y no le pareció correcto preguntarle a Rosa, puesto que era quien se había inventado la fábula. Tampoco podía preguntarle a Lago si su madre había perdido la virginidad con el abuelo. Para ella Anselmo era un abuelo y no se lo imaginaba de joven, y menos perdiendo la virginidad con una chica en el establo. Era un tema íntimo y si a Lago le pasaba como a ella, también se pondría incómodo de hablar de la vida íntima de su madre. A Florencia le habría preguntado, de forma discreta, su vínculo en la juventud con Anselmo. Pero Florecilla, como la llamaba Rosa, no estaba en el pueblo. Se había ido de compras a la ciudad, y había aprovechado el viaje para tomarse unas merecidas vacaciones antes de retomar el trabajo.

Lago pasaba dos horas con ella en el departamento analizando los negocios del abuelo. Todo era tan enrevesado que a

veces los dos se miraban sin comprender qué clase de negocios tenía el abuelo en Los Espinillos. Al mediodía almorzaban juntos en el bar, y después cada uno seguía con sus actividades, Lago se quedaba en el bar y Cata regresaba a la granja porque estaba decidida a aprender a ser granjera. Por la noche se volvían a encontrar. Los dos pasaban un rato tomando algo en la galería y cenando alguna comida que le regalaban los vecinos o que Lago traía del bar.

Lago seguía durmiendo en el establo. Le había repetido hasta el cansancio que no hacía falta que se quedara, pero no le hacía caso. Desde el día que encontró el cuaderno, nadie más se había metido en su casa.

Estaba despidiendo a un comerciante que había venido a pagar la renta de un local que era del abuelo, cuando vio en la puerta a un hombre de unos treinta y cinco años, alto y delgado como un poste. Le contó que Anselmo lo había rescatado de una vida disipada cuando tenía veinte años, que le propuso que trabajara como aprendiz de mecánico en el taller de un amigo, y después lo ayudado a montar su taller con herramientas que Anselmo había tenido de su época de juventud.

—Él ya no las usaba más —dijo el hombre—. Nunca aceptó que le pagara las herramientas. Pero sí me dejaba que le controlara el aceite del coche, que le inflara los neumáticos, y a veces se lo devolvía lavado. Y como ahora él nos ha dejado y tú no tienes coche, pensé que, si querías podías usar mi camioneta —dijo, y señaló una camioneta destartalada que estaba delante de la puerta.

—¿Y tú en qué te vas a mover?

—Ya tengo una más nueva. Esta está un poco deteriorada, pero tiene reparado el motor a nuevo, y yo te puedo hacer las revisiones gratis cuando quieras. No te va a dejar tirara. No es gran cosa, pero te va a ahorrar la caminata, y puedes disponer de ella hasta que puedas comprarte un vehículo.

Al recordar su deportivo tendría que haberse puesto a llorar, pero la época de las pataletas había quedado en el pasado. La pobre camioneta estaba en tan mal estado que cualquiera diría que su próximo destino era el desguace. Pero a Cata hasta una carreta tirada por caballos le habría parecido fantástica si se ahorraba ir y venir caminando de la granja al centro.

—Me vendrá genial. Muchas gracias —aseguró Cata.

Si algo había aprendido desde su llegada era a aceptar lo que las personas le ofrecían. El primer día rechazó unas semillas para el huerto y unas plantas para el jardín, y los vecinos se fueron decepcionados. Lago le dijo que era una costumbre de la gente del pueblo ofrecer lo que tenían. Entonces empezó a aceptar lo que le traían. Bueno, la vaca que quiso regalarle un campesino para que tuviera leche fresca la rechazó. ¿Qué diablos iba a hacer con una vaca?

Fue a sacar la licencia al municipio, y como era la nieta de Anselmo quisieron darle el registro sin rendir. No podía creer los favores a los que accedía por el aprecio que tenían por el abuelo. Les agradeció, pero no le gustaba tener privilegios, y pidió rendir las pruebas como cualquier vecino.

Cuando vivía con el abuelo habría aceptado encantada, pero ya no era un tiro al aire y se sintió orgullosa de sus cambios. Se fue manejando y estacionó la camioneta prestada en la puerta del departamento que usaba de oficina.

—¿Esa no es la chata de Luis? —preguntó Lago, que estaba conversando en la puerta del bar con un hombre, a pocos metros de su oficina.

—Me la ha dejado hasta que me pueda comprar un vehículo —dijo Cata, que miraba el cacharro como si fuera una camioneta Toyota recién salida de agencia.

Lago la miraba a ella como si no hubiera nadie más impresionante en el pueblo.

—Podrías disimular que estás embobado con la nieta de Thompson —dijo Federico, el padre de Marisol, y le dio un codazo en las costillas.

—Es admiración por su capacidad para adaptarse a su nueva realidad —dijo Lago—. Era la consentida de su abuelo.

—¿La conocías de antes? —preguntó sorprendido.

—La conocí cinco años atrás —dijo Lago—. Y te aseguro que no me imaginé que podía cambiar tanto. Ella era una princesa rodeada de lujos.

Pero la princesa se había convertido en una joven que resolvía con empatía todos los extravagantes negocios de su abuelo, y con el escaso dinero que le pagaban estaba intentando recuperar una granja abandonada.

Unos días atrás la vio haciendo surcos con una pala en la tierra, que habían removido uno de los vecinos para poner las semillas que le había regalado otro vecino. La había visto entrar al gallinero que le había acondicionado otro vecino para sacar los pocos huevos que le daban las tres gallinas que le trajeron los Fuentes para colaborar con la recuperación de La Esperanza. Cata entró provista con las botas que le regaló él y unos guantes de látex, la típica citadina que no se adaptaba a los rudimentos del campo, pero se las ingeniaba para cumplir con las tareas.

—¡Estás hablando de mí con admiración, Lago! —exclamó Catalina, y en ese momento vio al hombre que estaba a su lado—. ¿Y usted quién es? ¿También tenía algún negocio con mi abuelo?

—Él es Federico —dijo Lago.

—No tenía negocios con tu abuelo. Soy el padre de Marisol. Supongo que ya has conocido a mi hija —dijo Federico, y miró a Lago.

—No he tenido el gusto. Pero me enteré que es la esposa de Cristian—dijo Cata.

—Una pésima elección cuando tenía al mejor hombre a sus pies. Pero ella se decidió por el peor —dijo Federico, y miró a Lago.

¿Por qué miraba a Lago cuando hablaba del mejor hombre? Al mirar a Lago vio que estaba apretando los dientes. Era la segunda vez que se tensionaba cuando nombraban a la esposa de Cristian. ¿Sería Lago el mejor hombre que Marisol había rechazado? ¿O ella estaba tan obsesionada con él que creía que siempre se referían a él?

Eso ya le había pasado en la tienda de Nancy. Mientras se probaba unas prendas en el vestidor, escuchó a una joven decir: ¿Crees que alguna vez se fijará en mí, Nancy?, y ella también cayó en el error de creer que se refería a Lago, error que Nancy se encargó de desbaratar cuando nombro a un tal Roberto Ledesma. Pero aquí había algo, y decidió indagar al padre de Marisol para confirmar sus suposiciones.

—¿Y eso cuando sucedió? —preguntó Catalina.

—Deja de cotillear como mi abuela —pidió Lago.

—Me encanta cotillear para conocer todas las historias que se cocinan a fuego lento en el pueblo —aclaró Cata, y miró a Federico que se había quedado mudo.

—Creo que estoy hablando de más —dijo Federico.

—Eso parece —dedujo Cata, y miró a Lago, que en ese momento saludaba a un cliente que entraba al bar—. Nancy me dijo que Cristian y su esposa tienen mellizos.

Lago arqueó las cejas. Catalina estaba intentando sacar deducciones. Y pensar que él, cuando la conoció, supuso que tenía aserrín en la cabeza. ¡Cuánto se había equivocado por aquella época!

—Un niño y una niña de cuatro años —dijo Federico, y el rostro se le iluminó al hablar de sus nietos.

—Supongo que has venido a cobrar los entrantes de tu esposa —dijo Lago, cambiando el tema.

—Lis me pidió que le hiciera el favor, y que le anotaras el pedido para el fin de semana —dijo Federico, que quería largarse antes de que Catalina lo siguiera interrogando—. Me ha gustado conocerte. Anselmo tiene una nieta encantadora y hermosa.

Catalina le agradeció y lo saludó, pero su mente estaba puesta en Marisol, a la que todavía no había conocido porque nunca se había acercado a conocerla, como muchos de los vecinos.

Nel llegó corriendo de su segundo trabajo. Por la mañana era administrativa en una guardería para niños desde los seis meses hasta los cuatro años, y por las tardes siempre encontraba algún trabajo extra de niñera cuando las madres no tenían con quien dejarlos.

—Estoy agotada. Conseguí un extra cuidando los mellizos de Marisol, pero el varón es terrible, y encima la madre se retrasó dos horas del tiempo acordado. Ha dado vuelta la casa, y he tenido que ordenar todo el lío porque a la madre casi le dio un ataque de ira.

—Qué falta de respeto a tu tiempo y a tu trabajo de cuidadora —dijo Catalina. Pero lo que más le llamó la atención era que otra vez saltaba el nombre de Marisol.

—No puedo decirle nada, porque si me hace mala fama nadie más me va a contratar.

Al parecer Marisol era la arpía del pueblo. Ella no la conocía pero ya le caía mal.

—¡Ese cacharro es el de Luis! ¿Te lo ha regalado?

—Me lo ha prestado hasta que pueda comprar uno —dijo Catalina.

—Luis fue mi único pretendiente. Lo rechacé porque estaba enamorada de Cristian. Todas suspirábamos por él, pero se lo quedó Marisol. Menos mal, porque resultó ser un pésimo marido y padre— aseguró—. La bruja se lo tiene merecido. No tiene principios.

—No parece muy encantadora. O tú no la tienes en gran estima —comentó Cata.

—Lo es con la mayoría de la gente.

—¿Contigo no?

—Bueno, cuando se quedó embarazada de Cristian le solté un largo sermón y unos cuantos insultos —dijo Nel.

—Porque tú querías a Cristian —dedujo.

—Claro que no. Fue un escándalo en el pueblo. Ella humilló a un amigo —dijo Nel—. Desde ese día me trata con indiferencia, pero no me importa porque nunca fuimos amigas.

Catalina quería saber quién era el amigo que Marisol había humillado, y otra vez el nombre de Lago apareció en su mete. Nel lo adoraba y él parecía sentir el mismo aprecio por ella. Pero negó con la cabeza. Estaba obsesionada con Lago, no tenía dudas.

—Y aún así te llama para que cuides a sus hijos.

—Es puro interés. Ella sabe que soy buena con los niños y yo necesito la paga.

Un hombre se paró junto a ellas, y Cata supuso que era otro vecino que le debía algún favor o dinero al abuelo.

—Buenas tardes, señorita Thompson. Soy un amigo de su abuelo de toda la vida. Íbamos juntos a la escuela. Hace rato que quería venir a decirle lo mucho que siento su pérdida, pero no quería ponerla triste, por eso he esperado tantos días.

—¡Has dejado pasar dos meses, Hernán! —exclamó Nel.

—Tú no te metas, descarada. Estoy intentando hacerlo lo mejor posible. No se me dan bien estas cosas. El asunto es que cada día extraño más a ese loco —dijo Hernán—. Me imagino cómo te debes sentir tú. Él te adoraba. Siempre se le iluminaba el rostro cuando hablaba de su nieta. Decía, es un tiro al aire, pero es lo mejor que me ha dado ese hijo descarriado mío.

Catalina había superado la angustia que le producía la ausencia del abuelo, o eso creía, porque las palabras de Hernán le hicieron brillar los ojos. Quizá porque siempre creyó que tenía que

esmerarse para que él no se arrepintiera de haberla recibido en su casa. Aunque en los últimos años, ella había ganado seguridad y se había comportado como una joven consentida y soberbia.

—Gracias. También lo extraño mucho —dijo Catalina, con la voz temblorosa.

—He visto que estás empeñada en recuperar la granja —comentó Hernán.

—Creo que era lo que siempre quiso mi abuelo. Una especie de sueño inconcluso —comentó.

—¿La granja? ¡Qué extraño! No recuerdo que me lo comentara. Anselmo era práctico. Nunca me imaginé que tuviera ese deseo. De joven odiaba la granja, pero seguro que tú lo conocías mejor que yo —aseguró—. Lo que te puedo asegurar es que venía dos veces al mes. Extrañaba la vida pausada de Los Espinillos, y como estarás descubriendo tenía sus negocios, aunque dudo que le dejaran muchos beneficios.

Catalina llegó tarde a la granja. Ese día había tenido varias sorpresas. Cobró varias rentas, algo insólito puesto que la mayoría le pagaba con pollos, semillas o trabajo. Luis le había dejado una camioneta oxidada, que la había llenado de alegría, pero nada de eso tenía en la cabeza. Ni siquiera volvió a pensar en la relación que tenía Lago con Marisol, aunque quizá solo eran imaginaciones suyas.

Lo que la tenía confundida era la confesión del amigo del abuelo. «Anselmo era práctico. Nunca me imaginé que tuviera ese deseo». Se preguntó si ese cuaderno que habían dejado en su casa contenía los sueños del abuelo, o era un embuste de alguien que le estaba jugando una broma de mal gusto. Alguien que no la quería en el pueblo y que imaginó, que al descubrir que su abuelo quería hacer florecer la granja ella saldría disparando. Aunque la letra no era igual a la del abuelo tenía una inclinación parecida. Además, ese cuaderno tenía muchos años, y quizá el abuelo había ido modificando su trazo, y sus sueños.

—¿Estás ahogando las verduras? —preguntó Lago, que llegaba con su mochila al hombro como todas las noches. Solo que no era de noche.

—¡Me has dado un susto de muerte! —dijo Cata, miró el charco a sus pies y corrió a cerrar el grifo —. No te esperaba tan temprano. Estaba distraída —aclaró.

Él se pasó la mano por el cabello y se lo peinó hacia atrás. Ella no le quitaba los ojos de encima. Lo sabía porque a él le pasaba lo mismo. Hasta había llegado más temprano para curiosear en qué ocupaba las tardes.

—Distraída pensando en mí —dijo para provocarla.

—Siempre te crees el centro del mundo —dijo Cata—. Aunque podrías sacarme la curiosidad que tengo por saber que hubo entre Marisol y tú.

—¿Estás obsesionada con mi pasado? —preguntó Lago.

—Se me da bien hacer deducciones. Varias veces han hablado de ella, y me he puesto a analizar los comentarios que me han despertado curiosidad —dijo Catalina. Era cierto que sentía curiosidad, y también era una forma de alejarse de lo que le aseguró Hernán, porque eso le producía más pánico que curiosidad.

—Ilústrame con tus extravagantes deducciones.

—Ella está casada con Cristian. Cristian y tú se llevan peor que el perro y el gato. Creo que tú lo desprecias. Es como si entre ustedes hubiera una batalla, que ganó Cristian, puesto que él parece pasárselo en grande al ver que pierdes los papeles en su presencia.

—¿Sabes lo que es ir por la vida saltando las piedras del camino?

—Claro, es cuando la vida se te complica —dijo Catalina.

—A mí siempre me la complicó Cristian.

—¿Él ponía piedras en tu camino?

—Me tiró al piso cuando aprendí a caminar. Me cruzó un palo cuando estaba aprendiendo a andar en bicicleta. Esta cicatriz de la barbilla me quedó de recuerdo. Todas las cicatrices que tengo fueron por bravuconadas de Cristian —dijo Lago, intentando desviar sus problemas con Cristian a la niñez, para no hablar de los problemas que había tenido con ese idiota de adultos.

—Un matoncito desde la cuna. Y tú solo recibías o también dabas algún golpe.

—Cuando me cansé de recibir, empecé a dar.

—No te imagino dando trompadas.

—Mi padre me enseñó a defenderme. Me dijo que si no lo frenaba, nunca iba a dejar de provocarme.

—¿Y tenía razón? —preguntó, aunque supuso que no.

—Dejé de tener cicatrices. Eso fue algo bueno para mi cuerpo —dijo Lago.

—No para tu paz mental. He visto cómo te cambia el gesto cuando Cristian está cerca, o cuando lo nombran —dijo Catalina.

Lago arqueó las cejas, y no sabía si reír o preocuparse. Se decidió por la ironía para no tener que responder sobre su desprecio por Cristian.

—No sabía que estabas pendiente de todos mis gestos. Parece que todavía, después de cinco años, sigues prendada de mí —comentó.

Catalina se acercó a él, y con la desvergüenza de cuando tenía veinte años, lo tomó de la remera para que se inclinara y tenerlo a su altura.

—Creo que tú eres quien se arrepiente de haberme rechazado hace cinco años —dijo Catalina sobre sus labios. Fue apenas un roce, casi imperceptible. ¿Por qué entonces le temblaba todo el cuerpo? Le había dicho que no se lanzaba dos veces a una pileta vacía, y allí estaba tirando por la borda su promesa.

Pero Lago no era indiferente a su cercanía. Él respiraba agitado y tenía los puños apretados al lado del cuerpo, como si estuviera haciendo un esfuerzo titánico para no rodearla con sus brazos. Ella notaba un cambio respecto a cinco años atrás. Él parecía no poder estar mucho tiempo alejado de ella. Después de servir los desayunos en el bar, venía a su oficina improvisada portando una bandeja con dos desayunos. A la hora del almuerzo le mandaba un mensaje cuando se demoraba en bajar al bar. Y cada día venía más temprano a la granja. ¿Acaso no eran señales de que no podía estar lejos de ella?

—Eras una consentida acostumbrada a conseguir todo lo que querías —aclaró Lago.

La voz le salió ronca, y Catalina se animó a seguir provocando a ese hombre que impostaba una indiferencia que cada día le costaba más. Se animó a hacer lo que juró que nunca haría, y se acercó más, hasta que sus cuerpos quedaron pegados. La erección de su miembro era la prueba de que había conseguido lo que quería.

Las chispas que volaban entre ellos no tenían nada que ver con la nobleza y la generosidad de Lago. No iba a negar que él era un buen hombre. Pero era evidente que también la deseaba. Y ella seguía tan interesada en ese pueblerino como el día que lo conoció.

No es que se hubiera pasado cinco años pensando en él. Porque había seguido con su vida sin detenerse a recordarlo. Pero le bastó descubrir que vivía en Los Espinillos para que su ira y su deseo por ese hombre impasible, regresara a ella como si el rechazo de Lago hubiera sucedido el día anterior.

Todavía estaba resentida por su rechazo, pero ese hombre tenía demasiado poder sobre ella. Cada noche se excitara al saber que lo tenía a unos metros de la casa. Cada noche quería salir de la casa, entrar al establo y decirle que dejaran de actuar como si ninguno de los dos quisiera lanzarse sobre el otro.

—¿Piensas en mí cuando estás solo en el establo? —preguntó Cata.

Lo sintió gruñir.

—Estás jugando con fuego —susurró, y siguió conteniendo el impulso de tumbarla en el barro, que había hecho en la huerta, y hacer realidad lo que lo torturaba todas las noches.

Él era tan recto y comedido; tan generoso y noble. Él y sus muchas virtudes estaban despertando en ella a una mujer más madura, más centrada. Él era quien la estaba cambiando. Por él tenía ganas de hacer sacrificios para dejar de ser una esnob, porque la vida que él le estaba mostrando le gustaba más que la que había llevado cuando vivía el abuelo.

Desde que llegó él era una constante en su vida, y ella se sentía diferente. Con su ayuda y con su forma de explicarle cómo eran las cosas en el pueblo, ella descubrió que tenía una meta. En lugar de una tarjeta de crédito para gastos ilimitados, le daban pollos, semillas y la ayudaban a levantar la granja. En lugar de un deportivo, tenía una camioneta que se caía a pedazos. Su nueva vida la tenía entusiasmada.

—No vas a aceptar que te sientes atraído por mí —susurró Catalina sobre sus labios.

Catalina quería que se rindiera. Que reconociera que su llegada le había dado vuelta la vida. Claro que ella había puesto su vida de cabeza, si hasta dormía en un establo. Catalina se pegó más, provocándolo hasta el límite de su voluntad, aunque ya no había espacio entre ellos, y se frotó arrancándole un gruñido. Era una bruja, no tenía dudas.

—Creí que no te ibas a tirar dos veces a una piscina vacía, provocadora —dijo Lago—. Pero debí imaginar que no pensabas cumplir con tu palabra.

—Mi palabra no vale nada —dijo Catalina.

Lago la agarró de las nalgas para acercarla más él, y cuando ella abrió la boca asombrada, la devoró con un beso que nada tenía que ver con el roce de los labios de Cata.

—Dos meses sin dormir como un tronco porque sé que estás a unos metros, sin saber si estás durmiendo como un bebé o soportando el mismo deseo que yo de trepar la enredadera y colarme por tu ventana —susurró Lago.

—A veces duermo desnuda —aclaró Cata.

Lago soltó un gruñido.

—Vas a seguir hasta que pierda la poca cordura que me queda.

—A veces me saco la ropa al saber que estás tan cerca, y me doy placer pensando en ti.

La alzó en sus brazos y caminó apresurado. Subió las escaleras, entró en la casa y cerró la puerta de una patada.

—No sé que tenía tu abuelo en la cabeza cuando te mandó al pueblo —susurró Lago—. ¿Acaso no se imaginó lo que podía pasar?

Ella le estaba levantando la sudadera. Él la dejó de pie sobre la alfombra y le sacó la remera con un conejito bordado, y como estaba desesperado le arrancó el sostén. Sus pechos abundantes estaban frente a sus ojos, se inclinó y le pasó la lengua por los pezones, pero no era suficiente y los succionó. La sintió jadear, y sus manos se peleaban con su pantaloncito corto hasta que logró dejarlo caer al suelo. Le siguieron las bragas, y se quedó admirando su impactante cuerpo desnudo con un hambre que no había sentido nunca por una mujer. La hechicera lo miraba a los ojos, sin pudor ni vergüenza. Estaba cómoda con su desnudez, y no era para menos, si era preciosa. Una chica rica que había moldeado su cuerpo en el gimnasio, y en sesiones de spa que unos pocos se podían permitir.

Sin soltarla la recostó en el sillón de la sala y le abrió las piernas, deleitándose con su sexo expuesto. Lo cubrió con su mano y lo frotó arriba y abajo. Cata jadeó, se movió buscando más placer y elevó las caderas. Una diosa que sabía cómo volver loco a un hombre. Una consentida acostumbrada a tener al hombre que quisiera a sus pies, aunque él solo quería ponerse de rodillas para

posar sus labios entre medio de sus piernas. Pero no iba a darle con el gusto tan pronto. El ritmo lo iba a llevar él.

—Así te tocabas pensando en mí —susurró con la voz ronca, y sus dedos comenzaron a hacer círculos sobre el clítoris—. O así, Cata —dijo mientras veía como su rostro se tensaba, su cuerpo se arqueaba, sus piernas se abrían más intentando acelerar el ritmo de su mano.

Lago descubrió que el ritmo siempre lo iba a llevar ella. Se arrodilló entre sus piernas y reemplazó sus dedos por sus labios. Besos suaves que la hicieron estremecer. Cata gritó, y al ver que se le tensaba el cuerpo, le levantó las nalgas y la devoró. Eran besos fogosos, que succionaban su clítoris. Ella abrió más las piernas y él enterró el rostro en su sexo. Era fogosa, atrevida y se entregaba sin pudor. Jadeaba y le suplicaba que la llevara a la cúspide. Y él la complació. Mientras ella se retorcía en el sillón, él estuvo a punto de correrse de solo ver el placer que le estaba provocado.

Cata quedó desmadejada en el sillón. Ella estaba desnuda y él con los pantalones puestos.

—Vamos a equiparar la balanza —dijo Catalina, le desprendió el pantalón y se lo bajó junto con los calzoncillos.

Él era impresionante, puro músculo y altura, y ella no podía apartar sus ojos de su sexo envarado. Se lo metió a la boca, y él soltó un gemido lastimero. Lo acarició con la lengua y lo succionó. Jamás había tenido una experiencia tan fascinante.

En realidad, su experiencia era tan mediocre que no había nada memorable para contar. Dos hombres que ni siquiera eran algo para recordar. Después probó el sexo de una noche, esperando encontrar esa magia de la que hablaban sus amigas. Pero se sintió una pobre chica y dejó de hacerlo porque en vez de disfrutar del encuentro, se sentía sucia y miserable. Pero todas sus experiencias deprimentes, con Lago tomaban una dimensión desconocida. Ella lo había deseado cinco años atrás, y para su asombro volvió a desearlo cuando se presentó en la granja.

Pero no era solo deseo, era él, era su forma de aparentar indiferencia cuando la tenía cerca. Pero toda esa indiferencia caía en saco roto con su ayuda desinteresada, su generosidad, y su idea de pasar las noches en un establo para no dejarla sola.

—Si no paras voy a acabar antes de disfrutar del festín de tu cuerpo —dijo Lago, hurgó en el bolsillo del vaquero y sacó un preservativo.

—Eres un hombre precavido y preparado para la guerra —dijo Cata.

—Desde que vengo a dormir al establo estoy preparado para la guerra.

Se inclinó sobre su cuerpo. Ella lo envolvió con las piernas y Lago entró despacio en su cuerpo para que se amoldara a su tamaño. No demoró mucho en adaptarse. Catalina movió las caderas con impaciencia, y él la penetró por completo. Los dos se movían como si se conocieran, como si estuvieran acostumbrados a llevar un ritmo coordinado, como si lo hubieran hecho muchas veces.

Ella lo besó, él le devolvió el beso y se enterró hasta el fondo. La sintió jadear, él gruñó. Ella le arañó la espalda, él le sujetó las nalgas para entrar más profundo. Afuera ya era de noche. Las nubes corrían por cielo. Un trueno rompió el silencio del campo y se mezcló con el grito que se le escapó a Cata. Lago la besó y la embistió una vez, y otra, y otra, hasta que su cuerpo se tensó, y ella gritó su nombre, y los dos se dejaron ir en un orgasmo tan intenso que se quedaron mudos, jadeando, y abrazados.

Ella nunca había gozado de esa forma tan intensa. Rara vez había alcanzado el orgasmo estando en pareja, y las pocas veces que lo había hecho eran como algo que se quedaba a mitad de camino.

Él había tenido a unas cuantas mujeres, y ni siquiera la vez que se enamoró como un idiota sintió la intensidad de las emociones ni el deseo que le despertaba la única mujer a la que no tendría que

haber tocado. Ella era la querida y venerada nieta de Anselmo, y él la había poseído como un animal desesperado.

Pero Catalina lo abrazó con tanta fuerza, que toda la culpa se la llevó la tormenta.

—Me gusta la lluvia para dormir abrazado a la mujer que logra sacar mi lado salvaje —susurró Lago.

Sus palabras la asustaron. ¿Qué acababa de pasar? El encuentro había sido tan intenso que tenía un nudo en la garganta. Era cierto que ella no dormía por las noches deseando que él trepara por la enredadera y estuviera en su cama. Pero solo era deseo, y nada más.

El problema era que ella se estaba mintiendo porque con Lago no había sido solo sexo. ¿En qué momento había ocurrido? Ella lo había provocado y el recto de Lago no había retrocedido. Y lo que cinco años atrás le había negado acaba de suceder con una intensidad que la tenía aterrada, porque entre ellos no solo saltaron chispas, sino que había una conexión que nunca había tenido con otro hombre.

No podía ser. No con él, ni con nadie. Ella jamás desnudaba sus emociones. Ni siquiera el abuelo conoció el miedo que tenía cuando era niña, miedo de que Anselmo se cansara de ella y la devolviera a su padre, y este a su madre, y ella la dejara en otra casa. Demostrar sentimientos era exponerse a que la rechazaran, y buscó a la joven artificial de la ciudad.

—Tengo que confesar que me has sorprendido. Eres tan serio y responsable, que no me imaginaba que fueras tan diestro para darle placer a una mujer —dijo Catalina.

Lago no sabía si reírse o taparle la boca con un beso que acallara su intento de minimizar el encuentro. Ella había quedado tan sorprendida como él de lo bien que encajaban. Su encuentro había sido como el de dos amantes que conocían los gustos del otro, que se complementaban y se acoplaban como si llevaran años

compartiendo la cama. No, eso no tenía nada que ver. Entre ellos había algo más que sexo y eso la había asustado.

—¿Y qué creías? —preguntó, deseoso de saber con qué disparate iba a salir.

—Creía que serías básico. Un rapidito y te irías corriendo a ponerte la ropa antes de que se ensuciara en el piso de la sala. Pero no has estado mal.

Sus palabras intentaban minimizar el encuentro o minimizarlo a él como amante. Lago no tenía dudas que la conexión entre ellos había sido sublime. Algo que la princesa no pensaba reconocer.

Antes de su cambio de vida, Catalina había sido artificial hasta la médula. Una chica de la noche, de fiestas y alcohol. Una princesa provocadora que había tenido al hombre que se le antojaba arrodillado a sus pies. En ese momento estaba haciendo un gran esfuerzo por comportarse como la joven que conoció cinco años atrás.

Pero había cambiado. O quizá en el pasado no había sido tan artificial como se mostraba, y solo era la fachada que impostaba cuando estaba con sus amigos ricos para ser aceptada en el grupo de amigos esnob con los que se rodeaba. Porque nadie podía cambiar tanto, o eso suponía él.

Él no se tomó a mal sus palabras, porque estaba casi seguro de que era su modo de defensa para no mostrarse vulnerable. Lo que ella se negaba a aceptar con palabras, lo había dicho con su cuerpo, sus besos y sus caricias. Ella había quedado tan aturdida como él. Y tan asustada que prefería quitarle valor a lo que habían compartido.

Él también quería quitarle valor. Después de todo, había intentado convencerla para que se largara antes de que fuera demasiado tarde. Ya era tarde, y tenía que reconocer que estaba tan asustado como ella, porque Cata no iba a durar en el pueblo. En algún momento se iba a cansar de la vida lenta del pueblo y cuando

consiguiera juntar el dinero suficiente de los negocios de su abuelo, se largaría.

Nadie que había vivido como ella se adaptaba a tantas privaciones. Por Dios, si se había criado en una mansión, rodeada de sirvientes que la atendían como a una princesa. Quién, en su sano juicio, cambiaba todo aquello por una granja abandonada. Quién iba a aceptar como pago de las deudas unas gallinas o una camioneta destartalada, cuando podía intentar recuperar su deportivo y todo lo que había dejado atrás.

En algún momento se le despertaría su lado esnob, y volvería a pensar en los amigos que habían quedado atrás, sus fiestas, sus viajes, la mansión de su abuelo y todo lo que había dejado atrás para cumplir con los deseos de su abuelo. Y él, otra vez, se iba a quedar solo con el recuerdo fugaz de su paso por Los Espinillos. Solo y con el corazón roto.

—Es la primera vez que una mujer me llama básico. Siempre intento que mi compañera de cama disfrute tanto como yo —dijo Lago, dejando claro que no solo hablaba de ella. Y no estaba mintiendo, pero con ella… con ella había sido tan bueno que no había comparación con el resto de las mujeres con las que había tenido intimidad.

Catalina lo miró con el entrecejo fruncido. No le gustó el plural. Un punto a su favor.

—Has sido una enorme sorpresa como amante —dijo Catalina, y era sincera, pero tenía que poner un límite antes de que todo se le fuera de las manos—. Pero prefiero que sigamos siendo amigos, sin sexo. El sexo siempre lo arruina todo y valoro mucho la amistad que estábamos forjando.

Lago tuvo ganas de aplaudirla. Ella lo estaba despachando sin la altanería de antaño. Era más madura, más precavida y le gustó el cambio.

—De acuerdo —dijo Lago.

—¿De acuerdo? ¿Es todo lo que tienes para decir? —preguntó sorprendida.

—Jamás obligaría a una mujer a estar en mi cama cuando tiene tan claro que solo quiere ser mi amiga —dijo Lago.

—Siempre tan recto. Nunca tienes un reclamo, una queja, nada—aclaró.

—Lo que tú me niegas, tengo forma de conseguirlo por otro lado —aclaró, y sonrió cuando la vio con la boca abierta y los puños apretados.

—Cierra la puerta cuando salgas —aclaró.

Cata se levantó furiosa, entró al baño y cerró con un portazo.

Lago se vistió y sonrió satisfecho por haberla dejado indignada. Salió de la casa silbando mientras caminaba al establo. Él iba a dormir como un tronco. Dudaba que a ella le pasara lo mismo.

CAPÍTULO 13

De pie en la galería, Catalina miraba con admiración la granja que había heredado del abuelo. En la mano tenía un vaso con jugo de naranja recién exprimido, de la planta de naranjas de Nel. El viento ya no le parecía que soplara de forma tan intensa. Tampoco le preocupaba que se le secara el cabello y la piel. Nunca se había sentido tan en libre y satisfecha con lo que estaba logrando en esa granja que odió el día que llegó al pueblo. En realidad, no había otro sitio donde quisiera estar.

Si la familia y los amigos que se borraron la vieran en ese momento, no se creerían que se hubiera adaptado a un páramo árido y desolado, puesto que no le pegaba ni con cola. En realidad no se había adaptado, sino que había modificado el campo yermo por lo que quería ver. Lo había hecho a fuerza de imaginación y trabajo, como le había sugerido Lago el día que llegó. Gracias a la ayuda generosa de los vecinos ella había domado el páramo y lo había convertido en su pequeño vergel.

La casa estaba rodeada por un jardín lleno de flores y plantas. Nel le había regalado unos árboles de frutales, que estaban creciendo a cada lado de la galería. Lago había descubierto un pino enano que ya tenía veinte centímetros, y de tanto regar había comenzado a crecer la gramilla entre medio de las flores. Miró la maceta con el geranio, esa luchadora que no se había rendido. Ella la había tomado como referencia. Su primer gran logro en el páramo, porque gracias a la perseverancia y al riego de cada día, estaba llena de hojas verdes y de flores rojas y blancas.

A lo lejos, en lo que había sido un páramo árido e interminable, ahora se veían los primeros brotes de un sembradío de maíz. Hernán, el amigo del abuelo, la había convencido de que esa tierra no era apta para plantas de lavanda, y si llegaba a serlo no le daría el mismo ingreso que el maíz. Le ofreció una sociedad. Ella ponía la tierra y él el trabajo. Como Cata había aprendido a aceptar todo lo que le ofrecían, dijo que sí. Los consejos de Lago de no rechazar lo que le ofrecían los vecinos estaban dando sus frutos. Ella no tenía dudas que estaban rindiendo más que si le hubieran pagado las deudas que tenían con el abuelo con dinero. El dinero lo habría dilapidado porque era lo único que sabía hacer.

En el gallinero ya tenía treinta gallinas y el gallo. La huerta que sembró con los vecinos estaba dando una cosecha abundante y de buena calidad. « Es la tierra virgen » , le decían los que sabían. La verdura era ecológica, sin químicos, y se multiplicaba con tanta velocidad que Lago le sugirió que la vendiera en el mercado que había a treinta kilómetros del pueblo. A Nel le gustó la idea y decidió hacer dinero con su propia huerta. Las dos salían en la camioneta de Luis. Al ser ecológica les daban una buena paga por los cajones. Nel estaba feliz y dejó su trabajo de niñera cuando Cata le preguntó si quería trabajar para ella por las tardes, llevando las cuentas y los cobros de los negocios de Anselmo.

En la tranquera vio que Leo llegaba derrapando con la bicicleta. Era su segundo día de trabajo, y lo saludó con la mano, pero él no le devolvió el saludo. Seguía resentido con ella porque lo había hecho quedar como un idiota en el bar de Lago. Encima estaba indignado porque su padre le había retirado la mesada de los fines de semana, y si quería dinero tenía que venir a la granja a atender a las gallinas. El padre del joven le había pedido "por favor" que lo contratara como ayudante, para ver si dejaba de ser un matoncito. Catalina aceptó porque el trabajo que menos le gustaba era ocuparse de las gallinas.

—Te estaba esperando, Leo. Llegas media hora tarde, pero por esta vez no te lo voy a descontar de tu paga.

—Cómo si me pagaras una fortuna. Apenas si me alcanza para entrar a la discoteca y tomarme una sola consumición.

—Pero estás aprendiendo a cuidar de las gallinas.

—Odio este trabajo —dijo el chico, se puso las botas que tenía en el establo, un delantal de cuero que usaba y cargó con el balde con maíz—. En cuanto encuentre un trabajo de oficina o Lago me acepte de camarero en el bar, me largo —aclaró.

—Me parece bien que quieras progresar —dijo Catalina—. Cuando termines, pasa por mi oficina así te doy la paga.

—Eres demasiado confiada. Podría largarme detrás de ti y ni te darías cuenta.

—Claro que me daría cuanta. Las gallinas te delatarían apenas regresara —aclaró Catalina, y él gruñó algún insulto que ella pasó por alto—. No te olvides de recoger los huevos y dejarlos en los envases de cartón que te dejé en el establo.

—¿Quieres que también los salga a vender? —ironizó.

—No, de eso se va a encargar tu primo Cristian —aclaró.

Cata entró a la casa para enjuagar el vaso. La relación comercial con Cristian había surgió a principio de semana. Cristian se presentó en la granja para ofrecerse a vendedor de huevos, cuando se enteró que un vecino le había pagado la renta con gallinas y ella comentó en el centro que no sabía qué hacer con tantos huevos.

A Cristian prefería tenerlo lejos. No se fiaba de él, y tampoco le caía bien, pero salir a vender huevos ya era demasiado para ella, y aceptó su oferta. Le recomendó que los juntara en la semana y él pasaría a retirarlos los viernes por la tarde. Era viernes y le haría la primera entrega.

Salió de la casa con el bolso pequeño que había comprado en la zapatería y la llave de la camioneta.

—No sabía que Cristian iba a vender los huevos. Mi primo es un buscavidas. No le hace asco a nada. Es el mejor —aclaró Leo,

orgulloso del tiro al aire de su primo.

—Y tú quieres ser como él —dedujo Catalina, mientras se acercaba al gallinero donde Leo estaba volcando el maíz para las gallinas.

—Todos mis amigos quieren ser como Cristian. Sabes que antes de que se casara, todas las mujeres suspiraban por él. Todas soñaban con ser la novia de Cristian. Él tuvo todas las novias que quiso, y se dio el gusto de elegir a la que sería su esposa —aclaró.

—Por lo que dices, Marisol se llevó el premio gordo —dedujo Catalina.

—Claro. Marisol está casada con el hombre más deseado por las mujeres del pueblo —aseguró Leo—. El problema es que Cristian se quedó con ella porque siempre ha sido un hombre competitivo, y se empeñó en ganar esa pulseada —aclaró.

Catalina se quedó desconcertada.

—¿Se casó para ganarle a alguien una mujer? Eso es muy rastrero —dijo Cata.

—No si se trata de Cristian. Él no respeta ninguna regla, y todos en Los Espinillos lo saben.

—¿Y se puede saber a quién quería joder, digo ganarle? —preguntó Catalina.

—A su prometido. Siempre ha sido una piedra en el zapato de mi primo. Pero esta vez Cristian se llevó el trofeo —aclaró.

Lo que más le indignó era que hablaban de una mujer como si fuera un objeto. También le asombró que nombrara al hombre como el prometido.

—Supongo que no vas a decirme quién era su prometido —dijo Catalina.

—Son de esas cosas que no se repiten. Ya pasaron varios años, y nadie quiere remover el avispero —aclaró el chico, y le sonrió con burla.

Sin duda era un acontecimiento conocido por todos, y nadie quería traerlo al presente.

—Me imagino a un hombre que todos aprecian, y por eso han decidido no revivir el momento en el que Cristian le jodió la vida —dijo Cata.

—No se la abría jodido si su prometida no hubiera saltado a la cama de mi primo —aclaró el jovencito.

En eso el chico tenía razón. Quizá Cristian no le habría ganado la pulseada si la mujer hubiera mantenido las bragas en su sitio.

—Leo, tengo que ir al centro porque he quedado con un contador para que me regularice todos los negocios de mi abuelo. Y después voy a pasar por el banco para abrir una cuenta. Pasa al mediodía así te doy tu paga. Y si quieres ganar un dinero extra, podrías ayudar a Hernán con la construcción de un vivero detrás de la casa —comentó.

—¿Cuánto? —preguntó interesado.

—Una entrada a la discoteca y dos consumiciones —dijo Catalina, sabía que era poco dinero, pero no se podía permitir más. Además, el chico estaba allí porque su padre le había suplicado que lo recibiera para que dejara de ser un matoncito.

—Eres una negrera —aclaró Leo.

—Piensa lo que quieras. Más no te voy a pagar. Lo tomas o lo dejas.

Cata se mantuvo impasible ante su mirada de desprecio, o quizá tenía ganas de estrangularla. Su padre tenía razón, el chico era un bravucón que necesitaba límites, y el trabajo podía ser una buena lección para enderezarle esa conducta horrible.

—Lo tomo —dijo después de unos minutos de apretar los puños por la pésima paga.

Catalina se fue a la camioneta sonriendo. No tenía idea cómo enderezar la conducta díscola del chico, pero a ella el trabajo la había cambiado. Y si el padre le había dicho que con una paga para sus salidas de sábado bastaba, quién era ella para opinar lo contrario.

—El prometido era Lago —gritó Leo—. Y solo te lo digo porque me has cabreado con la miseria que me pagas. Pero si me pones en evidencia, voy a jurar porque mi padre se caiga muerto en la calle que no fui yo quien te lo contó —aseguró.

Catalina dejó de caminar. Ya no sonreía, sino que apretaba los puños. Lago era quien había perdido la pulseada. Ahora entendía el desprecio que Lago sentía por Cristian. Entendía por qué se ponía tenso cuando alguien nombraba a Marisol. Cinco años atrás Cristian le había robado su novia. Y ella creía que por la forma en que Lago se tensaba cuando hablaban de alguno de los dos traicioneros, todavía no lo había superado.

Ella ya había descubierto quien era Marisol. «Esa es mi nuera y mis nietos», le había dicho Nancy unos días atrás, y le señaló a una mujer que caminaba por la acera de enfrente de la tienda con un niño pequeño de cada mano. Ella había ido a retirar unas prendas que había elegido como parte de pago de la renta, y se acercó a la vidriera para observarla. Era rubia, elegante, con el cabello impecable, y le daba las manos a dos niños pequeños. Cuando la miró con más atención, descubrió que era la misma rubia que había estado con dos amigas en una mesa del bar la noche que Rosa la llevó casi a rastras. La misma que miraba su mesa con gesto de desprecio. La que miraba a Lago con anhelo, y él atendía con una frialdad que contrastaba con la cordialidad que trataba al resto de los clientes.

Todas sus suposiciones encajaban. Ella suponía que entre Lago y Marisol había una historia. ¡Y qué historia!, una espantosa, sin códigos, una historia de traición, que Lago no había olvidado. El desprecio con que Marisol la había mirado en el bar, no solo a ella

sino a Nel, ahora tenía sentido. A Marisol le parecía bien traicionar a Lago, pero no quería que él estuviera tan pendiente de otra mujer.

Después de que Nancy se la señalara, la vio dos veces más en el centro, y comprobó que el desprecio en el bar no habían sido imaginaciones suyas. Un día pasó a su lado sin mirarla y otro se cruzó de acera, como si no tuviera el más mínimo interés por conocerla. Quizá, en otras oportunidades había hecho lo mismo, pero como no sabía quién era, no había prestado atención. También descubrió que a Lago lo miraba como si quisiera pararse para hablar con él, pero no lo hacía porque Lago la ignoraba como si no existiera.

Catalina se subió a la camioneta y se marchó para que Leo no viera que había quedado aturdida con su confesión. Nadie le había dicho nada. Todos evitaban hablar de la traición. Todos callaban como si nunca hubiera pasado. Ni siquiera Nel, que era su amiga, le había contado lo que esas dos personas despreciables le habían hecho a Lago.

Recorrió el camino de tierra despacio. Se sentía una idiota porque ese día se cumplía un mes de la noche que estuvieron juntos. Contaba los días como si fuera el aniversario de bodas. Para ella había sido importante. Además, no sabía de dónde sacar fuerzas para no caer nuevamente en la tentación. Es que la tentación estaba a unos pasos del departamento que usaba de oficina, y mientras Catalina ponía excusas para no bajar a almorzar, Lago aparecía con la bandeja del desayuno o con el almuerzo, como si solo fuera un amigo que venía a compartir la comida con ella. Pero lo más difícil era por las noches, cuando llegaba a la granja con alguna comida ligera para que cenaran juntos antes de ir a dormir al establo. Mientras él parecía aceptar su decisión de no tener intimidad, ella sentía que su decisión de ser solo amigos cada vez era más débil.

Todas las noches se preguntaba por qué él no sentía el mismo deseo que ella. Ella se ponía nerviosa, temblaba y se ponía rígida cuando el deseo de lanzarse a sus brazos era difícil de contener. Él, en cambio, parecía tallado en piedra, como si no pensara en lo que

habían compartido, como si su deseo se hubiera apagado. No se había apagado, solo que Lago lo satisfacía en otro lado.

En el último mes, tres veces le había sugerido que invitara a dormir a Nel o se fuera a dormir a la casa de Nel porque tenía un compromiso y no iba a venir a dormir al establo. Ella no quería a Nel, lo quería a él. Pero Lago se había buscado a otra. Y ella se pasaba la noche imaginándolo en la cama con su amante de turno, a la que le estaba dando el mismo placer que le había dado a ella. No tenía dudas, puesto que le había aclarado que lo que ella le negaba, lo podía conseguir en otro lado.

Catalina lo maldecía en todos los idiomas. ¡Cómo podía decirle que le daba lo mismo cualquier mujer!, cuando ella no podía pensar en otro que no fuera él acariciando su cuerpo, y enseñándole con su experiencia que el sexo no estaba sobrevalorado si lo hacía con el hombre correcto. Ella había creído que se lo hacía a propósito, y los celos no la dejaban dormir.

Pero se acababa de enterar por Leo que Lago había sido traicionado por su prometida. Cata supuso que, o seguía enamorado de la que fue su prometida, o solo quería relaciones ocasionales porque la pésima experiencia lo había dejado sin ganas de tener una relación estable.

Bueno, ella lo deseaba pero tampoco quería algo para toda la vida. Nadie amaba para toda la vida, su madre y su padre se lo habían enseñado a los cinco años. Dejarse llevar por sentimientos tan profundos era como lanzarse al abismo.

Quizá a Lago le pasaba lo mismo.

Leo era un chico complejo, pero no podía traicionarlo y contarle a Lago que conocía su historia con Marisol. ¿A quién podía preguntarle?, Nel no le diría nada, y la abuela de Lago ya le había mentido con eso de que perdió la virginidad en el establo con el abuelo. Quizá si lograba conocer a la escurridiza madre de Lago, se animaba a preguntarle sobre lo que se acababa de enterar.

Ella llevaba tres meses en el pueblo, y nunca la había visto. La mujer era como una especie de símbolo, todos hablaban maravillas de Florencia, pero Florecilla, como la llamaba Rosa, no daba señales de vida. O no iba nunca al centro, o evitaba hacerlo cuando estaba ella.

Tenía muchas cosas que preguntarle sobre el abuelo, y de paso, de forma disimulada, sacaría el tema del pasado a su hijo. Ya no tenía dudas que cuando conoció a Lago, cinco años atrás, él había huido de la traición de Marisol. No tenía dudas que ese era el motivo por el que su abuelo le había dado refugio en la casita de casero de la mansión donde vivían los dos. El abuelo se lo había presentado como un conocido que necesitaba un dinero extra y estaría un mes haciendo jardinería. Toda una mentira que estaba descubriendo de a poco en el pueblo.

Llegó al centro, estacionó a unos metros del bar, y cuando vio a Lago tan relajado, tan recompuesto, cerró la puerta de la camioneta con un ruido que hizo girar a varios vecinos. Lago la miró con las cejas arqueadas.

—Un mal día, princesa —preguntó.

Ella pasó de él y entró por la puerta que daba a la escalera que conducía a su departamento, que estaba sobre una florería. Mentiroso. Traicionero. Estafador de mujeres. Todo en él era una gran incógnita, y no iba a seguir tolerando sentirse una idiota.

CAPÍTULO 14

Lago subió las escaleras detrás de Catalina. Ella nunca estaba cabreada, salvo el día que llegó y los que le siguieron hasta que se acostumbró a la vida en el pueblo y en la granja.

—¿Ha pasado algo? ¿Leo ha sido grosero? —preguntó Lago.

—No se trata de Leo. Se trata de ti —dijo Catalina.

—¿De mí? Que yo sepa no he hecho nada para que estés enojada conmigo.

—Nunca haces nada. Ese es el problema —dijo Cata, y se mordió la lengua porque no quería decirle que Leo le había contado lo que pasó cinco años atrás. Pero algo podía decir sin delatar a ese chico que iba a jurar porque su padre cayera muerto en la calle que él no había dicho nada. Que chico insensible.

—No sé de qué estás hablando, princesa.

—No me llames princesa, que no lo soy —aclaró.

—Pues te estás comportando como el día que te conocí en la casa de tu abuelo.

Él no lo sabía, pero acababa de darle pie para entrar al terreno pantanoso que lo haría salir disparando del departamento.

—¿Por qué fuiste a la casa del abuelo en esa época? Tú no necesitabas un trabajo de jardinero —aseguró Catalina.

Él la miró serio, y se pasó la mano por el cabello. Era castaño claro y no se le despeinaba como a ella, que en los últimos tiempos

lo lleva estilo salvaje.

—No todo es cuestión de dinero, Catalina. A veces uno necesita cambiar de aire. Tu abuelo me ofreció su casa y no lo dudé ni un instante —aseguró Lago, y al escuchar su planteo, supo que ella sabía mucho más de lo que le estaba diciendo, solo que no sabía cómo sacar el tema.

—Me hiciste creer que eras un pobre hombre que necesitaba la ayuda de mi abuelo —reprochó.

—Me sentía un pobre hombre, y agradecí la ayuda de tu abuelo —dijo Lago—. ¿Algo más que quieras preguntar sobre mi vida?

—¿Dónde puedo encontrar a tu madre? —preguntó Cata.

—¿A mi madre? ¿Para qué quieres verla? —preguntó Lago, desconcertado.

—Porque siento curiosidad. Tu abuela me dijo que se había ido de vacaciones. Pero ya ha pasado mucho tiempo. Yo llevo tres meses y nunca la he visto. Ella es un misterio para mí. Un misterio que quiero desvelar —aclaró.

—Un misterio al que quieres indagar —dedujo Lago—. ¿Qué quieres saber, Catalina?

—Quiero preguntarle por mi abuelo. Creo que ella sabe más que cualquiera. Ese es el motivo por el que no se quiere cruzar conmigo —dijo Catalina.

Lago la miró con una sonrisa de lado. Era inteligente para sacar deducciones, y él no iba a allanarle el camino.

—Te pido que no lo hagas, Cata. Lleva años intentando superar ciertas cosas que la marcaron.

—Por culpa de mi abuelo —dedujo.

—No busquemos culpables. Digamos que fueron las circunstancias.

—Está bien. Es una pena que se esconda de mí, como si yo fuera a hacerle daño de forma deliberada —aclaró.

—Nunca podrías hacerle daño. Creo que le gustaría conocerte, pero no me parece correcto que vayas a indagarla.

—¿Por qué nunca viene al centro?

—Porque está muy ocupada en el hotel —aseguró Lago.

—¿El hotel de mi abuelo? La verdad que en el testamento no nombraron ese hotel.

—Porque ese Francis sin número hace mucho que no es de tu abuelo —aseguró Lago.

Catalina lo miró con la boca abierta. Todo en él era una gran incertidumbre, y ella se estaba cansando de la falta de transparencia.

—Podrías habérmelo comentado cuando Cristian nombró el Francis —reprochó Catalina.

—Podría, pero no lo hice. Todavía estabas asimilando por qué tu abuelo te había mandado a este sitio.

—Y ocultarme todo se convirtió en una costumbre. Tú, maldición, sabes todo lo que perdí, sabes lo que estoy haciendo en la granja y por quien lo estoy haciendo. Te cuento cada negocio del abuelo, y te he contado cada persona que viene a esta oficina a pagarme sus deudas con dinero, gallinas o lo que sea. Te has propuesto acompañarme durante las noches, y ayudarme con los negocios del abuelo durante del día. Vienes todos los días con el desayuno, el almuerzo y por la noche con la cena, porque sabes que soy una inútil.

—No eres una inútil. Y todo lo que te ofrezco lo saco del bar. Tampoco soy bueno en la cocina, salvo para hacer unos sándwiches.

Ella ignoró sus palabras. Estaba cabreada y siguió soltando su ira.

—Estoy siendo transparente porque somos amigos, pero tú eres tan reservado que a veces siento que eres un desconocido para mí. Eres un farsante, porque te convences que no mientes, pero me oculta todo lo que sabes. ¿Qué tipo de amistad tenemos?, si ni siquiera sé dónde vives y si tienes un maldito vehículo tan viejo como la camioneta que generosamente me dejó Luis, porque me debe haber visto caminar hasta la granja cargada de bolsas con la compra.

Nadie lo había llamado farsante y mentiroso. Él era un buen hombre, noble y generoso, como decían todos los vecinos. Pero ella le estaba bajando la nobleza al subsuelo. Tenía que reconocer que tenía razón.

—Nunca fue mi intención ocultarte mi vida. Pero creí que no te interesaba. En realidad siempre te has mostrado más interesada por la vida de Cristian que por la mía.

—¿De dónde has sacado eso?

—Indagaste a Nancy sobre la vida de Cristian. Hasta indagaste al padre de Marisol sobre Cristian. Por qué iba a contarte algo de mí, si nunca me has preguntado nada. Solo soy el hombre que te ayuda en esta etapa complicada de tu vida.

—Tienes la autoestima muy baja, Lago. Y pensar que yo creía que tenías el ego por las nubes.

Lago le sonrió, no por su ridículo comentario, sino porque era la primera vez que mostraba un genuino interés por saber algo de su vida.

—No tengo ego, princesa. Y no suelo alardear de mis bienes materiales. Pero si tienes tanto interés por conocer mi condición económica, te aseguro que no paso hambre.

—Yo no tengo interés por tus bienes, idiota.

—Tengo una camioneta y un Peugeot deportivo, hasta se le corre el techo y es genial en verano. A la camioneta suelo usarla

cuando tengo que recorrer caminos intransitables, y el Peugeot para salir a divertirme —dijo, y ella frunció el entrecejo—. ¿Te sorprende?

—Me sorprende que enumeres tus bienes. Y pensar que repites que la esnob soy yo —ironizó.

—No te quiero impresionar, solo estoy dándote lo que me estás pidiendo. Si quieres sigo. No quiero que me trates de farsante y mentiroso.

—Y mal amigo —aclaró ella.

—Si hay algo que no me entra en la cabeza, después de lo que pasó entre nosotros, es que digas que somos amigos.

—Pero aceptaste cuando te dije que no se iba a repetir.

—No suelo obligar a las mujeres a estar conmigo —aclaró—. Por cierto, tú que alardeas de contarme todo, se te olvidó decirme que aceptaste que Cristian venda los huevos que producen tus gallinas —dijo Lago.

—Me lo pidió esta semana, y acepté porque no sé qué hacer con tantos huevos.

—Si me hubieras preguntado, te habría contactado con alguien que necesita el trabajo.

—Porque Cristian no lo necesita —dedujo, y sintió curiosidad por conocer su respuesta.

—No es asunto mío si lo necesita. Por él no movería un dedo para ayudarlo —aseguró—. José tiene tres hijos, y suele hacer trabajitos extras los fines de semana.

—Y tú quieres que le diga a Cristian que he cambiado de idea, y que le voy a dar los huevos a José porque los necesita más.

—Yo nunca te diría lo que tienes que hacer con tus negocios. Pero si se trata de Cristian te pediría que tengas cuidado. Él te haría daño, Catalina, solo para joderme a mí —aseguró.

—Ya te hizo daño —dedujo.

—Su meta en la vida es joder la mía —aclaró.

—Siempre evasivo. Nunca vas a responder con algo concreto.

—Hay tantos asuntos concretos que estaría toda la mañana detallando sus maldades. En el instituto logró que me suspendieran del equipo de fútbol. Estuve dos meses sin jugar. Era el capitán, y el entrenador solía confiar en mi criterio, y hablábamos sobre los jugadores que estaban mejor preparados para enfrentar al rival de cada fin de semana.

—Y tú no elegías a Cristian.

—No. Trataba de dejarlo afuera de los partidos importantes.

—Porque lo odiabas.

—Porque siempre lo expulsaban y teníamos que jugar con diez jugadores —aclaró—. Me denunció con el director. Le dijo que lo hacía porque tenía animadversión hacia él y quería joderle el fichaje que le estaban haciendo en un club importante. No era a él a quién estaba fichando, sino a mí. El entrenador no pudo pasar por encima de la decisión de la dirección del instituto, y tuvo que aceptar mi suspensión para los partidos de semifinal y final. Me perdí el único campeonato que ganamos en todos los años de instituto, y perdí la posibilidad de entrar en un equipo de la primera división. Eligieron a un deportista que sí jugo todos los partidos. Después me enteré que Cristian se encargó de hacer llegar a los oídos correctos que tenía un serio problema en la rodilla derecha.

Eso había sido una jugada maestra de Cristian para arruinarle el futuro a Lago. Debió ser terrible para él. Pero tenía el presentimiento que prefería contarle ese incidente antes que humillarse contándole que se había quedado con su prometida.

—Eso debió dolerte.

—Me costó su tiempo aceptar que me había arruinado un futuro prometedor como deportista. Pero mi vida siguió y me pasaron cosas buenas.

Catalina dedujo que también siguió con su vida cuando le robó a su prometida. Qué fuerza de voluntad tenía para soportar todas las piedras en el camino que le había puesto Cristian. Qué entereza para seguir viéndolo casi a diario sin molerlo a golpes.

—Supongo que vives con tu madre. Pero por mi culpa duermes en el establo. Por no dejarme sola andas a la deriva, sin casa, sin un hogar, sin las comodidades que debías tener antes de mi llegada.

—No vivo con mi madre. Ella vive en el Francis. Yo tengo mi casa en la misma calle que la tuya, pero a tres cuadras del centro.

—Las casas bonitas con jardines cuidados —dedujo Catalina. Eran las casas que la maravillaron cuando llegó, y las que había rogado que alguna tuviera el buzón azul con el nombre de La Esperanza.

—Esas casas. Esperé con paciencia que alguna se pusiera a la venta, y la compré hace seis años —aclaró.

Para vivir con Marisol, dedujo Catalina. Él había sido ordenado, había ido planeando meticulosamente su futuro. Darle a su futura esposa la mejor casa del pueblo, solo que en su estructurada vida no había tenido en cuenta que Cristian tenía sus propios planes y le había robado a su prometida.

—Cristian me invitó para que un día vayamos a pescar —dijo Catalina. Era una mentira, pero lo provocó para ver si reaccionaba.

Y reaccionó. Apretó los puños, le dio la espalda y se acercó a la ventana que daba a la calle del centro.

—¿Has aceptado? —preguntó sin mirarla.

—Me lo estoy pensando.

Lago se giró y se acercó a ella. Tenía esa frialdad que tanto le molestaba, pero un músculo le palpitó en el ojo y supo que le estaba costando un mundo mantenerse impasible.

—Si quieres ir a pescar, no tienes más que pedírmelo —dijo Lago.

—Lo harías para que no fuera con Cristian.

—Haría cualquier cosa para que Cristian no te usara para cabrearme —aseguró—. Tú no tienes por qué pagar el odio que siente por mí —aseguró—. No me lo perdonaría si te hiciera daño.

—Porque te importo más de lo que estás dispuesto a reconocer —dedujo.

—No soy de palabras, soy de hechos, princesa. Si no me importaras, no dormiría en un colchón incómodo de un establo abandonado —aseguró Lago, se inclinó y la besó.

Pero duró tan poco, que cuando lo vio salir por la puerta del departamento ella todavía no había despertado del aturdimiento. Se tocó el labio y sonrió.

—Logré romper tu coraza. No eres tan frío, solo sabes esconder, no solo lo que tienes, sino también que me deseas. Aunque no tengo dudas que has saciado tu deseo por mí con otras mujeres. Tres veces dejaste de ir a dormir al establo —gritó Cata, antes de comprender que había cometido un error.

—¡Tienes contadas las veces que me he acostado con otra mujer! —exclamó Lago, y soltó una carcajada—. Parece que no llevas demasiado bien tu decisión de nada de sexo entre nosotros.

—Por mí te puedes acostar con la primera que se te cruce en el camino, que no pienso cambiar mi decisión.

—Todavía recuerdo cuando me dijiste que no te tirabas dos veces a una pileta vacía —recordó Lago.

Catalina se dijo que él tenía la memoria de un elefante.

—Pues esta vez lo voy a cumplir.

—Vamos a ver cuánto te dura tu débil voluntad.

—¿Qué vas a hacer? Ponerme palos en la rueda —dijo Cata.

—No. Ya sabes que yo busco en otro lado lo que tú me niegas —aseguró.

—Maldito cretino —gritó Cata, y cerró de un portazo la puerta del departamento.

La risa de él le llegó mientras bajaba las escaleras, y hasta la escuchó cuando salió a la calle. Se asomó a la ventana y lo vio caminar con las manos en los bolsillos, y una radiante sonrisa en los labios.

Se lo iba a hacer pagar. Lo iba a provocar hasta el límite, sin darle lo que quería. Iba a dejarlo tan excitado que no iba a pegar ojo en toda la noche pensando en lo que le negaba. Era un arma de doble filo, porque ella iba a quedar tan afectada como él. Y conociéndolos a los dos, él tan piedra y ella tan temperamental, la que caería en la tentación sería ella.

Se encogió de hombros mientras lo miraba conversar y reír con dos mujeres que estaban en la puerta del bar. Soltó una maldición cuando vio que eran las mismas que habían estado en la mesa del bar con Marisol aquel día que la abuela de Lago la llevó al bar por primera vez. Las tres más exóticas, que no la saludaron como el resto de los vecinos, pero que no le habían quitado ojo en toda la noche.

Lago miró hacia su ventana y le sonrió con burla. El muy idiota sabía que lo estaba espiando, y la estaba provocando. Le mostró el dedo medio y se alejó de la ventana.

Ese día no tenía ganas de hablar con ninguna de las personas que solían venir a saludarla, a ofrecerle ayuda en la granja, a hablar del abuelo o a pagarle con más gallinas las deudas. Agarró el bolso y salió del departamento. Pasó junto a Lago, que seguía sonriéndole a las mujeres sexis. Pero su sonrisa no la hizo huir, sino que se detuvo a su lado.

—Me voy al Francis. Puedes decirme como llegar, o tengo que preguntarle a algún vecino. A tus amigas, quizá —dijo Catalina, y ni miró a las mujeres que la observaban de arriba abajo. Ella no era la

princesa del abuelo, pero tenía un cuerpo armonioso, una cara agradable y las prendas de Nancy le sentaban bien. Sonrió al verlas fruncir el entrecejo.

—Si quieres te acompaño después de la hora del almuerzo.

—Me va mejor ir ya —aclaró—. Pero no te preocupes que alguien me puede explicar cómo llegar.

Él apretó los puños. Todo el encanto que había demostrado cuando lo miraba desde la ventana desapareció.

—Está saliendo por la carretera que va a la ciudad, a tres kilómetros del pueblo. En un camino bordeado de pinos. En el ingreso hay un cartel indicador —dijo una de las mujeres—, Soy Laura, una amiga de Marisol —aclaró.

—Qué tengas un buen día, Laura. Y gracias por las indicaciones —dijo Cata, de forma fría pero educada—. Nos vemos en la noche, salvo que tengas alguna de tus salidas nocturnas con alguna de tus amiguitas, ya sabemos para qué —aclaró Catalina.

Lago apretó los puños para no estrangularla en medio de la calle y delante de las dos acosadoras a las que había saludado encantado, solo para provocarle un ataque de celos al suponer que lo estaría espiando desde la ventana, como solía hacer varias veces al día. Pero la provocación se le volvió en contra, porque ella se iba al Francis a indagar a su madre. Y su madre, que se mantenía al margen porque él se lo había pedido, le soltaría todo lo que quisiera saber porque no se le daba bien mantener la boca cerrada.

CAPÍTULO 15

El ingreso al hotel Francis parecía el ingreso al paraíso, o lo que ella se imaginaba como el paraíso. Era un camino pavimentado, angosto y con curvas, y estaba circundado por árboles a cada lado y helechos que daban una sensación de frescura y paz. Había algunas estatuas de piedra, quizá era mármol, Cata no lo sabía, pero todas eran encantadoras. Los pinos se abrieron dando paso a un parque de césped verde, muchos árboles con mesas y sillas para disfrutar de las sombras. Sillones con almohadones a rayas blancas y verdes. El verde era lo que predominaba y Cata no podía apartar la vista de ese sitio tan encantador. Había una rotonda que permitía el ingreso de los vehículos para que los visitantes se bajaran en la puerta de la antigua casona, que debía ser el hotel. Tres plantas de ladrillo rojo con ventanas en arco y tejas rojas en los techos. Por las paredes trepaban enredaderas de hojas tan verdes como todo lo que había allí.

Cata estacionó en la sombra de un árbol añejo y recorrió el camino a pie. La camioneta de Luis contrastaba con ese sitio tan encantador, y no quiso que la madre de Lago la echara por arruinar el paisaje.

No entró al hotel, sino que rodeó la casa y se encontró con una enorme terraza llena de mesas y sillas, protegidas del sol por sombrillas blancas y verdes. Al fondo había una piscina y tumbonas con las mismas sobrillas. Y había mesas y sillas distribuidas por todo el parque.

Había muchos turistas, y supuso que debían estar desayunando. Pero cuando miró la hora en el móvil, descubrió que la mañana se le había pasado volando. Era la una del mediodía. Con razón Lago le había dicho que él la iba a llevar después del almuerzo. Su madre debía estar en uno de los momentos más atareados del día.

Se quedó mirando desde el costado de la casa. No le gustaba espiar, pero ella trataba de ver a una mujer de edad parecida a la del abuelo recorriendo las mesas. No la vio hasta que un grupo de personas que estaba en una mesa gritó «Flor, ven a darnos la lata a nosotros también», y su risa sonó como una melodía mientras se despedía de una familia que estaba en otra mesa y caminaba de forma grácil, como si flotara, hacia las personas que la habían llamado.

En ese momento la madre de Lago la vio. Se detuvo como si estuviera sorprendida. Pero sonrió, se puso la mano en el corazón, y le hizo señas de que la esperara un minuto. A Catalina ese gesto le pareció encantador. Florencia era encantadora. Nada que ver con el hijo, pensó. Aunque él era encantador a su manera, solo que evitaba mostrar sus encantos. Le gustaba parecer duro, frío, impenetrable. Pero hoy había traspasado su coraza, y pensaba seguir provocando fisuras hasta dejarlo desnudo. Bueno, desnudo de emociones, y ya que estaba también de cuerpo.

Él tenía un cuerpo impresionante, y ella quería volver a sentirlo pegado al suyo, vibrando al mismo ritmo. Se reprendió. Por dios, estaba a unos pasos de su madre, y solo pensaba en volver a ver desnudo a su hijo. Se ruborizó y decidió caminar por el parque, lejos del lugar donde almorzaban los turistas para no molestar.

Llegó a la piscina y se internó en un sendero de piedra bordeado de plantas bajas y árboles que formaban un techo de ramas y hojas. Era un sitio tan hermoso. Quizá el lugar más bello que tenía el pueblo. Pero ya no era del abuelo.

Tenía tantas preguntas sin respuestas, y estaba empecinada en que alguien le aclarara todas las incertidumbres que la rodeaban

desde que murió el abuelo.

Los senderos se bifurcaban en otros, y otros, pero todos tenían flechas que indicaban la dirección que tenía que tomar para regresar al hotel.

Una hora después la madre de Lago llegó caminando, tan enérgica como si tuviera veinte años. Era delgada, con el cabello desordenado como el de ella, tenía arrugas alrededor de los ojos, de tanto sonreír, pensó Cata. Lago había heredado el color de ojos de su madre, marrones tan claros que la dejaban hipnotizada, pero ella tenía una mirada más cálida, más transparente. Eso le dio esperanzas para despejar todos los interrogantes que su hijo se esmeraba en ocultar.

—Te pido disculpas por tenerte una hora esperando. Es que en esta época el hotel se convierte en un verdadero reto para mi paciencia. Está lleno y la hora de las comidas suele ser la más atareada, porque suelo recorrer las mesas para asegurarme que los clientes están satisfechos.

—He sido yo la que vino a una hora inconveniente. Lago me sugirió que viniera después del almuerzo, pero no le hice caso —aclaró.

La madre de Lago soltó una risa cantarina y se acercó a ella para abrazarla.

—Me alegro de que no le hicieras caso. Mi hijo suele ser demasiado estructurado. No sé a quién ha salido. En realidad si lo sé. Se parece a su padre, porque yo soy la mujer menos estructurada de este pueblo.

—Salvo en las horas de la comida —aclaró Catalina.

—Es cierto, pero lo hago por el bien del negocio. ¿Has almorzado? —preguntó Florencia.

—Me he pasado todas las comidas.

—Vamos a comer juntas. Seguro que quieres ametrallarme a preguntas —aclaró Flor, la abrazó por el hombro y regresaron por el

sendero hasta un sector que le había pasado desapercibido. Era una pequeña terracita que había al costado de la casa, con una mesa, cuatro sillas, muchas plantas que daban intimidad y sobre sus cabezas giraban las paletas de un ventilador de techo, amurado sobre un techo de madera clara.

—¡Qué sitio encantador! —comentó.

—Opinas lo mismo que yo. Es mi preferido de todo el hotel. Me da intimidad porque nadie me ve, y yo puedo ver todo lo que pasa en el parque. Y allí —dijo, y señaló una pantalla que tenía en la única pared que daba a la casona—. Hay una cámara para ver los salones del interior. A veces se me van las horas en este lugar. Me quedo pensando, meditando, haciendo conjeturas. En fin, es mi mayor defecto, diría mi hijo.

Después de elegir el menú más sencillo, y de disfrutar de una comida exquisita, la madre de Lago la invitó a ponerse cómoda en un juego de sillones que había en la misma terraza.

—¿Dime qué curiosidad te trajo a mi refugio? —preguntó.

—Tu hijo me pidió que no viniera a hacerte preguntas porque te ponías triste —dijo Catalina.

El arqueo de cejas de la madre de Lago le dijo que esa era otra de sus mentiras.

—¿Es él quien no quería que viniera?, ya veo que es Lago quien no quería un encuentro entre tú y yo —dedujo.

—Lago es muy protector. No porque sea machista, sino porque nació así. En este caso, no es a mí a quien está intentando proteger, sino a ti —aseguró Florencia—. Es que sabe que no soy una persona reservada, como él.

—Ya veo. Te ha mantenido alejada de mí para que no me cuentes lo que él no quiere que sepa.

—No creo que te quiera ocultar cosas. Él dice que no tiene sentido remover cosas que no se pueden cambiar.

—¿Para mí tiene sentido saber por qué mi abuelo venía siempre a Los Espinillos? ¿Por qué nunca me trajo con él? ¿Por qué me quitó la vida que conocía y me mandó aquí cuando murió? ¿Y por qué, si este Francis era su tesoro más preciado, ya no es de él? —preguntó Catalina.

—Él venía porque nunca pudo despegarse de sus raíces. Tenía una relación de amor odio con el pueblo. En este pueblo que despreciaba de joven, encontró la salida al mundo con el que soñaba despierto. Él era pobre, y con su decisión de marcharse logró progresar. Tenía todo el dinero que le faltó en el pueblo, y no era feliz.

—¿Y tú?

—Yo nunca me fui. He sido feliz y estaba conforme con lo que tenía.

—Tu madre me dijo que perdió la virginidad con mi abuelo en el establo.

Florencia abrió la boca horrorizada, y estalló en carcajadas.

—Solo a mi madre se le puede ocurrir semejante locura. Fui yo —aclaró Florencia—. Fuimos los dos. Éramos tan jóvenes. Anselmo tenía diecisiete años y nunca había estado con una mujer. "Te estoy esperando", me decía porque yo tenía trece. A esa edad no sabía para qué me estaba esperando, pero me sentía feliz de que me esperara. A los quince me dio el primer beso y creo que allí me enamoré de él. Antes me gustaba que me esperara. Después de ese beso era yo quien lo esperaba en cada esquina para que me volviera a besar. No voy a darte detalles pero cuando tenía diecisiete y el veintidós fue nuestra primera vez en el establo de tu granja. Mi madre casi se muere cuando se lo conté. Me dijo que era demasiado joven para esas cosas. Pero después se calmó, porque pensó que esa relación estaba destinada a concretarse desde que él me vio con dos coletas en el cabello y le dijo a mamá. Cuando seamos grandes me voy a casar con Flor.

A Florencia le brillaban los ojos y sonreía con los recuerdos. Catalina no se imaginaba al abuelo siendo tan sentimental, tan paciente con la mujer que amaba, aunque sí lo imaginaba tan seguro de conseguir sus metas como lo había sido con los negocios.

—No cumplió su promesa —dijo Catalina.

—No. Anselmo se casó con tu abuela Claudia. Tu abuelo siempre tuvo claras sus metas. Me quería a mí y quería conseguir dinero para comprar el Francis. Era pobre, y era más fácil tenerme a mí que comprar un hotel tan costoso. Pero la vida suele poner delante de tus narices lo que deseas. ¿Lo sabías? —preguntó Flor.

—No.

—Yo tampoco. Pero el día que el padre de Claudia vino al Francis a pasar las vacaciones con su esposa y su hija, descubrí que la vida le había dado a Anselmo lo que había deseado. Él era camarero del Francis cuando tenía veintiún años. Me decía, Florcita, voy a trabajar duro hasta que el dueño vea mi valía. Cuando descubra que soy capaz de llevar el hotel, me va a poner de encargado. Y voy a ser el mejor encargado hasta que junte el dinero para hacerle una oferta. Yo me enamoré de sus sueños, de sus proyectos y del Francis de la misma forma que me enamoré de tu abuelo. Venía todos los días a limpiar las habitaciones por una paga pequeña, que juntaba para ayudarlo a comprar el hotel. Éramos tan ilusos. Creíamos en la magia de que un pequeño ingreso nos permitiría conseguir nuestros sueños.

—Pero mi abuela Claudia lo cambió todo —dedujo Catalina.

—Su padre lo cambió todo cuando se enamoró del Francis. Algo que no contábamos ni Anselmo ni yo. Y Claudia se enamoró de Anselmo. ¿Sabes atar cabos, Cata?

—El idiota del abuelo se quedó con Claudia para tener el Francis —dedujo.

—Bien hecho, cariño. Eres astuta como él —aseguró.

—Y tú te quedaste sin el abuelo y sin el Francis. Solo con los sueños rotos —dijo Cata, y se le empañaron los ojos—. ¿Con qué cara te dijo que te dejaba?

—Con el rostro bañado en lágrimas. Me dijo que se enfrentó a Clavero, el padre de Claudia. Le dijo que estaba loco si pensaba apoderarse del hotel que él pensaba comprar cuando juntara el dinero. El hombre se rio en su cara. Le hizo ver que nunca iba a conseguir el Francis porque lo iba a comprar él, y cuando lo restaurara él jamás iba a poder juntar el dinero que valdría. Pero podía tenerlo si hacía feliz a su hija. «Nunca será nuestro, Flor. Y jamás me casaría contigo para hacerte vivir en la miseria».

—¿Tú habrías vivido en la granja? —preguntó Catalina.

—Él me hizo enamorar del Francis. Pero lo habría elegido a él. Tienes que entender que tu abuelo odiaba ser pobre. No habría sido feliz viviendo con austeridad —aseguró Florencia.

—¿Acaso fue feliz con Claudia? ¿Fue feliz con sus hijos?

—Fue feliz el día que tú llegaste a su casa —dijo Florencia.

Catalina siempre creyó que el abuelo se iba a cansar de hacerse cargo de ella, y que iba a encontrar la forma de desligarse de esa responsabilidad como lo hicieron sus padres, y se le formó un nudo en la garganta con la confesión de Florencia. El abuelo la había querido.

—Creo que por eso te dejó la granja. Supongo que quería que aprendieras a ser feliz sin tantos oropeles. Algo que él nunca se animó a poner en práctica, y por lo que siempre se arrepintió. Por más que, cada vez que venía, me repitiera que habría cambiado todo por recuperarme, yo sabía que se mentía —aclaró Flor.

—No te vino a buscar cuando murió mi abuela.

—Sus hijos eran chicos. Creo que Felipe tenía quince años. Ya era tarde para recuperar lo que teníamos. Vino a proponerme que tuviéramos la vida que él nos quitó. Pero era una vida a destajo, de vez en cuando, cuando tuviera quien cuidara a los chicos y se

pudiera hacer una escapadita. Mi madre lo echó de casa. Le dijo que dejara de ser egoísta, que ya me había arruinado la vida, y que lo mejor sería que nunca regresara a Los Espinillos. Anselmo siguió viniendo todos los fines de semana. Se quedaba en la granja que odiaba o en el Francis. Cuando aceptó casarse con Claudia, puso como condición que el Francis de Los Espinillos tenía que estar a su nombre, y que podía disponer de él sin rendirle cuentas a nadie. El viejo aceptó, y Claudia habría aceptado cualquier cosa con tal de casarse con él.

—Que historia espantosa. Lo siento. No conocía esa parte de mi abuelo.

—Tú, cariño, conociste su mejor versión —aclaró Flor.

—Y tú te casaste con el padre de Lago.

—En esa época las madres tenían mucha influencia sobre sus hijas. Bueno, la mía tenía mucha influencia, y cuando Anselmo vino con esa propuesta humillante, me buscó un buen hombre. No me obligó a casarme con él. Solo lo invitaba a cenar, lo invitaba a pasear con nosotras por el campo, lo invitaba a los cumpleaños. Buscaba cualquier excusa para traerlo a casa. Yo quedé muy afectada con lo de Anselmo. Me encerré en mi propia desgracia. Era la novia rechazada y me daba vergüenza cruzarme con los vecinos. Anselmo me había humillado delante de la gente del pueblo, de mis amigos, y estuve muchos años lamentando lo que me había pasado. Pero Rob no me avasallaba, era bastante mayor que yo y tenía la paciencia de un santo. Fue el hombre más bueno que conocí. Me dio paz, me dio comprensión, me enseñó a perdonar, a dejar ir, a disfrutar de las pequeñas cosas. Y los dos concebimos al amor más grande que conocí en la vida. Mi hijo lo era todo para nosotros. Él lo adoraba y me adoraba, a pesar de que sabía que jamás iba a amarlo como amé a tu abuelo.

—¿Puedo pedirte perdón, Flor? —preguntó Catalina.

—Tú, cariño, no tienes que pedirme perdón por nada. Eres un encanto, la niña que le devolvió a sensibilidad a ese abuelo tuyo que

no supo querer ni a su mujer ni a sus hijos. Él te amaba con toda el alma. Habría dado su vida por ti. Y si te ha dejado esa granja, es porque quiere que aprendas a valorar a las personas por lo que son y no por lo que tienen.

—¿Habría dado la vida por mí? —preguntó Catalina alarmada —. ¿Crees que dio la vida por mí?

—Lo dije en sentido figurado, cariño.

— Cuando sucedió el accidente estaba en África. Y cuando me enteré que no había quedado nada del abuelo, solo unas cenizas que mis tíos y mi padre tiraron en la montaña, porque así lo dejó estipulado el abuelo, me negué a aceptar que estaba muerto —dijo Catalina, y miró a la madre de Lago.

Ella tenía la vista perdida en el parque. Cuando se giró a mirarla le brillaban los ojos.

—Todavía lo quieres —dedujo Cata.

—Nunca se olvida al amor de tu vida, Catalina —aseguró.

Catalina la miró sorprendida. Pero la madre de Lago debió tocar algún botón oculto, porque una joven entró para decirle que habían llegado unos turistas que sufrieron un retraso en la ruta, y Florencia se levantó de la silla. Una extraña coincidencia cuando la conversación se había puesto complicada para Florencia e interesante para Catalina.

—Me encantaría seguir con nuestra conversación, pero el trabajo me requiere —dijo Florencia—. Perdón por no acercarme a conocerte. Pero esta es una época complicada en el Francis.

—¿Lo compraste o te lo regaló el abuelo? —preguntó Cata, que se levantó con ella para marcharse.

—Tu abuelo hizo poner el hotel a su nombre para regalármelo a mí, pero nunca lo acepté —aseguró—. Por qué no vienes otro día y seguimos charlando sobre el Francis —sugirió.

—Me encantaría.

—Ha sido tan lindo conocerte. A él siempre le brillaban los ojos cuando hablaba de ti —aseguró.

—A mí también me encantó conocerte. Llégate por la granja algún día. He hecho muchos cambios con la ayuda de los vecinos.

—Todos adoraban a tu abuelo. Me alegro de que te ayuden a convertir ese páramo en tu paraíso.

Le dio un abrazo tan apretado, que a Catalina se le anudó la garganta. Todo el trayecto de regreso a la granja lo hizo derramando lágrimas, por Florencia, por el abuelo y por lo triste que había sido sus vidas porque Anselmo había elegido el Francis antes que a la mujer que amaba. ¿Se habría arrepentido toda la vida?, quizá no habrían sido felices en una granja abandonada, como le sugirió Florencia. Pero el dinero tampoco le había dado la felicidad.

Pensó en el cuaderno que había encontrado en la casa, con las hojas amarillas y la letra del abuelo, aunque algo cambiada por los años. Y recordó ese pasaje donde nombraba a una muchacha que ella creía que era una novia de juventud. Cuando llegó a la casa corrió al mueble de la sala donde lo había guardado. Pasó páginas y repasó los párrafos buscando la hoja donde hablaba de la joven. Lo recordaba porque había quedado intrigada por saber quién era la mujer. Se quedó paralizada cuando la encontró. «Mi flor salvaje. Te voy a añorar toda la vida». Flor. Su nombre podía pasar como si se refiriera a una flor del campo, pero el abuelo le había dedicado esas emotivas palabras a Florencia. Su flor salvaje. Era ella y se le anudó la garganta al imaginar la vida vacía que vivió por elegir el hotel antes que el amor.

CAPÍTULO 16

—Cata —dijo Lago, que entró a la casa y dejó sobre la mesa la cena que había traído de un restaurante con la idea de hacer las paces. Pero ella estaba llorando con el maldito cuaderno abrazado sobre el pecho—. ¿Qué te ha pasado, princesa?

—Es ella —dijo Catalina—. La flor salvaje es tu madre.

Lago le sacó el cuaderno de las manos y leyó la página donde lo tenía abierto. «Mi flor salvaje. Te voy a añorar toda la vida». Él se había olvidado de aquella frase que le arrancó una risa porque no encajaba con la forma práctica de ser de Anselmo. Pero en ese momento dimensionó el alcance de esas palabras que le habían sonado bastante melosas.

—Creo que tienes razón.

—Ella me dijo que quiso mucho a tu padre —comentó Catalina.

—No te mintió. Pero el amor de su vida fue tu abuelo —terminó Lago las palabras que ella no quería repetir para no ofenderlo. Cata lo miró sorprendida.

—Lo sabías —dijo.

—Creo que todos en el pueblo lo saben. Mi padre también lo sabía, Cata. Pero ella siempre lo quiso, lo admiró y lo respetó. Mi padre fue muy feliz con ella. Aunque sabía que el afecto de mi madre estaba dividido entre dos hombres, y quizá él no ocupaba el

primer lugar. Uno era su imposible amor de la juventud, y el otro el amor de su madurez, como decía mi padre.

—A ti nunca te importó.

—No. Era algo que ellos supieron llevar como un hecho que no podían cambiar. Nunca les pesó a ninguno de los dos. Anselmo iba a mi casa y conversaba con mi padre. Me acostumbré a verlo tan seguido que nunca me pareció mal. A veces intentaba influir en mí, y mi padre le decía, ve a ocuparte de tus hijos que del mío me ocupo yo.

—Y cuando tu padre murió, tu madre y mi abuelo…

—Se veían, pero nunca le pregunté lo que quieres saber. Era su vida, y los dos eran libres.

—Qué maduro tu razonamiento.

—Lo viví desde pequeño. Crecí viendo esa situación porque mis padres jamás me lo ocultaron. Jamás discutieron por los celos de mi padre. No había motivos. Mi madre lo quería, ya te lo dije.

—Todo por culpa del hotel Francis —dijo Catalina.

—Eso ya es historia. La vida sigue y nadie puede enmendar los errores de los demás —dijo Lago.

—El error fue de mi abuelo. Él arruinó la vida de tu madre, de su esposa, de sus hijos.

—No sé si Claudia fue infeliz, Catalina. Pero mi madre no lo ve así. Ella hace un tiempo me dijo, «si me hubiera casado con Anselmo sin que hubiera conseguido comprar el Francis, nos habríamos divorciado porque él odiaba ser pobre».

—Consiguió el Francis que tanto quería, y creo que se lo dio a tu madre —dijo Catalina sin entender las decisiones de su abuelo. Si había dejado a la mujer que amaba para conseguir el hotel, ¿por qué se lo había regalado?

—Anselmo se lo quiso dar cuando se casó con Claudia, y mi madre lo mandó al diablo. Se lo quiso dar cuando Claudia murió, y le

dijo que no lo quería. El hotel se convirtió en una obsesión para tu abuelo, lo restauró a nuevo, le subió el valor hasta convertirlo en el más lujoso de la zona, y todo lo hacía porque estaba empecinado en regalárselo a mi madre, pero ella seguía diciendo que no. Mi padre se estaba muriendo y casi no tenía fuerzas para hablar cuando me mandó a llamar. Me dijo: "Hijo, cuida a tu madre, valórala porque es la mejor mujer del mundo, y dile que acepte el maldito hotel porque lo compré para ella. Le vendrá bien estar ocupada cuando no esté". Nunca supe de dónde sacó el dinero para comprar semejante hotel. Supongo que se lo terminó aceptando a tu abuelo para sacarle el remordimiento que ha cargado toda la vida por elegir un hotel antes que a mi madre —dijo Lago.

Catalina se puso a llorar, y él la envolvió en sus brazos.

—Ya pasó todo eso. Ya es de mi madre y ella lo cuida como si fuera su hijo —aseguró Lago—. Tu abuelo siempre le hacía las reservas para asegurarse de que lo tuviera lleno. A su manera estuvo toda la vida intentando arreglar su error. Y ya lo hizo.

—Me duele que haya sido tan idiota. Que haya pasado toda la vida tratando de enmendar su error con un hotel. Él era tan bueno conmigo y nunca me enteré que su tesoro era tu madre.

—Mi madre y el Francis. No hay uno sin el otro, Catalina. Y no intentes entenderlo porque solo él se entendía —aseguró Lago—. Y yo que traía comida del restaurante para que hiciéramos las paces por la discusión que tuvimos esta mañana.

Ella levantó el rostro y lo miró con una sonrisa algo triste.

—Y yo que pensaba que esta noche tenías una cita con alguna de esas dos mujeres exóticas con las que te reías.

—¿Celosa? —preguntó, y le colocó un mechón rebelde detrás de la oreja.

—Es solo curiosidad —aclaró, y se separó de él para ir a espiar en los paquetes que había dejado sobre la mesa.

—Me gustaría tener una cita con la mujer más sexi del pueblo —dijo, la envolvió en sus brazos por la espalda y la pegó a su cuerpo para que sintiera la erección que le provocaba—. Es con la única mujer que me pongo duro como una piedra.

—No tientes a mis demonios cuando te he dicho que no voy a repetir, descarado.

—Tú eres la descarada que me provoca y después me dice que no va a repetir. Llevo un mes esperando que te rindas a mis encantos —susurró sobre su oído.

—Y dices que no tienes ego. Tienes la autoestima por las nubes. Pero no voy a dejar que te metas en mi cama.

—Por mí podemos hacerlo en el sillón de la sala o arriba de la mesa.

—No vas a convencerme. Y no soy segundo plato de nadie.

—¿Segundo plato?

—En un mes tres veces te ausentaste para tirarte a una mujer, o quizá a una diferente cada noche—aseguró Cata.

Él soltó una carcajada llena de ironía. Ojalá hubiera tenido deseos de tirarse a cualquier mujer. El problema era que desde que Catalina había llegado al pueblo solo la quería a ella en su cama.

—Vamos a comer, ya que no quieres dejarme probar el postre.

Y comieron en un silencio tenso y cargado de ansiedad, que solo se rompía por los resoplidos de Lago, y algún gemido quedo que Catalina intentaba disimular. Ella preparó café. Él lo bebió de un trago y salió disparando de la casa.

—Dime si piensas ir a buscar lo que te niego a otro lado —pidió Catalina.

—Dudo que te importe.

—No me importa. Solo quiero saber si tengo que estar atenta a los ruidos de la noche.

—No voy a buscar en otro lado lo que me niegas, al menos no esta noche. Espero que no puedas dormir pensando en todo lo que te pensaba hacer y has decidido rechazar porque eres tan terca como tu abuelo —dijo Lago, y salió de la casa.

Y no podía dormir pensando en todo lo que le pensaba hacer, en sus manos recorriendo su cuerpo, su boca besando la de ella. Y se imaginó rodeando con sus manos el pene que había sentido duro como una roca cuando la abrazó. Él gruñendo y ella jadeando hasta llegar al orgasmo.

Se levantó de un salto de la cama. Se acomodó la remera con la que dormía y bajó a la sala.

En el establo, Lago daba vueltas en la cama. Maldita bruja que le negaba lo que ella también quería. Deseaba que estuviera tan afectada como él. No iba a pegar ojo en toda la noche. Se giró en el colchón y sintió que chirriaba el portón del establo. No pasó ni un minuto hasta que ella estuvo de pie junto al colchón nudoso donde dormía. Mantuvo los ojos cerrado intentando deducir qué diablos iba a hacer. Catalina no hacía ningún ruido y sabía que seguía allí, dudando si meterse bajo las sábanas o salir corriendo. Había venido, y él pensó que se iría sin atreverse a romper su promesa.

Pero cómo iba a recordar la promesa que había hecho cuando su cuerpo hervía por la excitación. Ella solo lo quería a él. Quería que la besara hasta dejarla sin aire, que la tocara hasta hacerla gritar, quería tocarlo hasta lanzarlo al abismo.

Se metió debajo la colcha, y lo abrazó. Él la tumbó de espaldas en el colchón, le sacó la remera y sus manos estuvieron por todos lados. Ella llevó su mano a su pene, él jadeó y estuvo a punto de explotar.

—Yo no haría eso si quieres que dure más de medio minuto —susurró, y ella lo soltó—. Tan exquisita —dijo, mientras le besaba los pechos y deslizaba la mano entre sus muslos—. Y tan mojada para mí —siguió.

Catalina se arqueó y levantó las caderas mientras él la llevaba a volar. Él la besó acalló el grito que quería salir de sus labios. Ella le arañó la espalda cuando su mano experta le quitó el aliento.

—Rendida a mí con todo ese deseo que arde en tu rostro y en tu cuerpo cada vez que estamos cerca. El mismo que me hace arder a mí. Solo tú eres capaz que hacerme sentir que vale la pena volver a intentarlo —dijo Lago, dejando salir sentimientos que nadie le había arrancado después del día que Marisol lo traicionó de la peor manera. Solo que por Marisol no había sentido ni la sombra de lo que sentía cuando tenía a Cata bajo su cuerpo, cuando la besaba, la tocaba, cuando la sentía jadear, cuando ella le arañaba la espalda. Ella era tan explosiva, tan desprejuiciada, tan entregada, que él se sentía el amante más experto sobre la tierra.

Cata abrió las piernas y él aceleró las caricias mientras la sentía moverse para alcanzar el orgasmo. Se detuvo y ella lo miró desconcertada.

—No hagas eso —suplicó Catalina.

—Que no haga qué —dijo Lago.

—Maldito cretino —gruñó.

Lago rio mientras se deslizaba por su cuerpo, hasta que sus labios rozaron su intimidad y su lengua le dio el placer que le estaba suplicando con su cuerpo. Pero él la torturó un rato, un beso corto allí donde la volvía loca, una caricia con la lengua, una succión con los labios. Un jadeo de ella. Otro beso, otra caricia con la lengua.

La estaba volviendo loca. Catalina abrió más las piernas y él continuó su tortura con los labios, con la lengua, cada vez más rápido, más intenso, más rápido, más intenso, hasta que ella estalló en un orgasmo que la dejó con el corazón al mil y el cuerpo cubierto de sudor. Su grito se debió escuchar hasta en la casa de Nel.

Lago la abrazó para que se calmara, pero ella no quería calma, quería acción. Había venido porque sabía que él estaba tan ansioso como ella, y lo que más deseaba era sentirlo enterrado

dentro de ella. Agarró su pene y lo posicionó en su cavidad para que la llenara, porque quería escucharlo jadear, gruñir y gozar como ella lo hacía.

Lago entró en su cuerpo de una embestida y se movió despacio, lento, una embestida, una pausa, otra embestida, otra pausa. Estaba al límite y necesitaba regular el ritmo para no pasar el papelón de acabar apenas empezaba. Pero ella movía las caderas, exigiéndole que no se detuviera.

—Estás apurada, princesa.

—Solo quiero darte placer. El mismo que me has dado tú.

¿Dónde estaba la joven egocéntrica y egoísta que había conocido cinco años atrás? Había desaparecido de a poco, a medida que se iba adaptando a la vida sencilla que su abuelo dejó estipulada en el testamento. Quizá Lago nunca comprendería por qué ella había aceptado esas decisiones como si no tuviera otra opción. Él sabía que la tenía. Podría haberse largado a la ciudad a vivir con su padre o con uno de sus tíos. Pero aquí estaba, haciendo el amor con él en un establo abandonado, y sobre un nudoso colchón. Disfrutando quizá más que lo que había disfrutando cuando estaba rodeada de lujos.

—Me vas a hacer terminar demasiado rápido. Estoy al límite, y eso solo me lo provocas tú, cariño —susurró sobre sus labios.

Ella lo besó, sus lenguas se enredaron y él casi eyaculó en su interior. En ese momento se dio cuenta que no se había puesto un condón, y quiso salir antes de tener que lidiar con las consecuencias, pero Catalina hizo unos movimientos de cadera y apartó a un lado las posibles consecuencias.

Catalina elevó las caderas, jadeo, lo besó. Lago le devolvió el beso. ¿De qué servía ser responsable, bueno, honesto? De nada. Y la embistió sin pensar en nada porque solo quería sentirla, piel con piel, sus cuerpos unidos en algo tan primitivo como excitante.

Había perdido el juicio, y no le importó porque una emoción que había querido evitar lo arrolló como el orgasmo que estaba a punto de alcanzar. Se había enamorado con toda su alma de la consentida. Era la mujer más irritante que había conocido. La que lo sacaba de las casillas. La que había rechazado cinco años atrás. Pero sería un mentiroso si negaba que la joven altanera de antaño le había provocado la misma erección que le provocaba la que tenía bajo su cuerpo.

Quizá siempre había sido ella. Quizá Anselmo había detectado algún interés en él cuando le hablaba de su nieta o le mostraba las fotos. Quizá lo invitó a su casa para que descubriera que a veces el amor llegaba sin llamar a la puerta. Que entraba derribando paredes y arrancando puertas. Quizá por eso él se había marchado espantado de su casa cuando el tornado de su nieta lo había dejado mudo, asombrado, excitado e inseguro. Él había ido a curar su corazón roto, no a empalmarse con la nieta de Anselmo.

Y aquí estaban, moviéndose en un colchón nudoso. Besándose como si no hubiera un mañana, con las lenguas entrelazadas, con los cuerpos sudados, su pene embistiendo dentro del cuerpo de la princesa de hielo, que de a poco se estaba derritiendo y lloraba por la historia de amor de Florencia y Anselmo. Que sembraba huertas y cuidaba gallinas para cumplir con el sueño que estaba escrito en un cuaderno. Que jadeaba, y se movía, y lo provocaba para que acelerara el ritmo.

Y lo aceleró, y se convirtieron en dos salvajes con los cuerpos enredados, con las manos acariciando los lugares más sensibles, mientras el beso los llevaba a traspasar el límite. De una embestida profunda Cata se tensó. Había alcanzado el orgasmo y él empujó una vez, otra vez, y otra, hasta que sintió como su semen la llenaba, y cómo ella lo abrazaba con tanto amor que no encontró las fuerzas de decirle que esta locura que los había arrollado y les había quitado la razón, podía tener consecuencias.

Un hijo de los dos. La abrazó como si aquel pensamiento fuera lo más bello del mundo. La abrazó con todas sus fuerzas, y la

besó con una ternura que hacía años que no sentía.

—No te vayas —suplicó—. No digas que no tuvo importancia.

Ella no dijo nada. Estaba muda. Se había quedado sin palabras, y aceptó que él se apartara de su cuerpo para no aplastarla. Apoyó la cabeza sobre su pecho y supo que su vida pasada solo era eso. Pasado. Su presente, el presente que le había regalado su abuelo era más excitante que cualquier viaje a África, que cualquier playa paradisíaca y que todas las noches de alcohol que antes le habían dado sentido a su existencia. Con qué poco se había conformado. Se durmió con una paz desconocida.

A la mañana siguiente, Lago se despertó solo, y maldijo al suponer que ella otra vez iba a minimizar lo que habían tenido. Se vistió con la ropa de la noche anterior y caminó a zancadas hacia la casa. No iba a permitir que usara el sarcasmo. Mucho menos cuando habían hecho el amor sin medir las consecuencias. Entró sin llamar.

—Si vas a infravalorar lo que tuvimos —dijo.

No se esperó verla en la cocina con la misma remera larga de la noche anterior. Tostando pan y haciendo café para el desayuno.

—No iba a hacerlo. Esta vez superaste todas mis expectativas —aclaró—. Nadie me ha dado un orgasmo tan poderoso como tú.

Estaba reconociendo la noche mágica, pero solo hablaba sexo.

—Cata —susurró, pero decidió no decirle que lo que habían compartido era más profundo. Ella necesitaba tiempo para aceptar lo que les estaba pasando.

Ella se acercó y lo besó.

—Te voy a pelear. Te voy a volver loca. Pero no voy a compartirte con nadie mientras dure lo nuestro.

—Mientras dure —dijo sorprendido. Él quería acostarse todas las noches con ella. Quería hacerle el amor y despertarla con un beso por las mañanas—. No pienso cansarme de tu cuerpo.

—Nunca des nada por sentado. Además, podrías cansarte de mi carácter caprichoso.

—Eso ya lo veremos.

—Ven a disfrutar de un desayuno sencillo, que es lo único que sé hacer. Y no propongas nada serio. Desde hoy somos amigos con derecho a roce.

Ella estaba poniendo límites, aunque en realidad estaba ampliando los límites. Lago supuso que sus inseguridades la hacían ser precavida. Teniendo en cuenta su pésima experiencia debería ser como ella. Quizá por eso aceptaba de buen grado su decisión. No quería apurarla con confesiones de amor. Lo mejor era mantener sus sentimientos en reserva para no volver a darse la cabeza contra un paredón. Si revelaba sus sentimientos, Catalina iba a entrar en pánico y saldría huyendo. Y él otra vez se quedaría solo y con el corazón roto.

—¿Cuánto derecho a roce? —preguntó.

—Lo vemos sobre la marcha —dijo segura, aunque por dentro estaba temblando.

Lo de anoche había sido para sufrir un ataque de pánico, pero lo estaba tratando de manejar con un equilibrio mental que no tenía. Siempre había sido impulsiva, pero con Lago… con Lago todo era demasiado emocional. Lo mejor era mantener a raya lo que estaba sintiendo para no sufrir. Esperaba hacerlo mejor que lo de mantener a raya el sexo, puesto que en eso había sido un desastre. Como también lo había sido con lo de no tirarse dos veces a una piscina vacía, y no solo se había lanzado, sino que lo estaba haciendo de cabeza.

Se estremeció de miedo y se levantó para lavar la taza. Abrió la boca asombrada cuando desde la ventana vio a Cristian entrar por la tranquera. Caminaba con las manos en los bolsillos mientras miraba cómo había cambiado la granja desde el día que la acompañó para reírse cuando ella sufriera un ataque de ira por el deplorable aspecto de su herencia. Lo vio arquear las cejas al ver el

césped que rodeaba la casa, los parterres de flores, los árboles que habían plantado los vecinos. El gallinero con tela metálica nueva, y el campo sembrado de maíz por Hernán, que iba ganando altura a medida que pasaban las semanas. También estaba mirando la cabaña, pero allí no había grandes cambios, salvo por los escalones nuevos de la galería y las plantas que colgaban de las paredes. Cata no había borrado la sonrisa al ver el asombro de ese hombre que había llegado a odiar por todo el daño que le había hecho a Lago.

Estaba tan concentrada mirando a Cristian que no se percató que Lago estaba a su lado, mirando quién le arrancaba esa sonrisa a la mujer que estaba rompiendo todas sus barreras. Supuso que sería Nel, pero cuando se acercó y vio a Cristian todo su mundo se vino abajo.

CAPÍTULO 17

Lago miraba alternativamente por la ventana a su peor enemigo y a la mujer que ocupaba todos sus pensamientos, que sonreía y no podía apartar sus ojos de ese maldito hombre que iba a hacer lo imposible por conquistarla.

A Cristian no le importaba engañar a Marisol. Él no tenía códigos, y Lago no pensaba quedarse después de ver la sonrisa de Catalina mientras lo veía acercarse.

—Te has quedado admirando las vistas desde la ventana —ironizó Lago.

Catalina se giró y vio la seriedad en su rostro. Acababa de volver el hombre frío e impasible, el que no pensaba demostrar que estaba indignado de que Cristian estuviera en la granja. Ella se maldijo por haberse perdido en sus pensamientos. Lago la había visto, y pensaba que ella estaba fascinada con el idiota. Ella solo estaba fascinada porque el idiota no podía creer que la citadina hubiera convertido el páramo en un lugar encantador.

—No sé de qué hablas —dijo Catalina.

—¿No lo sabes? No has dejado de sonreír desde que ha entrado —aseguró Lago.

—¿Celoso? —preguntó Cata, y supo que acababa de cometer un error cuando lo vio fruncir el entrecejo.

—Para nada. Solo analizo lo que veo.

—Pues tu análisis te está jugando una mala pasada, idiota —aseguró.

—Quizá. Me voy. Se me ha hecho tarde, y tengo mucho trabajo en el bar.

—Preferiría que te quedaras —aseguró Catalina.

—No puedo perder el tiempo en cosas intrascendentes —dijo, y salió de la cocina.

—¡Cosas intrascendentes! —exclamó indignada, y lo siguió a la sala.

—Tengo mucho trabajo en el bar, y esta noche no creo que pueda venir —aseguró.

—Mentira. Solo huyes —aseguró Catalina.

—Piensa lo que quieras.

—No hagas esto, Lago —pidió—. Estás exagerando. Cristian es un hombre casado —gritó Catalina.

—A él le importa un comino estar casado. No tiene códigos —le aseguró.

—Y yo. Crees que no tengo códigos —dijo Cata.

—Tú misma has dicho que tu palabra no vale nada —aseguró Lago.

Ese era un golpe bajo. Pero cómo rebatir sus palabras si ella le había asegurado que no se tiraba dos veces a una pileta vacía, y lo había hecho. Le había jurado que no iba a volver a repetir, y la noche anterior había ido a buscarlo al establo. «Mi palabra no vale nada», eso le había dicho. Pero solo le pasaba con él.

Cómo podía pensar que ella se iba a enredar con Cristian, sabiendo lo que le había hecho. ¡Ahí estaba el problema! Él no sabía que ella se había enterado de lo que le había pasado con Marisol.

—Eso es muy injusto —dijo Catalina—. Crees que me voy a lanzar a los brazos de ese hombre porque no he podido mantener mi

palabra contigo.

—Ese hombre convence a cualquier mujer, Catalina. Quizá tengas la intención de ser honesta, pero vas a caer como han caídos todas —aseguró, y se marchó.

Su inseguridad le dolió, pero más le dolió que no creyera en ella.

—Vete a la mierda, Lago —gritó Cata, cuando él cerraba la puerta y se iba a zancadas.

Catalina volvió corriendo a la ventana para ver que Lago pasaba de largo cuando se cruzó con Cristian. Cristian sonrió con burla cuando pasó a su lado. Algo le dijo, que ella no escuchó, pero debió ser una provocación que lo sacó de las casillas, porque un segundo después Cristian estaba sentado en el suelo y Lago se iba sin volver la vista atrás. Quería aplaudirlo, pero estaba indignada porque no confiaba en ella.

Cristian se levantó, se sacudió el vaquero, que estaba limpio porque ese suelo reseco se había convertido en un vergel. Y se acercó a la cabaña como si Lago no le hubiera dejado el labio partido. A ese hombre no le importaba nada.

Golpeó la puerta. Ella abrió y le cortó el paso cuando amagó con entrar a la sala.

—No eres bienvenido a mi casa —aseguró Catalina.

—Qué poca hospitalidad para el hombre que te ofreció su ayuda el día que llegaste. Recuerdas que te acompañé a tu residencia. No sabías ni dónde estaba la plaza, princesa.

Afuera había una camioneta que estaba en peor estado que la que le había prestado Luis. Era azul y tenía óxido donde se había saltado la pintura. Catalina la miró horrorizada. Esa era la camioneta que casi la había pisado el día que llegó. Era Cristian el conductor, no el padre de Leo, y la había estado buscando para encontrarla antes que Lago. Ya no tenía dudas que la había dejado estacionada en cualquier lado y se había acercado para provocar un encuentro

“casual” antes que la encontrara Lago, y de paso “ayudarla a llegar a su residencia”. ¡Qué hombre despreciable!

—¿Has venido con esa camioneta? —preguntó Catalina.

—Claro, tengo que cargar los huevos —aseguró Cristian.

Prefería tirarlos o regalarlos antes de dárselos a ese idiota. ¿Qué diablos había tenido en la cabeza cuando aceptó ese trato con él?, lo único que pensó era en sacarse esa cantidad de huevos de encima. Pero no había dimensionado el daño que le había hecho a Lago hasta ese momento, en que se fue convencido de que Cristian otra vez le iba a ganar una pulseada. Ella nunca sería parte de los juegos perversos de ese hombre, que desde el día que lo conoció solo le inspiró desprecio. Era atractivo, no iba a negar lo evidente, pero adentro de esa cabeza solo había maldad.

—¿Por qué quieres vender los huevos? —preguntó—. Dudo que tengas necesidad de hacer un trabajo extra.

—Todo trabajo extra me ayuda —aclaró Cristian, sin explicarle de qué vivía.

—¿A qué te dedicas, Cristian?

—¿Es una condición indispensable para vender los huevos?

—No lo sería para otra persona, pero estoy conociendo a mi abuelo a través de los vecinos. Y he descubierto que él tenía un criterio muy particular para los negocios en este pueblo.

—Tu abuelo me los habría dado sin preguntar.

—Salvo que hubiera tenido otras personas que se los hubieran pedido. En ese caso, creo que mi abuelo habría puesto en la balanza a cuál le sería más necesario el ingreso.

—¡Son solo unos huevos, maldición! —exclamó Cristian perdiendo el encanto—. Estás haciendo un análisis de mi situación económica por unos míseros huevos.

—Eso estoy haciendo. Para cumplir con las enseñanzas de mi abuelo, ya sabes —aclaró Catalina.

—Creo que es porque Lago no quiere que me los des a mí.

—¿Y por qué no querría? —preguntó Cata, contenta de haber conseguido que Cristian cayera en su propia trampa.

—Porque su meta es joderme la vida. Porque cada logro que consigo él lo boicotea. Porque se cree mejor que yo. Y la vida le ha demostrado que no lo es.

—¿La vida? Lago jamás habla de ti, Cristian. Creo que eres tú quien tiene todo ese rollo en tu cabeza —comentó Catalina—. Es más, para Lago no existes.

—Crees que has logrado conocerlo en los dos meses que llevas en el pueblo.

—Cuatro meses —aclaró Catalina.

—Pues te ha vendido una imagen que no es real. Si no pregúntale a mi exmujer —dijo Cristian. Sus palabras no eran encantadoras y su rostro estaba tan tenso que había perdido el atractivo.

—¿Estás hablando de Marisol? —preguntó llena de curiosidad.

—Ella podría borrar de un plumazo tu admiración por él —aseguró—. Y sabes qué, ya no me interesa hacerte el favor de vender los huevos. No necesitaba el ingreso, solo quería colaborar contigo como lo está haciendo el resto de los vecinos —dijo, y se marchó indignado.

¡Ayudarla! Él solo quería hacerla caer en sus garras para seguir jodiéndole la vida a Lago. Cristian era el mayor farsante que había conocido. ¿Y por qué iba a creerle a Marisol?, si era tan rastrera como él. Si algo le produjo satisfacción era que se largara ofendido. Ella no necesitaba corroborar nada. Leo ya había soltado lo que nadie quería traer del pasado.

CAPÍTULO 18

—Nel, me voy al banco a depositar el dinero que me trajo Carlos —gritó Catalina. Su amiga estaba pasando los ingresos del mes para entregárselos al contador que les llevaba el tema impositivo, y escuchaba música con los cascos puestos.

Nel estaba cantando en inglés, y como no sabía más que lo poco que había aprendido en el instituto su pronunciación era un desastre, y Catalina no tenía idea qué tema estaba escuchando.

Se paró delante de ella y agitó las manos para que le prestara atención.

—Me voy al banco a hacer un depósito —dijo Cata haciendo bocina con las manos.

—Ya te escuché. No estoy sorda —exclamó—. ¿Podrías pedirme un desayuno en el bar? Y si no es mucha molestia, esperarlo hasta que te lo entreguen.

Catalina la miró con un arqueo de cejas. Lago no venía más con el desayuno, ni con el almuerzo y había dejado de llevar la cena para compartirla con ella por las noches. El hombre que nunca perdía la calma llevaba una semana sin dirigirle la palabra. Era tan responsable que nunca dejó de ir a dormir al establo, pero llegaba cuando era noche cerrada porque sabía que ella ya no estaba en la galería.

Nel esa semana había pedido días en la guardería para ayudarla a solucionar la complicada contabilidad de los negocios del

abuelo, y se había dado cuenta de la distancia que Lago había puesto con ella.

—Nel, Lago lleva una semana ignorándome, y no pienso entrar al bar para que crea que lo estoy persiguiendo.

—Qué has hecho para que esté tan enojado.

—Te juro que no le he dado motivos. Solo se enojó porque acepté que Cristian vendiera los huevos.

—Ah, es por eso —dijo, y sonrió.

—No sé por qué sonríes. Yo no le veo la gracia —aclaró Cata.

—Se ha enamorado de ti —Aseguró Nel.

—¡De mí! Nel, eso no te lo cree nadie —gritó Catalina, no por las palabras de Nel, sino porque entró en pánico con su afirmación —. Es ridículo. Él solo me ayuda para que me sienta a gusto en el pueblo —susurró, con tan poca convicción que Nel arqueó las cejas.

Como iba a ser convincente si la intimidad que habían compartido no tenía nada que ver con la idea de ayudarla para que se sintiera a gusto. No podía negar que se había sentido muy a gusto con sus atenciones, Pero solo habían sido dos veces y porque ella lo había provocado. Eso no era amor. Lo de ellos solo era atracción. Solo era sexo sin compromiso. Solo eran amigos con derecho, como le había aclarado ella, y él había aceptado.

—Niégalo hasta que te lo creas —dijo Nel—. Yo conozco a Lago, y si no le importaras, no estaría tan enojado con tu acuerdo comercial con Cristian.

—Es que ya no tengo ningún acuerdo con Cristian —aclaró Catalina.

—¿Rompiste el acuerdo porque Lago se enojó? —preguntó Nel con admiración.

—Claro. Lago es… mi amigo. Como tú, Nel. Jamás haría algo que lo ofendiera —dijo, aunque su duda dio pie a Nel para confirmar que no solo Lago se había enamorado, sino que Cata también sentía

algo por él. Si no, ¿por qué iba a rechazar un trato comercial con Cristian?, si ella aceptaba todo lo que le ofrecían, aunque fuera un disparate.

—Ve a buscarme ese desayuno, que si sigues aquí, se me va a juntar con la hora del almuerzo.

—Creí que tú eras mi empleada —ironizó Catalina.

—Pero a ti no te importa que alguna vez se inviertan los papeles —comentó Nel.

—Claro que no. Cualquier cosa por nuestra amistad.

Nel se levantó de la silla y corrió a abrazarla.

—Tu llegada ha sido una bendición para mí. Pero también lo ha sido para Lago. Él está cambiado, ya no está tan estructurado, tan distante, tan comedido. Tú no lo conocías de antes. Si bien siempre fue responsable y solidario, era un hombre confiado. Lago merece a alguien que lo valore, Catalina. Merece a una mujer que sea capaz de romper un acuerdo comercial por él.

—Solo era vender los huevos de la semana —dijo Catalina.

—Eso es lo de menos. Lo importante es que lo elegiste a él —dijo Nel.

—Elegí nuestra amistad —aclaró Cata.

—Lo que tú digas, amiga —dijo Nel—. No te olvides de mi desayuno.

—Que sepas que me he dado cuenta que lo del desayuno es una acción deliberada para provocar un encuentro con Lago. Un encuentro que no tiene sentido porque solo somos amigos —gruñó, y salió del departamento dando un portazo.

Si Catalina quería negar lo evidente, quién era Nel para seguir insistiendo en lo contrario. Se sentó frente al ordenador a arreglar la desastrosa contabilidad que estaba llevando Catalina. Todos los ingresos los anotaba en hojas sueltas y algunos solo estaban en su cabeza. Como cuando le dijo, « me olvidé de anotar que Rodolfo me

trajo la renta del local » . Nel era administrativa en una guardería, y estaba acostumbrada a lidiar con las maestras, que a veces se acordaban una semana después de que una madre le había dejado el pago mensual a la salida, y sin recibo. Pero lo de Cata era un verdadero rompecabezas. Aunque trabajar con ella era fácil porque no gritaba, no se enojaba ni daba órdenes. Cata nunca se ponía en el papel de jefa. Tenía un concepto tan elevado de la amistad que habían forjado, que por nada del mundo iba a permitir que un trabajo interfiriera entre ellas. A Nel se le anudaba la garganta porque nunca había sido demasiado popular en el pueblo. Nunca había tenido una amiga de verdad, que diablos. Pero Cata había llegado para cambiar su vida.

La puerta de la oficina se abrió. Nel estaba cantando en inglés y se sacó los cascos al ver apoyado en el marco a Luis, que sonreía como si acabara de ver a una famosa cantante desplegando su melodiosa voz.

—¡Bravo! Espectacular —dijo Luis, y aplaudió encantado.

Nel sabía que fallaba en la pronunciación y tenía voz de gallo desafinado, por lo que creyó que era una burla. Se levantó de un salto y la silla terminó en el piso. Luis se tapó la boca para que no lo viera sonreír.

—Te estás burlando de mi voz —gruñó.

—Nunca haría eso. Esto es lo mejor que me pasó en el día. En todo el mes. En realidad en el año.

—Divertirte a costa mía —dedujo.

—Siempre me has parecido la mujer más divertida y encantadora del pueblo.

—Luis, eso no te lo cree nadie. Ningún vecino diría esa barbaridad —aseguró Nel.

—Son idiotas, porque nadie ve lo que yo veo —aclaró.

Y sí, él era el único que en el pasado se había enamorado de ella. Solo que por aquella época en que le declaró su amor, ella y

todas las jovencitas soñaban con Cristian. Y allí estaba el único hombre que había rechazado, porque nadie más se había fijado en ella, soltándole halagos que le habían coloreado las mejillas. Ella que era tan desinhibida no sabía cómo reaccionar, y decidió cambiar de tema.

—¿Has venido a ver a Catalina? —preguntó, intentando salir del apuro—. Ella se ha ido al banco.

—La acabo de cruzar y me pidió si podía revisarle el aceite de la camioneta. Me dijo que te pidiera la llave —dijo Luis.

Nel la había empujado a un encuentro con Lago, y Catalina le estaba devolviendo el golpe al mandar a Luis.

—Ya te las busco —dijo, y se acercó al colgador de llaves que había junto a la puerta, y al lado de Luis.

—Me preguntó si podías usar la camioneta.

—No se lo tengas en cuenta. Ella es generosa y… —dijo Nel sin mirarlo, y le tendió la llave.

—Le dije que sí —dijo Luis.

—¡Ah! —dijo, y se maldijo por comportarse de forma tan idiota. Ella era de más palabras, pero él… él la hacía sentir insegura. Toda la vida se había arrepentido de rechazarlo. El chico que todas deseaban había resultado ser un hombre despreciable, y agradecía todos los días de que nunca se hubiera fijado de ella.

—Te daría mi camioneta nueva si quisieras, Nelly.

—Eso es muy generoso, pero no creo merecerla. Te rechacé, ¿lo recuerdas?

—Soy un hombre paciente. Siempre he querido una mujer de carácter alegre, espontanea, divertida y generosa, y tú reúnes todas las cualidades.

—Solo me falta lo de sexi y hermosa —comentó.

—¿De dónde sacas que te faltan? Yo te veo muy atractiva.

—No como Marisol o Laura.

—Ellas no me inspiran deseos de besarlas. No me hacen pensar en una vida a su lado —aclaró.

—Luis —dijo Nel, y le brillaron los ojos—. ¿Tendrías una cita conmigo?

Luis sonrió encantado.

—Sería el hombre más feliz del pueblo. Pero me habría gustado hacer a mí la propuesta.

—Si eres un machista…

—No lo soy. Solo que llevo mucho tiempo deseando pedirte una cita.

—Pues dilo si es tu sueño.

—Nelly, te gustaría salir el sábado a cenar conmigo —preguntó Luis.

—Deja que piense si lo tengo desocupado —ironizó Nel, y Luis se quedó desconcertado. Ella agarró una hoja que había sobre el escritorio. Él se acercó y vio que había escrito un nombre, un monto de dinero, y al margen decía, esto me dejó Ferrero por alguna deuda o negocio de no sé qué diablos tenía con el abuelo—. Parece que tengo el sábado libre —dijo Nel, y se mordió el labio al ver que Luis estaba leyendo el papel.

Luis soltó una carcajada. Se acercó, le dio un beso en la frente y la miró con admiración.

—Ves que eres encantadora. Me has vuelto a alegrar el día con tus ocurrencias. El sábado te busco en tu casa.

—A las nueve en punto.

—Allí estaré —aseguró Luis, y salió sonriendo de la oficina.

Nel seguía de pie mirando la puerta, sin dejar de sonreír. Tenía que darle las gracias a su amiga por mandarle al único hombre que veía en ella a alguien especial. Todos estos años la había estado

esperando con paciencia, y tenía que aparecer Cata por el pueblo para regalarle la felicidad que siempre había soñado. Tener a Luis tan cerca le había provocado un cosquilleo agradable. Y con esas palabras tan bonitas que le decía, se sentía una mujer deseada, y eso era la primera vez que le pasaba.

Se puso a bailar en la oficina y así la encontró Lago.

—Y esa alegría.

—Luis me invitó a cenar el sábado —dijo Nel, y siguió bailando—. Tengo que agradecerle a la entrometida de Cata, que me lo mandó con la excusa de buscar la llave de la camioneta. Sabías que se me declaró en el instituto y yo lo rechacé porque creía que podía conquistar a Cristian. Me he arrepentido toda la vida, pero él me dijo que era paciente. Me ha estado esperando —exclamó llena de felicidad.

—No sabes cuánto me alegro —dijo Lago, y dejó la bandeja con el desayuno en el escritorio donde tenía todos los papelitos de la contabilidad de Cata.

—¿Es mi desayuno? ¿Te lo encargó Catalina?

—Se lo encargó a Luciano.

—Y tú lo has traído para intentar acercarte a ella.

—Lo traje porque el camarero ha ido a la ferretería a dejar un desayuno.

—Créete tú la mentira, Lago, porque yo estoy segura de que has venido con el deseo de verla.

—La veo desde el bar todos los días —dijo Lago.

—Hace una semana que no la hablas porque hizo negocio con Cristian.

Lago se frotó el cabello.

—Catalina no es Marisol, Lago —aseguró.

—Nadie se resiste al encanto de Cristian, Nel.

—Eso es lo que él quiere que creas —aseguró Nel—. Después de lo de Marisol, ya nadie quiere tener nada que ver con Cristian. Eres tú el candidato perfecto que todas quieren atrapar —aclaró Nel.

—Eso es ridículo —aclaró Lago.

—Seguro que has visto que Laura y algunas más acampan cerca del bar para que las veas.

Él era indiferente a las acampadas de las que hablaba Nel. Era indiferente a todas las mujeres, hasta que llegó al pueblo la consentida y le dio vuelta todas sus decisiones. Una semana sin hablar con ella era mucho tiempo. Pero prefería mantenerse al margen antes de ver a Cristian desplegando sus armas de conquista hasta que ella cayera bajo el embrujo de su falso encanto.

Ninguno se percató que Catalina estaba apoyada en el marco de la puerta, escuchando la conversación de los dos.

—Pero mira tú lo que te tenías guardado —dijo Catalina.

Lago maldijo en un susurro y se giró a mirarla. Estaba preciosa con una coleta alta, y dos mechones a cada lado de ese rostro que veía en sueños. Tenía un pantalón corto de tela vaquera y una camiseta sin mangas con una flor bordada en el pecho y, como todos los días, llevaba en los pies las alpargatas que él le regaló cuando llegó al pueblo. Ninguna prenda de marca la hacía tan encantadora como la sencilla ropa que usaba desde que llegó a Los Espinillos. Tenía que reconocer que tenía buen gusto, y buena percha para lucir encantadora con cualquier cosa que se pusiera.

—¿Catalina no es Marisol? ¿Y eso qué significa? —preguntó Cata, aprovechando el momento que se le estaba presentando. Era su oportunidad de que se sincerara con ella sin tener que mandar al frente al odioso adolescente que trabajaba en la granja, y que en un momento de furia había soltado lo que nadie quería contar.

Lago miró a Nel con ganas de estrangularla. Pero Nel era inmune a sus ojos asesinos. Le sonrió y se acercó a la puerta.

—Me mandaste a Luis para vengarte, y no sabes lo feliz que estoy. Me invitó a cenar. Aquí te dejo con tu enamorado —dijo esto último en un susurro, y salió sonriendo del departamento al ver el entrecejo fruncido de su amiga.

CAPÍTULO 19

—Parece que se te da bien arreglar la vida de los demás —dijo Lago.

—Celestina es mi segundo nombre —dijo Catalina, y Lago sonrió—. Cuéntame cómo es eso de que no soy Marisol. —dijo Catalina, como si tratar el tema de la traición fuera un cotilleo sin importancia. Es que no había otra forma, puesto que supuestamente ella desconocía lo que le había pasado—. Me ofendería si creyeras que me parezco a esa rubia estirada que se cree superior a mí. Jamás me saludó ni se presentó.

—No hay nada que contar.

—Yo creo que me tiene celos porque tú estás pendiente de mí —dijo Catalina.

—No estoy tan pendiente.

—Me traes el desayuno, el almuerzo y de noche llevas la cena. Duermes en mi casa.

—En el establo.

—Es lo mismo. Los dos sabemos que estamos a un paso del otro —dijo Catalina—. Aunque hace una semana que has decidido pasar de mí. ¿Te has encontrado a otra?

Él apretó los puños. Por qué no dejaba de hablar.

—Ya te dije que si estás conmigo, las otras se quedan afuera. No me gusta compartir —aclaró Catalina.

Catalina se quedó esperando una explicación, una pequeña frase, algo que le permitiera creer que era importante para él, que merecía una maldita palabra.

—Y esa Laura es espantosa, Lago. No es para ti. Se cree mejor que todas las mujeres del pueblo.

—No me digas —dijo, apoyó el trasero en el escritorio, se cruzó de brazos y le sonrió—. ¿Has hablado con ella?

—No me ha dirigido la palabra desde que llegué, y ya hace casi cuatro meses. Es más, me mira como si me odiara. Debe ser porque sabe que tú estás loquito por mí —dijo, y recordó que la única vez que le habló fue para decirle donde quedaba el hotel de Francis. No tenía dudas lo había hecho para que se largara, y seguir acaparando la atención de Lago.

—¿Eso es una afirmación? —preguntó Lago. Se lo estaba pasando en grande, puesto que él no decía nada, mientras ella estaba segura de que lo tenía agarrado de las pelotas.

—Yo no tengo la culpa de que me hayas elegido. No voy a negar que siempre está impecable, con ese cabello tan cuidado, esas ropas exóticas y esos andares de modelo.

—Como eras tú en la ciudad.

—No, querido. Yo era diez veces mejor que ella —aseguró Catalina—. Pero, volviendo a Laura, no tengo dudas que se pasea varias veces al día por el bar para llamar tu atención —aclaró Catalina—. ¿Te gusta?

—La conozco de toda la vida, Catalina.

—No es eso lo que te estoy preguntando.

—No como me gustas tú —dijo Lago.

Catalina abrió la boca para seguir soltando cualquier cosa y no se le ocurrió qué decir.

—Y Marisol. Aunque supongo que no cuenta porque está casada y ya tiene dos hijos —comentó.

Lago se tensó. Ya no estaba con el trasero apoyado en el escritorio, sino que se levantó y se acercó a la ventana. Metió las manos en los bolsillos, y Catalina supuso que era para disimular la tensión.

—De ella no se habla —dedujo Catalina.

—No merece la pena perder el tiempo en Marisol —dijo Lago.

—Pero te afecta —dijo Catalina.

Lago no respondió.

—Hay una mujer en tu vida que es más importante que yo —dedujo—. No debería molestarme, puesto que solo somos amigos con derecho. Pero sería espantoso estar en tus brazos, o disfrutando de tener sexo contigo mientras tú te imaginas que lo estás teniendo con otra mujer, con Marisol —dijo Catalina.

Eso sacó a Lago de la imperturbabilidad. Se giró y la miró con el entrecejo fruncido.

—¿Es eso lo que crees, Catalina? —preguntó Lago.

—Ella te mira con anhelo y tú la ignoras. Algo hay entre ustedes que nadie quiere contar —dijo Catalina, y ya no podía llegar más lejos sin delatar al irritante de Leo. Se sentía decepcionada porque ella no era importante en su vida como para que él le confesara lo que le había pasado—. Vete, Lago —pidió—. No me gustan las personas que guardan secretos.

—Tenemos una relación —dijo Lago.

—Qué clase de relación es esa en la que yo cuento todo y tú nada. Solo sexo cuando no tienes a otra mujer con la que desahogarte —aseguró Catalina.

—Eso es muy injusto para ti —dijo Lago—. Jamás sería tan rastrero. Y te aseguro que no me falta una mujer con la que desahogarme, como dices tú. Pero solo quiero estar contigo.

—Mientras no toquemos temas espinosos —aseguró Catalina.

—Estuve siete años de novio con Marisol. Ahí está lo que a ti te da tanta curiosidad y yo prefiero olvidar.

—¿Siete años? —preguntó Catalina.

—Podría decir nueve si cuento los dos años que pasamos tonteando, pero sin concretar nada.

—¿Y te dejó por Cristian? —preguntó Catalina, llena de curiosidad. Ella sabía el desenlace pero no los motivos que impulsaron a Marisol a cometer esa traición.

—Sí. Quizá había señales y no las quería ver. La verdad que no lo sé, y tampoco perdí el tiempo en averiguarlo.

—Compraste esa casa pensando en formar una familia —preguntó Catalina.

—Después de siete años uno hace planes.

—¿Se iban a casar?

—Sí. Pero tuvimos una discusión por la fiesta. A ella se le antojó una casona que alquilaban para casamientos. Había comprado la casa, y tenía reservado los muebles. No me podía permitir contratar la casona con todos los adicionales que quería Marisol. La orquesta que eligió salía lo mismo que el juego de dormitorio que estaba pagando en cuotas. Todos los días encontraba algo para agregar, algo que no podía pagar. Le dije que no podía afrontar ese gasto y que mi madre me había ofrecido el hotel. Pero se puso como loca y me dijo que uno se casaba una vez en la vida, y que ya llevábamos seis años de novio y debería haber ahorrado. Mis ahorros se fueron en la casa, pero no quiso entender, y nos distanciamos. Pensé que sería algo pasajero. Incluso estuve averiguando sobre un crédito para contratar todo el servicio de la casona. Por suerte, personas que me apreciaban, veían todo lo que estaba pasando desde la vereda de enfrente y me hicieron entrar en razón. Casi hipoteco el bar para darle con el gusto. Ella empezó a salir con sus amigas todos los fines de semana. Yo no sabía cómo recuperarla. Le regalé flores, bombones, iba todos los días para

intentar reconciliarnos, pero ella seguía empecinada con la casona. En eso no cedí. Le compré a crédito una gargantilla que a ella le gustaba, y el sábado fui a la discoteca donde iba con sus amigas, dispuesto a pedirle que no tiráramos por la borda lo que teníamos por una fiesta que no podía pagar. Cuando entré todo lo que habíamos tenido se desmoronó como un castillo de naipes cuando la vi bailando con Cristian. Estaban muy juntos y se frotaban como si estuvieran haciendo el amor en público. Fue la peor traición que podía haberme hecho. Ella sabía que llevaba toda la vida lidiando con la envidia que me tenía Cristian. Allí había mucha gente que nos conocía de toda la vida, y a ella no le importó. Me quedé afuera aguantando la ira, porque estaba seguro de que eso no terminaría allí, y no me equivoqué. Al rato salieron juntos. Los seguí y los vi entrar a un motel de la ruta. Ese fue el último día que hablé con ella.

—¡Eso fue muy cruel! ¿No te dio una explicación?

—¿Qué explicación me podía dar, Cata?, que como no accedí a hipotecar el bar para contratar la casona con la que estaba encaprichada, se acostó con el hombre que ha vivido para joder la mía. Hasta el día de hoy me pregunto cómo no me di cuenta que esa mujer era una arpía.

—Te mira como si quisiera hablar contigo, como si quisiera recuperarte. Pero tú la ignoras.

—No tiene nada que recuperar. Tiene la vida que eligió. Dos meses después me enteré que estaba embarazada. Mío no era porque llevábamos cuatro meses sin tener nada. Se casó de apuro en la capilla del pueblo, y la fiesta fue un brindis y unos sándwiches en el patio de la casa de Nancy. Hasta el día de hoy, sus padres repiten que se perdió el mejor partido del pueblo. En eso me convertí, en el mejor partido del pueblo.

—Lago, yo no sabía…

—Creo que lo sabías, Cata. Solo que no sabías los detalles, que yo evitaba contarte porque todo esto que en una ciudad pasa desapercibido, en un pueblo te convierte en el pobre tipo al que

traicionaron —aclaró Lago—. Y no quiero que pienses en mí como en un pobre tipo.

—Yo solo estaba pensando que menos mal que te libraste a tiempo de alguien que no te merecía —dijo Cata—. Si no te la hubieras sacado de encima, nunca habríamos sido amigos con derecho.

Lago soltó una carcajada. Después de todo lo que le había contado, ella solo veía la ventaja de aquel hecho, y le encantó su punto de vista.

—Algo más que amigos con derecho, creo yo.

—No te pases. Estás yendo demasiado rápido —aclaró—. Por cierto, Nel habló con José, y está contento de hacerse un extra vendiendo los huevos de mis gallinas.

—¿Y Cristian?

—Querido, yo no soy Marisol. Jamás haría trato con el diablo. Me dejaste claro que lo mantuviera lejos, y eso fue lo que hice.

Lago la agarró del brazo y la pegó a su cuerpo. El beso le arrancó un jadeo y Catalina le rodeó el cuello con los brazos. Él estaba duro, y ella llevaba una semana esperando que dejara de ser idiota y se rindiera.

Por fin su palabra tenía valor. Le había costado no correr a contarle que había rechazado el trato con Cristian. Ella tenía que esperar porque una relación era de dos, y no era justo que siempre fuera ella la que corría a su encuentro, la que rompía todas las promesas.

—No te imaginas lo que valoro tus palabras.

—Seré esnob, caprichosa y la consentida de mi abuelo, porque quizá falló en muchas cosas, pero me enseñó valores. Nunca se traiciona a las personas que confían en ti. Mi mejor amiga me decepcionó cuando llegué a la granja. Estaba tan desesperada que la llamé, pero ella no tuvo tiempo para escucharme porque estaba con nuestros amigos en la inauguración de una discoteca nueva. No

me dedicó ni una palabra de aliento, ni se ofreció a venir a verme. Estaba horrorizada por lo que me estaba pasando y me pidió que encontrara la forma de regresar para recuperar mi vida, y que hiciera cualquier cosa para recuperar el deportivo —dijo Catalina—. En las buenas y en las malas, eso era lo que siempre nos repetíamos. En las malas estuvieron las personas de este pueblo que querían al abuelo y me ayudaron a sentirme menos sola. Estuvo Nel, que se convirtió en una amiga en la que confío con los ojos cerrados. Pero sobre todo estás tú. Aunque te eche, aunque te enojes y pienses que voy a traicionarte, sé que vas a estar.

—Siempre voy a estar —dijo Lago.

Él había pensado que ella no se quedaría mucho tiempo. Qué poca fe le había tenido. Llevaba cuatro meses allí, y Lago creía que había encontrado el camino del que hablaba su abuelo. Ella era adaptable y se había integrado a un sitio que no tenía nada que ver con la vida que había llevado.

Y como era tan adaptable, quizá mañana decidía seguir viaje por otro camino, pero eso era algo en lo que no quería pensar en ese momento. Se acercó a la puerta, giró la llave y le sonrió dispuesto a disfrutar del presente. Ella interpretó sus intenciones. No necesitaron palabras. Estaban comenzando a entenderse como si llevaran muchos años juntos. Ella se quitó la ropa, él hizo lo mismo porque no tenía sentido seguir sacando suposiciones sobre el futuro.

CAPÍTULO 20

Cinco meses alejada del ruido de la ciudad, del alcohol, de las fiestas sinsentido, de amigos que no valía la pena tener en su vida. Cinco meses en los que había hablado con su padre cada quince días, pero nunca había venido porque corría de un país a otro atendiendo los hoteles, aunque Cata no le había creído.

El tío Felipe también la llamaba una vez al mes para saber cómo lo estaba llevando. Ella le decía que estaba bien, que tenía buenos amigos y que los vecinos la estaban ayudando en todo lo que podían, sin entrar en detalles. Él le explicó que había decidido delegar la responsabilidad que le había cargado Anselmo, total no estaba para saber si cumplía o no con su última voluntad. "No estaba", esa era una realidad que a Catalina todavía de estrujaba el corazón. ¿Qué diría el abuelo si pudiera ver cómo había convertido una granja abandonada en su paraíso?

Felipe le contó que su padre estaba haciendo un buen trabajo en todos los hoteles y que viajaba constantemente. Cata descubrió que no le había mentido. También le dijo que Adelina hacía algo más que limarse las uñas y chatear con sus amigas. Felipe le había delegado el control de los negocios que su padre tenía en la ciudad, y si bien tenía la cabeza algo dura, los hijos eran más despabilados y habían comenzado a trabajar por un sueldo discreto. Todo marchaba bien, y él estaba recuperando tiempo para dedicarse a sus actividades. «He podido volver a mi empresa de enlatados. He comprado la máquina que me faltaba y ahora nosotros hacemos también las etiquetas. Si vieras lo lindas que quedan». Felipe vivía

en un pueblo cercano a la ciudad, donde tenía su empresa. También se había recibido de contable y estaba retomando el trabajo con los clientes que había delegado en un colega cuando Anselmo lo dejó al mando de sus negocios. Al único que no había logrado encausar era a Plácido, que seguía viviendo de las rentas que le daban sus dos propiedades, la casa de la playa y la cabaña. «Gana lo suficiente con la casa de la playa para vivir sin trabajar, y como Anselmo se encargó de que no les faltara nada a sus hijos, sigue siendo un tiro al aire».

La última vez que hablaron, Catalina se animó a contarle que por sugerencia de un vecino del abuelo, que se llamaba Hernán, habían sembrado maíz en algunas hectáreas de tierra virgen, y que faltaba poco para levantar la cosecha. Hernán quería hacer la cosecha temprana para rotar la siembra para el invierno. También le habló de las gallinas y de la huerta. No le explicó sobre los negocios del abuelo porque suponía que ninguno de sus hijos sabía nada del tema. Ellos creían que había heredado una granja abandonada, y era mejor que siguieran ignorando todos los negocios atados a La Esperanza. Felipe se pondría contento por ella, pero si le contaba a Adelina o a Plácido, encontrarían la forma de intentar arrebatarle su herencia, aunque legalmente no podían hacer nada.

Catalina había hablado con el abogado del abuelo, y él sí sabía de los negocios que tenía en el pueblo. «Un quebradero de cabeza para tu abuelo, jovencita. Pero lo hacía más por afecto que por inversión».

Ella dedujo que el abuelo se había ido de Los Espinillos, pero su corazón siempre había quedado en ese lugar. Y mientras para el abuelo habían sido un quebradero de cabeza, para ella era el motivo por el que cada mañana se levantaba entusiasmada a emprender su nueva vida.

Estaba lista para ir al centro cuando vio entrar una camioneta negra cargada con ramas y lo que parecían unos árboles pequeños. El hombre que bajó se presentó como Manu López, y le dijo que tenía una deuda con Thompson que nunca había pagado. Una deuda

de muchos años, pero que por un motivo, que no pensaba explicarle, no la había pagado. Ahora que estaba muerto la sentía como una carga, como algo que necesitaba resolver para dejar de torturarse la cabeza.

Después de cinco meses viviendo allí, ya no esperaba más acreedores del abuelo. Tenía unos cuantos, que le pagaban como podían y con lo que podían. Siguiendo el consejo de Lago, ella aceptaba todo, salvo al que le había querido traer una vaca. Al parecer, Manu López pensaba llenar de árboles la granja, dedujo al ver los arbolitos en la cabina de la camioneta.

—¿Y eso que ha traído qué son? —preguntó Catalina—. Tienen pinta de árboles, y me viene bien para parar el viento.

—Estos, jovencita, no son para parar el viento. Son kiwis, y tendré que pensar en hacer también un cerco para cortar el viento. El kiwi es enemigo del viento —aclaró, y se puso a inspeccionar la zona—. Si estás de acuerdo podría armar todo detrás del establo, porque el edificio servirá de barrera protectora —aclaró.

—Me parece genial, Manu —dijo Catalina.

No tenía ni idea de cultivar kiwi, si es que así se llama a sacarlos de la planta cuando estuvieran maduros. Pero los kiwis le gustaron más que las gallinas, y se acercó al establo para ver lo que pensaba hacer Manu López. Él se puso a sacar todo lo que había traído para poner en la tierra las plantas de kiwi. También bajó un montón de vigas de madera y ramas tan lisas que parecían cañas. Le dijo que era para armar una estructura que llamó emparrado, porque el kiwi crecía igual que las parras de uva. Manu le explicó que no necesitaban tantos cuidados, pero repitió que había que protegerlos del viento.

Tenía un nuevo emprendimiento, una nueva ilusión que la llenó de entusiasmo. Le dijo que tenía que ir al pueblo y lo dejó trabajando solo en la granja. Mientras manejaba la camioneta de Luis, dejó volar su imaginación, como le había sugerido Lago el día que llegó. Ya veía las ramas enroscadas en la estructura, formando

un techo de hojas donde crecían los kiwis como si fueran uvas. Se imaginó la cosecha, la cantidad de fruta que iban a sacar, los cestos para juntar las frutas. Llegó al centro en un abrir y cerrar de ojos, dejó la camioneta frente a la plaza y se quedó en la vereda del bar, mirando a Lago a través de uno de los ventanales. Lago estaba hablando con un cliente que desayunaba en una mesa. Cuando la vio del otro lado del cristal, se disculpó y salió a la calle.

—¿Ha pasado algo? —preguntó, y se paró frente a ella. A Cata le brillaban los ojos y tenía esa sonrisa que no se cansaba de admirar.

—Si te dijera que después de cinco meses ha aparecido otro acreedor del abuelo, ¿me creerías? —preguntó.

—De Anselmo puedo creer cualquier cosa. Tiene acreedores hasta debajo de las piedras.

—Eso parece —dijo Cata, sin dejar de sonreír.

—¿De dónde salió y qué le debía?

—No sé de dónde salió. Habla poco. Solo me dijo que se había enojado con él y decidió no saldar la deuda. Pero desde que el abuelo murió le pesa la deuda, y decidió pagarla en especies.

—¡Otro emprendimiento más! —exclamó Lago. Él le había sugerido que aceptara lo que le ofrecían, pero nunca se imaginó toda la diversidad de cosas que encontraban los acreedores para pagar en especies.

—¡Plantas de kiwi! La granja se va a llenar de kiwis. ¡Te imaginas lo hermoso que será verlos crecer! —exclamó, Cata.

Lago frunció el entrecejo. Él la estaba ayudando porque cada día sumaba más trabajos.

—Ya tienes la huerta, los frutales y las gallinas.

—Te estás olvidando del maíz —aclaró Catalina—. Y ahora voy a tener una plantación de kiwi. ¿Crees que será fácil ubicarlos en el mercado?

—Primero hay que conseguir que den frutos, Catalina.

—Me dijo que no necesitan mucho cuidado. Solo hay que protegerlo de los vientos. Algo complicado en ese sitio donde el viento del norte solo dejará de soplar cuando llegue el viento del sur —aclaró Catalina.

—¡Qué exagerada! —dijo Lago, y soltó una carcajada—. Siente la brisa fresca que tenemos hoy. Casi no te vuela el cabello —aclaró.

Quizá tenía razón. Catalina no sabía si se había acostumbrado al viento, o ya no soplaba tan fuerte.

Lago le colocó el cabello detrás de la oreja y los dos se miraron.

—Estoy contenta con los kiwis. Hice todo el trayecto pensando en el día que los cosechemos —susurró Catalina.

Lago sonrió porque ella ni siquiera se daba cuenta que siempre lo incluía a él en los proyectos. Cuando vendamos las verduras. Cuando cosechemos el maíz. Y ahora había dicho cuando cosechemos los kiwis. Él la ayudaba en todo lo que podía, pero los frutos del trabajo eran de Catalina.

Quizá el plural era porque él cada vez pasaba menos tiempo en el bar y más en la granja haciendo algún trabajo. Le gustaba el trabajo físico, le gustaba el campo, pero sobre todo le gustaba tenerla cerca, robarle un beso, aunque se quejara, y abrazarla, aunque intentara alejarse sin éxito.

—Lo sé, y me encanta tu sonrisa cuando algo te llena de entusiasmo —susurró Lago, y la abrazó.

Ellos nunca hacían demostraciones en público. Aunque en el último mes Lago solía besarla cuando la encontraba regando la huerta o podando las flores.

A veces se acercaba por detrás, le rodeaba la cintura y le decía, tengo ganas de desnudarte y hacerte el amor aquí mismo. Ella le decía, no te pases, que solo compartimos sexo del bueno.

Pero sus caricias la hacían estremecer y le aceleraban los latidos, solo que se negaba a reconocerlo.

—Suéltame, que se van a creer que hay algo entre nosotros —pidió Catalina.

—Acaso no hay algo entre nosotros —susurró, sin soltarla.

—Solo sexo, vaquero —dijo Catalina, pero su voz era tan poco convincente que Lago rio. Cata lo alejó de un empujón. Oteó los alrededores, vio a dos personas en la plaza, y no tuvo dudas que estaban pendientes de ellos—. Mira lo que has provocado —dijo Cata, y señaló a dos mujeres que los miraban. Cuando miró con más atención, vio que una era Rosa—. Y una es tu abuela, maldición.

Lago siguió sonriendo.

—Se va a enterar todo el pueblo que abracé a la nieta de Anselmo —comentó jocoso—. Por cierto, no me has dicho quien es ese deudor de tu abuelo que te ha pagado con plantas.

—Se llama Manu López. Y no solo me ha pagado con plantas, sino que se quedó en la granja montando una estructura que no recuerdo como se llama, porque los kiwis sacan ramas que se enroscan como las de las parras.

—¿El Loco Manu te ha pagado con kiwis? ¿Y tú lo dejaste trabajando en la granja? ¡Solo! —exclamó Lago—. Dios mío. Quédate ayudando en el bar, que tengo que ir volando antes que el loco rompa el gallinero o destruya el huerto —dijo Lago, le quitó la llave de la camioneta de Luis y salió disparando.

—Lago, creo que estás exagerando. A mí Manu no me pareció loco. Y no sé nada del bar —gritó, pero él ya se había ido.

—¡Has dejado al loco Manu solo en la granja! —exclamó Nancy, que se acercó caminando con Rosa.

—Qué tiene de malo —se quejó Cata.

—Jovencita, ese hombre no quería mucho a tu abuelo. Tenían una mala relación de años —dijo Rosa.

—Y eso qué tiene que ver conmigo —dijo Cata, aunque sabía que tenía todo que ver. Muchos vecinos la habían ayudado porque apreciaban a Anselmo. Y si el loco no lo quería…—. Bueno, no creo que esté haciendo demasiado daño. Recién lo dejo en la granja, y Lago ha salido disparando para allí —aclaró.

—¿Hay algo entre Lago y tú? —preguntó Nancy.

Ese era un pueblo pequeño. Cata apretó los puños al suponer que Lago lo había hecho con la intención de que todos se enteraran de que ellos tenían unas noches de sexo memorable.

—Ya estás metiendo la nariz donde no debes. Mejor ve a ocuparte de que Cristian deje de mariposear con todas las mujeres y se ocupe de la loca de tu nuera —dijo Rosa.

—No te permito que hables así de mi hijo y de mi nuera —dijo Nancy, y se alejó ofendida.

—Eso estuvo fuerte —comentó Catalina.

—Pero funciona. Mira como se fue espantada —aclaró Rosa—. Ven, vamos al bar que creo que te vendrá bien aprender a hacer alguna comida ligera. Siempre es útil, sobre todo teniendo tantos alimentos en tu granja. No puede ser que no sepas ni hacer un huevo frito —aclaró.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Catalina.

—Porque mi nieto vive saqueando mi nevera —aclaró.

—Creí que la compraba en el restaurante. Además, la mayoría de las veces comemos lo que sobra del bar—dijo Cata.

—Igual, está bueno aprender a hacer una tortilla.

Estuvo hasta pasado el mediodía intentando hacer algo decente en la cocina del bar. Luciano, el amigo de Lago, entre risas le daba algunas clases básicas, sobre cómo cortar las verduras para los sándwiches, como hacer una carne jugosa a la plancha, un huevo frito y la famosa tortilla. No le salió muy bien, pero estaba intentando aprender lo básico.

Al mediodía tomó los pedidos, sirvió los almuerzos, las bebidas, y hasta conversó con los vecinos que iban siempre a almorzar algo ligero para regresar a sus trabajos. Muchos trabajaban en el banco y en el municipio. Otros tenían un negocio, y a veces se quedaban durante la siesta para limpiar, acomodar mercadería, o hacer las tareas administrativas. En las cuatro horas que estuvo ayudando habían entrado muchos clientes, y ninguno se quejó de su inexperiencia, y eso que había volcado una bebida en la camisa de uno de los clientes, pero en vez de quejarse se mataron de risa y dijeron que eso le pasaba a todos los novatos.

Pasó un día genial, riendo y hablando con mucha gente. Se enteró algo de sus vidas, de sus familias y en qué se entretenían los fines de semana. Algunos pescaban, otros salían a pasear por pueblos vecinos y varios escalaban las montañas que se veían lejanas desde la granja. Solo están a veinte kilómetros. «Lago solía unirse a nuestras excursiones», comentó uno de los hombres.

¿Lago habría ido con sus amigos a escalar en los cinco meses que ella llevaba allí? No lo sabía. ¿Por qué nunca le había contado que le gustaba escalar la montaña que se veía desde la granja? Los últimos fines de semana los había pasado con ella. Se sintió culpable de quitarle los únicos días libres que podía pasar con sus amigos. Pero de eso se acababa de enterar, y nunca le había pedido que trabajara en la granja los fines de semana. Incluso solía decirle que se largara, pero él la ignoraba.

—Cata, ya no hay mucho por hacer por aquí. Te dejo libre. Uno de los chicos se queda hasta la noche. Si quieres te acerco a la granja —dijo Luciano.

—No hace falta. Regreso caminando. ¿Quieres que le diga algo a Lago? —preguntó.

Luciano la miró con un arqueo de cejas.

—Dile que se lo pase genial —dijo, y salió del bar.

—¿Y eso qué diablos quiere decir? —preguntó Catalina.

—Nada. Solo es un buen deseo —dijo, y cerró la puerta.

Catalina entró a la cocina, se preparó una vianda con comida, saludó al chico que estaba detrás de la barra y se fue.

Cuando llegó a la granja vio a Lago trepado en una escalera y a Manu alcanzándole las ramas que amarraba a los postes en T que habían distribuido protegidos del viento detrás del establo. Los dos trabajaban en armonía, y ella todavía no entendía por qué lo llamaban el loco.

—Eso parece mucho trabajo —dijo Catalina.

—Este muchacho se cree que no soy capaz de hacerlo solo. He puesto estos postes en todos mis campos, sin ayuda de nadie —aclaró Manu.

—Será porque nadie quiere trabajar para ti —dijo Lago, el sudor le caía por la espalda y dedujo que no había parado de trabajar desde que ella se había ido.

—He traído unos sándwiches del bar. Y tengo cerveza y jugo en la nevera —dijo Cata.

—Yo no como cuando trabajo —dijo Manu, y Catalina vio que Lago apretaba la mandíbula.

—Pero Lago está agotado —dijo Cata.

—Es joven, puede aguantar hasta que terminemos —aclaró el hombre. Era intransigente, autoritario y se había ganado a pulso el apodo.

—No sin tomar algo —dijo Catalina, se alejó y regresó con dos sillas de jardín, la bolsa con los sándwiches y un termo con jugo —. Baja de ahí si no quieres que suba a buscarte —gritó a Lago—. Y tú, loco Manu, será mejor que te sientes y comas algo antes de que busque la escopeta y en lugar de agradecerte el trabajo, te corra a tiros.

El loco Manu la miró con el entrecejo fruncido, pero se sentó sin decir una palabra. Lago negó con la cabeza, sonrió y bajó a

comer y a tomar el jugo helado.

—Te ha salido la vena perversa —comentó Lago.

—Es igual de autoritaria que su abuelo —dijo Manu.

—A mí nadie me dice lo que tengo que hacer —aclaró Cata—. Y sí, eso me lo enseñó mi abuelo, pero también me enseñó a ser agradecida. En este momento estoy muy agradecida por el trabajo que te estás tomando para plantar los kiwis. Estoy muy entusiasmada. No veo la hora de verlos llenos de frutas.

—Mi deuda era más grande que estos pocos frutales —aclaró.

—Me imagino —dijo Lago, que comía como si hiciera una semana que no probaba bocado—. Aunque dudo que digas de qué se trataba.

—No pienso decirlo —aclaró—. Van a tener que conformarse con lo que les estoy dando.

—Son de Catalina, no míos, viejo loco —dijo Lago.

Cata no entendía por qué lo provocaba. Tampoco preguntó delante de Manu.

Cuando terminaron, el loco le ordenó a Lago que subiera a la escalera para seguir amarrando las ramas, porque él no tenía todo el día para perder en armar la pérgola. Catalina entró a la casa para no mandarlo al diablo. Ese hombre la sacaba de las casillas.

Recogió los huevos, regó el huerto, las plantas, probó de hacer una tortilla, que tuvo que tirar porque se le quemaron las papas mientras cortaba la cebolla, y terminó haciendo unos fideos hervidos con queso de rallar para la cena. Pero Lago y Manu seguían amarrando ramas, y Cata se compadeció de Lago.

Ella había llegado para complicarle la vida a un hombre que, atendía un bar, charlaba con los clientes y se iba a escalar una montaña con sus amigos los fines de semana. Se lo imaginó sentado en una roca plana en la cima, bebiendo cerveza mientras miraba el

atardecer, y conversando de cualquier cosa que les interesaba. Quizá de sus aventuras amorosas y…

CAPÍTULO 21

Cuando Lago entró a la casa arrastrando los pies, Catalina siguió sumando culpas, porque no solo le había robado su tiempo, sus salidas con amigos a escalar la montaña, sino que encima lo estaba dejando sin aliento, y no por el sexo que compartían, sino porque él se hacía cargo de los trabajos más pesados de la granja. ¿Qué iba a hacer con él? ¿Cómo decirle que ya podía seguir sola?, si una de las razones por los que estaba tan feliz en una granja, era porque él estaba a su lado.

—Lago. ¿Estás bien? —preguntó Catalina, y se horrorizó al ver que parecía que le había pasado un camión por encima.

—Estoy hecho polvo. No siento los brazos y me tiemblan las piernas —dijo, y se dejó caer en el sillón.

—¿Por qué has venido a hacer el trabajo? Si Manu se ofreció a hacerlo —comentó Catalina.

—Porque el loco pierde la paciencia y termina rompiendo todo —aclaró—. Ya viste lo irritante que es.

Claro que lo había visto. Ella se había mantenido al margen para no mandarlo al diablo. No quería tener al loco de enemigo, y había descubierto que Lago lo corría para el lado que disparaba, pero así había quedado.

—Voy a prepararte el baño. Una ducha te vendrá bien —dijo Cata.

La miró desconcertado. Ella quería mantener esa distancia ridícula y nunca le había ofrecido que se duchara en su casa. Incluso, después de hacer el amor, le decía que le gustaba dormir sola. Él no le creía, pero estaba haciendo gala de su famosa la paciencia de santo.

—¿Me puedo duchar en el baño de la princesa? —preguntó con ironía.

—Es una excepción —aclaró Catalina—. Espero que tengas ropa limpia en la mochila.

—Podría quedarme sin ropa —dijo Lago, y esperó su reacción.

Ella se ruborizó y salió disparada al baño, y él no pudo contener la risa. Abrió la ducha y le avisó de que le dejaba una toalla limpia y bien grande.

Bien grande para no caer en la tentación, pensó Lago y sonrió. Acababa de dar un paso más en la relación. Estaba usando su baño, pero sabía que intentaría mantener su férrea determinación de seguir repitiendo que lo de ellos era solo sexo. Algo que ni ella se creía, y él disfrutaba viendo como de a poco iba claudicando.

Salió del baño con una toalla pequeña que apenas le tapaba sus partes íntimas. Ella lo miró con la boca abierta, y al acto se convirtió en la reina del hielo.

—Siéntate a comer, que te he hecho unos fideos con queso —dijo.

Los fideos estaban tan pasados que se habían convertido en un pegote pastoso, pero había hecho el esfuerzo de cocinar y él estaba muerto de hambre. Además, mejoraban un poco agregándoles queso, y se los devoró. Ella lo miró orgullosa.

—No estaban tan mal —comentó Catalina.

—Estaban deliciosos —mintió Lago, y se levantó—. Esta noche dudo que pueda satisfacer a mi consentida —aclaró.

—Ni siquiera se me pasó por la cabeza tener sexo —dijo Catalina—. Me siento tan culpable por todo el trabajo que has hecho, que he decidido cederte mi cama —aclaró, y frunció el entrecejo al verlo sonreír—. No te hagas falsas expectativas. Solo te estoy compensando por todo el esfuerzo que has hecho.

—Si estás feliz, valió la pena —dijo Lago, se levantó de la silla.

Ella no apartaba la vista de su cuerpo, pero él hizo como que no se daba cuenta.

—Me vendría bien un masaje en la espalda, pero una princesa no hace masajes, a ella se los hacen—aclaró.

La vio morderse el labio inferior. Ella se sentía culpable por su cansancio y él no la sacó del error, porque si la culpa la estaba matando quizá accedía a darle un masaje, una intimidad que no tenía nada que ver con el sexo.

—No soy ninguna princesa —aseguró—, Y claro que te puedo dar un masaje, después de cómo te ha dejado ese loco Manu.

Lago sonrió, le dio un beso en la frente y se fue a la habitación a esperar que se animara a cumplir su pedido. La esperó, la esperó, y la esperó, hasta que el agotamiento lo dejó dormido boca abajo en la cama.

No sabía cuánto había dormido, solo sabía que se despertó cuando unas manos le acariciaban espalda. Siguió con los ojos cerrados y conteniendo las ganas de girarse y empotrarla en la cama para hacerle masajes en los sitios que la harían caer al abismo. Ella siguió por los hombros, volvió a la espalda, y otra vez a los hombros. Más abajo, quería pedirle, pero como supuestamente estaba dormido siguió callado. El cansancio y sus caricias lo adormecieron, hasta que sintió sus manos en el trasero.

Ya no había intención de aflojarle los músculos, era curiosidad por recorrer su cuerpo mientras él no se enteraba. Siguió con los

muslos, y bajó por las piernas, y él se movió para que su sexo no estuviera aprisionado contra el colchón.

Suspiró y se relajó para que creyera que lo hacía en sueños, pero si posaba la mano en su sexo se daría cuenta que estaba tan duro como las ramas que había traído el loco Manu para hacer la pérgola. Pero ella no le dio con el gusto y lo dejó padeciendo una erección de campeonato.

Lago sintió el ruido de la cremallera del pantalón de Catalina y de la ropa que se iba sacando. ¡Se estaba desnudando!, pensó. Estaba tan excitado que deseó atraparla en sus brazos, pero apretó los puños y esperó con paciencia su próximo paso.

La toalla pequeña que se había dejado cuando salió de la ducha, hacía rato que se había deslizado de su cuerpo. Estaba completamente desnudo, y sintió un ramalazo de deseo cuando el cuerpo de Cata, tan desnudo como el suyo, se tendió sobre su espalda. Ella lo abrazó. Era un abrazo que demostraba tantos sentimientos que se sintió invadido por un amor inmenso por esa mujer que no quería aceptar que se había enamorado de él, como él de ella.

La dejó que hiciera con su cuerpo lo que quisiera. Que lo explorara, que lo acariciara, que le diera besos en la espalda, que le pasara los brazos por el abdomen, por el pecho, que su cabeza descansara en su espalda, que su sexo estuviera pegado a su trasero.

Cuanto la amaba. Cuanto deseaba que ella dejara de alejarlo y le dijera, "te quiero para toda la vida", Pero Cata tenía sus límites emocionales, y solo ella podía decidir si quería confiar en que él no iba a dejarla, como la habían dejado sus padres cuando tenía cinco años.

El gallo lo despertó al alba y sonrió al verla sobre su pecho. En algún momento él se había girado por la noche, y ella seguía recostada sobre su pecho. Había dormido con él, sin que la presionara, sin que le dijera que se quedara. Lo había decidido ella,

y él la envolvió en sus brazos, la pegó más a su cuerpo y acercó sus labios para darle un tierno beso de buenos días. Catalina abrió los ojos y se quedó horrorizada al ver que estaban compartiendo la misma cama.

—Esto es… Fue un error. Solo iba a darte un masaje y… Creo que me dormí y… Dios mío. Estoy desnuda. No me vas a creer nada de lo que digo…

—Buen día, princesa. Ha sido un adorable despertar. Creo que nunca nadie ha hecho por mí lo que has hecho tú anoche. Me siento como nuevo, y eso que ni me enteré de tus masajes. Pero no tengo dudas que eres la mejor porque me has sacado todos los dolores —dijo Lago, y le gustara o no, le devoró la boca en un beso que cortó cualquier justificación, queja o reproche que habría soltado. Su mano se deslizó hacia abajo y le acarició el sexo. La sintió jadear.

—Mejor no —susurró.

Claro que no quería. Ella necesitaba recomponerse del bochorno, pero él no pensaba consentirle semejante idiotez. Siguió torturándola con sus caricias hasta que la necesidad le quitó todas las quejas, y abrió las piernas para dejar que el placer invadiera su cuerpo.

Catalina jadeó e hizo lo que no se animó a hacer la noche anterior porque no quería que se despertara y descubriera que el masaje le había hecho perder la razón, y ella estaba tocando lo que no debía. Tampoco había sido su intención sacarse la ropa y dormir desnuda con él en la cama. Solo había sido un ratito para sentirlo, para tocarlo, para dejarse envolver en la sensación que le daba estar compartiendo la cama como si fueran una pareja consolidada. Pero se había dormido y él sabía lo que había hecho.

Se sentía avergonzada, pero la mano de Lago en su sexo le estaba quitando el bochorno, y en vez de salir corriendo a esconderse, abrió las piernas y se movió para incrementar el placer. No pares, quiso gritarle, pero de sus labios solo salió un jadeo. Por suerte el no paró, y siguió tocando justo donde más lo necesitaba.

Un dulce despertar, le había dicho. Jamás se había sentido tan feliz como en ese momento. Los dos parecían encajar tan bien, no solo en la cama, sino en el bar, en los negocios, en los almuerzos, desayunos y en las noches cenando en la galería y mirando las estrellas. Ni siquiera los silencios eran incómodos entre ellos.

Catalina levantó el rostro arrebolado por el placer y lo besó. Quería volar y quería que él también volara. Quería sentir, gritar, y que él también sintiera y gritara con ella. Envolvió el pene en sus manos y lo sintió gruñir y moverse como se movía ella. Su lengua entró en su boca, se enredaron juntas, jadearon mientras Cata se tensó en sus brazos.

—Ven a volar conmigo —susurró sobre sus labios, y lo escuchó gruñir, ella aceleró el ritmo y sintió como su mano se llenaba de semen, mientras él con sus caricias le dio un orgasmo tan intenso que ella sentía que nunca terminaba de caer. Cuando los dos quedaron satisfechos, ella amagó con salir de la cama, pero le envolvió la cintura con un brazo y la pegó más a su cuerpo.

—Ni se te ocurra dejarme solo —susurró. Le besó la frente y le acarició la espalda, la cintura, el trasero—. Tienes el culo más lindo que he visto.

—¿Eso es un halago? —preguntó Catalina.

—Aja. El cuerpo de una diosa.

—Tú no te quedas atrás.

—¿Eso es un halago? —preguntó Lago.

—Me estás copiando —se quejó Catalina.

—Eres una arpía encantadora, princesa.

—Eso no es un halago —dijo Catalina.

—Es que yo adoro a las arpías encantadoras.

—Creí que tu ex era una arpía.

—No traigas a gente que no merece estar entre nosotros. Solo tú y yo, princesa. Para mí no existe nadie más —aseguró Lago.

Catalina se sintió segura a su lado. Alguien más que el abuelo la quería. Ella era la prioridad para alguien. Él también era su prioridad. ¿Acaso eso no era amor? Él la respetaba, la ayudaba. Siempre estaba pendiente de todo lo que tuviera que ver con ella. Hasta había trabajado como loco para plantar unos kiwis. Él la quería.

—Tú… me quieres —susurró. No era una pregunta, no era una afirmación, solo eran palabras inseguras dichas por alguien que no creía merecer el amor de nadie que no fuera el abuelo.

Se escuchó un grito que venía de afuera y Lago maldijo en todos los idiomas.

—¿Qué fue eso? —preguntó Catalina.

—El loco Manu, que viene a poner los árboles. Maldito viejo inoportuno. No son ni las siete de la mañana —se quejó, y salió de la cama—. Si no salgo va a romper la puerta —aclaró—. Te quiero, Cata —dijo, le dio un beso y salió a ponerse el vaquero sucio del día anterior porque no tenía ropa limpia para cambiarse—. Dormí desnudo porque no tenía ropa limpia en la mochila. Si no te incomoda, voy a traer una muda de ropa para casos como el de anoche —aclaró, ella abrió la boca para decir algo, pero él ya se había ido.

Lo primero que trajo fue un vaquero nuevo, una remera polo y dos calzoncillos, que dejó en un bolso para no incomodarla. Por la noche ella le dijo que su ropa estaba en uno de los cajones y el vaquero colgado en una percha. Eso lo animó, y dos días después su cepillo de dientes estaba junto al de Cata, y la afeitadora en uno de los estantes. Después le siguió un suéter porque algunos días por la mañana refrescaba. Un día llegó con su Peugeot descapotable y lo guardó en el establo. A Cata le encantó, y la invitó a conocer unos pueblos cercanos, que eran más turísticos y más bulliciosos que Los Espinillos. Ella se enamoró de las encantadoras tiendas de ropa. Cenaron en un restaurante y como se les hizo tarde se quedaron a pasar la noche en un hotel que tenía bañera de hidromasajes.

Catalina por primera vez recordó la bañera de hidromasajes que tenía en su baño privado en la casa del abuelo, y rememoró su pasado de lujos y sus salidas a lugares costosos. Pero no eran recuerdos dolorosos o llenos de añoranzas por la vida acomodada que había tenido. Al contrario, le gustó recordar lo que había tenido para valorar todo lo que había conseguido, con ayuda, pero también con su esfuerzo y el de Lago.

CAPÍTULO 22

Tres semanas después, la mitad del vestidor estaba ocupado por la ropa de Lago. Tenía botas para andar por el campo y zapatillas viejas para no arruinar las nuevas. Ropa para usar en el campo y otra más nueva para ir al bar. A veces intercambiaban actividades. Él se quedaba trabajando en la granja y ella iba a atender el bar. Se complementaban de una forma tan extraordinaria que a Catalina la invadió el miedo. Miedo de perder otra vez todo lo que tenía. Miedo al futuro, porque era algo que no podía manejar. ¿Y si Lago se enamoraba de otra mujer? ¿Qué sería de ella? No podía quedarse viviendo allí porque no podría soportar ver que él tenía esa complicidad, ese compañerismo con una mujer que no era ella. De solo imaginar que iba a tener en su cama a otra mujer, que la iba a adorar e iba a compartir esa unión tan íntima con otra, le daban ganas de llorar.

Otra vez se iba a quedar sola, pero la perdida esta vez sería tan grande que nunca podría recuperarse del golpe. No debería haberse tirado a la pileta, porque si bien estaba llena, en algún momento podía quedar sin agua.

El miedo la convirtió en la princesa que había quedado atrás. Volvió la irritable consentida que se quejaba por todo, aunque dentro de ella no había ninguna queja, al contrario, la felicidad que sentía era tan grande, que el terror a perder todo lo que tenían la hacía actuar como una arpía.

—No puedo lavarme los dientes si te estás afeitando —se quejó Catalina.

—Ya casi termino —dijo Lago—. Tengo que ir al bar.

—Y quédate todo el santo día, así me dejas un poco de espacio.

Lago llevaba varios días preocupado por su cambio. Creía que esa transformación se había desatado después de la salida de fin de semana por los pueblos vecinos. Ella se había quedado absorta mirando la bañera de hidromasajes del hotel, y le había dicho que era casi idéntica a la que tenía en la casa del abuelo.

Quizá había empezado a añorar lo que había perdido. Tal vez el cambio de vida había sido demasiado abrupto, demasiado explosivo, y al bajar un cambio comenzó a pensar en todo lo que había perdido desde que llegó al pueblo. Por otro lado, lo que tenían era muy íntimo, era una relación de tanto compañerismo, que quizá Catalina había entrado en pánico y se había envuelto en una coraza para no sufrir una decepción. Lago no iba a decepcionarla, pero eso solo lo sabía él. No tenía dudas que ella lo quería, pero algún pensamiento negativo la estaba alejando de él.

En esos días recordó que Anselmo le había explicado los miedos de su nieta. «De niña intentaba comportarse bien, no hacía berrinches, no pedía nada, y creo que era porque tenía miedo que la echara de casa. Supongo que eso pasa cuando tu madre decide desprenderse de ti porque quiere recuperar su libertad, y tu padre en lugar de acogerte en su hogar, tampoco está dispuesto a ceder su libertad. Mi nieta creció creyendo que todos la iban a abandonar».

Lago no entraba en discusiones con Catalina, porque cuando lo había hecho en el pasado había perdido a su prometida. Después de un tiempo comprendió que perder a Marisol era lo mejor que le había pasado. Pero con Catalina todo era diferente, ella era todo lo que estaba bien en su vida, y Lago tenía miedo de dar un paso equivocado y que saliera huyendo del pueblo. Tenían una relación hermosa. Se entendían, se complementaban, acaso ella no se daba cuenta del amor, el respeto y el compañerismo que compartían.

—Me vas a extrañar si no regreso en todo el día —dijo Lago, mientras se ponía los vaqueros, la sudadera y el suéter.

—Ni en tus sueños. Y te aclaro que no tengo espacio en el vestidor. Solo ibas a traer una muda de ropa, pero de a poco has ido usurpando mi espacio y no tengo sitio para mis zapatos.

—No tienes tantos zapatos, cariño —dijo Lago.

—¡Pero quiero tenerlos! —exclamó.

—Compraremos un vestidor más grande —dijo Lago.

—No quiero uno más grande, solo quiero recuperar el mío —gritó.

Lago decidió no contestar. Se acercó para darle un beso en los labios, que terminó en su mejilla cuando Catalina giró el rostro.

—Nos vemos a la tarde —dijo.

Cuando salió de la casa por primera vez sintió que la estaba perdiendo.

Pensó en llevarse la ropa, pero eso era como decirle que le daba lo mismo estar con ella o solo en su casa.

Su mundo se tambaleaba y no sabía cómo recuperar lo que habían tenido una semana atrás. Llegó a su bonita casa en la zona más pintoresca del pueblo. La tenía abandonada desde que Catalina llegó al pueblo. Y si le decía que en su casa tenía un vestidor para guardar todos los zapatos que quisiera. Era una pésima idea. Lo iba a mandar al diablo, porque la granja que había odiado cuando llegó, era el lugar que había obrado su cambio. Qué iba a hacer en una casa como la de él. Allí no tenía gallinas, no tenía un huerto, no tenía los kiwis que adoraba, ni el maíz que veía crecer desde la galería. En su nueva vida tenía un montón de proyectos que la llenaban de ilusión. Además, él le había mostrado su casa, y ella le dijo que era hermosa, pero se había sentido incómoda, como si algo de esa casa no le agradara.

Lago se subió a la camioneta, y en vez de ir al bar salió a la ruta. Necesitaba un maldito consejo de alguien que tuviera la mente despejada y pudiera mirar lo que estaba pasando desde la distancia.

Su madre estaba sentada en una silla del parque del hotel, bebiendo un refresco bajo la sombra de un enorme árbol. Él la había mantenido alejada de Catalina, aunque la princesa se las había ingeniado para venir a indagarla en su refugio.

Su madre le había asegurado que solo le preguntó por la relación que la había unido a Anselmo, y se lo había contado casi todo. Florencia no sabía mantener la boca cerrada, y él había intentado mantenerla alejada de Catalina porque sabía que le soltaría todo lo que había soportado cuando su prometida lo engañó con Cristian. No habría escatimado en detalles, como que rompió el parabrisas del auto y quemó todos los muebles que todavía no había pagado, algo que él prefería que se quedara donde estaban.

Pero Cata ya sabía lo de su ex y Cristian, y no le habían interesado los detalles. Ella solo había buscado el lado bueno, que era que gracias a que lo había engañado con otro ellos podían disfrutar del sexo. Ya no tenía sentido pedirle a su madre que se mantuviera alejada de Cata.

—Vaya sorpresa que me estás dando —dijo Florencia, y se acercó a abrazarlo—. Creí que estarías en el bar.

—Me tomé un descanso.

—¿Algún problema con Cata? —preguntó Florencia.

Diez días atrás, él le había contado que estaban juntos. Le había contado que ella era especial y había logrado que volviera a confiar en una mujer.

Su madre lo había abrazado y había llorado de emoción. «Creí que nunca volverías a amar a una mujer. Y mira a qué mujer has elegido. Nada menos que a la nieta de Anselmo. Él estaría bailando de alegría. Siempre deseo que su nieta encontrara a un hombre tan bueno como tú, hijo». Lago no sabía si había llorado por él o porque

en su hijo se hacía realidad el amor imposible que sintió por el abuelo de Cata. Quizá lloraba por las dos cosas.

—Tenemos una relación tan especial que tendría que estar feliz. Pero hace una semana que ella ha cambiado. Todo le molesta. Esta mañana me dijo que no regresara en todo el día, porque necesitaba espacio. Hasta se enojó porque no tiene sitio para sus zapatos, y ni siquiera tiente tantos zapatos. Una vez la encontré llorando. Otra la vi abrazando ese cuaderno amarillento de su abuelo, que alguien le dejó en la casa.

—¿De qué cuaderno estás hablando? —preguntó Florencia, y él la miró extrañado porque creía que Catalina había ido al hotel para preguntarle a su madre por el cuaderno.

—¿No te contó lo del cuaderno? —preguntó Lago—. Creí que el día que vino a verte, te había hablado del cuaderno.

—No mencionó ningún cuaderno, y tú tampoco me lo comentaste.

—Es que han pasado tantas cosas desde que ella está en Los Espinillos, que me olvidé de comentarte. Catalina le preguntó a la abuela, pero le dijo que no sabía nada —dijo Lago, y los dos se miraron con un arqueo de cejas, puesto que la abuela Rosa podía decir la verdad o una gran mentira sin que se le alterara el semblante.

—¿Cómo es el cuaderno?

—Creo que está forrado de azul, y tiene escritos de Anselmo, deseos, proyectos, y en una hoja creemos que habla de ti —dijo Lago.

—Mi Flor salvaje. Nunca voy a dejar de añorarte —dijo Florencia, y su hijo la miró con el entrecejo fruncido.

—¿Lo conocías? —preguntó Lago.

—Me lo dio hace un tiempo —dijo Flor—. Era solo un cuaderno donde escribía cosas que nunca diría porque era un poco arrogante, pero quería que lo conservara.

—¿Cuánto tiempo, mamá? —preguntó Lago.

—No lo sé con certeza. Un año quizá —dedujo.

—¿Fuiste tú la que entró a La Esperanza el día que la abuela llevó a Catalina al bar? ¿Tú te metiste en su casa, dejaste el cuaderno y te fuiste? Seguro que tienes llave de la granja —dedujo Lago—. Catalina estaba aterrada. Era la primera vez que salía de noche, y al regresar se encontró con ese cuaderno en la mesa de la cocina. Creyó que yo se lo había dejado. Pero yo ni sabía de la existencia de ese cuaderno, y menos que lo tenías tú —se quejó.

—Es que yo no fui, Lago. Cómo crees que le haría algo así.

—¿Y quién diablos le dejó el cuaderno? ¿Dónde lo tenías?

—En casa. Lo dejé en nuestra casa.

—Si no vive nadie allí, mamá —dijo Lago.

—Cómo que no vive nadie. A veces suelo ir a quedarme un día en mi casa —aseguró Florencia.

—Nunca me lo contaste.

—Me gusta recorrer la casa que compartimos con Rob y recordar los momentos en los que fuimos felices. Sé que él no quería que me quedara triste, y el hotel me tiene muy ocupada. Pero a veces me apetece tomarme un día para descansar, para pensar en Rob.

—Mamá, yo no sabía que te sentías triste. Han pasado muchos años —dijo Lago.

—No es tristeza, es salir de la vorágine. El hotel absorbe todo mi tiempo y mis pensamientos. Tengo miedo de olvidar a tu padre, y en la casa él está en todos los rincones.

—Te gustaría volver a vivir en la casa. Podrías alquilar el hotel y vivir de la renta.

—El hotel es mi vida y me siento feliz estando aquí. Tengo buenos empleados y me encanta conocer gente nueva o reencontrarme con los clientes que vienen una vez al año. Solo es

un descanso de unos pocos días al año. Es una forma de decirme, antes también eras feliz con Rob, no lo olvides —aseguró, y miró a su hijo—. Pero tú no has venido a escuchar mis rarezas. Dime qué puedo hacer para ayudarte con Catalina —pidió.

—Nada. Solo necesitaba despejar mi cabeza. No sé qué hacer. No quiero perderla, mamá —dijo Lago.

—Vete al bar, Lago, y dale ese espacio que te pidió —dijo Florencia—. Ella no va a huir. Solo necesita aclarar sus ideas —dijo Florencia.

Lago asintió. Él había pensado lo mismo. Quizá solo necesitaba que él no estuviera tan pendiente de ella.

Su madre sonrió cuando lo vio alejarse. Su hijo era demasiado bueno, pero el amor lo cegaba. Lo había segado con Marisol hasta que se dio la cabeza contra un paredón. Nunca quiso ver que otros veían en Marisol a una mujer demasiado egocéntrica, demasiado soberbia, que lo presionaba intentando sacarle hasta la última gota de paciencia. Por suerte sus malas acciones se le volvieron en contra. Ella no le deseaba una mala vida, pero estaba contenta de no tenerla como nuera.

A Catalina no la conocía demasiado, pero su encuentro con ella estuvo cargado de emoción. Quizá en la ciudad había estado un poco perdida, como decía Anselmo, pero era una joven sensible, que se preocupaba por la gente que quería.

Lo que le acababa de contar su hijo no la asustó, sino que le alegró el día. Esa joven tenía terror de perder a su hijo. Ella sabía lo que era eso, le había pasado con Anselmo, y le llevó muchos años recuperarse de la pérdida del amor de su vida. Y Cata, como decía Anselmo, siempre había tenido miedo a las pérdidas.

CAPÍTULO 23

Catalina se mantenía ocupada cada hora del día. Por la mañana había quitado las hojas secas, acomodado la tierra de algunas plantas y les había puesto abono para crecieran saludables. Después había cortado las verduras del huerto y las había acomodado en cajones para ir con Nel a llevarlas al mercado que había sobre la ruta.

Nel le había enviado varios mensajes para decirle que había cobrado varias rentas, y que en un rato iba a la granja para llevar las verduras. Estaban a principio de mes, y ella le había pedido que encargara la comida para las gallinas. El fin de semana, José había batido récord de ventas con los huevos, y ella le había dejado el treinta por ciento del ingreso para él. Antes le daba el veinte, pero ese hombre hacía cualquier cosa para darles una mejor vida a sus hijos, y ella se podía permitir mejorarle la paga.

Después de llevar las verduras al mercado regresó a la granja para ver los kiwis, pero todavía el crecimiento estaba lento. Ninguna rama había ganado altura como para enredarse en el entramado.

Cuando recordaba el trabajo que había hecho Lago con el loco Manu, que solo miraba y alcanzaba tablas, le daban ganas de llorar. Él era tan bueno, y ella se estaba comportando como una arpía. Es que no podía controlarse. Llevaba varios días soportando una angustia que no sabía cómo manejar.

Lo amaba, ya no tenía dudas de que él le había debilitado todas las defensas. Lago de a poco se había metido en su casa, en

su cama y en su vestidor. Su cepillo de dientes estaba junto al de ella en el baño que compartían. Y esa mañana tembló al ver que mientras ella se lavaba los dientes, él se acomodó a sus espaldas y comenzó a afeitarse. Todo era tan íntimo que la única forma que encontró para protegerse fue atacarlo. Ella no quería atacarlo, pero no podía controlar sus emociones. Cuando Lago se fue sin responder a sus ataques, se quedó llorando por ser tan mala persona.

Eran las siete de la tarde y Lago no había regresado a la granja. Lo llamó al móvil para preguntarle si vendría a cenar, pero no le contestó.

A las nueve de la noche él le mandó un mensaje para decirle que había faltado el camarero de la noche, y que se tenía que quedar hasta las dos de la mañana. Que iba a dormir en el establo para no despertarla cuando llegara. Cata apretó los puños. No tenía dudas que se lo hacía a propósito.

Se vistió con un bonito pantalón celeste que había sacado de la tienda de Nancy y un suéter blanco, y se calzó unos zapatos que había comprado en la zapatería del pueblo. Eran de color tostado y no quedaba bien con las prendas que se había puesto. Pero que importaba si sus altas exigencias para combinar ropa habían quedado en el pasado, y los zapatos eran cómodos.

Se subió a la camioneta de Luis decidida a ir al bar. No porque quisiera comprobar si Lago le estaba mintiendo, sino porque nunca habían pasado tantas horas sin verse, y lo extrañaba.

Entró al bar lleno de gente, de murmullos, de risas. Varios vecinos se acercaron a saludarla y uno le preguntó cómo le había ido con el loco Manu. Ella le dijo que se lo había cedido a Lago porque tenía más paciencia para tratar con un hombre tan irritante, pero también le había dicho que el hombre y Lago habían hecho un gran trabajo, y los kiwis parecían contentos de estar creciendo detrás del establo.

Mientras hablaba con uno y otro vecino, oteaba el bar buscando a Lago. Pero él no estaba por ningún lado. Solo estaba

Luciano preparando las bebidas en la barra. En una mesa vio a Laura y a la amiga. Al parecer no se perdían de venir al bar por las noches. Quizá lo hacían con la esperanza de encontrar a Lago. Ya sabía que Laura pasaba varias veces por el bar, y estaba empecinada en conquistar al chico de oro de Los Espinillos. Así llamaban a Lago, y ella no podía rebatir un apodo que le calzaba a la perfección. Él era atento, solidario y evitaba a toda costa las confrontaciones, pero sabía poner límites cuando algo no le gustaba. Se alegró de no ver a la arpía de Marisol en la mesa de sus estiradas amigas. Pero su alegría le duró poco y se quedó paralizada cuando la vio entrar al bar con Lago.

Cata apretó los puños y sintió que le temblaba todo el cuerpo, porque todos sus miedos se estaban haciendo realidad en ese momento.

Marisol la vio y se agarró del brazo de Lago. Él la miraba a ella, y ni se molestó en apartar a su ex, que seguía allí, como si estuviera marcando territorio, como si tuviera derecho a ocupar ese lugar que años atrás había despreciado. ¿Por qué no la sacaba del bar?, si Lago le había contado que le había pedido a su ex que se buscara otro sitio donde ir a reunirse con sus amigas o con quien se le diera la gana. ¿Por qué no le decía que no se tomara esas atribuciones? ¿Por qué no le decía que no la quería allí? Quizá porque la quería allí, porque nunca la había olvidado.

«Ha faltado el camarero de la noche y tengo que quedarme hasta las dos. Voy a dormir en el establo para no despertarte», su mensaje se repetía en su cabeza como una señal de alarma. Si ella le hubiera respondido que le parecía bien, y si no hubiera venido al bar, no se habría enterado que él acababa de entrar con Marisol. ¿Dónde habían estado?, en la hermosa casa que Lago había comprado para los dos. Compartiendo la cama que iban a usar cuando se casaran y ahora les servía para sus encuentros clandestinos.

Se odió por ser tan ingenua de creer que él la quería. Lago se adelantó con esa sonrisa que le hacía temblar las piernas, como si

no acabara de engañarla con la ex que lo había engañado con Cristian.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Lago, y esa sonrisa que le provocaba temblores seguía allí, como si realmente se alegrara de que hubiera venido.

¡Cómo podía ser tan cínico! En ese momento un camarero salió de la cocina llevando la bandeja llena de pedidos. El camarero que le había dicho que había faltado estaba allí. Lago le había mentido.

La ira le corría por las venas, y cuando se enojaba no medía sus acciones.

—Pues yo me alegró de haber venido porque me acabo de sacar la venda de los ojos.

—¿De qué venda estás hablando?

—Parece que no faltó el camarero de la noche —dijo Cata.

—Me lo acaba de mandar mi madre. La llamé para decirle que me había faltado el camarero, y le pregunté si me podía mandar uno del hotel. Damián aceptó venir —dijo Lago.

—Y el encuentro con tu ex también fue una de esas casualidades difíciles de explicar —preguntó Catalina.

—Estás sacando deducciones equivocadas, Cata —dijo Lago, y se acercó para ponerle un mechón de cabello detrás de la oreja, pero ella lo esquivó.

—No me toques —dijo Catalina.

—No nos hagas esto.

—Vine a ayudarte con el bar, y me encuentro con una situación que no me esperaba.

—Ya no tengo que quedarme. Vamos a casa. Puedo explicarte por qué estaba con ella.

—Es que no me interesa. Me quedo con lo que vi.

—Pero si no viste nada —exclamó Lago. Y se indignó de estar discutiendo con ella por culpa de una ex, que solo quería vengarse porque le molestaba que fuera feliz con otra mujer, cuando ella no lo era con Cristian. Cómo si él la hubiera engañado con otra.

—Te vi entrar al bar con tu ex. Te agarró del brazo y me sonrió con burla, como si acabara de ganar una batalla. Solo que yo no estoy librando ninguna batalla con nadie. Y si alguien intenta meterme en peleas de conquistas, me largo y le dejo el campo libre. El cariño no se pide ni se disputa, solo se siente. Y si a ti se te sube el ego al ver que dos mujeres se matan por conseguir un lugar en tu vida, elegiste mal a uno de los contrincantes. Yo jamás caería tan bajo en pelear con otra para conseguir que me quieran —dijo Catalina, y salió del bar.

Lago se giró y apretó los puños.

—Vete de aquí, Marisol —gritó Lago—. Y no vuelvas a pedirme trabajo, porque no hay lugar para ti en mi bar. Tampoco vengas a llorar porque no sabes cómo darles una buena vida a tus hijos. Yo no soy responsable de su bienestar. Ese planteo se lo tienes que hacer al padre de tus hijos. Y el padre se llama Cristian, no Lago —dijo Lago.

Marisol abrió la boca horrorizada al escuchar que la humillaba delante de todos los vecinos y de la nieta de Anselmo. Todos esos idiotas estaban presenciando su caída. Odiaba a la nieta de Anselmo, porque había llegado a Los Espinillos para cambiarlo todo. Lago había dejado su vida monótona y estaba todo el maldito día con una maldita sonrisa de felicidad en el rostro. Cuando eran novios no sonreía así. No era justo que lo pasara tan bien, cuando ella era tan infeliz con Cristian.

La nieta de Thompson no tendría que haber venido nunca al pueblo. Pero estaba y pensaba quedarse eternamente. Todos la querían, mientras que a ella apenas la toleraban desde que había traicionado al mejor partido de Los Espinillos.

Catalina se quedó plantada en medio del pasillo. Ella no había querido desatar ese escándalo en el bar. Pero Lago estaba haciendo público el motivo por el que había entrado con su ex, que con toda la maldad de su podrido corazón le acarició el brazo y le sonrió a ella para demostrarle que siempre tendría poder sobre su ex. O quizá solo quería provocar una pelea entre ellos. Y lo había logrado, a pesar de que Lago estaba humillando a su ex para no perderla a ella.

Se giró, y la mirada asesina de Lago la asustó, pero no iba dirigida a ella, sino a Marisol. Él era un hombre bueno, y nunca lo había visto perder la calma como en ese momento. Él despreciaba a Marisol, no le tenía ningún respeto, y la había puesto en evidencia delante de un montón de gente.

—Ella te va a dejar, idiota. No es de aquí. Está acostumbrada a lujos que tú nunca podrás darle —gritó Marisol.

—Ese no es asunto tuyo —dijo Lago—. Mejor ve a perseguir a tu maridito para que deje de meterte los cuernos con todas las mujeres que se le cruzan en el camino.

Mañana todos en el pueblo hablarían del escándalo en el bar. Marisol estaría en boca de todos, y ella también.

Catalina lo miraba con la boca abierta. Marisol fue a buscar la cartera que tenía en la mesa de sus amigas y se fue corriendo. Catalina también salió corriendo. No estaba acostumbrada a los pueblos pequeños, y todos se estaban enterando que Lago y ella tenían una relación.

Lago la siguió, pero el escándalo público había despertado la curiosidad de los vecinos y alguien le palmeó la espalda y le dijo: «Bien hecho, muchacho. Siempre has sido paciente, pero me alegro de que la pusieras en su sitio delante de todos». Otro le dio un golpe en el pecho y le dijo: «Ya era hora de que le pararas el carro. Todavía se cree que te tiene comiendo de su mano, cuando todos sabemos que estás contento de haberla perdido». Lago miraba la puerta del bar mientras escuchaba los comentarios de los clientes.

«He esperado años este momento». «Por fin la has bajado del pedestal». «Jamás se sintió culpable con lo que te hizo». «Siempre se sintió con derecho hacer lo que se le venía en ganas, sin pagar las consecuencias». «Te jodió la vida, y siempre se creyó una víctima».

Lago vio que el padre de Marisol se escabullía del bar. Ni siquiera había visto que el hombre estaba allí. Él nunca había hablado mal de su hija, pero se alegró de que estuviera presente para que dejara de decir que su hija había elegido al hombre incorrecto, cuando lo que había pasado era que su querida hija lo había traicionado y se había quedado embarazada de otro hombre.

Cuando logró salir a la calle, la camioneta de Catalina ya no estaba. Soltó una maldición. Por demostrarle que Marisol le importaba un pimiento, había puesto en evidencia la relación que había entre ellos, que no era precisamente una amistad, como ella quería creer.

—Si quieres puedo volver mañana por la noche, Lago. En el hotel ya hay pocos clientes, y tu madre no podrá mantener la plantilla todo el año —dijo Damián, que había salido del bar y estaba parado a su lado.

—Habla con Luciano, y si mi madre está de acuerdo en dejarte libre por las noches, el trabajo es tuyo —dijo Lago, y se subió a su camioneta para intentar arreglar el desastre.

Pero cuando entró a la granja, la luz encendida de afuera le permitió ver toda su ropa apilada en la galería. Al lado estaban sus botas viejas y sus zapatillas para andar por el campo, y arriba de la pila le había dejado su cepillo de dientes. Una clara demostración de que lo acababa de echar de su vida.

—Abre la maldita puerta si no quieres que la tire abajo —gritó Lago, y aporreo la puerta.

Ella no abrió, y él cambió de táctica porque no la iba a romper a patadas. Le pidió que hablaran, que lo que le había dicho en el bar era cierto. Que no tirara por la borda lo que tenían. Y como no

recibió respuestas le dijo que se estaba comportando como una consentida. Pero la puerta seguía cerrada. Lago se alejó de la galería y miró hacia arriba, donde estaba la ventana de la habitación que ocupaba Catalina, la que esa mañana habían ocupado los dos.

Ella estaba asomada por una rendija de la cortina y se alejó cuando descubrió que él la estaba mirando.

Otra vez una mujer lo dejaba. Otra vez hacía con él lo que se le daba la gana. De qué servía ser bueno, ser paciente, ser atento. De qué servía el compañerismo, el respeto y el amor, si al primer contratiempo lo mandaba al diablo. De qué servía comportarse como una persona decente, si las mujeres preferían a los traidores, a los estafadores sin valores como Cristian. Ellas preferían a los hombres que las engañaban, y él por segunda vez se sentía un idiota.

—Te quiero. Pero no voy a obligarte a estar conmigo. El amor no se pide, se siente —repitió a gritos las mismas palabras que le había dicho ella en el bar, y se subió a la camioneta.

Estaba furioso con Marisol, furioso con Catalina, pero más furioso estaba con Cristian, aunque ese día no le había hecho nada. Pero él era el causante de todo lo que acababa de pasar.

Recorrió tres bares hasta que lo encontró en la barra de Alameda tratando de conquistar a una mujer que no era del pueblo. Se acercó a zancadas dispuesto a arruinarle los planes.

—Vaya, Cristian, por fin te encuentro.

Cristian le sonrió con burla y bebió un trago de whisky.

—Pam y yo nos estamos conociendo, y he estado pensando en llevarla a pasar la noche al Francis, el mejor hotel de Los Espinillos. Seguro que tu madre me ofrece la habitación imperial —dijo, y sonrió sabiendo que Lago se pondría furioso, pero como era tan comedido se iría por donde había venido.

Lago nunca hacía un escándalo, nunca perdía los nervios, ni siquiera lo había hecho cuando Marisol se acostó con él mientras

estaban con los preparativos de la boda. Por Dios, si hasta tenían comprada la casa y los muebles.

Cristian se regocijó al ver que a Pamela le brillaban los ojos, claro si estaba fascinada la codiciosa de pasar la noche en la mejor habitación del mejor hotel, como le había dicho.

Lago lo agarró del cuello de la camisa y lo levantó de la banqueta.

—Me has jodido la puta vida desde que nací. Pero ya me cansé. Tu esposa, la que está en la casa mientras tú te tiras a una extraña, se presentó esta noche en el bar para suplicarme que le diera un trabajo. Pretendía que me hiciera cargo del bienestar de tus hijos. Y le dije que eso le correspondía al padre. Y tú, que eres un tipo que disfruta rompiendo las reglas, vas a mover el culo y vas a hacerte cargo de tus hijos de cinco años.

—¡Hijos! —exclamó la mujer.

—Estamos separados —aseguró Cristian.

La primera trompada le dejó la ceja sangrando, la segunda le partió el labio.

—Deberías estar buscando un buen trabajo para mantener a tu familia, en lugar de estar perdiendo el tiempo en fábulas de hoteles caros cuando no tienes dinero ni para pagar la bebida que estás tomando.

—Quién te crees que eres —logró decir Cristian, mientras intentaba quitarse la sangre que le corría por el rostro

—El tipo que se cansó de tenerte en el pueblo. A partir de esta noche, cada vez que te cruces en mi camino voy a romperte a golpes tu atractiva cara. Y si miras por un maldito segundo a Catalina, te voy a dejar tan destrozado que vas a pasar mucho tiempo en el hospital.

—Tú no eres dueño de Catalina.

—No lo soy, pero soy dueño de mis puños y no voy a dudar en usarlos.

—Vas a terminar preso.

—Y tú, muerto —aseguró Lago, y por primera vez vio miedo en sus ojos—. Desde ahora seré yo quien convierta tu puta vida en una mierda tan grande, que vas a querer salir huyendo del pueblo. Y cuando lo hagas, llévate a tu insoportable esposa y a tus dos hijos —dijo Lago, y el último golpe lo dejó sentó en la banqueta, la misma que momentos antes estaba sentado tan contento desplegando sus encantos con esa extraña, que agarró la cartera y salió huyendo del bar.

A la una de la madrugada su amigo Carlos golpeó la puerta de su casa.

—¡Vaya escándalo has montado esta noche! —exclamó. Era uno de los policías del pueblo, y venía a arrestarlo.

—Se lo tenía merecido —dijo Lago—. Me harté, Carlos. Son muchos años. He soportado demasiadas cosas de ese descerebrado.

—Lo sé. Todos lo sabemos, pero eso no quita que tenga que cumplir con mi obligación. Sabes que te tengo que llevar a comisaría —comentó.

—Me vendrá bien un descanso —dijo Lago, agarró una chaqueta que tenía sobre el sillón y lo siguió.

Solo la consentida había logrado doblegar su inquebrantable paciencia. Él había dejado ir a Marisol como si no le importara perder a la mujer que amaba. Se sintió dolido, eso no iba a negarlo. También había roto el parabrisas del vehículo, un acto impulsivo al verlos entrar a un motel. Y había quemado los muebles, pero no iba a acostarse a dormir en esa cama, ni a sentarse a comer en esa mesa que había elegido la víbora. Después de un corto tiempo supo que le dolía más la humillación que el haberla perdido. Si hasta se sintió aliviado de que la soportara Cristian.

Pero Catalina era distinta, y por ella por primera vez había humillado a Marisol delante de los vecinos y le había destrozado la cara de modelo a Cristian. Lo más asombroso era que no se arrepentía de nada de lo que había hecho. Lo único que le preocupaba era lo que iba a pensar Catalina cuando se enterara que el hombre bueno se había convertido en una bestia.

CAPÍTULO 24

Catalina había estado despierta toda la noche, a veces llorando y otras maldiciendo en todos los idiomas. Era una estúpida y no se merecía en su vida a un hombre como Lago. Después de todas las formas en que le había demostrado que la quería, ella había aprovechado la confusa situación en el bar para tirar toda su ropa a la galería. Nunca se iba a perdonar lo que le había hecho.

Lo que la indignó fue verlo entrar con Marisol. Ver esa sonrisa de burla que le dedicó la traicionera mientras le acariciaba el brazo a Lago. Y él, en vez de soltarse del agarre de su ex, había expuesto su relación delante de todos los vecinos para demostrarle que Marisol le importaba un pimiento.

Catalina no sabía si estaba más enojada porque Lago había entrado al bar con Marisol o porque había hecho pública la intimidad que compartían. Si solo eran amigos que tenían sexo. ¡Mentira! Eso era la más grande de las mentiras. La relación que tenían era tan especial e intensa, que ella había entrado en pánico.

Llevaba varios días sin dejar de pensar en la relación que tenían. Llevaba varios días soportando la angustia por culpa de un montón de calamidades que solo estaban en su cabeza. ¿Qué iba a hacer si Lago se cansaba de ella y se buscaba otra? Rodeada de ese pesimismo comenzó a buscar cualquier excusa para alejarlo de su vida, y Lago se la sirvió en bandeja. No quería reconocer que se había enamorado de él. Querer la hacía débil.

Alguien estaba aporreando la puerta a las siete de la mañana, y Catalina corrió a abrir pensando que era Lago. Lo iba a abrazar y le iba a suplicar que la perdonara. Pero del otro lado estaba Nel.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Cata.

—¿Qué hace la ropa de Lago en la galería? —preguntó Nel.

Estaba tan confundida, tan enojada con Lago y con lo que ella había hecho, que se había olvidado de entrar la ropa que él no se había llevado. Nel era su mejor amiga, pero no le había contado que Lago y ella tenían algo más que una amistad. Se encogió de hombros.

—No es momento de reprocharte que no me contaras lo que ya sé —dijo Nel.

—¡Qué ya sabes! —exclamó Catalina—. Tú no sabes nada. Nadie sabe nada —aseguró.

—Las miradas dicen más que cualquier palabra, Cata. Lago está loco por ti, y tú por él. Te lo dije aquel día que te mandé a buscar el desayuno para forzar un encuentro entre ustedes y que arreglaran sus diferencias.

Cata abrió la boca para negarlo, pero no tenía sentido seguir negando lo evidente, puesto que su amiga ya lo sabía. Nel hablaba de aquella vez que Lago se había enojado porque ella había llegado a un acuerdo con Cristian para que vendiera los huevos. Pero por esa época todavía eran amigos que se acostaban.

—Me costaba aceptarlo —susurró Catalina—. Ayer por la mañana nos peleamos. Bueno, Lago no pelea. Yo lo provoqué porque sentía que me asfixiaba, y le dije que me dejara espacio. A la noche me escribió para decirme que no vendría porque había faltado el camarero. Deduje que lo de darme espacio se lo había tomado de forma literal y me cambié para ir a ayudarlo. ¿Y qué me encontré?, a un camarero atendiendo, y a Lago entrando al bar con Marisol. Me sentí traicionada, Nel. ¡Él con Marisol! Después de todo lo que la bruja le había hecho, entraba al bar con Marisol. Estaba tan

indignada que volví a la granja y le tiré toda la ropa. Anoche vino a explicarme lo de Marisol y a pesar de su insistencia, no le abrí la puerta. Me aseguró que no me iba a suplicar, y se largó de mi vida. Lago no volvió más.

—Es que está preso —dijo Nel.

—¡Qué! ¿Cómo que está preso? Lago no…

—Él no comete locuras. Pero anoche estuvo buscando a Cristian hasta que lo encontró en un bar y le desfiguró la cara —dijo Nel—. Me acaba de llamar Florencia. Me dijo que iba a intentar sacarlo de la cárcel.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó Catalina.

—Será porque te perdió —comentó, y Catalina abrió la boca asombrada.

Mientras ella sacaba deducciones pesimistas, el tranquilo de Lago había entrado en acción y había terminado preso. Cata corrió a la habitación, se vistió y agarró la llave de la camioneta.

—Vamos Nel. Esto es por mi culpa —dijo Catalina.

—Me alegro de que lo tengas tan claro. Lago te ama, como nunca amó a Marisol.

—Eso no lo sabes —dijo Catalina.

—Qué más pruebas necesitas. Jamás pierde la calma delante de la gente. Pero anoche humilló a Marisol en el bar delante de los vecinos. Es la primera vez que lo hace desde que lo traicionó, y lo ha hecho por ti. También le ha desfigurado la cara a Cristian, y le dijo que lo iba a matar si alguna vez cometía el error de posar sus ojos en ti —dijo Nel.

A Catalina se le resbalaron unas lágrimas y se las secó con el puño de la camisa.

Media hora después dejó la camioneta mal estacionada frente a un garaje y le avisó a un vecino que adentro estaba la llave por si necesitaban moverla.

—¿Has venido a sacar a Lago de cárcel? —preguntó el hombre.

Se encogió de hombros. Cuando llegó a la puerta de la comisaría, Florencia bajaba los tres escalones que había en el ingreso. Catalina se ruborizó y esperó el reproche de la madre de Lago, pero Florencia bajó y la abrazó por el hombro.

—Él está bien. Solo que alguien ha puesto una denuncia, y si no la retiran tendrá que enfrentar los cargos.

—¿Puedo verlo? —preguntó Catalina.

—Me pidió que no te dejara entrar —dijo con sinceridad. Cuando a Cata le brillaron los ojos, la mujer sonrió—. No te pongas mal, solo está furioso por haberse comportado como un salvaje. Él es tan comedido, Cata. Pero esta lucha con Cristian viene de muchos años, y por ti perdió la paciencia.

—¿Por mí? —preguntó Catalina.

—Lago tiene miedo de perderte.

Ella tenía miedo que se cansara y se buscara otra, y él tenía miedo de perderla. No había en el mundo dos personas más idiotas. Todo era culpa de ella, que se había cansado de repetirle que solo eran amigos que practicaban sexo.

—Yo no quería compromisos —susurró—. Yo no quería que él fuera tan importante para mí, que ocupara hasta mis pensamientos.

—Eso es muy bonito —dijo Florencia—. Pero no es bonito negar lo que sientes, eso es de cobardes —aseguró Florencia.

—Cobarde como mi abuelo.

—Tu abuelo no era cobarde. Él tenía terror de ser pobre —aseguró Florencia.

—Tengo que averiguar quién puso la denuncia —dijo Catalina.

—Supongo que ha sido Cristian. Anoche estaba en el hospital, pero ya le curaron las heridas y debe estar… No sé dónde puede estar.

—Pues lo voy a encontrar así tenga que buscarlo debajo de las piedras —aseguró Cata, y Florencia sonrió emocionada.

—La mejor decisión de tu abuelo fue enviar a un ángel al pueblo —aseguró.

—Soy un demonio, y vine para poner la vida de Lago del revés —dijo Catalina.

—A veces las personas buenas necesitan un encantador demonio para dejar de ser tan perfectas —dijo Florencia.

Decidieron separarse para buscar a Cristian. Florencia le sugirió que indagara a los vecinos porque en los pueblos pequeños todo se sabía. Ella iba a encargarse de la protectora madre de Cristian, el hueso más duro de roer, y tendría que usar toda su astucia para hacerla hablar, y si no hablaba iba a usar la fuerza, aclaró Florencia y le mostró los inexistentes músculos de sus brazos.

—Cuando salgamos de este lío en que se metió Lago, tú y yo tenemos que hablar de ese cuaderno que apareció en tu casa, y que antes estaba en la mía porque tu abuelo me lo regaló hace un año. Te juro que yo no lo dejé en tu casa, Cata —dijo Florencia.

Catalina asintió sin prestar mucha atención. En ese momento lo único que le importaba era sacar a Lago de la cárcel.

Cata les preguntó a los vecinos que estaban en el bar, y a otros que encontró en la plaza. Algunos la mandaron a ver a Nancy, pero de ella se estaba encargando Flor. Otros le dijeron que lo buscara en la casa de Marisol, y algunos le señalaron donde quedaba la casa de la amante de Cristian. ¿También tenía una amante? ¡Qué hombre despreciable! Había torturado a Lago toda la vida, y le plantaba una denuncia como si fuera una víctima, mientras Lago terminaba en la cárcel por soltarle unos muy merecidos golpes.

Golpeó la puerta azul de la casa de la amante de Cristian, que estaba a dos cuadras del centro. No era un barrio tan bonito como el que llevaba a la granja. Las casas eran más sencillas, con algunos jardines cuidados y otros desprolijos. En el tiempo que vivía allí,

nunca había caminado por esa zona, y se alegró de que la granja estuviera en un lugar más pintoresco.

Abrió una mujer rellenita que la miró con asombro.

—La nieta de Anselmo —dijo—. Soy Adela.

—La amante de Cristian —dijo Catalina, sin molestarse en ser comedida. La mujer frunció el entrecejo—. Quiero hablar con Cristian.

—No soy la amante. Soy su amiga.

—Eso es secundario. ¿Dónde está Cristian? —preguntó.

—No tengo ni idea.

—Creo que lo sabes. Creo que lo estás protegiendo, y eso te puede costar caro.

—¡No me digas! —dijo la mujer, y arqueó las cejas.

—Soy capaz de hacer correr la voz de que te acuestas con él.

—No me acuesto con él.

—Eso no les va a importar —aseguró Cata.

—Búscalo en su casa. Seguro que está con Marisol. Aunque ella lo trate mal, siempre vuelve —aseguró la mujer.

Catalina asintió, y se fue decidida a dejar de lado el orgullo para meterse en la casa de Marisol. No se iba a ir de esa casa hasta conseguir que Cristian sacara la injusta denuncia que le habían hecho a Lago.

La casa estaba en la misma zona fea, a tres cuadras de la casa de la amante de Cristian. Al parecer salía de una cama, hacía unos pasos y se metía en otra. Estaba más cuidada, con flores en el jardín y pintada de blanco, pero la granja estaba quedando más linda que esa casa.

Golpeó la puerta y se quedó esperando. Nadie la atendió y comenzó a aporrearla hasta que una niña de cinco años abrió.

—Dice mi papá que no está —dijo con inocencia la niña.

—Dile a tu papá que salga porque tengo que hablar con él.

—Te he dicho que no le abras a extraños, Tania —dijo Marisol.

—Papá me dijo que le abriera y le dijera que no estaba —se quejó la niña.

Marisol negó con la cabeza y le dio un empujoncito para que volviera adentro.

—¿Qué diablos quieres en mi casa? —preguntó Marisol.

—Llama a Cristian o hago un escándalo tan grande, que todos vamos a terminar encerrados en la comisaría.

—Está dolorido.

—Dile que venga si no quiere que le deje dolorido todo su maldito cuerpo —aseguró Catalina, que se había traído un palo de amasar del bar, y no iba a dudar en usarlo hasta que sacaran la denuncia.

—Con eso le vas a pegar, princesa —ironizó Marisol. Ella no tenía derecho a llamarla así, pero eso era tan secundario como si Adela era o no la amante de Cristian.

—Soy capaz de hacer cualquier cosa para conseguir que saque la estúpida denuncia que le ha puesto a Lago.

—No he sido yo —dijo Cristian, que apareció junto a Marisol. Tenía la cara hinchada, una venda arriba del ojo, el labio cortado y… varios morados en el rostro—. Ha sido ella —aseguró—. Si quieres romperle la cabeza, por mí está bien. Quizá deja de ser tan insoportable.

—Deja de hacerte el listo, idiota, y vete a la cama —gritó Marisol.

—¡Tú! ¡Tú fuiste quien puso la denuncia! —exclamó Cata, y cerró el puño en el palo de amasar—. Podría partirte la cabeza hueca que tienes —aseguró, y Cristian soltó una risita.

—¿Eso es una amenaza? —preguntó Marisol.

—No, es una afirmación —dijo Catalina, y levantó el palo dispuesta a romperle la prepotente cara.

Cristian, al ver que la situación se estaba yendo de las manos, le agarró el brazo para evitar el desastre.

—No lo hagas. De ciertas cosas nunca se vuelve, princesa —dijo Cristian—. Te lo digo por experiencia. No lo hagas —casi suplicó, y ella vio algo bueno entre tanta maldad.

—¿Por qué lo odias, Cristian? ¿Por qué le has hecho la vida imposible?, si es el hombre más honesto que he conocido —susurró Catalina, y le brillaron los ojos.

—Quizá, porque es el hombre más honesto, más bueno, más generoso, más… en todo. Y si tu madre te lo pone de ejemplo y te pide que seas un poquito como él, pero tú eres la antítesis, lo terminas odiando —aseguró Cristian.

—Hasta el punto de robarle a su prometida —dijo Catalina, y vio que Marisol se ruborizaba—. Tenía comprada hasta la casa, los muebles. Le partiste el corazón.

—Lo dudo. Y no le robé a su prometida. Su prometida vino solita a mi cama —aseguró Cristian—. Nunca he desperdiciado una oportunidad que me ponen en la palma de la mano.

Marisol le dio un golpe en la cabeza, y él soltó un mierda, a modo de queja.

—Lago no tiene que pagar por tus errores —dijo Catalina a Marisol—. Una vez le rompiste el corazón. No vuelvas a hacer esas actuaciones patéticas como la que montaste en el bar. Hagas lo que hagas la única que queda malparada eres tú porque a él no le importas.—aseguró Cata, aceptando que su destino estaba al lado de Lago.

Vio que a Marisol le brillaban los ojos. Lo había cambiado por Cristian, pero al parecer le gustaba tener a todos los hombres rendidos a sus pies.

—Eso solo es una deducción. No lo conoces como yo —aseguró Marisol.

—Quizá eres tú la que nunca lo conoció. Pero alguien tiene que explicarte que Lago no es un objeto que te pertenece. Es un hombre, y tiene derecho a elegir con quien quiere estar. Tú elegiste sacarlo de tu vida. Ocúpate de tu familia porque para Lago ya no existes —aseguró Catalina, y la vio apretar los puños.

—Ve a sacar la denuncia, Mary. Acabemos de una vez con esta disputa sinsentido, que no le hace bien a nadie. No le hace bien a nuestros hijos —dijo Cristian, y Cata vio que debajo de esa insolencia había un poquito de sensibilidad.

Marisol estaba tiesa como un poste, como si estuviera buscando una excusa para mantener la denuncia. Cristian se acercó a ella, y le dijo algo en voz baja. Al final ser rindió y salió de la casa.

—Ve a la cama, Cristian, que no quiero tener que correr al hospital porque no respetas lo que te ha dicho el médico —exigió Marisol.

—Sí, señora —dijo Cristian—. Vete, princesa, que tu enamorado ha jurado matarme si te miro más de un segundo.

Catalina asintió, y se giró para marcharse.

—Adela me dijo que no era tu amante —dijo Catalina.

Cristian soltó una carcajada.

—No lo es. Pero me gusta conservar mi condición de libertino —aseguró, y cerró la puerta como si tuviera miedo de que Lago apareciera a cumplir su palabra de matarlo.

***

Era noche cerrada, y el idiota de Lago no había querido salir de la cárcel. Tampoco había querido verla. Pero le habían enviado una nota escrita por él.

Princesa, me harías el favor de quedarte en mi casa por unos días. Yo tengo que pagar mi error, y no me gusta dejarla sola tanto

tiempo. Alguien me la podría usurpar, ¿y cómo diablos voy a sacarlo? Tendré que hacer un juicio de desalojo y esperar un montón de años para recuperarla. La llave está debajo del geranio que tengo en la galería.

Catalina miraba el papel como si no pudiera creer lo que había escrito. Su casa llevaba cinco meses sola. Y quién se la iba a usurpar si todos se conocían. ¿Acaso todos en ese pueblo dejaban las llaves debajo de una maceta de geranios?

—Esto es ridículo —le dijo a Florencia y Nel. La primera sonreía y la segunda soltó una carcajada.

—Bueno, pero mira si pasa lo que dice, y tú no te has quedado a cuidarla. Vas a tener remordimiento de conciencia durante todos los años que demore en recuperarla —comentó Nel, y volvió a reír.

—¿Pero qué te causa tanta gracia? —preguntó Catalina.

—Nel se ríe de cualquier cosa —aseguró Florencia.

Eso era cierto. Las dos mujeres la miraron para ver si descubría el mensaje oculto, pero Catalina, que en el pasado se había jactado de tener mucho mundo, no había descifrado la verdadera intención de Lago. Él no quería que se quedara sola en la granja.

—Ya sabes cómo soy. A mí todo me divierte. Por cierto, Luis me invitó a cenar y…

—¿Y? —preguntó Catalina.

—Y creo que esta noche me voy a poner la ropa interior sexi que compré en la tienda de Nancy —dijo Nel, y Catalina y Flor soltaron una carcajada.

—Ya era hora de que probaras el postre —dijo Florencia.

—¿Así le llaman a estar sin ropa en la cama con un hombre? —preguntó Nel.

—En mi época éramos más discretos. Mi marido ponía una flor en el jarrón cuando estábamos cenando. Esa era su señal.

Cata y Nel soltaron una risa.

—¿Y tú? —preguntó Catalina a Florencia, porque ella y Lago lo hacían tan seguido que no usaban más señal que estar los dos en la cama, comiendo un largo postre, y a veces dos. Algunas veces era el desayuno de la mañana o el almuerzo en su oficina. Eran demasiado intensos, se dijo.

—Yo le compraba la masa de hojaldre que le gustaba —dijo Florencia, y se ruborizó—. En los primeros tiempos gastaba mucho en masas —aseguró, y las dos jóvenes volvieron a reír.

—¿Y tú, Cata? —preguntó Nel.

Cata se ruborizó, y Florencia se tapó el rostro con las manos.

—Mejor no me cuentes esas cosas de mi hijo —dijo la madre de Lago—. No quiero saber la cantidad de flores en el jarrón o las masas que has comprado. Ve a ponerte esa ropa sexi y disfruta la velada, querida Nel —dijo Flor, y la abrazó con tanto cariño que Catalina sintió ternura por la madre de Lago—. Yo me voy con tu amiga a tomar una copa en la bonita casa de mi hijo.

Catalina la había conocido y era una de las casas que había rogado que fueran La Esperanza el día que llegó al pueblo. El parque estaba impecable y se lo cuidaba un jardinero porque Lago distribuía su tiempo entre el bar y la granja. Adentro tenía pocos muebles. Lago le había dicho que no pasaba mucho tiempo allí, y tenía lo que necesitaba. Una mesa con sillas en la cocina y un juego de dormitorio en la habitación.

Catalina creía que la casa, que tanto había deseado comprar, se había convertido en un mal recuerdo para él. Adentro era preciosa, con desniveles en la sala, grandes ventanales y una escalera curva con baranda de madera. Pero la primera vez que estuvo allí, solo se imaginó a Lago y Marisol compartiendo la alegría de haber conseguido la casa de sus sueños, planeando qué muebles

comprar, dónde ubicarlos, de qué color pintar las paredes o qué adornos quedarían bonitos arriba del hogar. También se los imaginó haciendo en amor en la mesada de granito negro, junto al hogar y en la habitación, y se sintió una intrusa.

Flor y Catalina se sentaron en la galería a cenar lo que habían comprado en uno de los restaurantes del centro.

—No sé cómo lograste convencer a Marisol para que quitara la denuncia.

—Yo tampoco. Creo que le toqué el lado sensible a Cristian. Y él le pidió que fuera a retirar la denuncia.

—¡A Cristian! Eso es bueno, Cata. Quizá ponga fin a la guerra sinsentido con mi hijo.

Les siguió un silencio que ninguna de las dos se animaba a romper. El día había sido tan intenso que Catalina todavía estaba nerviosa y no pudo probar bocado. Solo bebió la gaseosa mirando el horizonte y tratando de entender por qué, después de todo lo que habían hecho Flor y ella para que volviera a casa, Lago no había querido salir de la cárcel. Pero el idiota había decidido pagar por algo que Cristian se merecía.

Florencia miraba a la mujer que amaba su hijo. Estaba perdida en sus pensamientos, con la cabeza en otro sitio, quizá en la celda donde se había quedado su hijo. Le habría gustado hablar del cuaderno de Anselmo que apareció en la granja y que antes había guardado en su casa, en un cajón de la mesa de noche, pero no era el momento. Ella solo estaba interesada en lo que había pasado con Lago.

—Qué tiene en la cabeza para quedarse en una celda mugrienta, después que hemos estado tantas horas intentando que recuperara la libertad. Creí que era un hombre coherente, pero eso de pagar por unos cuantos golpes después de todo lo que ha soportado durante años, no lo entiendo. Cristian se los tenía merecidos. Hasta le quitó a la mujer que iba a casarse con él. Tenían todo el futuro organizado. Solo faltaba dar el sí y…

—¿Te habría gustado que estuviera casado con Marisol? —preguntó Florencia. Era como si Catalina hubiera preferido que Lago estuviera casado con otra.

—No es lo que me habría gustado a mí. Esas cosas te dejan marcado de por vida, creo yo.

—De por vida es mucho tiempo. Supongo que te ponen en alerta, que te cuesta volver a confiar. Pero siempre viene alguien a tu vida que te hace bajar la guardia —dijo Florencia.

Catalina la miró con curiosidad y después se quedó mirando el ingreso, como si esperara que Lago se arrepintiera de su ridícula decisión y en cualquier momento entrara caminando a la casa.

Pero Lago no apareció. Florencia se fue una hora después, y ella se quedó sola en la casa sintiéndose una intrusa. Solo quería salir huyendo para volver a la granja.

¡Cuánto había cambiado!

Había odiado esa granja el día que llegó. Había querido salir huyendo cuando vio el abandono. Ella nunca se imaginó siendo una campesina. En realidad, todavía no se sentía una campesina porque contaba con ayuda y lo poco que hacía, como cuidar el huerto, regarlo, tener un lindo jardín, regar las plantas, ver crecer el césped, ver si los kiwis extendían sus ramas o ver crecer la plantación de choclo le daba más placer que trabajo. Y todo eso era suyo, y era en el único lugar donde quería estar.

Pero Lago le había pedido que se quedara en su casa. Nunca le pedía nada y se esmeraba en hacer su vida más fácil. Hasta había estado meses viviendo en un establo abandonado para que no se quedara sola en la granja.

¡Para que no se quedara de noche sola en la granja! En ese momento comprendió el sentido de la nota de Lago y las risas de Nel y de Florencia. A él su casa le importaba un pimiento. Lo único que le importaba era que ella no se quedara sola en la granja mientras él cumplía en la celda ese castigo ridículo.

CAPÍTULO 25

Catalina cerró la casa de Lago y subió a la camioneta. Iba dispuesta a derribar la puerta de la comisaría si no le permitían ver a Lago.

Eran más de las dos de la madrugada, y no pudo derribar nada porque la puerta estaba abierta, y un policía estaba apoyado en el marco fumando un cigarrillo.

—Voy a entrar a ver a Lago, y nadie va a detenerme —dijo Catalina, gesticulando con los brazos.

Carlos se hizo a un lado para dejarla pasar, y sonrió al ver la decisión con la que caminaba por el pasillo.

Qué fácil le había permitido ingresar, se dijo. Entró, recorrió el pasillo y llegó a una sala grande con bancos y dos escritorios. Se metió en la que debía ser la oficina del comisario para increparlo, pero allí no había nadie. Siguió por otro pasillo y llegó a la única celda de la comisaría. Había un borracho durmiendo la mona en un camastro y Lago no estaba. Regresó al ingreso y el policía, que se llamaba Carlos, le dijo que no sabía adónde se había ido.

¡Lago se había ido! ¿Por qué se había ido? ¿Adónde diablos estaba? Lo único que tenía eran sus deducciones, que eran que Lago la había dejado porque ella no quiso escucharlo cuando regresó del bar. Se había ido porque le había tirado todas sus pertenencias a la calle.

Se subió a la camioneta y manejó sin dejar de derramar lágrimas. Ya en la granja, se quedó de pie en medio del jardín. Era

noche cerrada y el campo era una mancha negra, pero ya no tenía miedo de estar sola en el páramo. El viento del norte le revolvió el cabello, pero no le importó. Ya se había olvidado del terror a quedar con la piel acartonada y el cabello tan seco como una escoba de paja. Ella tenía otras prioridades, otros sueños, otros proyectos. Quizá era la primera vez que tenía sueños y proyectos interesantes, puesto que los de su pasado estaban centrados en qué gastar el dinero del abuelo.

Ya había pasado un día entero desde que Lago se había ido. La primera noche no durmió, y de día cumplió con las actividades diarias sin disfrutar de las tareas. Parecía un autómata cumpliendo con las obligaciones porque no podía abandonar las gallinas, no podía dejar de regar la huerta y de cortar las verduras para llevarlas al mercado de la ruta. Desde que Carlos le había dicho que Lago se había ido, su sueño de recuperar la granja dejó de tener sentido.

Hernán llegó a la mañana del segundo día de ausencia de Lago para decirle que la barba de los choclos ya estaba adquiriendo el color marrón, y que estaban listos para cosechar. ¿Cuántos días había pasado mirando el crecimiento de los choclos? Recorría la plantación calculando el tamaño e imaginando el momento de la cosecha. Y ahora que estaban listos, solo había asentido con la cabeza.

—Él va a volver —le dijo Hernán esa mañana, cuando el sol recién estaba saliendo—. Si se ha marchado es por algo importante —le aseguró.

Lo único importante era que ella le había roto el corazón cuando le tiró toda la ropa a la galería. Se le resbaló una lágrima y se la secó con el puño de la camisa.

Mientras Cata se había convertido en una zombi, el día anterior su amiga Nel se había paseado por el centro con el sostén sexi a modo de vincha sobre su cabeza, porque su primer encuentro íntimo con Luis merecía convertirse en el acontecimiento del mes en Los Espinillos. A pesar de que Cata se sentía vencida, había sonreído.

Esa mañana del segundo día, Catalina se vistió con un pantalón blanco y una blusa azul para ir a servir los desayunos en el bar de Lago. Él había hecho demasiados sacrificios por ella. Había abandonado su casa, había dormido en el establo, había reparado la tranquera, las goteras del techo de la cabaña y del establo. Había arreglado una cerca. Le había comprado comederos y bebederos a las gallinas, había ayudado a plantar y mantener el huerto. Hasta había construido cercos para que los zapallos no invadieran su jardín, y había trabajado con el loco Manu para plantar los kiwis. Lo mínimo que ella podía hacer, era reemplazar a Lago en el bar hasta que regresara.

La madre de Lago también le dijo que algo importante debió alejarlo, porque Lago no huía.

Claro que huía. Lo había hecho el día que llegó a la casa del abuelo, cinco años atrás. *El muchacho viene de un pueblo y le voy a dar una mano. Por un tiempo nos va a ayudar en el jardín,* le había dicho el abuelo.

Lago se había instalado en la casita de los cuidadores que había cerca de la piscina. Nunca supo de dónde lo conocía el abuelo y por qué necesitaba que le dieran una mano, hasta que llegó a Los Espinillos y descubrió todos los secretos del abuelo. Ese era el pueblo de Lago. Era el lugar donde nació el abuelo. Florencia era el amor en la vida de su abuelo. Y allí descubrió que el día que el abuelo recibió a Lago en la casa, él estaba huyendo de lo que le había pasado con Marisol. Claro que huía.

¿Adónde había huido esta vez? El abuelo ya no estaba para ayudarlo, y la casita de los cuidadores no era una opción.

Eran las nueve de la mañana y tendría que estar en el bar sirviendo los desayunos, pero llevaba más de una hora parada en el jardín sin moverse. No quería ir porque los clientes le iban a preguntar por Lago. ¿Qué les iba a decir?, si sabía lo mismo que ellos. Se giró para ir a la camioneta, y frunció el entrecejo cuando vio al tío Felipe y a su padre parados en el ingreso. Estaba tan

metida en sus pensamientos que no había sentido el ruido del motor del Peugeot de su padre, que estaba estacionado en la calle.

En otro momento se habría alegrado de verlos, pero habían elegido el peor día para presentarse.

—¿Qué hacen aquí? ¿Ha pasado algo? Creí que estaban demasiado ocupados para venir a verme —comentó, con algo de resentimiento, algo de desconcierto y un poco de temor.

—Digamos que decidimos hacer un alto en el trabajo para venir a… —dijo Felipe.

—¿A echar una mirada? ¿A averiguar si he pasado la prueba que me puso el abuelo? —preguntó Catalina, interrumpiendo a su tío.

Felipe arqueó las cejas, como si ella hubiera acertado con sus preguntas.

Su padre se acercó para saludarla con un beso en la mejilla y un abrazo que duró un instante. De Jerónimo no esperaba un abrazo efusivo después de cinco meses sin verla. Él siempre había tenido mejores cosas que hacer que ir a ver a una niña que lo esperaba ansiosa, y cuando Cata creció dejó de esperar.

—Yo solo vine a ver si era cierto que tenías todo bajo control —dijo su padre.

—Mi vida siempre ha estado sujeta a decisiones ajenas, por lo que nunca he tenido nada bajo control. —aseguró Catalina.

—Pero esto se ve muy bien, Caty —dijo su padre, ignorando el filoso comentario de su hija.

—La verdad que ha cambiado bastante —comentó Cata.

—¡Es impresionante lo que has conseguido en tan pocos meses! —dijo Felipe, que no dejaba de mirar asombrado todos los cambios.

—¿Conocías la granja? —preguntó Catalina a su tío.

—La conocí cuando vine a llevarme el primer vehículo de mi padre. Él quería regalarlo, y le pedí que me permitiera conservarlo. No había más que un campo de paja brava, y mucha gente interesada en contarme la vida de mi padre. Por eso volví varias veces, hasta que él me dijo que dejara de indagar en su pasado y me metiera en mis asuntos. Pero no le hice mucho caso. La última vez que estuve fue hace dos años, y este sitio seguía tan abandonado como la primera vez —aseguró Felipe—. Has hecho un buen trabajo, Caty.

—Sola no habría hecho nada. He contado con mucha ayuda —dijo Catalina, y se le anudó la garganta porque quién más la había ayudado no estaba más a su lado.

—Y no se te ocurrió comentarnos sobre este pasado —se quejó Jerónimo con su hermano—. Me enteré de que tenía una granja en un pueblo cuando te la dejó a ti, Caty. Él siempre decía que había empezado de abajo. Pero cuando le preguntaba sobre su pasado, me decía: «no hay mucho que contar». Y ahora me estoy enterando que conocías todo esto, Felipe —volvió a quejarse a su hermano.

—Siempre he sido el más curioso en los temas familiares. Ustedes estaban más interesados en divertirse que en conocer el pasado de papá —aclaró Felipe.

En eso el tío Felipe tenía razón. Adelina, Jerónimo y Plácido estaban más interesados en sus propias vidas que en las historias familiares. Ella tampoco conocía la existencia de la granja, y eso que había vivido muchos años bajo el techo del abuelo.

Si nadie sabía nada era porque el abuelo había querido mantener a la familia alejada de un pasado que no había podido olvidar. Pero Cata tenía el presentimiento que el tío Felipe no había venido para ver si la granja había cambiado, ni para saludarla y felicitarla.

—Creo que no han venido a ver cómo estaba, ni para admirar los cambios de la granja. Ha pasado algo —aseguró Catalina.

Felipe y Jerónimo se miraron.

—¿Cata, eres feliz en la granja? —preguntó Felipe.

Nunca se había preguntado si era feliz. Lo único que sabía era que de a poco se había adaptando a la vida en el pueblo, a la gente, y no había otro sitio donde quisiera estar. Quizá la felicidad no era una alquimia, sino el lugar, ver crecer una planta de geranio, recolectar los huevos de las gallinas. Tomar un jugo recién exprimido por Nel. Servir el desayuno a los clientes del bar y reír con ellos. Escuchar anécdotas del abuelo hasta que le brillaban los ojos. Sentarse en la galería con Lago a escuchar los sonidos de la noche. Verlo arreglar las goteras del techo, dormir abrazada a él después de hacer el amor.

—Sí, soy feliz —dijo Catalina—. Tengo todo lo que nunca soñé, y no lo cambiaría por la vida que tenía antes de que el abuelo nos dejara —aseguró Catalina. No mentía—. Antes no tenía sueños, solo tenía planes. Mi vida en la ciudad solo consistía en programar mi próximo viaje, en qué ropa comprar para la salida de sábado, en ir a beber a una nueva confitería y llegar tan borracha que no lograba acertar la llave en la cerradura —aseguró, y se le resbaló una lágrima—. Lo extraño un montón. Pero aquí todos los vecinos hablan del abuelo, y me siento cerca de él. ¿Han venido a evaluar si estoy apta para quedarme?

—Hace unos días descubrimos que el idiota de Felipe es el veedor de Anselmo —dijo Jerónimo—. Lleva todos estos meses evaluándonos a los tres. El único que no ha pasado la prueba de eficiencia es Plácido. Y le importa un comino, según sus propias palabras. A mí me ha dejado los hoteles. Adelina a partir del mes que viene se queda con el resto de los negocios, y tú con la granja.

—Eso es injusto, Jerónimo. Yo tampoco sabía que les estaba tomando examen. Es más, estaba convencido que en el testamento no estaba la cláusula de que tenía que evaluarlos. Bueno, el convencimiento me duró hasta ayer. Yo solo quería que asumieran responsabilidades para desligarme del problema que me había dejado mi padre.

—¿Y quién diablos sabía de esa cláusula? —preguntó Catalina.

—Deberíamos saberla todos. La parte jugosa del testamento estaba al final —dijo Jerónimo—. Según el abogado, él leyó esa parte donde decía que estaríamos a prueba. Pero nadie la escuchó— aclaró.

—Estábamos demasiado ocupados en hacer un escándalo —confirmó Felipe—. Adelina gritaba histérica, y nosotros no nos quedamos atrás. El abogado siguió leyendo y nadie prestó atención a lo que decía.

—Cómo habrá sido el cabreo que nos agarramos, que hasta tu tío Felipe se puso a golpear el escritorio con el puño.

Catalina recordaba ese día como si la lectura hubiera sido ayer. También había dejado de escuchar al abogado cuando se enteró que había heredado una casa en un pueblo perdido. Se sentía tan miserable que se quedó mirando por la ventana el tráfico de la calle, y rogando en silencio que todo volviera a ser como antes. Pero nada era como antes, y el abuelo había decidido alejarla de la vida que conocía como si fuera un peón de su último juego.

—Yo me fui cuando el abogado nos invitó a aceptar y firmar —dijo Felipe—. Me llamó más tarde para preguntarme si había escuchado todo el contenido, y le dije que cada maldita palabra. Me pidió que fuera a firmar y me dio una copia, que quedó en un cajón de mi escritorio porque no tuve interés ni tiempo de ponerme a leerlo con más detalle. Hasta que descubrimos que habíamos estado rindiendo examen —dijo Felipe—. Podría haber dejado sin nada a mis hermanos. Dejé sin nada a Plácido. Si lo hubiera sabido, me habría esforzado más para que participara en los negocios.

—¿Por eso han venido?, porque yo también tenía que pasar un examen —preguntó y respondió Catalina indignada— ¿Qué habría sucedido si no pasaba la prueba? ¿Me habrías quitado la granja, Felipe? Mejor no me lo digas. En la mente del abuelo tú eras el único hijo responsable, y te has hecho cargo de lo que tu padre no supo hacer con sus propios hijos ni con su nieta —dijo Catalina furiosa.

—Ya te he dicho que yo no sabía que los estaba evaluando. Y tú no entrabas dentro de mi responsabilidad. Tenías a alguien que te iba a ayudar porque estabas alejada de mi control —dijo Felipe.

"Tenías a alguien que te iba a ayudar porque estabas lejos de mi control". ¡Claro! ¡Pero qué idiota! Ella tenía a alguien en el maldito pueblo. Alguien en quien el abuelo confiaba. Alguien que había estado desde el primer día. Que le puso los goznes a la tranquera. Alguien que durmió en el establo cada maldita noche desde que había llegado. Alguien que le daba consejos sobre los deudores del abuelo, que le explicaba cómo se manejaban en el pueblo, la ayudaba a entender y la aconsejaba. Alguien con quien había tenido sexo porque dos veces lo había provocado. Alguien que tenía la maldita misión de controlar cada uno de sus avances. Y ella había aceptado que se mudara a su casa, a su cama, y que se apropiara de parte de su vestidor.

Dos días llorando por los rincones, dos días sin dormir, dos días en lo que sus proyectos habían dejado de ser importantes porque se sentía culpable de haberle tirado la ropa a la calle. ¡Qué idiota!, si él estaba cumpliendo con un pedido del abuelo. Ella, que se había lanzado a la pileta creyendo que tenía agua, para Lago no era más que un trabajo que le habían encomendado.

—Eso no es cierto —gritó Catalina—. No puede ser cierto —susurró con menos convicción, porque todo encajaba de forma alarmante.

—Entiendo cómo te sientes, porque nosotros tampoco sabíamos que estábamos dando un examen —dijo su padre.

Él no podía entender cómo se sentía, porque a ella le había tomado examen el hombre que había roto sus barreras, el hombre que día a día había traspasado su coraza y le había debilitado el corazón. Ella había confiado en él y lo había dejado entrar en sus tierras, en sus negocios y su vida.

De esnob a granjera. Y estaba feliz con el cambio porque Lago y ella se hicieron amigos, amantes, cómplices. Los dos se

complementaban como si formaran un equipo perfecto. Y mientras se conocían, ella se había enamorado. Lo que no sabía era que ella le había entregado en bandeja su corazón y él solo era el veedor de sus avances.

—Han venido a contarme que Lago era el encargado de corroborar que cumplía los mandatos del abuelo —dedujo Catalina.

Jerónimo y Felipe se miraron. Alguien tenía que decirle por qué estaban allí.

—Dile a qué hemos venido. Ella es tu hija, Jerónimo. Y no es justo que todos me conviertan en el malo de esta historia, cuando he sido manipulado por mi padre igual que ustedes.

Jerónimo asintió, pero varias veces se pasó la mano por el cabello como si no supiera por dónde empezar.

—¿Qué diablos ha pasado? —preguntó Catalina, mirando a su padre.

—Lago Sanders está preso —dijo Jerónimo.

—¿De qué estás hablando? Estuvo preso unas horas, pero eso ya se solucionó —dijo Catalina, sorprendida de que su familia supiera lo que había pasado en el pueblo.

Felipe la miró desconcertado.

—Parece que salió de un lío y se metió en otro. Ahora está preso en la ciudad después del escándalo que hizo en la oficina del abogado —dijo Felipe.

—¡Preso! ¿Por qué hizo un escándalo? —preguntó Catalina. Lago era el hombre más paciente del mundo. ¿Cómo había logrado terminar preso dos veces en menos de una semana?

Los dos hermanos se miraron y al final fue Jerónimo, que era el padre de Catalina, quien se hizo cargo del asunto.

—Supongo que es porque le dejó el ojo morado al abogado. Llamaron a Felipe de la oficina y ahí nos enteramos de que esto era un juego perverso —dijo Jerónimo.

—Ese muchacho me ganó de mano. Si me hubiera enterado como él, habría hecho lo mismo —dijo Felipe.

Catalina se quedó un instante tratando de asimilar lo que le acababan de contar. En realidad no entendía nada. Lo único que sabía era que Lago ahora estaba preso por pegarle al abogado de Anselmo.

Se acercó a la camioneta. Tenía la llave en la mano porque tenía que ir a servir los desayunos en el bar. Pero había asuntos más importantes que los desayunos. Arrancó y salió por la tranquera.

—Cuando te dije que te hicieras cargo del asunto porque era tu hija, quise decir que te hicieras cargo del asunto de forma completa —dijo Felipe.

—Soy su padre, pero hay cosas que no tengo idea como resolver —aseguró Jerónimo.

—Realmente no eres un padre ejemplar —dijo Felipe.

—Parece que mi hija se ha enamorado de alguien inconveniente —dijo Jerónimo, ignorando las acertadas palabras de su hermano.

—Lago Sanders tiene muy buena reputación en el pueblo. Todos hablan bien de él —aseguró Felipe.

—Ha estado dos veces preso en menos de veinticuatro horas —dijo Jerónimo.

—Eso debe ser mérito de tu hija —aseguró Felipe—. Me parece que ha logrado sacar de las casillas al hombre más respetado del pueblo.

CAPÍTULO 26

Había salido de una celda y lo habían metido en otra. ¿Dónde estaba su paciencia? ¿Dónde había quedado esa serenidad con la que se movía en el pueblo? La verdad era que nunca había sido agresivo hasta que Catalina Thompson llegó al pueblo y dio vuelta toda una vida de contención. Ni siquiera cuando Marisol lo engañó había golpeado a Cristian. Pero lo había hecho cuando Catalina tiró todas sus pertenencias a la galería y lo echó de su casa. Una reacción desmedía, no podía negarlo.

Y el día anterior había vuelto a descargar su furia en la oficina del abogado de Anselmo. Lo más asombroso era que no se arrepentía de lo que había hecho. Incluso tenía ganas de salir para seguir repartiendo trompadas.

¿Qué se creían esa panda de imbéciles? Que por tener el apellido Thompson tenían derecho a manejar a todo el mundo. A él lo habían manipulado sin que se diera cuenta. Habían tergiversado una promesa que ni siquiera había querido aceptar. Lo habían usado como si fuera una marioneta.

La indignación lo había tenido toda la noche paseando por el reducido espacio de la celda. Dos noches sin dormir, y seguía con la adrenalina a mil. Se sentía un idiota, y lo más lamentable era que Catalina lo iba a odiar por algo que él no había hecho de forma consciente.

Toda esa mierda se desató la noche que estaba en la cárcel de Los Espinillos. Cata había logrado que Marisol retirara la denuncia

y él creyó que podían arreglar la confusión del bar. Pero su esperanza de desmoronó antes irse, cuando recibió un mensaje del abogado de Anselmo. Un maldito mensaje en el que le agradecía el impecable trabajo que había hecho al ayudar a la nieta de Thompson a asumir responsabilidades. Un maldito mensaje en el que le decía que podía pasar por la oficina para recibir una compensación económica por sus logros, porque habían decidido prescindir de sus servicios. La joven había aprendido a desenvolverse en la vida sin su ayuda, y la esperaba un futuro mucho más glamuroso que manejar una sencilla granja.

Salió de la celda del pueblo hecho una furia. Se cruzó al bar, le pidió prestada la camioneta a Luciano, y manejó rumbo a la ciudad dispuesto a esperar que se hiciera de día para aclararle al maldito abogado de las narices que nunca había estado haciendo un maldito trabajo, y que dejara de meterse en su vida como si tuviera derecho a hacerlo. Pero el tipo lo esperaba con una sonrisa de oreja a oreja y el maldito cheque bailando en su mano. «Nadie ha logrado lo que ha conseguido usted en tan pocos meses. Esa joven era indomable, y usted ha conseguido que salga de la cama antes del mediodía y que deje de emborracharse», y el idiota se carcajeó como si hubiera contado el mejor chiste del mundo.

Primero, él no había estado trabajando para ellos. Segundo, Cata había trabajado movida por la emoción de cumplir el sueño de su abuelo, de ver que la granja dejaba de ser un campo abandonado.

La indignación que sentía era tan grande que le arrancó el cheque de las manos, lo rompió en pedacitos y se lo lanzó a la cara. Ese idiota no tenía derecho a tergiversar lo que había compartido con Catalina durante esos cinco meses. Pero el viejo no estaba acostumbrado a que nadie lo increpara y le dio un empujón que le hizo perder el equilibrio.

Lago intentó mantener la calma, esa que lo había acompañado durante toda su vida, pero todo era tan injusto que solo necesitaba un pequeño incentivo para encender la mecha y que

estallara la bomba. Y la mecha se encendió con algo que ni en sus sueños más descabellados se había esperado. Lo que vino después fue una seguidilla de palabras que sonaron en sus oídos como dardos envenenados, dardos que se le clavaban por todo el cuerpo. Cada palabra le demostraba la enorme influencia y la manipulación sobre las vidas ajenas que tenían las personas con poder y dinero.

«Espero que hayas entendido cada una de las palabras. Tú ya no nos eres útil», dijo el soberbio del abogado. La ira era tan intensa que descargó el puño en el ojo del idiota, y después barrió con todo lo que encontró a su paso en esa maldita oficina, aunque lo que deseaba era barrer con esa maldita gente que se creía con derecho a manejar a su antojo la vida de los demás. Cuando salió a la calle con los nudillos destrozados, como prueba de lo que acababa de hacer, dos policías lo interceptaron.

Por un instante se permitió pensar en Catalina. En cuánto tardaría en descubrir que estaba en otra celda, y que todo el trabajo que había desplegado para conseguir que Marisol retirara la denuncia había sido un error, porque el hombre en quien ella confiaba no había sido honesto. El hombre en quien confiaba había estado cumpliendo una promesa que le había hecho a su abuelo.

No podía negar que todo comenzó con aquella promesa que le pesaba como si arrastrara un yunque, pero a los pocos días, cuando la ayuda se convirtió en complicidad, en compañerismo y en un sentimiento que ya no podía seguir negando, ya ni se acordaba de la promesa.

Él dejó de ayudarla a encontrar su camino, y comenzó a emocionarse al ver su sonrisa cuando se paraba en el campo y admiraba todo lo que habían logrado. Dejó de ayudarla cuando descubrió, al principio con recelo, los sentimientos que ella despertaba en él a unos días de su llegada. Ella no era la esnob de la ciudad, sino una joven que escuchaba con atención y aceptaba agradecida todo lo que le ofrecían los vecinos. Ella disfrutaba de cada actividad, y él solo quería estar a su lado, compartiendo cada una de las aventuras que emprendía en esa tierra, que ni el viento

del norte había impedido que Cata se enamorara del lugar que había despreciado a su llegada.

Tenía que reconocer que al principio había querido que se marchara porque estaba convencido que ella no duraría mucho en el pueblo. Después deseó que se quedara, pero no quería hacerse ilusiones. Cata estaba viviendo una aventura, y en algún momento la novedad se convertiría en rutina, y ella se iría en busca de una nueva aventura. Era una mujer acostumbrada a recorrer el mundo, y un día cualquiera extrañaría esa vida de lujos que siempre había disfrutado.

Pero la traición iba a acelerar su marcha. Su estadía había tenido fecha de caducidad y ninguno de los dos lo sabía. A ella la esperaban aventuras más grandilocuentes, más glamurosas que una pequeña granja en un pueblo de poco encanto.

La reja de su celda se abrió y un policía le dijo que podía marcharse. Que alguien había venido esa mañana a retirar la denuncia. No presentarían cargos contra él.

Lago salió de la celda y de la comisaría con la bolsa que le entregaron en mesa de entrada, que contenía las pocas pertenencias que habían quedado retenidas. La llave de la camioneta de Luciano, la billetera, los documentos y el móvil. Lo encendió y comprobó que tenía varios mensajes, pero ninguno era de Catalina. ¿Ya estaría enterada de la promesa que le había hecho a su abuelo? ¿Qué estaría pensando de él? ¿Qué estaría pensando del desastre que había ocasionado su abuelo? ¿Estaría planificando su próxima aventura?

Ella no había sido enviada al pueblo para quedarse, sino para encontrar el camino. Solo que el camino ya estaba estipulado de antemano, sin que Cata y él lo supieran.

CAPÍTULO 27

Catalina llegó a la ciudad cerca del mediodía. Dejó la camioneta de Luis a varias cuadras y caminó hasta la oficina del abogado. No podía sacarse de la cabeza que Lago había estado cumpliendo con un pedido del abogado. Su misión había sido ayudar a la descarriada nieta de Anselmo a sentar cabeza. Dolía como si le estuvieran clavando un puñal en medio del pecho, pero no se permitió derramar una sola lágrima.

De niña había aprendido que querer producía dolor, y que a veces las personas más importantes de su vida la alejaban de su lado como si fuera un objeto descartable. Ella había aprendido a adaptarse, a esconder el miedo y a camuflar el dolor, hasta que la herida se convirtió en una cicatriz que siempre estaba allí para recordarle que todo lo bueno podía desaparecer en un abrir y cerrar de ojos.

Ingresó al edificio de tres pisos y subió al segundo, donde el abogado tenía su enorme oficina. La puerta de la recepción estaba abierta y entró sin llamar. La secretaria se levantó de un salto de la silla que ocupaba detrás del escritorio.

—Buenos días, Catalina Thompson ¡Qué sorpresa! No te esperábamos —dijo con una voz fuerte y chillona.

—Buenos días. ¿Está el doctor Lezcano? —preguntó—. Tengo entendido que ayer hubo un pequeño incidente en su despacho.

—¡Pequeño incidente! —exclamó el abogado, que salió con su traje impecable, su camisa blanca, su cortaba azul y un morado bien

feo en el ojo—. Ese salvaje me destruyó toda la oficina —aseguró—. Creí que era un hombre confiable cuando hablé con él.

Catalina lo miró con cierto recelo. ¿Cuándo hablé con él? Ahí estaba la prueba de que Lago la había engañado durante cinco meses. Cómo dolía. Ella podía odiar su traición, pero él no era ningún salvaje. Algo había pasado para que sucediera lo que estaba relatando el abogado. Caminó decidida a la oficina, y el abogado raudo apoyó la mano en el marco para impedirle el ingreso.

—No puedes pasar —dijo, rumiando una ira que despertó su parte rebelde y de un manotazo le apartó el brazo que le impedía el ingreso.

Lo que vio adentro le arrancó un grito de histeria. Un grito tan desgarrador que hizo temblar los cuadros de las paredes y los libros de los estantes. Se tapó la boca con la mano y retrocedió asustada. ¡No podía ser! ¡Esto no podía ser cierto! Le brillaron los ojos y casi estalló en llanto.

Toda la tristeza y el dolor por la muerte del abuelo pasaron por la mente de Catalina. Su viaje desde África sintiendo cómo la culpa la hundía en la desesperación porque el abuelo había muerto y ella ni siquiera le había respondido los últimos mensajes. Su desconcierto, su incredulidad porque le costaba creer que no hubieran quedado más que cenizas, que podían ser de Anselmo o de los asientos de la camioneta quemada. Una muerte sin velorio, sin entierro, sin un sitio donde ir a llorar, pero con todos los amigos y conocidos desfilando por la casa para dar las condolencias.

Su desconcierto cuando le arrebataron la vida que conocía. Su desesperación cuando llegó a una granja abandonada, y en lugar de odiar al abuelo, lo seguía extrañando.

El engaño pesó más que la emoción que tendría que sentir al ver que el abuelo estaba con vida. Pero no solo la había engañado Anselmo. Lago había sido el hombre encargado de controlar qué diablos hacía con la maldita herencia que le había dejado.

No se permitió ni un segundo de debilidad. Eso era una estafa descarnada. Una traición a sus sentimientos.

—¡Caty! ¿Qué estás haciendo aquí? —dijo Anselmo, que también retrocedió dos pasos porque esto no debía estar pasando. No así. No de una forma tan impulsiva. No sin que estuviera preparada para ver que su abuelo no había muerto en aquel incendio.

—¿Qué has hecho, abuelo? ¿Cómo pudiste engañarnos a todos? ¿Cómo has podido jugar con los sentimientos de tu familia? —gritó las preguntas.

Catalina se mantenía de pie a fuerza de voluntad, porque las piernas le temblaban como un flan. Él estaba vivo, y ella… ¿cuánto lo había llorado?, si después de cinco meses se seguía emocionando cuando algún vecino hablaba de él.

—Tenía que hacer algo para que asumieran responsabilidades. Todos dependiendo de mí, y ninguno estaba dispuesto a trabajar para mantener lo que tanto sacrificio me costó conseguir.

Y toda la farsa era por el dinero, pensó llena de resentimiento. ¡Qué poco lo había conocido!

—Te hiciste pasar por muerto. ¡Cómo has podido ser tan cruel! ¿Quién consiguió que la mentira pareciera real?

—Caty, con dinero uno consigue cualquier cosa —dijo Anselmo, parecía afectado, pero quizá solo estaba sorprendido de tenerla allí en un momento tan inoportuno.

—¿Hasta un certificado de defunción? —Preguntó Cata, con una voz tan temblorosa que ni ella se la reconoció.

—Eso no era real. Solo era para que ustedes se lo creyeran. En ningún lado está anotada mi muerte. Mi abogado arregló ese tema.

Abrió la boca horrorizada por el alcance de la mentira. Un trabajo premeditado, y llevado a cabo con la precisión de quien usa un bisturí para no despertar la más mínima sospecha.

Ella había tenido sus dudas. Nunca supo si en esas cenizas había algo del abuelo, pero había creído que era por su deseo de que él estuviera vivo. Ahora estaba vivo, y lo único que quería era golpearlo hasta que se le acabaran las fuerzas por haberse burlado de sus sentimientos. Quería dejarle morado el otro ojo al soberbio del abogado que se había prestado a colaborar con el engaño.

—¡Este idiota fue quien se prestó a tu mentira! ¡Este hombre despreciable nos citó a todos para leer un testamento que no sirvió para nada! —gritó Catalina.

—Claro que sirvió. Todos se pusieron a trabajar. Cada uno de ustedes se hizo cargo de su vida —dijo Anselmo—. Mis hijos ya son grandes. Pero tú ibas por el mismo camino de Plácido, que venía borracho a casa todos los días. Yo me juré que no me volvería a pasar lo mismo contigo. Tenía gente responsable y capaz de conseguir que todos se convirtieran en personas productivas. Gente de mi confianza, que sabía que harían un buen trabajo.

—Un trabajo que tú no supiste hacer con tus hijos ni conmigo —gruñó Catalina.

—Bueno, Felipe no salió tan irresponsable. Él quedó a cargo de todo, y sabía que iba a hacer lo que estuviera en sus manos por desligarse de mis negocios, porque había abandonado los suyos. Y lo hizo genial. Salvo con Plácido, que es una causa perdida.

—¡Él no lo sabía! Lo engañaste como lo has hecho con todos nosotros.

—Estaba en el documento que leí en presencia de ustedes —aclaró el abogado—. Pero no es mi culpa que en lugar de prestar atención, se pusieran a gritar y a insultar mientras yo leía la parte en la que Felipe tenía seis meses para conseguir que sus hermanos asumieran toda la responsabilidad de los negocios.

—Usted es un sádico. Tan sádico como mi abuelo.

—Y usted una desagradecida —dijo el abogado—. Este hombre no tenía vida con esos hijos que no querían hacerse cargo

de ninguna responsabilidad, y encima usted se estaba convirtiendo en otra irresponsable. Yo le propuse tomar medidas drásticas, y aceptó.

—No es tan así, Caty. Yo no sabía cómo sacarte de esa vida disipada que llevabas. Cada día que te encontraba durmiendo en la galería, sentía que también estaba fracasando contigo.

—Y aceptaste las locuras de ese insensible.

—Sí.

—¿Y qué habría pasado si Felipe no lograba que tus hijos trabajaran como a ti se te antojaba? —preguntó Catalina.

—Todo habría regresado a mí, porque repartí la herencia en vida sujeta a esa condición, que ya te habrás enterado por lo que te contaron tu padre y tu tío. Sé que esta mañana estuvieron en la granja. Solo que no esperaba enfrentarme a ti tan pronto.

Un pequeño detalle que se había escapado de su control, creía Catalina. Pero no se detuvo en minucias cuando había temas más importantes que la inoportuna llegada de la idiota de la nieta, que todavía derramaba alguna lágrima por él cuando en el pueblo alguien le contaba alguna anécdota.

—¿Y si yo no hubiera logrado hacer producir el campo? ¿También me lo habrías quitado?

—Tú no tenías que poner ese campo a producir. Tú tenías que vivir allí y buscarte un trabajo para subsistir. Tenías que demostrarme que eras capaz de salir adelante sin mi dinero —aseguró Anselmo.

Ella lo miró sin comprender. Si no tenía que hacer producir la granja, ¿por qué la había mandado allí?

—Parece que todo lo que conseguí no era lo que tenías en la cabeza —susurró Catalina, cada vez más decepcionada—. ¿Y cuál era el trabajo de Lago?

—Ayudarte a encontrar el rumbo. Ayudarte a salir adelante sin depender de mí.

Ese fue un golpe más duro que ver a su abuelo con vida. Era un golpe directo a la confianza que tenía en Lago. Su amigo, su cómplice, su compañero. El hombre que había despertado sus emociones, el que le había permitido apartar los miedos para creer que no siempre querer era perder.

—¿Él sabía que tenía que cumplir esa tarea? —preguntó Catalina, sintiendo que toda la felicidad que había conseguido se convertía en un charco a sus pies.

—Me lo prometió cuando estuvo unos días en nuestra casa —Dijo Anselmo—. Lago es un hombre de palabra. Y cumplió, pero eso no era lo que esperaba de él. Solo tenía que ayudarte a salir adelante, no ayudarte a recuperar un campo abandonado.

—Pero cumplió con el propósito —aseguró el abogado—. Tu nieta aprendió una gran lección, y él ya no es necesario. Pero ese idiota no entendió que esto era algo pasajero y viajó para insultarme, para romper toda mi oficina y dejarme el ojo morado. Si no lo hubieras frenado, podría haberme matado. Encima tuvo el descaro de romper el abultado cheque que le di por sus servicios.

A Catalina le bastaron esas palabras del abogado para comprender que Lago era otra pieza del juego perverso de esos dos hombres.

—Lago no se vende por dinero. Ese fue un error imperdonable de tu parte —aseguró Anselmo—. Ese chico es demasiado honesto.

—Podría haber invertido ese dinero. Podría haber mejorado su vida —aseguró el abogado.

Catalina no podía creer todo lo que estaba escuchando. Se sentía dolida y traicionada, aunque no tenía nada que ver al dolor que sintió cuando creyó que su abuelo había muerto. Este era un

dolor cargado de desprecio, porque ese hombre que ella quería, había usado su muerte para manipular a toda la familia.

—Lago no tiene ambiciones, por eso siempre será el dueño de un bar de pueblo —aclaró Anselmo.

Catalina no sabía si salir corriendo o sentar de una trompada al insensible del abogado y al ambicioso de su abuelo. ¿Qué tenía de malo ser el dueño de un bar de pueblo? Era un bar encantador, donde Lago se reía, conversaba con los vecinos, donde se podía disfrutar de una copa en compañía los amigos de toda la vida.

—Nunca creí que fueras tan cruel, abuelo.

—¡Cruel! Si todo lo hice por el bien de mi familia. Mis hijos han asumido sus responsabilidades. Hasta los hijos de Adelina están demostrando una capacidad increíble para manejar mis negocios. Estoy orgulloso de que una pequeña mentira haya obrado el milagro que yo nunca conseguí —aseguró.

—¡Pequeña mentira! —gritó Catalina. Cómo podía minimizar la barbaridad que había hecho.

—Y a ti te espera una vida llena de oportunidades —dijo Anselmo ignorando los reproches de su nieta—. Esta etapa de aprendizaje ha sido provechosa, aunque no era mi intención que te pusieras a sembrar mis campos y a llenarlo de gallinas.

Cómo dolía escuchar que menospreciaba lo que a ella le había cambiado la vida.

—¿Y qué vida es la que has planeado para mí? —preguntó, y retrocedió. Llevaba un rato retrocediendo, como si su instinto le dijera que se alejara de las manipulaciones de su abuelo.

—Serás la heredera de los hoteles que ahora pertenecen a tu padre. Solo tienes que dejar el pueblo y unirte a una nueva aventura. Una aventura que te llevara a viajar por el mundo, y te permitirá mantener la vida de lujos que siempre has disfrutado mientras vivías conmigo. Los dos se merecen forjar esa relación de padre e hija que nunca tuvieron. Juntos van a hacer grande esos

hoteles, Caty. Solo tienes que aceptar. Si lo haces, en este mismo momento rompo el documento y dejó sin efecto mi legado de la granja.

Catalina volvió a retroceder como si cada palabra de su abuelo le produjera más espanto, más resentimiento, más ganas de desaparecer de su vida. No podía creer que este fuera el mismo hombre que la había recibido en su casa a los cinco años. El mismo que le había consentido todos sus caprichos. Era como si un yunque le hubiera caído en la cabeza y le hubiera borrado su pasado.

—Tú no dejaste ese cuaderno de hojas amarillentas en la cabaña. —Era una deducción, que debería haber quedado en su cabeza, pero la había dicho en voz alta.

—¿De qué cuaderno me estás hablando?

—Del que le regalaste a Florencia, donde escribías tus sueños —dijo Catalina, y le tembló la voz.

—Por qué iba a dejarte ese cuaderno en la cabaña. Sería como pegarme un tiro en la cabeza —aclaró—. Seguro que fue Florencia.

—Ella no fue —aseguró Catalina—. Tú la amabas. Ella era la mujer que amabas. Ella era tu flor salvaje.

—Pero ella se enamoró de su marido, Catalina. Solo fui su amor de juventud. Qué sentido tiene seguir esperando a alguien que me considera su pasado —aseguró—. Dejemos de lado el sentimentalismo. Eso no te permite progresar, Caty. No te permite crecer. Te estanca en un mismo sitio. Te quita las ambiciones, y llegará el día en que te preguntarás: ¿por qué elegí una vida tan limitada cuando podría haber tenido todo un mundo lleno de oportunidades al alcance mi mano?

Una vida para viajar, para salir en el deportivo, para comprar tanta ropa que ni tiempo tenía para estrenar. Una vida viajando, bebiendo, riendo con esos amigos que habían desaparecido cuando se quedó sin nada.

Una vida llena de planes, y sin ningún propósito, sin sueños. Una vida sin Nel, sin Rosa, sin Florencia y hasta sin la pesada de Nancy, que le encajaba la ropa de la tienda para no pagar la renta. Una vida sin Hernán sembrando choclos, sin Leo que venía a despotricar por la miseria que le pagaba para que atendiera las gallinas, y que solo aparecía cuando necesitaba dinero para salir un sábado. Sin los kiwis del loco Manu. Sin Luis y su camioneta oxidada.

Una vida sin Lago, su amigo, compañero, cómplice. El hombre que la había ayudado a encontrar su camino, y que le había permitido dejar de creer que querer era perder.

—Alguien me dejó ese cuaderno. Y yo me dediqué a recuperar la granja para sentirme cerca de ti, porque te extrañaba, porque cada día me sentía más sola. Y logré salir adelante gracias a tu cuaderno, y a tu sueño de recuperar la granja.

Anselmo tenía el entrecejo fruncido. Ese deseo solo había sido un comentario que le había hecho a Florencia, y no recordaba haberlo escrito en el cuaderno. Incluso estaba casi seguro de no haberlo hecho.

—Maldita Rosa, que ha vivido solo para joderme la vida —gritó el abuelo.

¡Rosa! Había sido Rosa quien había dejado ese cuaderno el día que había ido a su casa para obligarla a ir al bar de Lago. Rosa, que lo había negado y le había dicho que iba a investigar. Ella le había creído, pero como le gustaba mentir, debería haberlo sabido.

—Acabemos con este juego de la campesina feliz, y devuélveme la granja —dijo Anselmo.

Catalina entrecerró los ojos. Juego de la campesina. El abuelo solo la quería si respetaba sus reglas, si cumplía con sus expectativas.

—Soy feliz siendo granjera. La granja me la quedo. Tú me la regalaste, y ya me has dicho que no estaba sujeta a ninguna condición, y si lo está, los vecinos de Los Espinillos pueden

atestiguar que he derramado sudor y lágrimas para recuperar La Esperanza.

—Eso es un capricho. Vas a cambiar de idea, Caty. Esa granja es mía.

Catalina siguió retrocediendo y se paró en el umbral.

—Ya no es tuya. Ahora es mía, y te aseguro que la apreció mucho más de lo que has hecho tú en toda tu vida —dijo Catalina, y pensó en toda la gente que la había ayudado a cumplir el sueño del abuelo, un sueño que no existía para el abuelo, pero sí para ella—. Has ayudado a mucha gente del pueblo, y ellos me han ayudado a mí. ¿Qué te debía el loco Manu? —preguntó.

Anselmo la miró con el entrecejo fruncido. Creyó que no le iba a responder, pero solo se tomó su tiempo. Los dos se miraban, él parecía tan impasible como una piedra, ella estaba dejando a la vista todas las emociones, ira, rabia, desprecio y determinación.

—Nada —aseguró Anselmo.

Catalina se giró y se alejó caminando.

—No sé si podré perdonarte. Lo mejor que puedes hacer es mantenerte alejado de mí y de la gente que quiero —gritó Catalina.

—Lago no te conviene —dijo Anselmo.

—Tú no me convienes, abuelo. Lago me deja ser, tú solo me quieres haciendo lo que crees que me corresponde por llevar el apellido Thompson. Vete a manejar a otro, porque yo no te necesito —aseguró Catalina.

—Lago nunca se va a ir de ese pueblo. Y yo puse el mundo al alcance de tu mano —gritó Anselmo.

—Un mundo que me arrebataste el día que simulaste tu muerte. Un mundo que cambiaste cuando me dejaste en herencia una granja.

—Una granja abandonada en medio de un páramo, castigada por un viento insoportable. Por qué insistes en sacrificarte. Te estoy

diciendo que eres la heredera de mis hoteles.

—Yo no soy la heredera de los hoteles. Soy la heredera del viento, y nunca voy a irme de ese pueblo —aseguró Cata, y se marchó sintiendo que por primera vez era dueña de su destino.

CAPÍTULO 28

Lago miró a lo lejos. El campo sembrado de choclos que cortaba la sensación de infinito del campo. Las gallinas que descansaban arriba de los palos. El huerto que todos los días regaba Cata, y los zapallos que se negaban a mantenerse dentro de los canteros. Detrás del establo estaban los kiwis que todavía no habían enredado sus ramas en la pérgola, pero que en algún momento estarían llenas de frutos. Y Catalina no estaría allí para recogerlos.

No sabía cuánto tiempo llevaba parado en la granja, esperando por si Cata regresaba. Hacía tres días que alguien había retirado la denuncia por la trompada que le había dado al abogado de Anselmo. Tres días que Catalina había desaparecido del pueblo.

Un vecino le contó que el día que él regresó, había visto en el centro a uno de los hijos de Anselmo, el que alguna vez aparecía por el pueblo, acompañado de un hombre que debía ser uno de sus hermanos. Si los hijos de Anselmo habían venido a ver a Catalina, ella ya estaba enterada de que su abuelo no estaba muerto.

Después de tres días sin que regresara, Lago dedujo que Catalina había aceptado la propuesta de su abuelo.

«Has cumplido tu parte del trato. Ella ha sabido salir adelante sin mi dinero. Pero eso solo ha sido una lección. A Cata la espera un futuro lleno de oportunidades. Quiero que se una a su padre para que aprenda a manejar mis hoteles», eso le había dicho Anselmo.

Él no tenía ningún trato de mierda. Solo había aceptado ayudarla a encontrar el rumbo porque nunca se imaginó que tendría

que cumplir con esa maldita promesa. Incluso, por aquella época, no sabía cómo podía ayudar a la nieta de Anselmo, si después de la traición de Marisol, no tenía idea de cuál era su propio rumbo.

Verlo vivito y coleando había desatado su ira. Pero escucharlo decir que todo lo que había compartido con Catalina en esos meses solo era una maldita lección, para que estuviera preparada para el futuro grandilocuente que la esperaba, lo llenó de desprecio.

«Tu trabajo ha terminado, joven. Vuelve a tu pueblo», había escupido el abogado soberbio. La ira era tan gran grande que su puño se incrustó en el ojo del hombre. Cuando Anselmo lo apartó del idiota se dedicó a destrozarle la oficina, y terminó preso.

Un día entero encerrado en la celda pensando, pensando, y pensando. Al final terminó por aceptar que él no tenía derecho a cortarle las alas a la mujer que amaba. Siempre había tenido claro que Catalina algún día se iría. Por eso había querido alejarla lo más pronto posible. Pero después creyó, como un idiota, que ella parecía feliz haciendo tareas en la granja, ayudándolo en el bar, recibiendo a los vecinos que le regalaban semillas, gallinas, kiwis o trabajo.

Qué idiota. Ella era la princesa de Anselmo. ¿Por qué iba a quedarse con una granja si podía tener todos los hoteles de su abuelo? Eran cinco, le había dicho Anselmo. Tres en Europa y dos en el Caribe. Quién era tan tonto para rechazar semejante herencia. Ella no.

Ese día el viento del norte soplaba con más intensidad, como una maldita advertencia que le recordaba que Catalina había querido salir huyendo del viento. Pero ella ya no se quejaba como antes. Había dejado de maldecir porque la despeinaba. A veces se ataba una coleta alta para que no se le enredara el cabello, otras veces usaba un sombrero de paja.

Caminó hacia el maizal. Estaba tan alto que parecía un laberinto. Cualquiera que no supiera orientarse se podía perder. Él tenía ganas de perderse en la plantación para no seguir esperando a

una mujer que estaría armando las maletas para comenzar una nueva aventura.

«Tenemos que cosechar, Lago», le había dicho Hernán el día anterior. «Dos días. Esperemos dos días más», le había pedido él. No quería que Cata se perdiera la cosecha que tanto había esperado.

Dejó de mirar el maizal y entró al establo para buscar la tijera de podar. Tenía que podar los zapallos para que no invadieran el jardín de Catalina. No sabía por qué seguía trabajando. Quizá porque todavía mantenía la esperanza de que ella iba a regresar, no para quedarse, sino para decirle adiós a toda la gente que la quería. Cortó una guía aquí y otra allí, aunque sabía que era una tarea inútil.

—Nada detiene a los zapallos —dijo Catalina, que había pasado por la casa de Rosa, y ella le confirmó que había sido ella quien le había dejado el cuaderno. «Estabas algo deprimida. Tenía que hacerte reaccionar, jovencita». También le dijo que Lago llevaba tres días trabajando en la granja. Tres días si aparecer por el bar—. Lo mejor sería dejar que crezcan libres.

Lago se giró y se le resbaló la tijera de las manos. Ella había vuelto y él tenía ganas de abrazarla, de decirle que la había extrañado, que la quería, que no quería perderla. Pero no hizo nada de lo que quería.

—Van a invadir todo el jardín y te van a ahogar el césped.

—Si es lo que quieren —comentó.

Lago la miró desconcertado.

—Has regresado —susurró Lago—. ¿Dónde has estado estos tres días?

—Aquí y allá —comentó Catalina.

—Has estado en la ciudad —dedujo.

A Catalina le brillaron los ojos, pero asintió.

—Mi padre y mi tío Felipe vinieron una mañana y me contaron que estabas preso.

—Un pequeño altercado que desató mi ira. Te juro que intenté contenerme, pero me fue imposible cuando descubrí… cuando descubrí…

—Que mi abuelo está vivo —dijo Catalina, y por primera vez perdió la compostura y dejó que las lágrimas vagaran libres por su rostro.

Lago corrió hacia ella y la abrazó.

—No merece mis lágrimas —susurró Catalina.

Claro que no las merecía. Ese insensible con sus mentiras había dejado a Catalina un mes llorando a escondidas.

—No merece tener una nieta que lo quiera tanto —dijo Lago —. Las lágrimas son tuyas, y llorar es una forma de dejar salir lo que sientes.

—Lo odio. Lo desprecio —susurró Catalina—. Él era la única persona que estaba presente en cada momento de mi vida. Él asumió la responsabilidad que no quisieron asumir mis padres. Y yo he crecido con miedo a que se arrepintiera. Pero nunca me hizo un reproche. Mi abuelo era la única estabilidad en mi vida.

—Creo que odias la locura que cometió para que sentaras cabeza.

Catalina se separó de él y lo miró seria.

—Y tú fuiste quien ejecutó su plan —dijo Catalina—. Mientras yo me lanzaba a una pileta sin saber si tenía agua. Mientras comenzaba a creer que estaba llena, tú eras el hombre que el abuelo había elegido para enderezar mi vida.

Lago esperaba el reproche. Llevaba tres días esperando el momento en el que ella le lanzara a la cara su participación en las decisiones de su abuelo. En realidad llevaba tres días esperando que regresara para despedirse de todos.

—Solo le hice una promesa —aseguró Lago, porque él no estaba cumpliendo ningún plan. Él solo había sido una marioneta de

Anselmo.

—¿Y qué le habías prometido? Ya sé, eliminar a la esnob, o convertirla en una persona capaz de asumir responsabilidades.

Lago se arrepentía de haberle ocultado la llamada del abogado, y la miró como si ya la hubiera perdido.

—Le prometí ayudarte a encontrar tu camino. Si te sirve, acepté porque Anselmo no habría aceptado un no. Te aseguro que creí que nunca llegaría el día en que tendría que cumplir lo que le prometí.

—Hace cinco años, Lago. Me dijo que se lo prometiste cuando estuviste en nuestra casa.

—Eso es cierto. Durante todos estos años creí que me había arrancado esa promesa porque descubrió que no podía apartar mis ojos de ti. Marisol me acababa de engañar con Cristian, y yo no podía dejar de mirarte. Eras una tentación complicada, y encima eras una descarada que no dejaba de provocarme. Te odiaba por esa época, porque debería estar sufriendo por la traición de la mujer que iba a convertirse en mi esposa, pero tú no me dejabas —aclaró Lago.

Catalina lo miró con la boca abierta.

—¡Tuviste el descaro de culparme porque no podías sufrir por la traicionera de Marisol! Cómo iba a saber lo que te había pasado, si nunca me lo contaste. Lo único que te interesaba era convencerme de que yo no te movía un pelo. Yo no era tu tipo de mujer. Me dejaste traumatizada.

—¡Traumatizada! Pero si corriste a los brazos de uno de los amiguitos que bailaban a tu alrededor en la piscina de tu abuelo. Además, ¿qué querías que te dijera? Que mi ex se había acostado con mi enemigo, y en lugar de estar llorando por los rincones, te deseaba —dijo Lago.

—Un hombre tan recto como tú no podía permitirse un desliz tan vergonzoso. Tu reputación de santo se habría ido por el desagüe

—aseguró Catalina.

—Exacto —dijo Lago.

—Y después de cinco años aquí estamos. Yo tirándome a una pileta vacía, y tú asumiendo responsabilidades que aceptaste cuando tenías la cabeza hecha un lío— dijo Catalina.

—Por esa época no sabía qué diablos iba a hacer con mi vida, mucho menos sabía qué hacer con la tuya, Cata. Y acepté porque no tenía otra opción, y porque que creí que nunca tendría que cumplir la promesa.

—Hasta que aparecí como caída del cielo.

—Y yo solo quería que te largaras —aseguró Lago.

—¿En serio? Y yo creyendo que por fin había logrado conquistarte —dijo Catalina, y se le resbalaron las lágrimas.

—Te ibas a ir, Catalina —dijo Lago—. Creciste rodeada de lujos. ¿Cuánto te iba a durar el entusiasmo de recuperar una granja abandonada?

—¿Por qué me ayudabas con la granja si estabas tan seguro de que me iría?

—No te ayudé. Solo estaba presente. Todas las decisiones han sido tuyas.

—No es cierto. Eso no es cierto. Yo me dejé guiar por un cuaderno, pensando que era el sueño de mi abuelo. ¿Y sabes qué me dijo?, que nunca tendría que haberme puesto a trabajar en la granja. Que lo único que él quería era que me buscara un trabajo y le demostrara que podía salir adelante sin su dinero.

—Y lo has conseguido —dijo Lago, y sonrió recordando las palabras de Anselmo. «Esto solo era una lección. A ella la espera un futuro lleno de oportunidades»—. Yo solo he sido el puente que tenías que cruzar antes de hacerte cargo de tu herencia.

—¡Es la herencia de mi padre! —gritó Catalina.

—Y tú eres su hija. Tu abuelo quiere que aprendas a llevar los negocios que vas a heredar —dijo Lago.

—No me interesan —aseguró Catalina.

—Estás enojada porque tu abuelo te engañó, porque yo no te hablé de la promesa. Pero te espera una vida impresionante. No puedes rechazar todo lo que te ofrecen —aseguró Lago, sintiendo que se rompía por dentro.

Eso era lo que había querido evitar cuando quería que se largara. Ya era tarde. Verla partir le rompería el corazón, pero se culparía toda la vida si intentaba retenerla, sabiendo todo lo que podía conseguir si aceptaba lo que le ofrecía su familia.

—Has nacido en una familia con mucho dinero. Has disfrutado de los lujos toda la vida. No tienes idea lo que es contar el dinero para comprar unos muebles. No sabes lo que es pelearla todos los días para mantener un bar funcionando sin que te dé pérdidas. Y si en la granja te toca un año de sequía, o un año con exceso de lluvias, lo vas a perder todo, y no estás en condiciones de afrontar todo un año sin dinero.

—No me importa. Yo quiero lo que tengo, y se lo he dejado claro a mi abuelo —aseguró Catalina.

—El invierno es duro.

—No habrá viento del norte —dijo Catalina.

—El del sur es gélido. Se te van a congelar las manos cuando salgas de la granja. La huerta no va a resistir, y al año siguiente hay que volver a empezar.

—Me estás echando —dijo Catalina, y otra vez las lágrimas malditas se escaparon de sus ojos, pero las secó de un manotazo.

—Te estoy enfrentando a la realidad que te espera —aseguró Lago. Quería abrazarla y decirle que los dos saldrían adelante, que lucharían juntos, que él era capaz de trabajar en cualquier cosa con tal de tenerla a su lado. Pero eso era muy egoísta. Ella siempre había sido una princesa.

—No me quieres. Lo nuestro fue una aventura para ti.

—Solo fue una aventura —dijo Lago, y se le quebró la voz—. La mejor aventura de mi vida. Pero nunca te cortaría las alas, sabiendo lo que tu familia te está ofreciendo.

En los ojos de Catalina había desesperación. Él la estaba echando. Le estaba dando una y mil razones para que se largara. Pero Lago no sabía que ella había estado tres días alejada para recomponerse, para no ponerse a llorar por todas las mentiras, para no echarlo porque le había ocultado lo de la maldita promesa. Lago no sabía que ella en ese tiempo había encontrado una y mil razones para quedarse.

—Amo el viento del norte —aseguró—. Y voy a disfrutar del gélido viento del sur.

—Eso no lo sabes —dijo Lago, frunciendo el entrecejo.

—Quiero cosechar los choclos. Quiero hablar con Hernán de nuestra próxima siembra.

—En unos años vas a odiar el maizal.

—Sembraré trigo —dijo Catalina. No le iba a ser fácil vencer la decisión que había tomado.

—Vas a odiar el trigo.

—Criaré cabras —dijo Catalina.

Lago se mesó el cabello y negó con la cabeza. Ella tenía el mentón elevado, dispuesta a retrucar cada una de sus advertencias.

—Vas a tiritar de frío en la cabaña.

—Juntaré leña —aseguró, mientras seguía derramando lágrimas.

Estaba sufriendo porque él no cedía a su decisión, y lo siguió intentando, desoyendo a su corazón que le gritaba que corriera a abrazarla, y que le gritara que la amaba.

—No vas a entrar en razón —dijo Lago, y volvió a pasarse la mano por el cabello—. Eres tan terca como tu abuelo.

—Yo no soy como él. A él solo le interesa su herencia. A mí me interesan las personas. ¿Cómo voy a dejar a Nel? Dime cómo la voy a dejar en este pueblo que nadie la valora.

—Yo la valoro. Luis la adora —dijo Lago.

—Pero yo soy la única amiga que la quiere. No se deja tirada a una amiga por unos hoteles de mierda —dijo Catalina—. Y a Hernán, que está ganando dinero gracias a mis campos, ¿qué le voy a decir?

Lago sonrió, porque Hernán tenía tantas hectáreas sembradas, que no necesitaba los campos de Catalina.

—Voy a extrañar las mentiras de Rosa. Pasé por su casa para presionarla, y al final me reconoció que fue ella quien me dejó el cuaderno —dijo Catalina.

Lago abrió la boca, la cerró y negó con la cabeza.

—No debería sorprenderme.

—Ella me impulsó a querer esta tierra.

—Mañana podrías estar tomando un avión rumbo a Europa o al Caribe. Podrías estar disfrutando de los hoteles. Te servirían como a una princesa.

—Y mientras me sirven, voy a extrañar los abrazos de Florencia, y nuestros almuerzos en ese balcón que tiene en el Francis, donde puede ver todo el parque.

—Podrías comprar ropa en las tiendas de marca que te gustan.

—¿Y qué hago con Nancy? ¿A quién le va a vender esa ropa que trae para mí?

—Nancy te encaja la ropa para no pagar la renta.

—Pero es que me encanta la ropa que trae. En ninguna tienda de marca voy a conseguir unas prendas tan bonitas como las de Nancy. Además, quién va a mantener a raya a Marisol. Tú eres demasiado educado para mandarla al diablo. Me necesitas para que deje de creer que le perteneces.

—Y qué tienes para decirme del viento del norte, que te va a dejar el pelo como la paja de los campos —dijo Lago.

—Es mi herencia, Lago. Solo necesitaba tiempo para descubrir que este viento que tanto había odiado, era el único sitio donde quería estar.

Lago sintió que le brillaban los ojos. Ella seguía derramando lágrimas.

— Está bien. Tú ganas. He intentado aceptar la decisión de tu abuelo. Según él, yo hice un trabajo que ya termino —dijo Lago.

—Y le rompiste el cheque en la cara. Has destrozado la oficina del abogado y le has dejado el ojo morado. Tú no has hecho ningún trabajo. Tú has estado a mi lado y me has ayudado a ser mejor persona. Eres un buen hombre Lago, pero dejarme ir es de cobardes.

—Dejarte ir ha sido lo más duro que he hecho en mi vida. Yo te quiero a mi lado. Te amo, Cata. Pero no puedo darte la vida que tenías, la vida a la que estás renunciando. De solo pensar en todo lo que vas a perder…

—Lo único que quiero es no perderte a ti. Ni siquiera me importa luchar todos los días de mi vida contra el viento del norte si estás a mi lado —dijo Catalina.

Lago la envolvió en sus brazos y la besó. Ella lo estaba eligiendo, y él haría cualquier cosa para que nunca se arrepintiera de haber dejado toda su vida acomodada para estar él. Hasta sería capaz de detener el viento del norte si eso la hacía feliz.

A lo lejos Anselmo los miraba con los ojos llenos de lágrimas. No se había equivocado el día que le arrancó aquella promesa a

Lago Sanders.

Él no era estúpido, y ya no era ambicioso. La ambición le había quitado la felicidad. Por suerte su nieta no se parecía a él.

—Al final, no fue tan mala la decisión del abogado de matarme antes de tiempo —dijo Anselmo.

Los dos se giraron. Anselmo vio el desconcierto en sus ojos y sonrió.

—Hace cinco años descubrí que entre ustedes había algo que podía ser bueno. Por fin emprendí un proyecto que merece la pena recordar. Suerte con la granja, Catalina. Nadie se la merece más que tú —dijo Anselmo, y se alejó, pero se giró y miró a su nieta—. El loco Manu me robó tres bolitas cuando éramos niños, esa es toda la deuda que tenía conmigo —aseguró, y se marchó.

Los dos se miraron. Catalina sonrió y lloró, y a Lago le brillaban los ojos.

—Nos engañó —dijo Catalina.

—Quería asegurarse que el amor era más importante que el dinero —dedujo Lago.

—Al final no era tan malo —dijo Catalina.

—No.

—¿Tres bolitas? —exclamó Catalina, y los dos soltaron una risa.

Se tomaron de la mano y caminaron a la casa.

—No vas a negar que tu abuelo tiene una mente algo retorcida —dijo Lago.

—Pero me quiere, y te quiere —aseguró Catalina.

—Eso parece. Podemos dejar a tu abuelo fuera de nuestras vidas por unas horas. Este en nuestro final, princesa —susurró Lago, mientras le quitaba la ropa, y Cata se la quitaba a él.

Y ya no hablaron más. El viento quedó afuera, y el abuelo bien cobijado en el corazón de Catalina.

EPÍLOGO

Anselmo

Todavía hay amigos y conocidos que me preguntan que tuve en la cabeza el día que acepté la sugerencia de mi abogado de simular mi muerte. Supongo que fue la suma de una serie de circunstancias, y esa cabeza mía, que no dejaba de pensar que llevaba toda la vida haciendo las cosas mal.

Mis hijos no asumían responsabilidades y mi nieta iba por un camino sin retorno, directo a tirar su vida por el desagüe. Me la imaginé de treinta años, borracha en la galería. De treinta y cinco años, borracha en la galería. De cuarenta años, borracha en la galería.

Mis hijos eran el ejemplo perfecto de mi fracaso. Ellos solo querían vivir de mi dinero sin esforzarse. Bueno, Felipe salió responsable, pero debe ser por alguna extraña conjunción planetaria el día de su nacimiento, porque yo no hice nada extraordinario para que fuera el único que quería progresar sin mi dinero.

Tampoco tenía un gran plan. Solo quería no sentirme un fracasado con mi nieta como ya me sentía con mis hijos. La sorpresa fue mayúscula cuando Adelina dejó de limarse las uñas y de chatear con sus amigas para comenzar a interesarse por los negocios, no le salía muy bien, pero sus hijos se unieron al reto demostrando unas ganas de hacerlo bien que no me lo esperaba. Jerónimo dejó de ser el ojo del amo que engorda el ganado, y se ganó el respeto de los

gerentes y los empleados de los hoteles. Era astuto, sabía manejar al personal y era encantador con los clientes.

Pero yo no esperaba que mis hijos asumieran responsabilidades, puesto que los consideraba una causa perdida. Al final, ninguno era tan inútil como creía. Cuando "morí", todos se hicieron cargo de sus vidas. Salvo Plácido. Algo que tengo pensado solucionar.

Esta locura la hice por Catalina. Le dejé esa granja que yo quería y odiaba a partes iguales. Ella fue la que más sufrió. La que lo perdió todo. La que enfrentó el mayor reto.

Quizá quería probarla y probarme. Quería saber si ella era tan ambiciosa como lo fui yo de joven, que dejé a la mujer que amaba por un hotel.

Cinco años atrás descubrí la atracción que había entre Catalina y Lago. Él responsable y con los pies bien plantados sobre la tierra, y ella alocada y con la cabeza llena de pájaros. Él era el hijo de la mujer que amaba. Ella mi nieta. Era como si el destino me hubiera puesto delante de los ojos esa prueba para ver de qué pasta estaba hecha mi nieta. Era una locura. Era como intentar unir el agua y el aceite. Pero la sensación de que entre ellos podía haber algo me impulsó a arrancarle esa promesa a Lago, que el pobre no tuvo más remedio que aceptar.

Tengo que reconocer que me sorprendió la decisión de mi nieta, y quizá por eso llevo una semana espiando su nueva vida, tratando de descubrir si es feliz.

La he visto bailar emocionada el día que Hernán llegó temprano para cosechar el maíz. La he visto entrar al gallinero para darle de comer a las gallinas y recoger los huevos. La he visto recolectar las verduras de la huerta, y salir con Nel en esa camioneta destartalada, con un par de cajones para venderlos en el mercado. He visto la emoción en su mirada y la sonrisa constante con la que emprende cada tarea. Hasta la he escuchado saludar a las gallinas, y

acariciar ese geranio mustio que yo tenía en la galería, y que ahora reboza de flores y hojas.

Ella es despistada y no se ha enterado que la estoy espiando, pero Lago sabe que vengo a ver si mi nieta es feliz en la cabaña, y a veces me suelta algún detalle de sus vidas. «Nos intercambiamos los trabajos. A Cata le gusta estar rodeada de gente, le gusta atender el bar». Y cuando Cata se va al bar, Lago carga muchos más cajones de verdura para llevar al mercado, y limpia todo el gallinero, y arregla alguna cerca, y pinta el establo, y construye una pared de cañas para evitar que los kiwis sufran los embates del viento. Este hombre no ha cambiado, sigue siendo un buen tipo. Pero no es solo Lago quien se mata trabajando. Muchos vecinos vienen a colaborar en lo que sea, en lo que haga falta, y si no hace falta ayuda, limpian un terreno por si a Cata se le ocurre plantar algo nuevo.

Yo no tenía tantos acreedores en el pueblo. Solo tenía unas hectáreas alquiladas del otro lado del pueblo, unos cuantos locales y un departamento frente a la plaza. Y alguna vez he ayudado a quien lo necesitara. Nunca he sido un prestamista, pero desde que llegó Cata me han salido acreedores hasta debajo de las piedras.

Se me anuda la garganta porque sé que ese es el mayor logro de mi nieta. Todos la quieren, y sin saberlo, sin prometerme nada, la han ayudado a encontrar ese camino que a mí tanto me preocupaba.

Ya llevo una semana espiando su vida, y me tengo que marchar para ver cómo soluciono el tema de Plácido, que se ha quedado sin herencia. En tres semanas se cumplen los seis meses de plazo que tenían mis hijos para demostrar que estaban capacitados para recibir el legado que les dejé en vida, y que ellos creyeron que era mi testamento, mi última voluntad.

La parte buena de simular mi muerte, es que he podido ver el resultado positivo de mi decisión, sin necesidad de morirme. Después de ver lo bien que me fue con el resto de la familia, creo que voy a conseguir enderezar a Plácido, y si no lo consigo ya buscaré algún método descabellado.

He cumplido con lo que me prometí. Mi nieta ha encontrado la felicidad. Y no ha sido gracias a mí, puesto que en ese cuaderno yo nunca escribí que quería recuperar la granja. Esa frase que impulsó a Cata a convertirse en granjera, la escribió Rosa. Esa vieja metida no me lo confesó, pero su mirada astuta me lo confirmó. Hasta me la he imaginado día y noche practicando mi letra en una hoja, para que nadie sospechara que no había sido yo quien escribió ese sueño que jamás fue mío. Pero esta vez quizá pase por su casa, no para maldecirla, sino para agradecerle por poner su granito de arena para que mi nieta encontrara el rumbo.

No es que vaya a desaparecer, solo voy a dejarla vivir su vida con Lago durante un corto tiempo. Después voy a volver, porque yo nunca voy a dejar de venir a Los Espinillos. Aquí está mi pasado, el Francis, la mujer que amé, y ahora está mi nieta.

Miro por última vez a mi nieta desde la calle de tierra. Está de pie en la galería, con una taza de café en las manos. Mira embelesada todo lo que ha logrado, con ayuda, como me aclaró ella. Lago sale y la abraza por detrás.

Catalina se gira y le dice algo al oído. Él la mira sorprendido, y se le escapa una carcajada. La levanta del suelo y la hace girar. Cuando se separan se miran. Lago la acaricia el vientre. Ella se cuelga de su cuello y se besan. Y yo, que me siento un intruso espiando sus vidas, no puedo contener una lágrima de emoción.

No sé a quién ha salido esa nieta mía. A mí seguro que no. Rechazó una herencia que le habría dado una vida de lujos, por esa cabaña abandonada en un páramo. Despreció cinco hoteles por el hombre que ama.

Qué importancia tiene el deportivo, los viajes, o una tarjeta para gastos ilimitados, si está esperando el mayor tesoro que le puede dar la vida. Está esperando un hijo del hombre que ama.

El viento del norte la despeina, y ya no piensa en salir corriendo a su estilista preferido para hacerse una nutrición y que ni un solo cabello esté fuera de su sitio. Deja que el viento juegue con

su pelo, que se le formen unas ondas naturales, que le quedan mejor que todos esos productos que le ponían para que le quedara perfecto. Se ha adaptado a las circunstancias. ¡Cómo no iba a hacerlo!, si es "la heredera del viento", como me dijo en la oficina del abogado.

Esa nieta mía entendió lo que era más importante en la vida, y me alejo caminando por esa calle de tierra que llevo sesenta y cuatro años recorriendo.

***

Catalina

Estoy cortando unos kiwis y me emociono al ver a Lago asando una carne en la parrilla y a nuestro hijo hablando con las gallinas. Mis dos tesoros, mi familia, esa que siempre quise tener.

Pensar que cuando llegué a Los Espinillos solo quería salir huyendo, y después de dos años y medio estoy casada con el hombre que amo, nuestro hijo tiene un año y medio, y es lo más bello que nos pasó en la vida. Según los cálculos de Lago, lo concebimos cuando éramos amigos que tenían sexo, aquella segunda vez que no pude cumplir mi palabra de no lanzarme dos veces a una pileta vacía. Él me aclara que no me haga problema porque ya sabía que me amaba, y yo también, pero todavía me negaba a aceptarlo porque soy terca como mi abuelo. Y que nuestro hermoso hijo no va a quedar traumatizado al pensar que ha sido concebido por un desliz en el establo de la granja.

El casamiento fue todo un tema familiar. El abuelo quería hacer la fiesta en el hotel Francis. Florencia dijo que no le hiciéramos caso al loco de Anselmo. «Típico del egoísta de tu abuelo, que solo piensa en lo mejor para él». Le di la razón, y mi abuelo se indignó porque, según él, todo lo hizo por mí. Lago me dijo que ellos podían soltarse todos los dardos envenenados que quisieran, pero que él no pensaba quedar en medio de sus batallas, y decidí hacer lo mismo.

Florencia estuvo sin dirigirle la palabra al abuelo durante varios meses, cuando se enteró que había simulado su muerte. Le dijo que era el hombre más insensible que había conocido. Aunque el abuelo le dijo que su método había dado buenos resultados, y que lo volvería a hacer si con eso veía feliz a su nieta. Lago también es feliz y Florencia no pudo rebatir esas palabras.

Nos casamos en la iglesia del pueblo. Dicen que no faltó ningún vecino a la ceremonia, que la iglesia estaba abarrotada y varios tuvieron que escuchar la ceremonia desde las escalinatas del ingreso. Yo estaba tan nerviosa que no recuerdo más que la mano de Lago acariciando la mía para calmarme.

La fiesta fue en el jardín de la granja, con mesas de tablones y sillas desparejas que trajeron los vecinos. Vinieron todas las personas que me ayudaron a recuperar la granja, hasta el loco Manu, que nos regaló una cabaña en miniatura igual a la Esperanza, hecha por él con ramitas. La tenemos en la sala, como nuestro mayor tesoro. Dice que si hacemos una ampliación, él también la hará en la cabañita.

De la ciudad vinieron el abuelo, mi padre, el tío Felipe y mis primos, los hijos de Adelina. Ella, según el abuelo, tenía ganas de venir, pero después de haberse portado tan mal conmigo no se animó.

Florencia me regaló el vestido. El abuelo se enojó porque me lo quería regalar él. Al final lo convencí para que me regalara los zapatos y el ramo, y se conformó.

Nuestro hijo nació en el hospital del pueblo. El abuelo se enojó cuando se enteró que le habíamos puesto Roberto, como el padre de Lago, porque quería que se llamara Anselmo.

Mi padre está tan fascinado con su nieto, que viene al pueblo siempre que tiene un día libre. Todo lo que no me dio a mí, se lo está dando a mi hijo, y me hace feliz que quiera tanto a Roby.

Florencia es la mejor abuela de nuestro hijo. Todos los días delega el trabajo del hotel en algún empleado para venir a jugar con

él, y cuando tiene pocos turistas se lo lleva a dormir con ella. Un respiro que Lago y yo disfrutamos, porque volvemos a ser novios, como dice él.

Roby es tan encantador como su padre. Siempre se ríe, siempre está feliz. Es tan travieso que siempre está haciendo algún desastre. Y es tan sociable, que cuando vamos al bar se acerca a todas las mesas, como su papá, para hablar con los clientes, aunque nadie entiende lo que dice.

Lago sigue asando una carne en la parrilla y nuestro hijo no para de hablar con las gallinas. Florencia está poniendo un mantel en la mesa del jardín y el abuelo la está ayudando para que no se lo lleve el viento.

Llega mi padre y se acerca a mi hijo.

—¿Dónde está mi nieto preferido?

A Roby se le ilumina el rostro.

—AbuJe —grita, y corre a abrazarlo.

—Yo soy tu abu —grita el abuelo—. Yo crié a tu madre. Ese idiota de Jerónimo no movió un dedo.

Lago me mira y arquea las cejas.

—No. Tú biabu —dice Roby.

Mi padre le ha enseñado a Roby que él es su abuelo y Anselmo es su bisabuelo, y para disgusto del abuelo, mi hijo no se lo deja pasar.

—No es justo que tú seas la abuela y yo el bisabuelo —se queja Anselmo con Florencia.

—Eso te pasa por casarte tan joven —dice Florencia—. Si Roby se casa a los veinte, quizá te conviertas en tatarabuelo —asegura Florencia, y suelta una carcajada.

Al abuelo no le hace gracia.

—Eres una víbora, Flor —asegura el abuelo.

Nel entra con Luis, que lleva en brazos a la hermosa hijita que ya tiene tres meses. La madre de Luis viene con el postre. Esa mujer adora a Nel, y por eso la quiero tanto. Me acerco a saludarla, y se va a la cocina a dejar el postre en la nevera y unirse a Rosa, que está preparando la ensalada. Abrazo a mi amiga, saludo a Luis y le doy un beso en la cabecita a la preciosa niña.

—Cómo nos ha cambiado la vida, amiga. Las dos estamos casadas y con hijos —dice Nel, y le brillan los ojos. Ella lloró de la emoción durante toda la ceremonia el día que se casó con Luis, y le dio un ataque de llanto el día que le pusieron en el pecho a su pequeña hija—. Algún día tenemos que dejar a los hombres con los niños para ir a disfrutar de una noche de chicas. Juntas podemos regresar de madrugada, armadas con un palo y una linterna.

Me río y la abrazo. Ella es mi mejor amiga. En las buenas y en las malas.

Anselmo se acerca a Lago, le da una cerveza y se queda cuidando el asado.

—Tu abuelo es un incordio como suegro, aunque ya le he dicho que no es mi suegro. Pero tiene algunas cosas buenas, como que siempre viene con una cerveza y me dice, deja que me ocupo yo de la carne antes que la quemes. Tú ve a enseñarle el camino a mi nieta —dice Lago, y me besa.

Me cuelgo de su cuello y lo beso.

—¿Y adónde nos lleva ese camino? —pregunto.

—A una granja llamada La Esperanza, rodeada de un jardín que es un paraíso, que tiene gallinas, una huerta, una plantación de kiwis, y un maizal. El lugar donde vive una princesa con su extraordinario marido y su más extraordinario hijo —susurra Lago.

—Alguien debería decirte que tienes el ego por las nubes —digo, y le acaricio ese rostro que ya no está serio, que siempre sonríe para mí.

—Para eso te tengo a ti, princesa —susurra Lago, y me besa.

El mantel se vuela, y Florencia grita mientras lo sostiene con una mano y con la otra intenta apartarse un mechón de cabello que le tapa el rostro.

—Solo a mí se me ocurre poner un mantel en esta granja, con este insoportable viento del norte.

Nel suelta una carcajada y la ayuda a sostener una de las esquinas. Luis va a buscar unas piedras y Roby trae una tan pequeña que parece un grano de arena. Lago arquea las cejas y a mí se me escapa una risa. Anselmo le dice a Florencia que parece una citadina.

—Tu madre no se habría adaptado a vivir en una granja abandonada, con el viento haciendo estragos en su cabello —digo a Lago.

—Creo que no —dice Lago—. Solo tú eres la heredera del viento.

Soy la heredera de este viento, porque entendí que reír, disfrutar y amar no tenía nada que ver con un deportivo o con un cabello perfectamente ordenado. Amo el viento, porque me dio lo mejor que me pasó en la vida. Me dio a Lago, a nuestro hijo y a todas las personas que queremos, y que están sentadas en nuestra mesa.

Nos tomamos de la mano y caminamos juntos, como lo venimos haciendo desde hace más dos años, sin miedo a querer y perder.

A veces me pregunto si fue Lago quien me ayudó a encontrar el camino. A veces dudo. A veces creo que fue mi abuelo quien movió los hilos del destino y me puso en el camino de Lago. Porque a veces pienso que mi abuelo nos regaló la felicidad que él se negó muchos años atrás.

Si llegaste hasta aquí espero que hayas disfrutado de la historia de Catalina y Lago, de su abuelo, de Florencia, de Nel, y de todas las personas que los acompañaron y los ayudaron a encontrar el camino a la felicidad. Porque Cata y Lago empezaron esta historia con miedo a creer, miedo a apostar por el amor, pero cuando el amor entra en la vida, no conoce los miedos y ellos se animaron a lanzarse a una pileta sin saber si había agua.

Gracias por leer mi novela. Disfruté mucho escribiendo La heredera del viento, y si ustedes disfrutaron de la lectura, ya me siento satisfecha.

¡Hasta la próxima!

En mi página de Amazon puedes encontrar todas mis novelas

Amazon relinks.me/SusanaOro

QR